



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE
HIDALGO

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA SALUD

ÁREA ACADÉMICA DE PSICOLOGÍA

Construcción del rol de maternidad y su relación con la formación
de la identidad genérica femenina en la cultura mexicana

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

Ambriz Pérez Miriam

DIRECTORA: **Psic. Gabriela Revueltas Valle.**

PACHUCA, HGO.

2005

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que sería madre tarde o temprano; pero de cierta forma, ¿no lo he sido toda mi vida?

Este trabajo está dedicado a todas aquellas mujeres que como yo, no desean esperar la maternidad como un destino irremediable.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mis padres el apoyo que me brindaron en todos los sentidos para la realización no sólo de este trabajo, sino de cada uno de los sueños que se me han presentado en la vida, además del esfuerzo que hacen siempre conmigo para conseguirlos.

A mi maestra y amiga Gaby Revueltas por llevarme a pensar en las diversas problemáticas de la mujer, por su disposición para trabajar conmigo en esta investigación y por impulsarme siempre a ser mejor. Eres un ejemplo para mí y espero no defraudarte.

Al Hospital Obstétrico Pachuca por las facilidades otorgadas para la realización de entrevistas, y por brindarme la oportunidad de trabajar con mujeres muy especiales de quienes aprendí mucho.

A mí entrevistada C.S. por brindarme su tiempo y compartir conmigo aspectos tan importantes de su vida.

A todos los catedráticos que participaron en mi formación, puesto que recibí de cada uno las herramientas para desempeñarme en esta profesión, pero sobre todo me enseñaron a amarla.

A mis queridos Anarely, Ana Laura, Mar, Cecy, Lalo, Julieta, José María y Alejandro, por aprender conmigo, y por hacer de la universidad la mejor época de mi vida.

ÍNDICE

Resumen.....	1
Introducción.....	2
Planteamiento del problema.....	6
Objetivos.....	8
Justificación.....	8
Metodología.....	9
1. Una aproximación de la maternidad desde las interpretaciones históricas.....	14
1.1. El Matriarcado.....	18
1.2. Visión histórica del niño, y su relación con el ejercicio maternal en la mujer.....	20
1.3. Sistema de gobierno, división del trabajo, y su influencia en el ejercicio materno.....	27
1.4. ¿Por qué las mujeres ejercen la maternidad?.....	32
1.5. Capitalismo y patriarcado.....	37
1.6. Repercusiones en la actualidad.....	39
2. Lo femenino y la maternidad en la cultura mexicana.....	42
2.1. Antecedentes Históricos.....	42
2.2. Percepciones actuales respecto a género y reproducción.....	59
2.3. La familia mexicana.....	62
3. Lo femenino, la maternidad y la identidad subjetiva desde la perspectiva de género.....	70
3.1. La categoría de género.....	70

3.2.	El rol y su lugar dentro del género.....	74
3.3.	Ideología y su influencia en las representaciones de género.....	75
3.4.	Ideología e instituciones.....	79
3.5.	Mujer y Hombre: diferencias fundamentales en los roles de género.....	82
3.6.	¿Qué es una mujer?.....	84
3.7.	La naturalidad de lo femenino.....	89
3.8.	Lo corporal, el instinto y su relación con lo femenino.....	91
3.9.	Sexualidad femenina y género.....	95
3.10.	Lo femenino y el “deber ser”.....	100
3.11.	Lo femenino y la maternidad.....	102
3.12.	Contenido simbólico en lo femenino y la maternidad.....	108
3.13.	La madre trabajadora.....	113
3.14.	Esterilidad y maternidades alternativas.....	117
3.15.	Género y maternidad en la sociedad mexicana actual.....	123
4.	Construcción de la percepción y ejercicio de la maternidad a partir de la relación con la propia madre.....	127
4.1.	Transmisión de la identidad: La Psicogenealogía.....	128
4.2.	La madre y la hija.....	133
4.3.	Proceso de introyección del rol materno a través de la relación madre/hija.....	135
4.3.1.	La niña.....	135
4.3.2.	La adolescente.....	137
4.3.3.	La joven.....	144
4.3.4.	La mujer casada.....	147
4.3.5.	Embarazo y maternidad.....	148
4.4.	La menopausia.....	152
5.	Lo femenino y la maternidad desde el psicoanálisis.....	156
5.1.	Sigmund Freud.....	158
5.2.	Christiane Olivier.....	172
5.3.	Jacques Lacan.....	178

5.4.	Francoise Dolto.....	183
5.5.	Carl Jung.....	188
5.6.	Karen Horney.....	192
5.7.	Marie Langer.....	195
5.8.	Emilce Dio Bleichmar.....	198
5.9.	Gayle Rubin.....	201
Entrevista semi estructurada: análisis y presentación de resultados.....		204
Entrevista a profundidad: análisis y presentación de resultados.....		218
Conclusiones generales.....		232
Referencias		
Anexos: Transcripción de las entrevistas		

RESUMEN

Este trabajo de investigación inicia planteando a la maternidad, específicamente al rol de madre como un elemento trascendente en la definición de la identidad de género.

Por lo que se habla de la necesidad de un replanteamiento o resignificación de la maternidad, la cual es trabajada desde distintas vertientes: en primer lugar se realiza una revisión histórica, donde se esclarece el origen del ejercicio femenino de la maternidad, así como su relación con el sistema de gobierno y división del trabajo; además de sus repercusiones en la cultura mexicana.

Se trabaja también la problemática desde la perspectiva de género, en sus aspectos más generales; pero también se aborda a partir de la vivencia subjetiva de la maternidad, a partir de la relación madre-hija.

Por último, se establece un vínculo con la psicología, abordando el objeto de estudio desde la teoría psicoanalítica, a través del debate entre diversos autores.

La investigación es apoyada con trabajo de campo, que consta de entrevistas semiestructuradas y una entrevista profundidad; con el fin de ubicar la problemática en esta comunidad.

INTRODUCCIÓN

Tal parece que en cuanto una idea se consolida a través del tiempo, se establece en el sistema, perpetuándose a través de las generaciones. Llega un momento en que se olvida que tuvo un origen y difícilmente llega a cuestionarse, atribuyéndose incluso a la naturaleza humana implícita.

Este fenómeno ocurre muy a menudo con todo lo referente a la mujer, ya que, atada a su anatomía, se busca explicación a lo femenino del lado de la naturaleza, ocurriendo de forma diferente con respecto al hombre, a quien se atribuye lo relacionado a la racionalidad y la cultura.

Es así que, tal como lo plantea la teoría de género, se hacen construcciones a partir de la anatomía femenina, elaborando percepciones socializadas a partir de funciones netamente biológicas que determinarán la vida y el destino de la mujer; siendo a mi parecer el parteaguas de todas ellas la maternidad.

La reproducción reviste una importancia primordial a nivel social y personal, ya que además de implicar la continuidad y la trascendencia, involucra prácticamente todos los aspectos de la vida de una persona y una sociedad: cultura, género, sexualidad, historia personal, valores, planes de vida, salud, relación de pareja, condiciones socio-económicas de vida, etc. Se sabe que en el plano biológico, la mujer se distingue del hombre por su papel protagónico en la reproducción.

De inicio, resulta importante diferenciar reproducción de maternidad, ya que como se verá a lo largo de este trabajo, la reproducción se refiere al orden de la especie y el ejercicio de la maternidad entra en el orden de la cultura. Por lo que, la idea de la maternidad ejercida por la mujer abarcaría tanto el conjunto de prescripciones que legalizan las diferentes acciones en el concebir, parir y criar la descendencia, así como los proyectos de vida posibles de las mujeres concretas, y también los discursos sobre la Mujer. Lagarde define la maternidad como:

El conjunto de cuidados vitales, directos y personales, íntimos y cotidianos, que la mujer realiza por mandato genérico para mantener a "los otros" en condiciones de vida en la salud, al igual que en la enfermedad y la muerte. La maternidad tiene a su cargo la disciplina de los cuerpos y la construcción de las subjetividades, el psiquismo, las creencias personales, las mentalidades y las idiosincrasias. La maternidad incluye también los cuidados del alma y del espíritu de los vivos y de los muertos, el cuidado de los espacios sagrados y el cuidado doméstico y público de las divinidades. La maternidad también custodia la tradición oral doméstica y la memoria activa (Lagarde citada por Lartigue, 1996:222).

A través de esta cita podemos darnos cuenta de la fuerte responsabilidad que pesa sobre los hombros de la mujer / madre, algo que como se mencionaba al principio es incuestionable, y de alguna forma invisible. Podemos ver la importancia de la maternidad en la vida de la mujer, ya que implica la atención permanente e incansable a los demás, que la llevan a experimentarla como un conjunto de experiencias totalizadoras de condición genérica y de su vida cotidiana.

Esto ha llevado a la sociedad a organizar todo un mito respecto de la maternidad y de la madre, transformándola en algo de lo que no se habla abiertamente, convirtiéndose en incuestionable. Así mismo, ha llevado a definir a la feminidad misma a través de ésta, y podemos comprender que sólo resulta una de sus funciones, jerarquizando a través de ésta proyectos vitales posibles, prácticas, escalas de valores, y aún más, se están pautando proyectos de vida posibles de las mujeres, pudiendo a la larga traducirse en cierta marginalidad hacia quienes no pueden o deciden no ejercerla.

La figura fuertemente idealizada de la madre arrastra una serie de calificaciones que son también reflejo fiel de la valoración que la sociedad tiene para con ella; la "madrecita santa", "el sagrado deber de ser madre", "la madre sufrida y sacrificada", "cabecita blanca", son algunas de las varias formas de mencionar la

maternidad: *“en ellas se observa una alta valoración de la mujer fecunda, una clara aceptación social de la maternidad y, además, ésta se incorpora a la autoimagen de la mujer de manera tal que no es de sorprender que para la mayoría de las mujeres lo “esperable” e incluso “deseable” sea ser madres”* (Ehrenfeld, 1996, p.392). En suma, se ha desarrollado la creencia de que lo referente a la maternidad, no se halla expuesto al error, a la duda, ni a la ambivalencia de los afectos ordinarios.

La función de la maternidad en la mujer, está rodeada de construcciones y supuestos sociales que llevan a la mujer a establecer toda una simbología alrededor de ésta. En primer lugar se asume que por el hecho de ser mujer, en automático se está obligada a dar el paso a la maternidad; tal como si el concepto Mujer y el de Madre no pudieran separarse.

El género y la sexualidad femenina parecen construirse a partir de una incipiente maternidad, pues desde la más tierna infancia, a lo largo de las etapas del desarrollo físico y psicológico de la niña, adolescente o mujer se da una intensa preparación para el ejercicio de la maternidad, que vuelve a ésta la única opción en su camino, llevándola a la idea de que haga lo que haga, escoja el camino que escoja, deberá ser madre para completar e incluso validar su feminidad, ante los ojos de los demás, e inclusive ante su propia mirada. Por lo que si una mujer no puede o no desea ser madre, no le será fácil asumirse como tal de manera total, ya que la adopción de ciertas decisiones reproductivas representa elevados costos subjetivos para mujeres cuya autovaloración e identidad se construyeron en torno a un “deber ser” femenino definido por la maternidad. Ejemplos extremos de esos costos son los derivados de decisiones relativas al aborto, a ser madre soltera o a la anticoncepción quirúrgica.

Parece ser entonces, que en muchas mujeres su identidad como personas se construye "a partir" de ser madres; así adquieren un lugar en su medio y en la

sociedad. La maternidad es opción tradicional incluso, la única opción viable para la adquisición de identidad de género y reconocimiento social.

En consecuencia, una vez que la mujer llega a la maternidad, lo hace sin información sobre ésta, creyendo que por ser algo “natural” en la mujer, sólo se debe esperar su llegada de manera automática; lo que trae conflictos a nivel bio-psico-social a lo largo de esta experiencia. Lo cual nos lleva también a pensar el famoso “instinto maternal”:

El “instinto maternal” dicta a la mujer la maternidad como algo implícito, por lo que una vez convertida en madre, la mujer debe querer a sus hijos de una manera automática y natural, haciendo siempre lo que más les convenga. Con la noción del instinto maternal se idealiza a la maternidad más allá de la capacidad humana.

Quisiera aclarar que lo que aquí se señala es el uso ideológico de la noción de instinto referida a la maternidad; particularmente las extensiones de esta noción, cuando se consideran instintivos a complejísimos procesos psíquicos, culturales y sociales.

Además la cultura ha creado un *imaginario social* alrededor de la mujer que ejerce la maternidad creando la figura de La Madre. Una mujer con características específicas de quien se espera cumpla con este rol dentro de la sociedad de manera impecable, por lo que la mujer parece estar en permanente conflicto por esa exigencia que cuestiona su capacidad como madre y como mujer.

Una vez que la mujer ya no cuenta con las funciones biológicas para la procreación con la llegada de la menopausia, el estatus social y la valoración interna de su persona como mujer, descienden, es decir, ahora sólo son en función de su pasado ejercicio de la maternidad; ya que ahora que no tiene más la posibilidad de dar vida, su utilidad en el mundo ya no existe.

Éste, a grandes rasgos es el ciclo de vida de la mujer, “*nace, crece, se reproduce y muere*”, frase conocida en la biología, que en la mujer puede ser aplicada social y psicológicamente al establecer un análisis, lo cual viene siendo el propósito de este trabajo.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA:

En nuestra sociedad occidental-capitalista, no se crean hombres y mujeres, sino madres y padres. Sin embargo, como ya lo había mencionado, parece que lo referente a la mujer se orienta a la “naturaleza”, creando madres en el sentido literal de la palabra; y como en el hombre se encuentra una orientación hacia la racionalidad y a la cultura, se crean padres en el sentido simbólico; por tal razón, estamos inmersos en un patriarcado social.

La condición materna, además, se ha modernizado; por lo que se hace responsables a las mujeres de otras prácticas sociales al servicio de la comunidad y la política, en donde viven para la causa, ya sea como voluntarias, fieles, o como militantes. Asimismo, dado que en la subjetividad materna caben cada vez mayor número de destrezas y habilidades, se puede colocar a las mujeres en cualquier apoyo práctico e incondicional; además hay maternidad, aún cuando las mujeres no tengan hijos.

Por lo que es necesaria una re-significación de la maternidad en la mujer. Ésta requiere en primer lugar una revisión histórica, que nos permita reconocer que el “instinto” y el amor maternales no existen desde siempre, sino que son un producto más del sistema en el que estamos inmersos. Igualmente se requiere conocer de primera instancia el porqué son las mujeres quienes ejercen la maternidad por obvio que parezca éste cuestionamiento. Así mismo, es necesario especificar estas concepciones dentro del marco de los conceptos propios de la cultura mexicana respecto a la mujer y la maternidad.

Además, se requiere comprender que la maternidad no es totalmente natural (porque es innegable que en principio la maternidad es ejercida por la mujer debido a su capacidad anatómica para ello), sino que es un constructo social; por lo que es necesario establecer una visión de ésta desde la teoría de género; estableciendo parámetros desde lo corporal y lo social, sin dejar de mencionar algunos aspectos sobre lo que acontece con las mujeres a quien no les es posible tener hijos o no lo desean.

Se debe entender que la maternidad es aprendida de madre a hija en un mecanismo psicosocial bien establecido, y que éste aprendizaje tiene procesos a lo largo de las etapas del desarrollo físico y psicológico de la niña, la adolescente y posteriormente de la mujer, que se van introyectando hasta llegar a su ejercicio y por lo tanto a la enseñanza de ésta a la siguiente generación convirtiéndose en un ciclo.

Siendo un trabajo desde y para Psicología, es necesario explorar las distintas corrientes psicológicas del estudio de la mujer y la maternidad, siendo elegido el Psicoanálisis para este trabajo, debido a la importancia de la Madre y del inconsciente en esta corriente.

El propósito principal de este trabajo de investigación es esclarecer el hecho de que la maternidad se aprende, se introyecta y permanece en la vida de la mujer como una fuerza activa que la destina de alguna o de todas las maneras a ejercerla; por lo que se busca demostrar a través de investigación bibliográfica y de campo, cómo se da esta afirmación en nuestro sistema social y en ésta comunidad en específico.

OBJETIVOS:

General:

- ◆ Aportar las bases hacia una resignificación de la maternidad que sirvan como un cuerpo teórico auxiliar en el trabajo psicológico con mujeres en esta comunidad.

Específicos:

- ◆ Comprender el proceso por el cual una mujer introyecta la maternidad a través de las diferentes etapas de su desarrollo, hasta el momento del ejercicio de ésta desde diferentes perspectivas teóricas.
- ◆ Apoyar esta descripción con trabajo de campo realizado en la ciudad de Pachuca, Hgo. con mujeres de dos rangos diferentes de edad; con el propósito de situar este proceso en la comunidad.

JUSTIFICACIÓN:

La maternidad, es un tema que ha sido ampliamente estudiado por las ciencias sociales y de la salud; sin embargo este trabajo de investigación es trascendente debido a que se pretende hacer una revisión bibliográfica lo más completa posible, cuyo orden nos permita conocer el proceso por medio del cual una mujer aprende el rol de madre. Así mismo, la investigación de campo permitirá acceder a la concepción de maternidad, así como la forma en que es introyectado el rol de madre en algunas mujeres de Pachuca, Hgo.

La aportación de este tema al conocimiento en general consiste en un replanteamiento de la maternidad, en base a las concepciones de ésta comunidad que facilitará el trabajo con mujeres en Psicología en el ámbito clínico, el preventivo, en el trabajo con instituciones, así como en el campo social.

Como mujer, este tema me parece de suma importancia, debido a que las vivencias tanto personales como las que he tenido como parte de una familia y de una comunidad, me permiten percibir la necesidad de cuestionar y analizar el rol de madre, por su fuerte arraigo en nuestra cultura, así como la forma en que determina el camino que las mujeres elegimos para nuestro proyecto de vida.

METODOLOGÍA:

La metodología empleada en este trabajo es del tipo Cualitativa, ya que dentro de este paradigma, *los individuos* son conceptuados como *agentes activos* en la construcción y determinación de las realidades que encuentran. *En lo cualitativo*, rara vez se asignan valores numéricos a las observaciones, sino que se *prefiere registrar* los datos en *el lenguaje de los sujetos*.

El paradigma cualitativo, considera que las auténticas *palabras de los sujetos resultan vitales* en el proceso de trasmisión de los *sistemas significativos* de los participantes, que eventualmente se convierten en los resultados o *descubrimientos de la investigación*.

Constituye un *intercambio dinámico* entre la teoría, los conceptos y los datos con retroinformación y *modificaciones constantes* de la teoría y de los conceptos, basándose en los datos obtenidos. Se halla caracterizado por una *preocupación por el descubrimiento* de la teoría más que por el de su comprobación.

El investigador cualitativo utiliza la *fenomenología* tratando de experimentar la realidad tal como otros la experimentan, surge con teóricos como Husserl, Heidegger y Levi-Strauss.

El *fenomenólogo* quiere entender los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor: examina el modo en que se *experimenta el mundo*. La realidad que importa es lo que *las personas perciben* como importante.

El método cualitativo nos permite aproximarnos al mundo empírico (lo basado en

la experiencia y en la observación). Está destinado a asegurar un estrecho ajuste entre los datos y lo que la gente realmente dice y hace.

El investigador cualitativo obtiene un conocimiento directo de la vida social, no filtrado por conceptos, definiciones operacionales o clasificatorias. El método cualitativo es una forma de organización sistemática conducida con procedimientos rigurosos, aunque no necesariamente estandarizados: *“los métodos cualitativos ponen énfasis en la “visión” de los actores y el análisis contextual en el que ésta se desarrolla, centrados en el significado de las relaciones sociales”* (Vela Peón, 2000: 63); es decir, el tema requiere del trabajo directo con la subjetividad de los sujetos de investigación.

El dispositivo metodológico utilizado para este trabajo incluyó la aplicación de la entrevista semiestructurada y una entrevista a profundidad.

La entrevista puede considerarse una "vía de acceso" a los aspectos de la subjetividad humana, por lo que resulta una técnica con la posibilidad de definir problemas y elaborar explicaciones teóricas desde procesos sociales:

...proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción del lenguaje, en el cual los entrevistados expresan los pensamientos, los deseos y el mismo inconsciente: es, por tanto, una técnica invaluable para el conocimiento de los hechos sociales, para el análisis de los procesos de integración cultural y para el estudio de los sucesos presentes en la formación de identidades. (Vela Peón, 2000:68).

En la entrevista, se busca encontrar lo que es importante y significativo en la mente del informante, los significados, perspectivas e interpretaciones, el modo en que éste percibe y experimenta el mundo a través de su subjetividad:

La entrevista concibe al hombre (al actor social) como una persona que construye sentidos y significados de la realidad ambiental. Con ellos, entiende, interpreta y

maneja la realidad a través de un marco complejo de creencias y valores, desarrollado por él, para categorizar, explicar y predecir los sucesos del mundo. (Ruiz Olabuenaga e Ispizua, 1989:28)

Es necesario resaltar que una entrevista no debe ser tomada en cuenta de forma aislada, sino tener presente que una experiencia personal, así como la forma de narrarla, es producto de lo social. Por esta razón, los testimonios presentados rebasan la construcción lo subjetivo y se extienden a la colectividad, representadas a través de creencias, personalidad, actitudes, valores, comportamientos y actos influidos, por la experiencia social y cultural

También debe tomarse en cuenta que al realizar la entrevista no se esperaba determinada postura en las entrevistadas. Por este motivo, se combinaron preguntas abiertas con el fin de brindar a la entrevistada la máxima libertad de expresarse, con preguntas cerradas para orientar la entrevista y así mismo verificar determinadas afirmaciones.

La entrevista semiestructurada fue trabajada con *madres primerizas con el propósito de* conocer su vivencia reciente respecto a la llegada de la maternidad a sus vidas. El propósito fue realizar las entrevistas a mujeres entre 18 y 25 años de edad, sin embargo el rango quedó entre los 18 y 22 años.

Se realizaron 5 entrevistas compuestas de 31 preguntas a pacientes del Hospital Obstétrico Pachuca, donde me encontraba prestando mi servicio social. Se tomó la decisión de realizar este dispositivo, ya que las pacientes estaban en el área de hospitalización, por lo que su estancia no era mayor a 24 horas y el tiempo que se me permitía trabajar con ellas era limitado, por lo que este dispositivo era el idóneo, ya que *“las entrevistas semiestructuradas funcionan adecuadamente en aquellas investigaciones que se interesan por interrogar personas que tienen poco tiempo o que están acostumbrados a usar eficientemente su tiempo”* (Vela Peón, 2000:76).

En el anexo se muestra la estructura de la entrevista, sin embargo, como podrá verse en las transcripciones, había momentos clave, en los que era necesario hacer un corte de un tema a otro, donde yo realizaba una pequeña introducción a éste. Para realizar el análisis de la entrevista, se ubicaron *5 categorías*, desde las cuales se elaboró un *análisis de contenido* de las entrevistas:

- Construcción del rol, proceso de introyección e identidad de género
- Proceso de introyección en el marco familiar y social
- Proceso de introyección en el desarrollo femenino
- Construcción del rol a partir de la relación madre/hija
- Significaciones sociales de maternidad

La entrevista a profundidad fue trabajada con un sujeto femenino, con la intención de que estuviera ubicada entre 40 y 50 años de edad, puesto que me interesaba que fuera madre a su vez de una madre menor de 30 años . Se trabajó con este sujeto para, a través de su historia, respecto a sus relaciones de maternidad (con su madre y con sus hijas) comprender cómo ha sido introyectado, y a su vez transmitido el rol materno.

El relato fue realizado en cuatro sesiones de una hora cada una, y fue orientado en su momento hacia el tema de la maternidad. Ante todo se quiso rescatar su subjetividad, así como las representaciones construidas socialmente sobre este rol de su vida.

Algo que quisiera plantear para ser tomado en consideración respecto a la metodología, es que la entrevistada era conocida mía. Las sesiones se realizaron en su casa, por considerarlo un espacio donde ella se sintiera cómoda, segura y en confianza para hablar. Por lo general, los encuentros se realizaron con una charla introductoria respecto a la información que se buscaba obtener en esa sesión, y al término de ésta llegaba a prolongarse la plática, con el fin de compartir

experiencias y establecer una mayor confianza al momento de internarnos en su vida.

Para analizar el documento generado, también se realizó un análisis de contenido a partir de categorías, las cuales son:

- Identidad de género y construcción del rol a partir de la relación madre/hija.
- Identidad de género y construcción del rol en el marco familiar y social.
- Ideología y significaciones sociales sobre maternidad.
- Proceso de introyección y transmisión de conceptos sobre sexualidad femenina.
- Repetición e introyección en el ejercicio de la maternidad.
- Transmisión de identidad de género y roles.

El dispositivo fue aplicado en mujeres que radican en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, y el análisis de contenido fue realizado de la siguiente manera:

- Se elaboró una transcripción de las entrevistas, la cual fue analizada mediante las categorías de análisis, resaltando cada respuesta en colores diferentes.
- Se elaboró una tabla con las categorías de análisis y sus respuestas correspondientes.

Se elaboraron las conclusiones por categoría, derivadas del análisis, presentándolas de forma triangulada con el análisis teórico discutido posteriormente en esta investigación.

1. Una aproximación a la maternidad desde las interpretaciones históricas

Cuando una mujer siente y expresa el deseo de tener un hijo, no solamente está progresando a una nueva etapa en su vida personal, sino que comienza a dar curso a un ciclo cuya antigüedad se remonta a la humanidad misma.

Está expresando un “deseo”, que a pesar de haber sido simbolizado en el discurso, no sabe a ciencia cierta de donde procede, puesto que su origen le es desconocido, y tan sólo le resta darle satisfacción a través de la procreación, sin cuestionar nada al respecto, atribuyéndolo a la “naturaleza humana”.

En terrenos de la conceptualización de la maternidad, esta postura es errónea, ya que tan sólo en lo referente a la categoría de género, las variaciones en las concepciones son diversas entre un lugar y otro y a través de los tiempos; tal como lo demostrara Margaret Mead en sus estudios realizados en pueblos primitivos con el propósito de determinar hasta qué punto lo que comprendemos actualmente como masculino o femenino es tal por razones biológicas, o hasta dónde se confunden consecuencias culturales con algo innato a los sexos.

Citada por Langer (1964), Mead comenta en sus conclusiones que la confusión reinante frente al papel de los sexos en los Estados Unidos, proveniente de la discrepancia entre la forma de vida real y las normas que todavía regían los conceptos e ideales sobre lo que tendría que ser la forma de vida de los sexos; la llevó a averiguar en sociedades primitivas qué era lo *auténticamente masculino* y *femenino* en el ser humano.

Comenta también que la doctora Mead fue a Nueva Guinea con el propósito de llegar a través del estudio de tres sociedades totalmente distintas de la nuestra a reconocer *lo auténticamente masculino* y *femenino*; llegando a la conclusión de

que nuestro concepto al respecto es resultante de nuestra propia cultura, y le cita literalmente:

Muchos, si no todos, de los rasgos de la personalidad que llamamos femeninos o masculinos, se hallan débilmente unidos al sexo, como lo está la vestimenta, las maneras y la forma del peinado que se asigna a cada sexo según la sociedad y la época. Estamos obligados a deducir que la naturaleza humana es maleable de una manera casi increíble y responde con exactitud y en forma igualmente contrastante a condiciones culturales distintas y opuestas (Mead citada por Langer, 1964:23).

Los estudios realizados por Mead, de alguna forma demuestran que sólo basta con estudiar profundamente lo que se considera “natural” en el individuo para darnos cuenta de que todos éstos principios están influidos por aspectos socioculturales.

Esto ha sucedido con la figura de la madre, así como con los principios referentes a la maternidad. En algún momento, el ejercicio femenino de la maternidad se ha atribuido a las condiciones “naturales” del individuo, asumiendo que esta visión ha existido siempre y es de carácter universal. Esta percepción ha influido en el establecimiento de lo que se considera el “instinto maternal”

Goldhor (2000) comenta que los hechos naturales no tienen interés teórico alguno y no necesitan ninguna explicación, por lo que, al visualizar a la maternidad femenina como un hecho natural, esta no es susceptible de ser cuestionada. A este respecto la autora comenta: *“No puedo aceptar esos supuestos. Me parece que siempre debemos situar en la categoría de problemático cualquier rasgo de la estructura social por más que éste (y quizá especialmente por eso mismo) parezca universal”*(Goldhor, 2000:29).

Por lo que, al investigar sobre la figura de la Madre y el ejercicio femenino de la maternidad, es necesario tomar en cuenta los antecedentes históricos que la han consolidado, ya que, como plantea: *“los procesos que reproducen el ejercicio*

maternal generan tensiones que minan el sistema género-sexual al tiempo que lo reproducen. La forma que adoptan estas tensiones depende en parte del desarrollo interno del sistema género-sexual y en parte de condiciones externas de tipo histórico" (Goldhor, 2000:308); estas tensiones han ido cambiando, generando entonces la necesidad de hacer una revisión histórica de la maternidad, ya que la *ilusión de su atemporalidad* nos hace creer que, dado que la función materna se inscribe en el orden de la naturaleza (y no en el de la cultura), siempre fue y será así; afirmar esto tiene mucho más fuerza que pensar que dicha función cambia con los tiempos.

Este anclaje ilusorio en lo natural nos impide desarrollar una perspectiva de *relativismo histórico* que permita analizar los sucesivos *dispositivos sociales* en los que la maternidad (o las maternidades) se inscribe (Fernández, 1993). Hace visible, por otra parte, que dicho proceso no es azaroso ya que responde, en última instancia, a cambios en cuanto a las necesidades del cuerpo social respecto de sus individuos en general, y de las mujeres y niños en particular.

Considerando todo esto, en este apartado se mostrarán algunos de los datos históricos más significativos en la consolidación de la concepción actual de la maternidad en nuestra sociedad, aspectos que han influido en la creación del sistema genérico-sexual que nos rige actualmente, a través de la percepción de culturas que influyeron en la formación de nuestra ideología actual.

También se pretende rescatar algunos elementos del *sistema político occidental vigente (el capitalismo)* a lo largo de la historia y su influencia en nuestra visión sobre el ejercicio maternal, más específicamente, a partir de las necesidades del infante en diferentes épocas, ya que lo respectivo al niño, marca la tendencia en lo que se espera de una madre en el grupo social, así como las interpretaciones subjetivas del hecho en los sistemas de sexo/género.

1.1. El matriarcado

De inicio, si quisiéramos remontarnos hasta las etapas prehistóricas, nos remontaríamos al *matriarcado*, ya que está casi universalmente aceptado que existió en alguna época (aunque no sólo se plantearía del problema de su aceptación, sino la evidencia del reconocimiento de “lo matriarcal” y su preponderancia sobre lo masculino). Matriarcado significa “*cierto predominio social de la mujer y el desconocimiento práctico de la paternidad, con la consecuencia de que tanto el parentesco como la herencia se rigen únicamente por línea materna*” (Langer, 1964:16).

Según mencionan diversos autores, en algún momento de la prehistoria el sexo de la mujer fue venerado. “*Algunas pinturas rupestres que transformaron grutas en gigantescas vaginas lo hacen pensar*” (Delgueil, 1996:330). ¿Qué simbolizaron? ¿Qué representaron? Por otra parte, en estudios sobre la humanidad primitiva, se ve cómo las hembras, sin llegar a ser nunca jefes de las hordas, tenían lugar de igualdad en cuanto a la sexualidad que no tenemos las mujeres en la actualidad. ¿En qué momento, la horda primitiva transformó el falo en un emblema de poder? (Delgueil, 1996)

Diversos historiadores plantean que, en las hordas de la humanidad primitiva, hombres y mujeres se mezclaban entre sí, de manera indistinta y ocasional. Esta teoría llamada de la promiscuidad sexual, daba por resultado el que no pudiera existir, en los albores de la humanidad, la familia paterna que hoy conocemos.

Se trataba de familias maternas puesto que la paternidad era un hecho que ni las futuras madres conocían con certeza. En contraste con esto, la maternidad sí quedaba confirmada por el parto mismo. Sin embargo, llegó un momento en el que todos los pueblos y razas de la humanidad pasaron del estado de la promiscuidad sexual primitiva, a la fase de la familia materna, al matriarcado, y aunque la existencia del periodo anterior, el de la promiscuidad, fuera tan discutible, parece

un hecho incontrovertible el que la humanidad ha vivido largos periodos matriarcales como patriarcales (Narváez, 1971).

La existencia del matriarcado en la humanidad primitiva ha sido sostenida y defendida por etnólogos de gran prestigio. Fundamentan su criterio en el hecho interesante de que el hombre primitivo ignoraba la relación existente entre el contacto sexual y la concepción; esto hacía pensar que las verdaderas fuerzas creadoras de nuevas vidas fueran los poderes sobrenaturales, los tótems y hasta las madres omnipotentes (Narváez, 1971).

En este periodo de organización materna de la familia que ocurrió quizá en buena parte de la humanidad, surge como explicable consecuencia en la mente del hombre, la necesidad de elaborar mitos de un enorme contenido simbólico en torno a la figura de la madre y al arraigo de la tierra omnimaternal; estos y otros símbolos maternales universales que siguen siendo la esencia de lo que se llamaría el inconsciente colectivo de la humanidad (Narváez, 1971).

En la interpretación de Engels se describe el derrocamiento del derecho materno como la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. *“El hombre, empuñó también las tiendas de la casa; la mujer se vio degradada, convertida en servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Fámulus quiere decir esclavo doméstico, y familia es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre. La monogamia entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos”* (Engels citado por Narváez, 1971:147).

Hay teorías muy diversas sobre las consecuencias prácticas que tenía el matriarcado sobre la vida social y la forma en que el hombre logró obtener para sí la supremacía social e iniciar la era del patriarcado, bajo el cual seguimos viviendo actualmente. Según Engels, *“la primera división del trabajo surge entre hombre y mujer para la procreación de los hijos, y el primer antagonismo de clase y de*

opresión de una por la otra, aparece con el advenimiento del patriarcado al someter los hombres a las mujeres” (Engels citado por Langer, 1964:17).

Desde entonces la mujer queda confinada a un papel social restringido. *“Investigaciones antropológicas de diversas sociedades primitivas demostraron claramente que la supremacía social femenina primitiva estaba basada en las funciones biológicas de la mujer y en su influencia psicológica consecutiva” (Langer, 1964:17).* Para concluir con este tema, no puede dejar de comentarse que si se atiende a fuerzas dinámicas, ocultas, inconscientes, que gobiernan la vida del ser humano, que determinan el tipo de relación entre el hombre y la mujer, debemos decir que en nuestro medio, la figura central, directriz secreta de la vida, es la madre. Se trataría por tanto, de un matriarcado.

1.2. Visión histórica del niño, y su relación con el ejercicio maternal en la mujer

Como lo comentara Florinda Riquer (1996), para revisar la historia de la figura de la madre en cualquier cultura, es necesario revisar primero la historia del niño, así como la variación de sus necesidades a lo largo del tiempo; ya que están íntimamente relacionadas. Ella plantea que, *“los contenidos de la maternidad, y por ende, los modos de ser madre, han variado históricamente y en paralelo a la percepción del valor y las funciones atribuidas a los niños y la infancia” (Riquer, 1996:199).* Razón por la que a continuación se incluye una breve noción de la percepción del niño en el pasado así como las variaciones en el cambio de visión del adulto hacia éste a lo largo de la historia:

En la *Grecia Arcaica*, el asunto de mayor importancia para la educación era que el niño se acostumbrara a sentirse miembro de la comunidad, inculcándole el más profundo respeto por las leyes patrias, por los magistrados y por los ancianos. Junto a todo esto, que tiene un valor moral indudable, se cultiva con gran eficacia el desprecio por los extranjeros y el odio por las clases inferiores. A las

muchachas se les educaba con sistemas análogos, procurando desaparecer todo rastro de sensibilidad afectiva para convertirlas exclusivamente en madres robustas, prontas a preferir el bien de la patria por encima de los mismos hijos.

En Atenas, las muchachas llevaban una vida muy estricta, pasaban la mayor parte del tiempo en el “*ginesco*” (parte de la casa que les estaba reservada), donde aprendían sobre todo a ser buenas amas de casa (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

En realidad, la actitud de los adultos ante los niños, no favorecía el desarrollo de las mejores potencialidades humanas, tanto en Esparta como en Atenas, aunque en ésta última se dieron ciertas particularidades que hicieron posible la apreciación por primera vez en la historia de las cualidades ciudadanas que todavía hoy nos causan admiración (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

A pesar de que la civilización griega representa una parte relevante para la vida infantil a través de las edades históricas, puede deducirse que el niño no conoció a la madre en la relación estrecha y cálida que proporcionaría después seguridad y confianza.

En este punto, considero además útil, comentar algunos de los aspectos más generales sobre la actitud de los adultos ante el niño, en el México antiguo, ya que, por lo que se sabe, los principios educativos establecidos por la autoridad mexicana, eran semejantes a los de Esparta y reflejan parte importante de la cultura en el México actual (Se hará una revisión más amplia de este tema en el apartado sobre Maternidad en la Cultura Mexicana) .

Igual que en Esparta, en Tenochtitlán se preparaba a los niños, sobre todo a partir de la pubertad, para consagrarse a pelear por su dios y por su comunidad, aunque la diferencia principal parece consistir en la educación recibida en el hogar. En el

hogar de los mexicas los niños permanecían con sus padres hasta los 15 años y no hay razones para negar que recibieran de ellos afecto y protección. Las ceremonias y prácticas rituales de contenido religioso relacionadas con el nacimiento y los primeros días de la vida infantil nos dan cuenta de la creencia en la infalibilidad del destino trazado para cada quien.

Respecto a la cultura occidental, los cambios ocurridos históricamente en la actitud del adulto hacia el niño pueden verse en un principio en la Roma Antigua, donde se da por excelencia la situación de la familia patriarcal, en la que el padre ejercía todo el poder y donde la preservación de la unión familiar era un asunto esencial. La patria potestad era absoluta y se prolongaba hasta la edad adulta de los hijos, incluso después de su matrimonio.

Antes de empezar a ser la sombra de su padre, sin embargo el niño disfrutaba de la oportunidad de vivir muy cercanamente a su madre y de ser nutrido y cuidado por ella, por lo menos hasta los seis años de edad. Muy pronto se insertaba en la vida militar, política, o legal, si pertenecía a una familia acomodada; o dentro de actividades tales como el comercio y la agricultura si sus padres ocupaban las capas sociales inferiores. Las muchachas, como en Grecia, adquirían en el hogar una educación moral y doméstica (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

Durante el medioevo no mejoraron mucho las cosas para los niños en edad escolar. La indiferencia, y a veces hasta la crueldad, deben haber influido en la elevada mortalidad infantil de aquellos tiempos. En las crónicas y escritos medievales, es común encontrar referencias acerca de la supervivencia de uno de cada cinco o más niños. Quizá esto tenga relación con el hecho de que en aquellos tiempos no se consideraba a los niños como una clase particular de humanos, sino como adultos pequeños a quienes no había porque tratar de manera distinta (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

Hasta hace tres siglos en Europa Occidental no se consideraba a los niños como una clase particular de humanos ni se les trataba de manera distintiva. Evidentemente los niños muy pequeños necesitaban cuidados y atenciones especiales, pero una vez que habían sido destetados y habían adquirido un mínimo de capacidad para cuidarse a sí mismos, se convertían en “adultos pequeños” que se mezclaban, trabajaban y jugaban con las personas maduras.

En la Edad Media, al comienzo de los tiempos modernos y durante mucho tiempo después, en las clases inferiores, los niños se mezclaban con los adultos tan pronto como se les consideraba capaces de valerse por sí mismos, sin la ayuda de sus madres, no mucho después de un destete tardío; ingresaban inmediatamente en la gran comunidad de hombres, y compartían los trabajos y los juegos de sus compañeros, lo mismo viejos que jóvenes (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

Es interesante señalar, que en el arte medieval, se representó a los niños como adultos inmaduros, e inclusive en los siglos XV y XVI se les ve en pinturas, que no tienen carácter religioso, reunidos con los adultos. Su ropa no era característica, más bien vestían como los hombres o mujeres de su propia clase social (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

Tampoco se esperaba que las conductas de los niños difiriesen notablemente de las de los adultos. Después de la edad de tres o cuatro años, jugaban los mismos juegos que los adultos, con otros niños o con adultos, y participaban plenamente en las celebraciones y festividades de la comunidad. Además en la escuela medieval no existía un sistema graduado de educación, en virtud de la cual los temas se fuesen introduciendo de acuerdo con su grado de dificultad y sólo para estratos sociales específicos.

No se pensaba que los niños fuesen inocentes o que necesitasen ser protegidos de las alusiones a las cuestiones sexuales. Los niños participaban en la vida

violenta y libertina de la época, inclusive en la escuela eran extremadamente desordenados, desobedientes y violentos (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

En el renacimiento, y en los siglos posteriores se efectuaron algunos cambios en la actitud del adulto hacia el niño. Sin embargo, hay evidencia de que durante los siglos XVI y XVII el clima emocional familiar en el mundo occidental permaneció opresivo para los niños, y en cierta medida hasta cruel. La relación entre padres e hijos no estaba impregnada de calor afectivo suficiente y los pequeños vivían sumisos y receptivos.

El siglo XVII trajo consigo un gran cambio en las actitudes respecto de los niños y de su moral. Por razones que todavía no se entienden plenamente (pero que probablemente están ligadas con las vigorosas corrientes de la Reforma y la Contrarreforma), clérigos y humanistas de esa época comenzaron a recomendar la separación de los niños respecto de los adultos, e inclusive de los adolescentes. Gradualmente estos pensadores influyeron en los padres y, al parecer, apareció una nueva actitud familiar centrada en torno al niño y a su educación (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

Al realizarse el gran cambio de actitudes y de usos morales, comenzó a imponerse el concepto de la *inocencia de la infancia*. A partir de esa época a los niños se les protegió de toda referencia a las cuestiones sexuales, para que no se corrompiera su inocencia.

La idea de la inocencia infantil dio como resultado dos clases de actitudes y de conductas respecto de la infancia: en primer lugar, consistió en la salvaguarda contra la corrupción, y en particular, respecto a la sexualidad tolerada, aunque no aprobada de los adultos, y en segundo lugar, consistió en un fortalecimiento mediante el desarrollo del carácter y de la razón.

El niño se convirtió en una persona “especial”, dejó de vestir como los adultos. A partir del siglo XVIII (justamente con el nacimiento del capitalismo), las pinturas los muestran vistiendo ropas propias de su grupo de edad, que les distinguían.

En los moralistas y pedagogos del siglo XVII, se ve que el amor al niño y la simpatía por su naturaleza especial ya no se expresaron a través de las distracciones y de los mimos, sino mediante un interés psicológico y una solicitud moral. Ya no se consideró al niño como algo divertido o agradable, sino como un ser que necesitaba ayuda y orientación. A fin de corregir la conducta de los niños era necesario comprenderlos primero, y los textos de los siglos XVI y XVII están llenos de comentarios acerca de los cuidados infantiles.

El primer concepto de la infancia (caracterizado por los niños o las ternuras especiales) había hecho su aparición en el círculo familiar, en compañía de los niños pequeños. El segundo, por lo contrario brotó de una fuente exterior a la familia: los clérigos, que eran poco numerosos antes del siglo XVI, y un número mucho mayor de moralistas del siglo XVII, que anhelaban instaurar la disciplina y proporcionar morales racionales. También ellos se habían percatado del fenómeno de la infancia, en el que antes se había puesto poca atención, pero no estaban dispuestos a considerar a los niños como juguetes encantadores, puesto que veían en ellos frágiles criaturas de Dios, que necesitaban ser lo mismo protegidos, que reformados (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

A Rousseau debemos el descubrimiento de que los niños *tienen derecho* a la oportunidad de *desarrollar sus habilidades propias*. Su influencia fue importante y sus escritos despertaron el interés de muchos adultos hacia el niño, considerándole *como un individuo con derechos propios*. A partir de él se llegó a una actitud más respetuosa de la individualidad infantil. Sin embargo no fue una actitud generalizada, pero sus ideas representaron el principio de un cambio positivo irreversible.

En el siglo XIX se inicia en los Estados Unidos la “Revolución Infantil Americana” con una elevación del estatus del niño en la sociedad norteamericana, que irónicamente se debió en parte a su utilidad económica; puesto que en una sociedad cuya población es pequeña comparada con sus enormes recursos, los niños siempre ocupan una importante posición. Fue entonces en Estados Unidos donde se empezó a permitir a los niños un grado de libertad sin paralelo en la historia del mundo occidental y se llegó a un verdadero culto de la niñez (Calhoun, citado por Velazco, 1982). Se puede advertir la distancia que hay entre la actitud del padre romano con sus derechos y poderes sobre su hijo, y la posibilidad que tenían los niños en Estados Unidos de acusar a sus padres ante la autoridad si sufrían castigos severos (Velazco, citado por la Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil, 1982).

En la actualidad, pedagogos y psicólogos, afirman que el siglo XX fue el “*siglo del niño*”. En poco más de 50 años, el niño se ha convertido en el objetivo central de educadores, médicos (pediatría), legisladores, psicólogos y aun de otros muchos especialistas como antropólogos e historiadores. Sin embargo cabe mencionar que no precisamente la actitud del adulto hacia el niño ha pasado de la del abandono y olvido complejos, hasta la atención consecuente y amorosa (por supuesto, beneficiando sólo a ciertos grupos sociales). Probablemente el niño ha motivado siempre algunas de las mejores manifestaciones de la personalidad adulta.

Por lo que es necesario concluir que en el pasado siglo se produjo el más importante pronunciamiento a favor de la vida infantil, declaración que marca los deberes de cada adulto con el niño, con base en el conocimiento cada vez más extenso de sus características y necesidades psicosociales.

Con este recorrido general sobre la concepción del infante y sus necesidades, es posible destacar que las funciones maternas han sido igualmente alteradas, así como lo referente al mundo doméstico, espacio donde la mujer se ha desarrollado,

y desde donde el cual ha salido hacia otras instancias. La distribución de labores, se vio modificada con el desarrollo de la industrialización y el surgimiento del capitalismo, ya que la *división sexual del trabajo*, hizo necesario a la mujer replegarse al hogar y a sus hijos.

1.3. Sistema de gobierno, división del trabajo, y su influencia en el ejercicio materno

Es necesario hacer una distinción de los aspectos más importantes respecto a la influencia de nuestro sistema político y social vigente, así como del sistema cultural al que pertenecemos a través de la historia en la construcción de la maternidad como institución social.

Occidente, es decir, el espacio geográfico occidental (entendiéndose por éste el continente europeo y, desde el comienzo de la edad contemporánea, el americano) cuenta con su propio sistema cultural, influido principalmente por el capitalismo.

Aunque tiene sus orígenes en la antigüedad, el desarrollo del capitalismo es un fenómeno europeo; fue evolucionando en distintas etapas, hasta considerarse establecido en la segunda mitad del siglo XIX. Desde Europa, y en concreto desde Inglaterra, el sistema capitalista se fue extendiendo a todo el mundo, siendo el sistema socioeconómico casi exclusivo en el ámbito mundial.

Teóricos como Engels, pensador y economista político alemán, reconocieron en la familia, hace ya bastante tiempo “*un agente principal de la opresión femenina, y la más importante institución de la vida de las mujeres*” (Goldhor, 2000:28). El autor plantea la idea de que dentro de la familia tradicional el marido representa al burgués, y la esposa al proletariado. El estado moderno encuentra en la familia, el modelo que afirma la centralización de la autoridad del padre y el sometimiento de la madre y de los hijos a su arbitrio.

Estas ideas son precisamente las que determinan que las mujeres, en cuanto madres, produzcan a su vez, hombres con determinadas personalidades y orientaciones, y así mismo, la situación social de las mujeres y la división sexual del trabajo, generan otros rasgos del mundo social y económico y de la ideología. *“Los rasgos patriarcales y el sesgo androcentrista de la organización social permean tanto a la reflexión filosófica occidental como el discurso político moderno que se erige en autoconciencia social”* (Lartigue, 1996:221).

Ahora, teniendo en cuenta los datos anteriores, se retomará la revisión histórica hecha por Carmen Sáez Buenaventura (1988) sobre el ejercicio de la maternidad y el mito del amor maternal y su relación con la sociedad occidental capitalista:

Con el inicio del capitalismo, la familia, tanto burguesa como asalariada, era una realidad. Previa a su formación, un gran ejército de personas dependían totalmente de su fuerza de trabajo contratada y empleada en la agricultura, las fábricas, como sirvientes o bien en sus propios chamizos, a la par que un complejo y amplio, pero a todas luces insuficiente, sistema de ayudas, y de *leyes de pobres* trataban de ocuparse, sin acierto, de la enorme masa de población excedente.

Numerosos y sólidos trabajos coinciden en subrayar que es la época de transición entre el colapso de la economía feudal y el simultáneo proceso de capitalización incipiente (finales del siglo XVI hasta comienzos del XVII) la que marca un nuevo rumbo en la organización familiar, y por tanto, en el papel de la mujer. La división y separación entre el modo de vivir y el de trabajar se generan con el capitalismo preindustrial.

Como sabemos, la realidad *salario* comienza a simbolizar no sólo el pago por la fuerza de trabajo, obviando la plusvalía que se le hurta, sino ignorando, o más bien negando, un trabajo real que se torna gratuito, constituyendo la fuerza de trabajo y reproductor de otra nueva, con la que se produce un ahorro sustancial al capital: éste es el trabajo doméstico.

Con la fase de capitalismo avanzado, la mujer- ama de casa- esposa- madre deviene una institución, no sólo a consecuencia con la nueva imagen que el protestantismo presta a la figura femenina. En tanto que la iglesia católica asimila *la mujer a Eva*, fuente de pecado y perdición para sí misma así como para los hombres; la iglesia protestante opone una concepción femenina marianista, que traducida a la realidad cotidiana vino a promover una fémina frágil, sufrida, asexuada e inmadura, mientras que obligaba a las de clases populares a convertirse en las prostitutas de los maridos de aquellas, a la vez que creaba el mito de la mujer trabajadora, sana e infatigable.

A partir de esta encrucijada, vemos aparecer con entera claridad la consolidación de la división de clases, así como de géneros, a la vez que la manipulación y explotación de las clases poderosas sobre las desprotegidas, y del sexo masculino sobre el femenino.

Nace la demografía a mediados del siglo XVII y comienza a proporcionar datos sobre las cifras de población. Los números revelan que alrededor de 1709, el continente europeo parecía correr el riesgo de despoblarse. A pesar de que en la mente de algunos la escasa supervivencia infantil (sobre todo durante el primer año de vida) aparecía como un factor más a tener en cuenta, respecto a la miseria nacional, junto con otros muy graves.

Los pensadores de la revolución francesa optaron por una reducción simplista y nada inocente de estas cuestiones, al menos para el sexo femenino. En lugar de admitir, o al menos intentar paliar su posible incapacidad para resolver problemas de magnitud semejante, rompieron la cuerda por el lado más débil y arremetieron contra las madres, acusándolas de ser las causantes de la desdichada situación en Europa, a través del abandono de lo que ellos consideraban sus *funciones*. Se establece, o en su caso se reivindica el lugar de poder del varón en el cambio occidental, ahora nombrándolo y en el desempeño de lugares de poder.

Empezó a tejerse una sutil mistificación en torno a la maternidad, reduciendo y motivando a las mujeres con los señuelos de la *igualdad* y la *felicidad*, si se avenían a sufrir una serie de tareas (criadora, educadora, enfermera, etc., de sus hijos), propuestas todas ellas como las más convenientes a su naturaleza.

A la par, otros “hombres de bien” (teólogos, clérigos, médicos, filósofos, etc.) continuaron desarrollando ésta misma línea, colaborando todos en la elección de la mujer como “chivo expiatorio” de una compleja situación económica y sociopolítica (Sáez Buenaventura, 1988).

Así, el problema de la mortalidad infantil pasó de ser un asunto grave más, a ser el problema en sí. Para completar el cuadro satisfactoriamente, sólo faltaba un detalle: la creación del *mito del amor maternal*, que venía a fundamentarse y ser expresión del *instinto maternal*.

Esta serie de hechos, y el establecimiento del amor maternal como característica inherente a la mujer, nos lleva a pensar en que el ejercicio maternal de las mujeres es uno de los puntos centrales (si no es que el principal) de la división sexual del trabajo.

Goldhor menciona que “*el rol maternal tiene efectos profundos en la vida de las mujeres, en la ideología sobre las mujeres, en la reproducción de la masculinidad y de la desigualdad sexual, y en la generación de formas precisas de poder laboral*” (Goldhor, 2000:26).

Las mujeres, en cuanto madres, son uno de los factores principales que actúan en la esfera de la reproducción social dentro de la modernidad. Como lo indican tanto Engels y las feministas marxistas, Leví-Strauss y las antropólogas feministas, Parsons y los teóricos de la familia, “*las mujeres encuentran su ubicación social primaria en este nivel*” (Autores citados por Goldhor, 2000:26)

Luego entonces, el asunto de la infancia de manera intencional, comienza a ventilarse en el siglo XVIII, pero las razones más contundentes que motivaron el que saltase a un primer plano, no fueron precisamente de carácter moral o humanitario, sino que se fundamentaban en hechos concretos de importante peso político y económico. De manera similar a como el aislamiento de los locos, indigentes, enfermos, o prostitutas pareció una solución, en su momento de cara al orden social y a la crisis económica del feudalismo, los asilos para niños abandonados lo fueron, dado el volumen incesantemente creciente de su población, que suponía una soga al cuello de la economía contribuyendo a afectarla aún más (Sáez Buenaventura, 1988).

Ello, unido a una corriente fisiocrática importante entre hombres de estado, contribuyó a que, a finales del siglo XVIII, el niño adquiriese un valor de mercancía. Nos hallamos en pleno discurso capitalista. Los seres humanos se convierten en un producto precioso para el estado, en virtud de que la riqueza engendrable mediante su fuerza de trabajo y a su número, gracias al cual es posible aumentar la hegemonía territorial y el poder militar, reflejados ambos en un ejército potente y numeroso.

Fisiócratas, filántropos, patriotas en definitiva, empezaron a promover medidas que hicieran rentables, cuanto antes, a los niños asilados, pudiendo prescindir así de tan costosas instituciones; la deuda contraída por estos chiquillos con el Estado, durante los años de asilamiento, quedará resarcida mediante su trabajo posterior. Mientras tanto, se intentaba una política discontinua e insuficiente creada por sociedades diversas y dirigida a algunas madres carentes de medios, para que pudiesen lactar a sus hijos o no tuviesen que abandonarlos, por no poder prescindir de un trabajo asalariado, al que tanto ellas como los niños de corta edad (5 o 6 años), acudían cada vez en mayor número. Es en los siglos XVIII y XIX cuando tiene lugar el doble proceso de liberación de la mujer, en cuanto a su *mayor participación social* y su *reabsorción* en lo doméstico, según las clases

sociales de pertenencia, en tanto que la familia adquiere sus caracteres de familia nuclear de los siglos XIX y XX (Sáez Buenaventura, 1988).

El ejercicio maternal de las mujeres, como pueden esclarecer estos datos, está ligado, sin embargo, a muchos aspectos de la sociedad, es fundamental en la ideología vigente de lo masculino y femenino, es decir en todo lo relacionado a la construcción genérica; es un rasgo central del sistema género-sexual. “*Crea asimetrías heterosexuales que reproducen la familia y el matrimonio, pero deja a las mujeres con necesidades vacantes que las llevan a ocuparse de los niños, y a los hombres con la capacidad para participar del mundo alienado del trabajo*” (Goldhor, 2000:318).

Se crea entonces la *ideología del dominio masculino* y el temor de las mujeres hacia los hombres, se conforma la base para la división del mundo social en esferas domésticas y públicas desigualmente valoradas, ésta división se realiza con base en la esfera de gente de distinto sexo. Se constituye también un vínculo crucial entre la organización de lo masculino y femenino y la organización de la producción. “*Produce hombres provistos de las características personales y de la estructura psíquica adecuadas para participar en el mundo del trabajo capitalista*” (Goldhor 2000:318).

1.4. ¿Por qué las mujeres ejercen la maternidad?

Hasta el siglo XVIII La Medicina se desinteresó de los niños y las mujeres, poniendo la salud de los primeros en manos de las segundas y de éstas en las de otras, sabedoras todas ellas de ciertos conocimientos, mezcla de magia y empirismo, que se denominaban *remedios caseros*. En el siglo XIX y a expensas de los hallazgos e investigaciones de 150 años antes, el saber médico adquiere categoría científica y experimenta un alto desarrollo. Tiene lugar la aparición del *médico de familia*, que pronto establece una alianza sólida con las madres de cada hogar, convirtiéndose éstas en fieles auxiliares gratuitas de dicho personaje.

Las madres burguesas se tornan no sólo en consumidoras, sino en ardientes promotoras de movimientos de higiene y salud, a la vez que engullen vorazmente libros, charlas, guías, panfletos y cursos sobre el cuidado de los bebés (Sáez Buenaventura, 1988).

Desde el último tercio del siglo XVIII hasta fines del XIX los médicos han confeccionado, para el uso de las familias acomodadas, una serie incesante de obras sobre crianza, educación y medicación infantiles, no en vano el nacimiento de la *Pediatría*.

Así como en la familia roussoniana se le asignaba a la madre el papel de nutridora, mientras que el de educador de los hijos correspondía al padre, en los últimos años del siglo XVIII y durante el siglo XIX, esta tarea recae también sobre los hombros femeninos, sobre todo en cuanto se refiere a la formación de los más pequeños, el padre, aunque lo haga raras veces, deberá orientar a los mayores (Sáez Buenaventura, 1988).

La polémica, iniciada a finales del siglo XVIII entre escuela pública y privada, dio lugar a infinidad de publicaciones, bien en defensa de una u otra, aunque dirigidas a las madres que en esa época pasaron de ser criadoras, enfermeras y educadoras, a una prolongación hogareña de la escuela. Durante un tiempo las madres de la pequeña burguesía tenían a su cargo, además de la instrucción de los menores, la formación moral, religiosa, la enseñanza de modales adecuados, etc.

En cuanto a las hijas, ya en el siglo XVIII nace en Inglaterra una práctica, que aún hoy no ha cesado, y que consistía en que las madres debían hacer repetir las lecciones a sus hijas, hasta que éstas las memorizaran, por lo cual madres e hijas acudían a clase una vez por semana, para ser aleccionadas y examinadas por los maestros. Lo cual nos remite a la antigua Atenas, donde como se mencionaba anteriormente el gineceo era un espacio reservado dentro del hogar para la

educación de las niñas, entendiendo que la educación y el género han sido aspectos ampliamente relacionados a lo largo de la historia en diferentes culturas. Este punto es de vital importancia, ya que es uno de los ejes centrales del presente trabajo, y será tomado en cuenta desde distintas perspectivas, por lo que este antecedente histórico debe tenerse presente a lo largo de su revisión.

Mientras tanto, la Iglesia católica se encargaba de magnificar estas cuestiones utilizando, paradójicamente argumentos que prometían a las madres cumplidoras de sus tareas, la felicidad, el respeto y admiración social, los clérigos les prometían las más grandes recompensas celestiales, cuanto mayor fuera su dedicación y sacrificio hacia la infancia. La madre del siglo XIX debe ser la *Santa Virgen María* con conocimientos de higiene, medicina, pedagogía, urbanidad, latín, labores domésticas, etc. La maternidad se torna en la asunción de obligaciones sociales, a la vez que *sublimación* de deseos y/o necesidades personales. Así nace el concepto de madre ideal o buena madre, heredado en el siglo XX.

Si esta denominación se aplica a las buenas mujeres (esposas- madres), la política respecto a las malas, perdidas, descarriadas, etc., pertenecientes en su inmensa mayoría a las clases populares, será prepararlas para que discurren por el desfiladero del matrimonio y la maternidad, de alguna forma, tarea que correrá a cargo de innumerables órdenes religiosas y organizaciones filantrópicas.

Desde 1840 hasta finales del siglo XIX, se multiplican las leyes protectoras para la infancia y la mujer en el trabajo, sobre insalubridad en las viviendas, sobre vigilancia de las nodrizas, escuela obligatoria, utilización de los niños por comerciantes y extranjeros, etc. Todo ello debió tranquilizar a los legisladores, pero poco vino a resolver la situación real, a pesar de que también se abrieron numerosos hogares protegidos y casas de acogida (Sáez Buenaventura, 1988).

La caridad, que todavía no es justicia (a pesar de las continuas conmociones y revueltas reivindicativas de la clase obrera) no tiene lugar a través del Estado, sino

que se aferra, controlándola e intentando manipularla, a la estructura familiar (Sáez Buenaventura, 1988).

En este periodo, en que se concretiza el mito de la mujer ideal y de la buena madre que sobrevive hasta hoy, habían sido desechados todos aquellos movimientos en pro de iguales derechos entre hombres y mujeres, a los que se alió e impulsó el feminismo militante de aquellos momentos. La burguesía se hallaba perfectamente instalada en el poder y las corrientes evolucionistas, del brazo de la ciencia, crean la garantía de la inferioridad biológica femenina. Todo ello nos explica cómo consiguió imponerse el *falocratismo*, incluso a niveles populares, y cómo contribuyó al mayor enclaustramiento social de la mujer a través de lo familiar y lo maternal. Al mismo tiempo, las corrientes feministas del siglo XIX defendían, como deseable, este aumento de *poder intradoméstico* de las mujeres.

Mientras tanto nuevas ramas del saber continúan apareciendo y desarrollándose en el siglo XIX, tales como la Psicología, algunas de cuyas vertientes (médica y experimental) fueron utilizadas por los poderes hegemónicos, para reafirmar aliándose con el evolucionismo, la subalternidad femenina. Sintetizando la norma, era el hombre (patriarca- burgués occidental) y todo lo que no alcanzase o sobrepasase sus cualidades, características y/o capacidades, no era distinto sino anormal y/o peor, y por tanto, minusvalorado rechazable o condenable.

Las más diversas escuelas psicológicas se volcaron entusiasmadas sobre la recién surgida psicología infantil, aparecida en la segunda mitad del siglo XIX y en estrecha unión con trabajos de observación e intentos de reeducación de niños rechazados y/o anormales. A todo ello debemos añadir que dicho interés no es pura y exclusivamente científico, sino consecutivo a la necesidad que significaban miles de niños (retardados, delincuentes, inadaptados, etc.) acogidos en centros para tutelaje y corrección cuyo volumen numérico constituía un peso muerto social y económico.

Se creyó ver la recapitulación de la evolución de la especie en las formas sucesivas del embrión y el feto a través de su proceso de desarrollo, y se amplió esta analogía al periodo evolutivo del niño. En consecuencia, la primera infancia se constituyó en etapa clave para intentar la comprensión de estadios posteriores del individuo. Los mismos psicólogos se dedicaron a estudiar minuciosamente el desarrollo de sus propios hijos (Pierre Janet, Bidet, Stern, etc.), dando lugar a una abundante literatura sobre las características del comportamiento y evolución infantiles (literatura entre la que adquirió una principal relevancia la procedente de los trabajos freudianos).

Pero el siglo XX heredó del siglo XIX no al niño, sino la simbiosis *mujer madre-niño*, que comenzó desde el siglo XVIII. De esta manera fueron, ambos, los que cayeron bajo los focos de la investigación psicológica, que contribuyó a modificar, con medios más sutiles y sofisticados, la pretendida relación causa- efecto entre estos dos seres. Las responsabilidades exigidas a las madres por Rosseau (de quien cabe mencionar, sólo fue un vocero del pensamiento de su época) y que él mismo y las distintas jerarquías tradujeron ya en culpabilidades, en orden a la crianza, la educación, el desenvolvimiento en sociedad, etc., de la infancia ahora se hacen extensivas al porvenir psicológico de las nuevas generaciones, a su cordura o a su locura. Es decir, se está creando “el concepto de la madre” como fuente y causa de patología infantil, debido a la influencia del psicoanálisis relacionada con la difusión de sus ideas a nivel popular; llevando al aumento de madres ansiosas o culpables, es decir, de la “madre patógena” (Sáez Buenaventura, 1988). Comienza a establecerse la figura de la madre como *objeto*.

Me parece importante observar que a través de esta revisión de datos históricos, pueden situarse las bases sobre las cuales se construye la teoría psicoanalítica. Podemos darnos cuenta de que la creación de aspectos de esta corriente tan determinantes como son las relaciones de objeto y lo que respecta a la figura de la madre son producto del pensamiento de una época, y sin embargo, continúan determinando el pensamiento actual, formando parte del inconsciente mismo.

Considero necesario hacer un alto en este punto, para incluir un conjunto de ideas respecto a la influencia del sistema capitalista en el origen de la concepción de la familia y de la madre que persiste hasta nuestros días.

1.5. Capitalismo y patriarcado

De acuerdo con Heidi Hartman, si la consideramos en abstracto, la lógica del capitalismo, como lógica del beneficio través de la explotación, es ciega al sexo, y no entendería otro lenguaje que el de la máxima extracción de plusvalía.

Los obreros retienen en el hogar a una esposa que les presta los servicios domésticos a cambio de una manutención, estirando su salario y haciendo maravillas para tener una casa ordenada y unos hijos no famélicos. *“Dejan, en cierto modo, de ser proletarios, como el que tiene una prole a secas sin su marco institucional, y son instituidos cabezas de lo único que pueden serlo pero que, justamente, instituye su virilidad: serán padres de familia”* (Hartman, citada por Amorós, 2000:34).

Correspondiendo entonces a la idea instituida del príncipe al rescate de su doncella, liberarán a su esposa de la servidumbre de la fábrica. Sin embargo la hacen pasar a la servidumbre de su casa al convertirla en “señora”, o “ama de casa”. El patrono, por su parte, al hacer padres a los padres, refuerza su poder como patriarca y el patriarcado como sistema. Lo anterior puede parecer una opinión personal que reduce todo a la clase obrera, sin embargo, me parece que no es aplicable sólo a este estrato social, sino que representa las bases de todo un sistema de gobierno y de pensamiento, por lo tanto determinante de las relaciones sociales.

Hartman define de este modo al patriarcado *"como un conjunto de relaciones sociales entre los hombres que tienen una base material y que, si bien son jerárquicas, establecen o crean una interdependencia y solidaridad entre los*

hombres que les permite dominar a las mujeres". (Hartman citada por Amorós, 2000:35). La opresión de las mujeres debe, pues, ser explicada desde un doble referente: *el capitalismo como modo de producción y el patriarcado como modo de reproducción*; es decir, se habla de un sistema de gobierno que establece la división del trabajo, y además determina los roles sociales, las relaciones humanas así como los aspectos subjetivos que forman parte de ellas, tales como la reproducción.

Nuestra sociedad, entonces, exige hijos para incrementar los bienes capital, por lo tanto, quien no los tenga (especialmente en el caso de la mujer), será objeto constante de críticas y reproches. "*Nuestra sociedad exige en forma terminante que cada mujer sea una máquina que produce hijos, al igual que otras producen corcholatas. Máquina que no produce, no sirve*" (Silva, 1971:166). De ahí la desesperación de la mujer infértil (tema que será tratado más adelante).

Christiane Olivier, comenta al respecto que existen algunos signos reveladores del hecho de que la educación del hijo por la madre en el hogar, es antes que nada una decisión gubernamental, y que la posibilidad de la mujer de interrumpir su trabajo se traduce para ella casi siempre en la imposibilidad de proceder de alguna otra manera. "*La sociedad distribuye tan rigurosamente los papeles según el sexo desde nuestra más tierna infancia, que a veces ya no podemos identificar más nuestro propio deseo. Es impensable que a una mujer no le guste cuidar a un niño, pero sería ridículo que al hombre le gustara*" (Olivier, 1987:231). El hombre, por razones obvias, jamás aceptaría una distribución diferente de tareas. Así, la mujer que trabaja, contrariamente al hombre, conserva al mismo tiempo su papel familiar de responsable del hijo. "*En un sistema patriarcal, el hombre instala a la mujer en el hogar con sus hijos, para poder reinar en todos los demás espacios; ¿y entonces la mujer va a tomar por su vocación verdadera lo que no es más que el deseo del hombre?*" (Olivier, 1987:246).

1.6. Repercusiones en la actualidad

A este respecto, Luce Irigaray plantea que las determinaciones históricas del destino de la mujer, en particular su destino sexual, deberían ser cuestionadas, y formula la pregunta de si es posible discutir sobre la sexualidad femenina antes de aclarar el estatuto de la mujer en las sociedades occidentales (Irigaray, citada por Delgueil, 1996).

Como sabemos, una nueva actitud hacia el niño se ha extendido a otras partes del mundo occidental. Puede concluirse que con ello se ha influido la calidad de vida en el mundo, pues existen otros factores, por ejemplo, lo que respecta a la mujer y a la madre, ya que es ella quien ha tenido que adaptarse a las necesidades del niño, heredando casi intacto el ideal maternal institucionalizado y místico del pasado siglo, sin que con ello la sociedad se adaptara a las necesidades de su género; ya que, como lo plantea Riquer, a lo largo de la historia de occidente ha habido en materia de reproducción humana como constantes: *“el destino reproductivo asignado socialmente a las mujeres, sobre la base de su capacidad de procrear”*, así como *“el interés de los hombres de ciencia y de los que han detentado el poder en cada etapa del desarrollo social, por conocer la anatomía y fisiología humanas, particularmente la femenina, para regular o controlar la sexualidad y la reproducción”* (Riquer, 1996:199)

Además como si la carga cultural e histórica no fuera suficiente, hoy en día existe la influencia de medios de comunicación, tales como los audiovisuales; desde los que se repite la antigua información, de igual contenido, aunque presentada en forma moderna y tecnológica con capacidad de sugestión.

Todo ello no se ha dado sin sus respectivas consecuencias, por mencionar alguna, se retoma a continuación la tesis planteada por Marie Langer en su obra *“Maternidad y Sexo”*, en la que nos habla del aumento de los trastornos en las funciones procreativas en la mujer, respecto al enfoque psicoanalítico, planteando lo siguiente:

Antaño la sociedad imponía a la mujer severas restricciones en el terreno sexual y social, pero favorecía el desarrollo de sus actividades y funciones maternas. Las consecuencias de estas restricciones fueron la gran frecuencia de la histeria y otras manifestaciones psiconeuróticas en la mujer. Sin embargo, parece haber sufrido relativamente poco de trastornos psicósomáticos en sus funciones procreativas. Actualmente el cuadro ha cambiado. En este último siglo la mujer de nuestra civilización ha adquirido una libertad sexual y social totalmente desconocida apenas tres generaciones atrás. En cambio, las circunstancias culturales y económicas imponen graves restricciones a la maternidad. Como consecuencia de ésta situación, disminuyen los cuadros neuróticos típicos y ya no se encuentra más la "grande hystérie", pero aumentan en forma alarmante los trastornos psicósomáticos mencionados...O bien, para hablar en términos más sencillos e imágenes más concretas: nuestras abuelas, a la vista de un ratón, se subían a una silla y recogían las faldas pidiendo auxilio a gritos, pero generalmente no tenían dificultades en amamantar a sus hijos; mientras que actualmente las jóvenes saben manejar autos, ambulancias y hasta aviones, pero frecuentemente no saben alimentar a sus criaturas o renuncian de antemano a ésta tarea... (Langer, 1964:13).

El cambio de la posición actual de la mujer en nuestra sociedad pareció brusco e inesperado, pero era el resultado de un largo proceso en el cual intervinieron muchos factores en interacción (Langer, 1964:14) .

¿Cómo pasamos de los trastornos histéricos a los trastornos en las funciones maternas? ¿qué aspectos son los que están fallando? El caso es que la fuerte carga atribuida a los roles sociales pertenecientes a la mujer le crean distintas ansiedades, que a pesar de los "avances" a lo largo del tiempo, le generan conflictos expresables por medio del trastorno, sin embargo lo que me parecería más interesante preguntar sería ¿hacia qué patología nos dirigimos? De ahí parte la necesidad de un replanteamiento de lo femenino (aunque en este trabajo sólo nos conformaremos con el de la maternidad).

Estos factores (la carga cultural, el sistema político y las necesidades infantiles en el ejercicio maternal femenino) han sido y siguen siendo perpetuados a través de las generaciones creando todo un sesgo cultural y estableciendo instituciones sociales; todo esto sin olvidar que *“una geografía es una construcción que se va transformando no sólo con el discurso, sino con las vidas cotidianas”* (López Ramos, 2000:68), por lo que cada mujer en su vida y experiencias personales padece las consecuencias de toda esta carga política e histórica que pesa sobre sus hombros.

2. Lo femenino y la maternidad en la cultura mexicana

La construcción de género y la reproducción están estructuralmente vinculados al proceso histórico cultural al que pertenecen, por lo que considero necesario ubicar estos fenómenos en nuestra realidad nacional particular. Resulta entonces conveniente recordar, aunque sea a grandes rasgos, algunos antecedentes en referencia a la conformación de lo femenino y lo masculino en el devenir de la sociedad mexicana.

2.1 Antecedentes Históricos

En primer lugar es necesario saber que en el México prehispánico las diferencias de género ya existían y por lo tanto forman un precedente a tomar en cuenta en nuestra visión actual de género, sin embargo no debemos olvidar que esto sólo constituye una interpretación occidental de los hechos. *“El Códice Mendocino habla de ciertas prácticas sobre la actitud que en general se tenía frente al niño en la vieja Tenochtitlán”* (Velazco, 1982:10). A ciertos días de nacido el niño, la partera o “táctil” iba a lavarlo. En ese momento se limpiaban casa y calle y se adornaban las puertas con arcos de tule. En el patio se ponía un “pétlatl” y encima un “apaztlí” nuevo con agua. Si se trataba de un varón, se colocaban al lado una rodela, un arco y cuatro flechas, todo pequeño, y los instrumentos del oficio del padre, que era el que por regla general seguían los hijos. Si se trataba de una niña, se le ponían una escoba, un “malacátl” para tejer y un “pétlatl” para que se sentase a trabajar. Además al lado de oriente se colocaba una vasija con ciertos panes hechos de frijol cocido y maíz tostado que representaban el ombligo del recién nacido. En el centro de estos objetos ardía un brasero, cuyo fuego, formado por leña de “ócotl” se mantenía desde el nacimiento de la criatura.

La partera lavaba varias veces al niño dedicándolo a los dioses, en particular al sol, si era varón; o a Chalchiuhtlicue si era niña. Las armas en el primer caso significaban que el destino del hombre era combatir por su dios y por su patria, en

el segundo los instrumentos de labor expresaban que la vida de la mujer debía ser el trabajo y el recogimiento, y así ponían en las manos del recién nacido o las armas pequeñas o el “malacátl”. Enseguida la misma partera ponía nombre a la criatura.

Al llegar a la mayoría de edad, esto es, a los veinte o veintidós años, podía emanciparse de la servidumbre y contraer matrimonio, para lo cual hacía a sus maestros un regalo de mantas grandes que llamaban “quachtli”.

En la vida precolombina, la mujer azteca, dependiendo de su clase social, era destinada diferentes funciones; así tenemos que las macehualtin, mujeres de la clase dominada aseguraban el mantenimiento y reproducción de las fuerzas de trabajo de la sociedad mexicana. Por otra parte, las cihuapilli o mujeres de la clase dominante, destinadas fundamentalmente al cumplimiento de la función procreativa, sin que por ello descuidaran las labores domésticas y las labores textiles necesarias para el consumo familiar. De tal manera que la educación impartida por la madre, consistía en dominar y reprimir cualquier impulso de independencia y autonomía, estableciendo que tenían una función complementaria y que no bastaba resignarse sino que debía ser visto como algo natural (Morales, 1996). Debe tomarse en cuenta el hecho de que la jerarquización social no sólo era aplicable hacia la mujer, sino también hacia el varón, sin embargo me centraré en lo concerniente a lo femenino, por ser el punto central de este apartado.

Es de llamar la atención el hecho de que en una cultura tan apartada de las diversas visiones históricas que se han revisado, la división sexual del trabajo (no reconocida como tal en aquella época) destine a la mujer labores y jerarquías similares a las de otras culturas ¿anatomía es destino?, ya trataré sobre esta cuestión más adelante.

A continuación se retoma una semblanza arbitraria a través de las diferentes etapas de nuestra historia hecha por Ma. Del Carmen Elú y Luis Leñero:

En la sociedad prehispánica; aún cuando el territorio nacional estaba poblado por diversos grupos étnicos, la náhuatl (mexica) era la *civilización imperante*, y por ende, el antecedente cultural más fuerte al que se enfrentó la colonización española.

La sociedad mexicana estaba dividida estructuralmente en dos clases sociales: la nobleza, “pipiltin”, grupo gobernante, y la “macehualtin”, conformada por el amplio sector de población de cuyos tributos y trabajos vivía la nobleza.

Conforme pertenecieran a una u otra, la vida de las mujeres presentaba ciertas variantes circunstanciales, pero era más profundo lo que compartían, por su adscripción al género femenino, que lo que las distinguía por su pertenencia de clase. Las mujeres de la clase noble eran preparadas desde muy niñas, a través del *adiestramiento muy severo* para cumplir el papel que su grupo social esperaba de ellas. “*Se les enseñaba a hilar, a tejer, y a nunca estar ociosas. A veces para entretenerlas eran obligadas a bañarse varias veces al día*”. Quienes desobedecían las órdenes eran objeto de duros castigos corporales: “*azotes, pincharles las orejas o introducirles humo de chile por la nariz*” (Ma. de Jesús Rodríguez citada por Elú y Leñero, 1992:12).

Dados los intereses de clase en cuanto a la reproducción del linaje y el establecimiento de alianzas, su virginidad era celosamente custodiada. Según Fray Bernardino de Sahagún, “*las jóvenes nobles tenían en alta estima su castidad y cuidaban con gran esmero de su honra y de su fama*” (Sahagún citado por Elú y Leñero, 1992:12). Resulta evidente que a estas doncellas se les inculcó, como su modo ideal de vida, aquel que correspondía a los intereses familiares (sin olvidar que la familia y sus valores eran distintos a lo que hoy se conoce).

Vivían recluidas en los palacios y solamente podían pasear por los jardines acompañadas de viejas matronas que se responsabilizaban de su cuidado. Cuando las doncellas salían a la calle, se extremaban las precauciones y se les prohibía levantar la vista del suelo. Las que osaban desobedecer eran cruelmente castigadas. Según Motolinía, estos castigos *“llegaban a los azotes con ásperas ortigas o fuertes pellizcos que les dejaban el cuerpo cubierto de cardenales”* (Motolinía citado por Elú y Leñero, 1992:12).

Antes del matrimonio algunas de las doncellas de esta clase se destinaban al servicio del templo, donde considero que eran también sujetas a la discriminación de género, pues no gozaban de los privilegios del sacerdocio, reservado para los varones. Sus actividades en el templo eran de servidumbre, e incluían desde el tejido de lienzos para el ornato hasta la limpieza de los atrios. Su trabajo era tan pesado que Sahagún (desde una visión católica) las denominó *“mozas de penitencia”*. Mantener su castidad durante este periodo era un requisito tan estricto que su quebrantamiento conducía a la muerte, *“por haber violado la casa de su dios”* (Sahagún citado por Elú y Leñero, 1992:13). La sexualidad femenina estaba, pues, sujeta de una manera estructurada a los intereses de los mortales y de los dioses, quienes a su vez, tenían una sexualidad activa, donde encontramos, como señala López Austin *“una presencia constante de ubicaciones, atributos y actividades divinas derivadas de la división sexual”* (López Austin citado por Elú y Leñero, 1992:13).

Hay que recordar que en esta cultura, la sexualidad de los dioses permeaba la vida de los mortales y su fecundidad. Según la cosmología náhuatl existía una permanente interrelación entre las entidades humanas y las divinas, que incluía la fecundación de humanos por parte de entidades míticas.

A diferencia de lo que ocurría con las nobles, las mujeres del pueblo además de dedicarse a las actividades domésticas, la procreación y el cuidado de los hijos, debían colaborar en los trabajos agrícolas y contribuir con tejidos o trabajo

doméstico al tributo colectivo que su “calpulli” estaba obligado a pagar a los señores. Entre esta población eran muy notorias las diferencias por género. Mientras que “*los varones podían ejecutar treinta y cinco oficios distintos*”, nos dice Sahagún, “*las mujeres, cubrían sólo una gama de quince, siendo los más comunes los de hilandera, verdulera, partera, hechicera, casamentera y curandera*” (Sahagún citado por Elú y Leñero, 1992:13).

Independientemente de su estrato social y de la cantidad de actividades efectuadas, las mujeres en la sociedad mexicana sólo desempeñaron -según Ma. De Jesús Rodríguez-, trabajos desprovistos de prestigio social y de reconocimiento: “*El comercio, el sacerdocio y la guerra eran mecanismos al alcance de las manos masculinas para la ascensión social y la obtención de prestigio, pero las mujeres fueron sistemáticamente sustraídas de participar en ellas, y por ende, de los beneficios de su práctica*” (Ma. de Jesús Rodríguez citada por Elú y Leñero, 1992:14).

Se comenta que la participación de las mujeres como madres, era comparada con la propia gloria de la guerra. Las mujeres que morían de su primer parto se convertían en diosas que acompañaban al sol durante su recorrido por el firmamento, al igual que sucedía con los guerreros muertos en batalla. Esta comparación me parece de sumo interés, ya que implica el reconocimiento de la maternidad como algo más allá de una capacidad “natural”, sino que implicaría un esfuerzo y preparación equiparados a los de un guerrero, concepción que al parecer no logró sobrevivir.

Sin embargo, advierte Rodríguez, “*ambas situaciones no son equiparables pues contienen aspectos intrínseca y sustantivamente opuestos*” (Ibidem). Mientras que los varones acompañaban al sol durante cuatro años para después regresar a la tierra “*convertidos en colibríes, las mujeres no acompañaban realmente al sol, sino solamente a su reflejo, y cuando volvían a la tierra lo hacían convertidas en seres*

descarnados y fantasmales, temidos por su naturaleza maligna porque producían enfermedades y enloquecían a la gente” (Ibidem).

Dentro del grupo de nobles las variaciones de género también sobrepasaban el ámbito terrenal. Mientras que los hombres prominentes eran incinerados con cuarenta acompañantes, a las mujeres se les cremaba únicamente con la ropa que llevaban puesta y sus herramientas de hilar y tejer, para que pudieran continuar con sus trabajos más allá de la muerte; lo cual me lleva a preguntarme ¿por qué era necesario que la mujer continuara desempeñando sus labores terrenales en un ámbito espiritual?

Si bien existía un diferente grado de explotación entre las mujeres nobles y las del pueblo, resulta que ambas compartían la dominación ejercida sobre su vida en general, y sobre su sexualidad, y reproducción en particular, siempre puestas al servicio de las necesidades familiares patriarcales. Ciertos aspectos de su quehacer estaban definidos por la discriminación de género que les impedía la entrada a los mecanismos de acceso al estrato y prestigio sociales y las consignaba a tareas arduas.

La irrupción violenta de España en la historia y cultura de México no implicó una ruptura en cuanto a la construcción cultural de los géneros. Por el contrario, reafirmó sus componentes básicos, como puede verse a continuación, ya que de inicio, voy a hablar un poco acerca del contexto cultural al que pertenecían los conquistadores españoles para poder visualizar esta afirmación:

En España del siglo XVI confluyen dos tendencias de pensamiento: el medieval que empieza a perder fuerza y el renacentista, que emerge renovando los ideales de las artes y del humanismo. Este último se ve acompañado por el incremento demográfico y el auge económico de las ciudades, lo que produce una excesiva oferta de mano de obra.

Ello trae como consecuencia que las mujeres que desempeñaban diversas actividades económicas sean “conminadas”, mediante el discurso moral a recluirse en el ámbito de las tareas domésticas. Se despliega así un mecanismo ideológico tendiente a dar oportunidad a la creciente mano de obra varonil; mecanismo recurrente en toda la historia social.

La mujer es endiosada y exaltada como objeto poético y místico; se separa su imagen de lo realmente humano, y con ello se limitan automáticamente sus posibilidades de convivir y compartir, en circunstancias equitativas con el género masculino, las realidades cotidianas en los ámbitos jurídicos, sociales y políticos.

Según Pilar Gonzalbo, las formas de vida española, la redistribución de quehaceres y las diferentes situaciones prevalecientes en las áreas urbanas en contraposición a las rurales, dieron lugar a varios tipos ideales de mujer: “*la dama, la cortesana, la señora, la doncella, la campesina, la sirvienta, la monja, la beata, la pobre, etc*”. Pero independientemente de su ubicación tipológica todas ellas debían compartir los atributos de “*honestidad, piedad, laboriosidad, modestia y obediencia. Además se les inculcaba la discreción, el genio dulce y sosegado, la humildad. Y si sus condiciones materiales lo permitían, el aprendizaje de alguna gracia especial como cantar o tocar un instrumento*” (Gonzalbo citada por Elú y Leñero, 1992:16). Es decir, todas las cualidades y virtudes que las convertían en buenas candidatas para el matrimonio y las habilitaba para complacer y satisfacer las necesidades del esposo y que las descalificaba para cualquier intento de poner en tela de juicio el ejercicio patriarcal del poder.

El elemento cultural utilizado para garantizar y consolidar el adecuado comportamiento de las mujeres fue el convertirlas en guardianas de la “honra familiar”. Honra, definida por el sistema ideológico vigente, cuyo más firme principio consistía en el control de la sexualidad femenina.

Pero una era la situación ideal y otra la real. En la cultura mestiza, al contrario de lo que ocurría con las normas mexicas, las establecidas en el siglo XVI no tenían respuesta para muchas de las circunstancias que se presentaban, ni podrían evitar su continua trasgresión. Ello dio lugar a una sociedad llena de contradicciones en donde las normas se respetaban en apariencia, pero no necesariamente se cumplían en la vida cotidiana. Estas contradicciones fueron trasladadas al continente americano.

En los primeros años de la conquista los españoles consideraron provechoso conservar la estratificación social que habían encontrado. Los nobles nahuas se convirtieron en caciques intermediarios entre los españoles y la población en general. Las hijas de los nobles pudieron asistir a una especie de escuelas creadas para las hijas de los españoles, mientras que las demás recibieron sólo instrucción religiosa. Las condiciones de vida de éstas últimas se volvieron más arduas pues se agudizó su explotación. Con la llegada de los españoles se incrementaron los tributos y fueron las mujeres quienes tuvieron que ayudar a pagarlos, como siempre lo habían hecho, pero ahora en mayor cantidad.

Pronto, como resultado de la descomposición de la aristocracia indígena, las hijas de los principales fueron separadas en su educación de las españolas y sometidas a la que recibían sus hermanas de raza en los atrios de las escuelas.

Mientras tanto, en España se producía un movimiento generalizado de secularización que redundó en la creación de escuelas que hicieran accesible el conocimiento a una mayor parte de la población. Pero de estas escuelas fueron excluidas las mujeres con el argumento de que no “era bien visto” que compartieran clases con personas del otro sexo. Por lo tanto, al impedir que las mujeres aprendieran latín anularon sus posibilidades de adquirir saber, incluso de manera autodidacta, ya que todos los textos de filosofía, física, gramática o medicina se escribían en esa lengua. De esta manera se reforzó el género masculino en actividades de prestigio y se relegó el femenino al mundo doméstico.

Sin embargo, para las españolas se abrieron algunas alternativas de instrucción. Una de ellas fueron las llamadas “casas de amigas”, en donde una mujer daba clases a hijas de familias acomodadas (como se vio en revisiones históricas anteriores, este fenómeno se dio en distintas culturas, en distintos periodos de la historia, incluyendo el México prehispánico). Esto marca el inicio de la profesión de maestra a la que tantas mujeres se incorporaron posteriormente. Otra alternativa fueron los conventos, en rápida expansión desde los primeros tiempos de la conquista, y que proporcionaron a las mujeres españolas o criollas nuevos espacios de aprendizaje. Con muy escasas excepciones, dichas opciones estuvieron vedadas para las indias.

Cabe mencionar que quienes no siendo religiosas pudieron sin embargo desarrollar su intelecto lo hicieron gracias al impulso de algún varón de la familia que legitimó su desplazamiento del papel tradicionalmente conferido a la mujer. Esto es un punto importante. Incluso en el siglo XX las mujeres que incursionaron por carreras tradicionalmente “masculinas” contaron con un padre o un tío que las impulsó. Tal fenómeno se enmarca en una sociedad patriarcal, donde son los varones quienes detentan el poder incluso para promover o respaldar cambios.

La existencia de mujeres “extraordinarias” es clara indicación de que no son los factores inherentes a la naturaleza femenina los que determinan su quehacer social, sino los condicionantes culturales. Sin embargo, éstas no dejan de ser excepciones, por lo que continuaré con la descripción de la vida de las mujeres “comunes y corrientes”, mestizas, indígenas, y hasta negras en nuestro país en aquella época.

En contraste con las arriba mencionadas la mayoría de la población era analfabeta. Respecto a las mujeres, la falta de instrucción debía ser muy generalizada porque escritores ilustres como Fernández de Lizardi, opinaban que se debía procurar que las mujeres aprendieran más porque de lo contrario no podrían ser buenas educadoras de sus hijos. Esta consideración propició que “a

partir de la segunda mitad del siglo XVIII se promoviera la enseñanza femenina” (Giraud, citado por Elú y Leñero, 1992:20); como vemos, no tomando en cuenta los derechos propios de la mujer misma sino como medio para que pudiera cumplir mejor sus funciones de educadora doméstica, en mi opinión, reforzando la preponderancia del rol materno con respecto a lo femenino.

Entre la cultura de las clases humildes y aquella de los poderosos existía un puente: el constituido por las nodrizas: *“en Europa era costumbre muy generalizada entre las clases pudientes, e incluso entre las que no lo eran tanto, entregar a los recién nacidos a los cuidados de una nodriza, a cuya casa se mudaba el niño durante los primeros meses o años de vida”* (Elú y Leñero, 1992:21).

En la Nueva España esta práctica adquirió una modalidad diferente. Las “nanas” generalmente mujeres negras o indígenas, vivían en las casas de sus “amos” incorporados al panorama doméstico de las familias a las cuales servían.

Es de suponer que en su contacto con los niños, que podría extenderse por muchos años incluso hasta después de su casamiento, *“las nanas hayan transmitido a los niños criollos muchos aspectos de la cultura que les era propia y que ante los adultos no podían manifestar, constituyéndose en personajes claves de una aculturación en sentido inverso al que todo el sistema estaba dirigido. Es importante señalar que en general las mujeres formaron el principal bastión donde se refugió gran parte de la cultura y sabiduría indígenas, que pudieron permanecer sumergidas, esperando tiempos mejores para una más abierta expresión”* (Elú y Leñero, 1992:21).

El matrimonio era para las mujeres novohispanas, como lo es aún para muchas mujeres mexicanas, la meta y clave de su vida. La edad legal mínima para casarse eran los 12 años, es decir, apenas sobrepasaba la difícil etapa de la niñez. *“El establecimiento legal de una edad tan temprana para el matrimonio fue*

seguramente una medida tendiente a favorecer la fecundidad, ya que la población sufrió mermas considerables en las primeras décadas de la colonia y la mano de obra era insuficiente para satisfacer los intereses económicos prevalecientes” (Elú y Leñero, 1992:22).

Las edades de las mujeres al matrimonio variaban conforme al estrato social. Las indígenas se casaban más jóvenes. Las españolas y criollas podrían tardarse un poco más. Su privilegiada posición les permitía esperar al candidato que llenara los requisitos familiares. No sucedía lo mismo con las mujeres indígenas, mestizas y negras. Entre ellas era más frecuente no casarse o vivir en amasiato (o concubinato, es decir, una unión llevada a cabo sin la celebración de un matrimonio). Cuando trabajaban como sirvientas, sus posibilidades de contraer matrimonio disminuían.

Durante la colonia, algunas cosas se modifican, pues las mujeres españolas no admitían tener muchos hijos, hecho que provoca que recaiga sobre el indio la responsabilidad de reproducir la fuerza de trabajo. Para tal efecto se les exigía matrimonio y la obligación bíblica de procrear (Morales, 1996).

No obstante, la colonia se caracterizó por un cambio sustantivo los patrones familiares. Uno de los motivos de escándalo de los primeros misioneros fue la *existencia* de la *poligamia*. Por todos los medios catequísticos y legales se intenta eliminar la antigua costumbre y suplantarla por el *ideal de matrimonio monogámico* cristiano, imagen de la Sagrada Familia. Sin embargo, la realidad distaba mucho de este ideal. En las clases humildes, como se ha dicho, muchas mujeres vivían en unión libre a veces como estado previo a un virtual casamiento, que se realizaría cuando se contara con los medios económicos. A su vez, era usual la presencia de la “casa chica”, hogar complementario del hombre.

Se ha aducido que la “casa chica” (es decir, un hogar alternativo al del matrimonio) resulta una traspolación cultural de la poligamia prehispánica que sufrió

modificaciones desventajosas para las mujeres. En el México prehispánico el número de esposas dependía de las posibilidades del hombre y todas las mujeres en unión marital contaban con el respeto social. En la “casa chica” de épocas posteriores, desde la colonial hasta ahora, las mujeres no tienen garantía de sustento económico y su posición carece de todo reconocimiento por parte de la sociedad.

Es importante destacar que la trasgresión de las normas relacionadas con el ejercicio de la sexualidad no significaba, ni tenía las mismas consecuencias para las mujeres que para los hombres. Para ellas las sanciones sociales y morales fueron siempre superiores, lo cual ha sido una constante diferencial clave entre ambos, a través del tiempo. En estos preceptos sobre la sexualidad puede entenderse con claridad la ideología sobre los géneros.

Dos elementos *favorecían y legitimaban* las relaciones extramatrimoniales de los hombres en las clases acomodadas. Primero, el hecho de que los matrimonios fuesen generalmente “arreglados”, conforme a los intereses familiares, sin involucrar razones de afecto entre los contrayentes. “*La idea del amor conyugal que incluye respeto y pasión amorosas es una creación muy reciente dentro de la cultura occidental y más joven aún dentro de la doctrina católica*” (Elú y Leñero, 1992:24). Segundo, el derivado de la distinción de valores en las mujeres de acuerdo a su estado civil formal: de un lado estaba la esposa, figura respetada, depositaria de la honra familiar, madre de los hijos, cuya sexualidad se limitaba las expresiones necesarias para garantizar una procreación. Del otro, la amante, mujer no respetable, con la que los hombres podrían satisfacer sus impulsos amorosos.

Esta imagen de mujer escindida, radicalmente buena o radicalmente mala, ha influido nuestra cultura y sigue hoy manifestándose de múltiples maneras. En síntesis se puede afirmar que el Virreinato (inicios del siglo XVI-principios del siglo XIX) reprodujo e incluso sacralizó los modelos de conducta para cada uno de los

géneros que han quedado impresos en las concepciones y costumbres reconocidas como parte de nuestra cultura actual.

La consumación de la independencia nacional inició un proceso de ruptura entre los dos poderes institucionales principales del periodo colonial: el gobierno virreinal y la jerarquía de la Iglesia Católica. Ambos habían asumido el poder que definía las conductas de las personas, a través no sólo del sistema jurídico formal, tanto civil como canónico, sino mediante mecanismos de control social impuestos sobre lo público y lo privado.

La ruptura no resultó fácil. Se dieron todo tipo de dificultades y de luchas internas. El orden social y la vida cotidiana de los hombres y las mujeres, ya entonces supuestamente libres, quedaron trastocados de múltiples maneras, a pesar de las tendencias conservadoras de buena parte de la población, más bien pasiva en todo el proceso de lucha por la independencia. Mientras los hombres tendían a tomar partido en la pugna entre liberales y conservadores, las mujeres se mantuvieron alejadas de ella.

Los primeros sesenta años de vida independiente fueron un tanto caóticos, y el triunfo de la corriente liberal se impuso sobre la Iglesia y un amplio sector conservador de la sociedad, constituido no sólo por las capas sociales superiores. La estructura familiar se mantuvo de acuerdo a la antigua concepción católico-colonial y de acuerdo al estrato social.

La euforia de los primeros años de independencia y un optimismo teñido por los ideales de la Ilustración, pusieron énfasis en la educación como vehículo de progreso individual y social. Sin embargo, como señala Carner, *“la superación de las mujeres en lo particular tropezó con múltiples resistencias en todos los estratos, causadas por el temor a perder la autoridad sobre las mujeres y de tener que competir con ellas por las fuentes de trabajo. Por su parte, los defensores de*

la instrucción femenina no veían motivos de alarma. Se trataba sólo de habilitarlas para ser mejores madres” (Carner citado por Elú y Leñero, 1992:26).

Aparentemente no se modificó lo que significaba “ser mujer” en la época precolonial y en la novohispana. El papel social femenino no fue más que una continuación del que se le adjudicaba en los siglos precedentes, es decir, el diseñado alrededor de la vida doméstica.

Dentro de los sectores ricos, ampliados por una naciente pequeña y mediana burguesía, la sexualidad y reproducción de la mujer se mantuvieron al servicio de los intereses familiares o de clase, para los que el matrimonio era su única alternativa de vida aceptable. Las mujeres siguieron siendo las guardianas de la honra familiar, definida como el control de la sexualidad. La distinta consideración del adulterio cometido por el hombre o el cometido por la mujer prevaleció.

A las mujeres de las clases altas se les mantuvo alejadas de cualquier actividad laboral que excediera los límites domésticos y, cuando los reveses de fortuna las apremiaban, su virtual acceso a tareas remuneradas era objeto de un fuerte control social. Las mujeres de los grupos menos favorecidos continuaron trabajando en arduas tareas agrícolas o urbanas. A finales del siglo XIX las condiciones económicas y políticas del país favorecieron una incipiente industrialización que incorporó a las mujeres principalmente en las fábricas de tabaco y de textiles. Lo cual lleva a recordar la antigua promesa no cumplida por parte del obrero de “*mantener y cuidar*” de su mujer, sin embargo el sistema patriarcal ya estaba establecido.

La inclusión de las mujeres a la producción obrera tuvo también consecuencias en su sexualidad, vida familiar y reproducción. Mientras que la fecundidad de las mujeres campesinas era una fuente de mano de obra siempre necesaria, la maternidad de las mujeres obreras implicaba una desventaja para los patrones. Si la mujer campesina podía compatibilizar el cuidado del hogar y los hijos con sus

tareas del campo, no sucedió lo mismo para la mujer obrera. Ésta última debía escoger entre la maternidad y el trabajo, o bien, dadas las enormes dificultades de manutención familiar, asumir ambos como dos mundos aparte, duplicando sus esfuerzos y preocupaciones. Con ello se instaura la “doble jornada femenina”.

Las mujeres de clase media que lograron cierto nivel de educación encuentran lugar como maestras. También para ellas existió un patrón sexual y reproductivo, con el consecuente control social. La maestra debía ser soltera, casta y sin hijos, al igual que las religiosas que la precedieron en el oficio.

La independencia de ninguna manera constituyó, pues, una ruptura del sexismo imperante durante el Virreinato: *“Tampoco la Constitución de 1857 ni las Leyes de Reforma. La separación de la Iglesia y el Estado, y el establecimiento de la libertad de enseñanza, puntuales del proyecto liberal nacional, no fueron capaces de cambiar la cultura que gobernaba las relaciones entre ambos géneros y la adjudicación de los atributos respectivos”* (Elú y Leñero, 1992:28).

Sin embargo, la figura de Benito Juárez, presidente indígena que se atreve incluso a fusilar a un emperador europeo, es por muchos motivos un parte aguas en la historia de México. Casado con una mujer criolla, revierte el sentido del *maridaje* que había originado el mestizaje mexicano. El machismo del mexicano mestizo se revela entonces abiertamente. De aquella inseguridad del indígena derrotado por la conquista y dominado por el español y el criollo, pasa al enardecimiento favorecido por las constantes guerras de la Reforma, primero, y después de la Revolución en las que se exaltó su valor y desprecio por la vida. Tales cualidades conformaron una imagen masculina separada de la femenina, con un ámbito de acción desplazado aún más de la vida doméstica y familiar.

Al entrar al periodo de la Revolución (1910-1919), la presencia de las “soldaderas”, siguiendo a pie a sus hombres a caballo, compartiendo sus ratos de diversión y descanso, cocinando para ellos, pariendo sus hijos en medio del

campo, y también muriendo por o con ellos, no hicieron sino repetir, en las propias circunstancias del conflicto armado, los patrones tradicionales esperados de ellas, a través de la conocida imagen de “adelita”: *“Exaltadas en películas, fueron olvidadas en sus derechos como ciudadanas en los procesos constitucionales que siguieron al triunfo de la Revolución. Como también lo fueron aquellas mujeres que pelearon como coronelas y a las que las leyes privaron de cualquier reconocimiento y subsidio posterior. La mayoría de ellas vivieron sus últimos años rodeadas de olvido y miseria, muy al contrario de lo que ocurrió con sus correligionarios varones”* (Ibidem).

Se puede decir que la sociedad mexicana de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX volvió sus ojos a Europa. Pero nuevamente la ideología patriarcal seleccionó las posibles influencias. Se retomó el espíritu reaccionario de la Europa post napoleónica y la mentalidad romántica que define a la mujer con todos los atributos opuestos a los del hombre. Se le confirmó como un ser débil cuya fragilidad justificaba el paternalismo: *“La participación de las mujeres en la lucha armada no se vio, pues, reflejada en los cambios jurídicos que se siguieron ni produjo dinamización sustantiva de los rasgos que conformaban la identidad femenina: la maternidad y la adscripción al ámbito doméstico”* (Elú y Leñero, 1992:29).

Se puede inclusive afirmar que durante la Revolución y los años posteriores se reforzó el vínculo entre la identidad de la mujer y la maternidad.

La ausencia del hombre del ámbito doméstico ya fuera por los conflictos armados o por voluntad propia hizo que la mujer asumiera cada vez más la responsabilidad de ese hogar un tanto abandonado, descuidado o maltratado por el hombre-marido-padre.

La Constitución de 1917 dejó intacto el artículo 34 que reconocía como ciudadanos solamente los varones. La lucha de las mujeres organizadas por su

modificación apenas tuvo eco. Cuando posteriormente parecía que el cardenismo iba a dar una respuesta favorable a la demanda femenina, el trámite se detuvo. Igual que en 1917 se temió que las mujeres, influidas por la Iglesia Católica, usaran su derecho para votar a favor del candidato opositor. Una vez más se hizo patente la supeditación de los derechos de las mujeres a intereses ajenos a ellas, y el desconocimiento de su aptitud para hacer “buen uso” de tales derechos.

Las mujeres mexicanas tuvieron que esperar a 1953 para que se les reconociera plena ciudadanía, cuando éste era ya un derecho para muchas latinoamericanas. La casi total ausencia de mujeres en el Senado y en la Cámara de Diputados en las décadas siguientes, e incluso la actualidad, manifiesta la lentitud de los cambios culturales y la persistencia de los patrones que diferencian el quehacer de ambos géneros.

El materialismo surgió con más fuerza que nunca. Y esta vez no impuesto sólo por autoridades formales, como ocurrió durante la vida colonial y precolonial, sino como resultado de todo un conjunto de circunstancias que obligó, y permitió, a las mujeres encontrar en él su supervivencia y la de su familia: *“Cuando los hombres van a la guerra, cuando marchan a trabajar a otro lugar o cuando se enrolan de tiempo completo en responsabilidades públicas, aumenta la fuerza del poder de la mujer tanto en el ámbito familiar como en el comunitario local, dándole oportunidad de sustituir y enmendar la plana escrita por el hombre, de una u otra manera, ausente”* (Elú y Leñero, 1992:30).

Ya lo comentaban así las propias mujeres cuando en 1881 “La Mujer”, periódico femenino afirmaba: *“Las leyes sociales que nos excluyen de las grandes escenas de la vida pública, nos dan la soberanía de la doméstica y la privada. Las familia es nuestro imperio....De ahí la importancia de enseñar a las niñas el desempeño de esas atribuciones”* (citado por Elú y Leñero, 1992:31). Esto nos recuerda la relevancia del papel que juegan las mujeres en el reforzamiento y socialización de género.

Para principios de este siglo (1922), en Yucatán, se conformó un grupo de mujeres con ideas preconcebidas como feministas, que cuestiona lo doméstico como el único espacio interacción de la mujer, movimiento que no provocó cambios en su situación (Morales, 1996).

En 1974 tiene lugar en nuestro país un cambio jurídico tendiente a afectar la relación género-reproducción. Se modifica el artículo 4° constitucional para enfatizar la igualdad de derechos ante la ley del varón y la mujer mexicanos, así como su derecho a decidir de una manera libre e informada el número y espaciamiento de los hijos. La antigua ley general de población pronatalista deja lugar a una nueva, que busca frenar el acelerado crecimiento demográfico del país. De nuevo las funciones reproductivas son relacionadas a problemáticas sociales que poco o nada tienen que ver con la vivencia subjetiva.

La década de los setenta es también una época de auge del feminismo mexicano que desenmascara el sexismo patriarcal y ofrece alternativas para la reconstrucción cultural del género femenino y de su identidad. Por otra parte, el mito de superioridad intelectual es destruido de manera contundente por la creciente incorporación de las mujeres en la educación superior y sus obras en diversos ámbitos públicos.

2.2. Percepciones actuales respecto a género y reproducción

Como señala Marie Langer (1964), los prejuicios que sirvieron de base para mantener a la mujer en un status de inferioridad son también los que dan estabilidad a la familia y a la sociedad. Aunque nocivos para la mujer, estos prejuicios, al delimitar los campos de acción de cada sexo hacían que todos se sintieran seguros y adecuados desempeñando un papel predeterminado.

En la medida en que la mujer cuestiona o se despoja de los atributos considerados como femeninos, los hombres, como lo menciona Marie Langer temen por su

virilidad y recurren a los perfiles del género masculino que les son conocidos, en este caso, los heredados por la época colonial y precolonial; aunque *aparentemente modernizados* a través de una ideología liberal. Al experimentar esta transformación de su identidad histórica; la personalidad del varón mexicano se desdobra en una imagen pública y otra que se expresa en la vida privada e íntima: *“El resultado es un machismo inseguro y vago”* (Elú y Leñero, 1992:32).

Nos encontramos, pues, ante una época de reconstrucción de géneros ambivalente tanto para los hombres como para las mujeres: *“Esta ambivalencia es producto de una dinámica histórica donde la ideología subyacente y los patrones de conducta tradicionales, a pesar de los nuevos elementos adicionados, se resisten a ser sustituidos”* (Ibidem). Es decir, esta distinción entre lo público y lo privado resulta clave en un “avance” histórico que permite a la mujer en México, por un lado, acceder al prestigio por medio de actividades antes consideradas masculinas; y por el otro, exigiéndole una eficiencia en su roles sociales como mujer y como madre, que la limitan psicológica y socialmente.

“La cultura se dinamiza lentamente conforme se modifican las condiciones concretas e imperantes de la vida. Todo parece indicar que estamos inmersos en una reformulación del género de los hombres y mujeres mexicanos. Reformulación que busca una nueva conformación de identidades y redistribución del poder, más auténtico por más explícito, dentro de sus relaciones familiares y sociales”. (Ibidem). La familia, la vida cotidiana, pública y privada, la sexualidad y la procreación son elementos esenciales de este replanteamiento, sin embargo debe tomarse en cuenta el hecho de que esta reformulación no avanza a la misma velocidad en lo público y en lo privado.

Además, es necesario apuntar al hecho de que estos nuevos planteamientos sobre el género y la forma de vivir en el mexicano, a pesar de ser un fuerte avance cultural, no se aplica a todo el territorio mexicano, ya que, como lo dijo Santiago Ramírez en su libro sobre la psicología motivacional del mexicano: *“no solamente*

existen diferencias de tipo cultural sino también geográficas en cuanto a lo mexicano se refiere" (Ramírez, 1977:76). Aún hay lugares geográficos y culturales en México donde predomina la ideología influenciada por el contexto histórico mencionado en donde se sostiene la supremacía del hombre avalada por el esquema Mujer-biología-naturaleza contra Hombre-historia-cultura.

La cultura mexicana, así como las decisiones personales que se toman dentro de su influencia, siempre estarán orientadas hacia la presión externa, es decir, a hacer lo que el otro espera que yo haga, lo cual es causante de diversos conflictos y ambivalencia a nivel interno. Al respecto, Díaz-Guerrero comenta: "*Desde esta perspectiva se podría decir que muchos conflictos que provocan neurosis en el mexicano son conflictos "internos", es decir, provocados en mayor grado por colisión de valores que por choque del individuo con la realidad externa*" (Díaz-Guerrero, 1978:43).

Tal es el caso de las decisiones concernientes a la reproducción, que convirtieron a la maternidad en el destino irremediable de la mujer mexicana; acerca de lo cual, Ivonne Szasz, apunta: "*Piensen que si se casan es básicamente para tener familia y esa es una razón para oponerse a la planificación familiar. Existe una forma de presión social que obliga a los individuos a tener hijos ante el temor de que los demás hagan comentarios reprobatorios por no tenerlos*" (Szasz, 1995:14).

Una muestra de ello es el hecho de que en muchas zonas rurales de México "*la edad fértil de la mujer principia efectivamente a los 15 años, sobre todo en las comunidades indígenas*" (Zolla y Mellado, 1995:79). Y como han señalado numerosos autores, el elevado número de hijos es una de las características básicas de la familia rural, fenómeno asociado a la necesidad de contar con fuerza de trabajo que asegure la sobrevivencia del grupo doméstico.

Esta realidad, a su vez, aparece cimentada en componentes ideológicos que se manifiestan, según la expresión de Aguirre Beltrán, en *“la ansiedad de reproducción”* (Citado por Zolla y Mellado, 1995:79). De ahí el menor éxito de las campañas de planificación en zonas rurales con respecto a las urbanas, directamente ligado a la necesidad de contar con un número grande de hijos. *“Donde esto es así, la posibilidad de procrear, sigue siendo uno de los atributos principales que se le reconoce a la mujer campesina. Por ello, el peso de las prácticas destinadas a asegurar la reproducción es mucho mayor que el de las abortivas y anticonceptivas en general”* (Zolla y Mellado, 1995:79).

Para ampliar un poco más esta idea, a continuación se comentan algunos aspectos sobresalientes sobre las pautas culturales y sociales que estructuran a la familia mexicana:

2.3. La familia mexicana

Lo importante en México no es cada persona, sino la familia que éste forme. Según investigaciones de Rogelio Díaz-Guerrero sobre el mexicano, *“se ha demostrado, por ejemplo, que mientras los norteamericanos sostienen que pelearían por los derechos del individuo, los mexicanos dicen que pelearían por los derechos de la familia”* (Díaz-Guerrero, 1978:11).

Además, el mismo autor llegó al descubrimiento de que, con respecto a otras naciones como Inglaterra o Estados Unidos, *“los niños mexicanos tienen tendencias a obedecer mucho más a sus padres, a permanecer mucho más cerca de ellos, a ser más interdependientes con ellos y a tener una relación más afectiva con sus padres que la que tienen, por ejemplo, los niños ingleses”* (Díaz-Guerrero, 1978:12).

Sin embargo, en realidad esto no necesariamente significa algo saludable o positivo, ya que en el afán de preservar las estructuras introyectadas a lo largo de la

historia, se han generado “grietas”; es decir, fallas o puntos de quiebre en las relaciones de los miembros al momento de construir la figura de la “Familia Mexicana”.

Al respecto, Zavala comenta: *“México es un país de contactos difíciles. Ha mantenido relaciones, pero no vive en relaciones. Ninguna de sus salidas representa el ejercicio de una actividad normal. Media algún desajuste que no impide finalmente el contacto pero si lo enrarece”*. (Zavala citado por Ramírez, 1977:90). Esto significa que en las relaciones familiares en nuestro país existe una distancia emocional entre los miembros, es decir, puntos de quiebre subjetivos a pesar de la aparente cohesión familiar, generalmente desde el padre, lo que genera barreras en la comunicación.

Todo esto da como resultado familias en las que según Díaz-Guerrero, la estructura se fundamenta en dos proposiciones fundamentales:

- *La supremacía indiscutible del padre*
- *El necesario y absoluto autosacrificio de la madre* (Díaz-Guerrero, 1978:34)

Por citar un ejemplo, esta realidad podemos verla en la jerarquización genérica de la enfermedad correlativa a la observada en los papeles familiares y en el estrato social de cada género, es decir, en como las enfermedades de los hijos y el esposo se anteponen a las de la madre por ella misma; así como las diferencias en el uso de calzado, la ingesta de alimentos, el trabajo, etc., en donde ésta procede de la misma forma.

Desde tiempo inmemorial, el papel de la madre ha adquirido su adecuada expresión en el término “abnegación”, la negación absoluta de toda satisfacción egoísta.

Estas proposiciones fundamentales de la familia mexicana parecen derivar de orientaciones valorativas “existenciales” implicadas en la cultura mexicana, o,

mejor dicho, de “*premisas generalizadas implícitas, o presupuestos socioculturales generalizados que sostienen, desde algo muy profundo, la superioridad indudable, biológica y natural, del hombre sobre la mujer*” (Díaz-Guerrero, 1978:34).

Por lo que a través de todo esto se pueden identificar, según Santiago Ramírez, Tres tendencias dinámicas básicas en la familia mexicana, las cuales según el autor son:

1. Intensa relación madre-hijo durante el primer año de vida; básica, integrativa, sustancial y probablemente explicativa de la mayor parte de los valores positivos en la cultura.
2. Escasa relación padre-hijo.
3. Ruptura traumática de la relación madre-hijo (Ramírez, 1977:83)

La madre, con su actitud y afecto, es la fuente de toda la ternura, el afecto, y aún de la porción más amplia de las expresiones culturales del mexicano: “*La literatura, pintura, escultura, filosofía y religión están saturadas de alusiones directas o simbólicas a la madre, como fuente de tantas y admirables virtudes*” (Díaz-Guerrero, 1978:40).

Una de las cosas que más importan en la vida del mexicano es su relación con la madre; “*usándola como estandarte y símbolo se revelará contra el padre y obtendrá su afirmación en la gesta de independencia; usándola como símbolo fiel que le acompaña siempre*” (Ramírez, 1977:80).

La madre mexicana es profundamente afectuosa, tierna y sobreprotectora del infante. Desde su infancia el mexicano tiene que enfrentarse con una vida característica; muy cercano a su madre los primeros años de su vida, cercanía tierna y cálida, que hace que el niño le acompañe en todas sus labores

Por lo que, *“la cultura fomenta y acepta la expresión maternal de la feminidad y vive con encono y hostilidad sus expresiones de signo genital”* (Bermúdez, citada por Ramírez, 1977:81).

La mujer mexicana, en las condiciones culturales en las cuales se ha desarrollado, ha hipertrofiado la necesidad emocional de contacto con el hijo, a través de una prolífica maternidad. Estas condiciones se dan, tal como se ha explicado en apartados anteriores, a través de la vida, desde la más temprana infancia, a continuación una breve descripción de este proceso en México, según las investigaciones de Rogelio Díaz-Guerrero:

La niña debe crecer hasta ser igual a su destino: feminidad superlativa, el hogar, la maternidad. De pequeña se entretiene con muñecas y jugando a la casita. Deberá mantenerse alejada de los juegos bruscos de los niños, porque, como explica la gente educada, eso no es propio de una mujercita.

Muy temprano comienza la niña a ayudar a su madre en las labores domésticas. Una área que es restringida para el niño varón. Para adquirir superior feminidad, la niña deberán iniciarse en el aprendizaje de delicadas labores femeninas. Aún de pequeña deberá siempre vestir como mujer, mantenerse limpia y bien vestida (a menudo muy elegantemente y como mujer chiquita), deberá ser graciosa y coqueta.

Durante la adolescencia, las mujeres aprenden mejor los aspectos de su papel en la vida, sustituyendo o ayudando a la madre en su cuidado y atención a los varones. En esta forma la joven se prepara a dar y dar y recibe poco o nada. Viene la etapa de noviazgo, donde la mujer es cortejada y altamente sobrevalorada.

Muchos años más tarde la mujer mexicana experimentará un éxtasis de la misma calidad cuando sus hijos la consideren el ser más querido que existe. pues ambas

expresiones de sentimentalidad son sólo ramificaciones del mismo y fundamental fenómeno: el grupo de valores maternos.

Así la esposa mexicana entra, mucho antes de la maternidad, en el camino real de la abnegación, la negación a todos sus necesidades y la prosecución absoluta de la satisfacción de las de todos los demás, para lo que tiene que cumplir con una lista de atributos entre los que el autor destaca: *“ser casta, delicada, hogareña, dulce, maternal, soñadora, religiosa, angelical, virtuosa; no deberá fumar ni cruzar las piernas; su cara deberá ser hermosa, especialmente sus ojos, pero no necesariamente su cuerpo. El papel de la sexualidad es muy secundario”*(Díaz-Guerrero, 1978:36).

En forma sintética podríamos expresar que la mujer se vuelca en su maternidad para compensar la frustración en su papel de compañera. Por ello la actitud del mexicano enfrente de la novia y de la esposa madre de sus hijos. Ésta es la razón por la que, la mujer se siente poseedora del niño, siendo el niño lo único que la compensa de la ausencia del esposo.

Así, la cercanía con la madre es inmediata y sostenida; madre e hijo forman una unidad en la cual la mujer encuentra su seguridad y afirmación.

La actitud de la mujer en nuestra cultura es el resultado de muchas de las circunstancias que paso a paso hemos tratado de analizar. La desvalorización que el padre hace de ella, el rechazo que recibe del mundo social, mundo de hombres, hace que se refugie y exprese a través de los hijos. La única forma de reparar el abandono en el cual se encuentra colocada, es dándoles amor a sus hijos; en esta forma identificada con ellos recibe el amor del cual le priva la cultura; por otra parte, *“a ella no se le prohibieron las identificaciones femeninas con la madre sumisa y abnegada; desde pequeña aprendió, y le resulta natural, su papel en la vida y la manera de derivar las tensiones y frustraciones a través de una maternidad, exuberante en todos sus aspectos”* (Ramírez, 1977:117).

Todo esto, para Díaz-Guerrero, deriva en neurosis, que recae generalmente en la variable éxito, respecto a satisfacer los tremendos requisitos que las premisas culturales demandan. *“Sin habilidad de vivir de acuerdo con ellos debería producir sentimientos de menor valía y tendencias a la depresión”* (Díaz-Guerrero, 1978:42).

Para la mujer mexicana, el envejecer tiene una connotación bien diversa que para la mujer norteamericana. Según Santiago Ramírez, la primera pierde la posibilidad de ser madre conforme los años pasan. La abuela mexicana trata de negar su propio crecer y envejecer, negando la maternidad de la hija. Por lo que trata de apropiarse de los nietos, privando la hija de la propia maternidad; *“racionalizará la necesidad de volver a tener hijos, diciendo que su hija es incapaz de atenderlos o facilitando la posibilidad de que ésta busque centros de interés que la aparten de los niños. Se trata de un intento desesperado de conservar lo único en que encontró seguridad y que ahora la edad le niega”* (Ramírez, 1977:117).

A este respecto, el autor continúa comentando:

En nuestra cultura, a diferencia de lo que acontece la cultura anglosajona, la abuela es una institución. Ante la depresión que toda mujer experimenta en la involución, la mexicana se apropia del nieto para elaborar la melancolía de la edad avanzada. La abuela o suegra, tratan de devaluar la condición de mujer de la hija o nuera, interponiéndose entre ésta y el marido, apropiándose, a través de su hija, de los nietos (Ramírez, 1977:80).

Algo que se ve reflejado en la realidad en el ejemplo expresado por Roberto Castro en el marco de sus investigaciones realizadas en torno a la salud, embarazo y anticoncepción en comunidades rurales:

Un elemento que parece confirmar que el embarazo es un “asunto de mujeres” es el hecho de que a lo largo de las entrevistas es mucho más evidente papel activo de la suegra durante este periodo (la suegra aconseja, orienta y atiende a

la embarazada), que el del marido mismo. La referencia a la suegra por parte de las entrevistadas es mucho más frecuente que la referencia a la propia madre, debido quizás a la tendencia a que las nuevas parejas habiten en la casa de los padres del varón. (Castro, 1995:48)

A todo lo antes mencionado en relación con la mujer/madre, es necesario tomar en cuenta la figura del padre que es relativamente ausente, ya sea de forma física, emocional y hasta a veces económica, a lo que Ramírez comenta: *“Aunque el padre pueda estar físicamente presente, desde el punto de vista psicológico virtualmente es una figura ausente”* (Ramírez, 1977:82).

En conjunto las consecuencias son la perpetuación constante de estas estructuras que se observa en la forma de actuar y reaccionar en hombres y mujeres mexicanos: *“Cuando él niño mexicano se hace hombre, encuentra seguridad repitiendo la conducta de su padre, en la relación con su esposa e hijos, y agrediendo contra todo aquello que simbolice su interacción primitiva en relación a su progenitor”* (Ramírez, 1977:90). En todo momento afirmará sus identificaciones masculinas; hará alarde de ellas y ante cualquier duda, surgirá la agresión y el delito.

La intensidad del ligamen a la madre, la falta de figuras compensatorias (padre, instituciones) que la sustituyan, hacen que el hecho traumático, adquiera proporciones de tal magnitud que le haga susceptible de ser motor dinámico en la conducta ulterior.

Por lo que de todo lo anterior, puede concluirse que las raíces históricas de la cultura mexicana han generado una ideología de lo masculino y lo femenino, que a su vez determina la forma de vivir la maternidad, junto con otros procesos, de manera que resulta en repercusiones a nivel subjetivo y social.

3. Lo Femenino, la Maternidad y la Identidad Subjetiva desde la Perspectiva de Género

Pareciera que la manera en que vivimos, en que pensamos, la forma en que está regido y estructurado nuestro sistema social fuera incuestionable; pareciera que ha sido así desde el principio del mundo y que así seguirá. Me refiero a la ideología implícita que jerarquiza unos valores en detrimento de otros, lo permitido y lo no permitido, que da forma al conjunto de valores que accionan automáticamente. Aquella región que, sin pasar por nuestra reflexión, se hace acto, sanción o deseo; cuestiones del orden inconsciente implícitas, que funcionando a nivel de significados sustentan deseos e ilusiones que no podemos explicar: " así es", "así debe ser".

Detrás de esta aparente naturalidad, existen complejos procesos subjetivos, y sociales, que dibujan los bordes de lo posible. Por lo que, si hacemos un alto en nuestra acelerada forma de vivir, analizando y cuestionando los "porqués" y los "cómos" encontraremos datos muy interesantes, sobre todo en lo referente a lo femenino.

Por lo que siendo la maternidad nuestro objeto de estudio, se tomará como punto de referencia en este capítulo, en el que me interesa analizar un conjunto de las ideas más sobresalientes y útiles para descifrarla desde el propio discurso de las mujeres. Resaltaré en cada caso los elementos más importantes para entender cómo el hecho de la maternidad está casi controlado por la estructura de las relaciones de género.

3.1. La categoría de género

El género, tal y como se conoce, no es sino el pertenecer a un sexo u otro, sin embargo, en base a esta definición surge, a mediados de la década de los sesenta, entre las feministas universitarias de habla inglesa, la conocida "Categoría de Género", referente a la distinción entre sexo, y por lo tanto, al

“conjunto de fenómenos del orden de lo corporal, y los ordenamientos socioculturales muy diversos, contruidos colectivamente a partir de dichas diferencias corporales” (De Barbieri, 1996:51). El término se comienza a utilizar en América Latina en la década de los ochentas como resultado de la traducción de los textos originales en inglés.

Para Gayle Rubin, una de las principales representantes del movimiento, el género es una construcción social que “*transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana*” (Rubin citada por DeBarbieri, 1996:57). Es decir, una exploración a las diferentes implicaciones que la sociedad elabora a partir de la diferencia sexual.

La aparición del término género se produce cuando ya existen un conjunto de investigaciones y reflexiones sobre la condición social de las mujeres. Al introducir el concepto, se busca un ordenador teórico de nuevos conocimientos a producirse respecto de la categoría patriarcado como forma reguladora de las relaciones entre hombres y mujeres y que permitiera salir del empiricismo en que habían caído muchos de los informes de investigación.

Por lo que, de entre las distintas acepciones del término género, dentro del propio movimiento de mujeres se emplea como sinónimo de feminismo, y como punto de referencia que estructura un punto de vista, así como las experiencias e intereses de las mujeres. Se dice “perspectiva de género” cuando se refiere a la perspectiva de las mujeres y, por lo general, de un grupo de mujeres determinadas; a la posición de feministas, o a una vertiente dentro del movimiento.

Dentro del mismo orden de ideas, otra definición de género, es la aportada por Scott; para ella el género es un “*elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder*” (Scott, citada por De Barbieri, 1996:65). La autora distingue cuatro elementos o dimensiones donde se expresa el género:

- 1) Símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples.
- 2) Conceptos normativos que son las interpretaciones de los significados de los símbolos: doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas.
- 3) Nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales.
- 4) La identidad subjetiva (Ibidem)

Completando esta idea respecto a la identidad subjetiva, es decir, la forma en que símbolos, conceptos normativos y nociones políticas son aterrizados en la vivencia particular de cada persona; me parece pertinente mostrar el punto de vista de Emilce Dio Bleichmar, para quien el género es una categoría compleja y múltiplemente articulada que comprende:

- 1) La atribución, asignación o rotulación de género;
- 2) La identidad del género, que a su vez se subdivide en el núcleo de la identidad y la identidad propiamente dicha.
- 3) El rol del género. (Dio Bleichmar, 1985:38)

La identidad, en este caso la “identidad de género”, es según Nancy Friday, la *“Forma de vernos nosotros, todos, hombres o mujeres, subjetivamente, no anatómicamente. Y una de las medidas de nuestras existencias es el grado de certeza que sentimos en tal identidad”* (Friday, 1977/2001:228). Por lo que, para la autora, si nos sentimos seguras de nuestra identidad genérica, jamás se nos ocurre pensar que estamos “equivocadas” en nuestra forma de proceder. *“Puesto que soy una mujer, todo lo que hago es femenino”* (Friday, 1977/2001: 229); de tal manera, podemos considerar a la maternidad como símbolo de un hecho y así mismo como parte de la identidad y del rol de género.

Sin embargo, no debemos olvidar que el patriarcado como normativo de las relaciones, impide que las cosas se queden en ese nivel, ya que como lo mencionara Celia Amorós, la Identidad de Género es el *“modo, necesariamente conflictivo, de entrenamiento, por parte de las mujeres, en ese proyectar el proyecto del otro para ellas, el cual, justamente las niega como proyecto y ni*

siquiera les permite percibir su diseño propiamente como un proyecto del "otro", sino como la forma canónica misma de lo que debe ser su inserción en la realidad" (Amorós, 2000:77). Y como consecuencia de ello nos vemos afectadas por lo que ella llama una *"sobrecarga de identidad "*. Una sobrecarga tal de identidad genérica designada por el otro, que asfixia en nosotras lo individual, así como la identidad subjetiva de género y por lo tanto las características que asumamos como madres.

La autora cita a Michèle Le Doeuff, quien también se refiere a esta sobrecarga de identidad que sufrimos las mujeres: *"Puestas a sufrir, tenemos que sufrir las atosigantes propuestas por parte de algunos y, lo que es peor, de algunas de que la sobrecarguemos"* (Le Doeuff citada por Amorós, 2000:78). Lo que la autora quiere decir con esto, es que además de ser impuesta, tal identidad es reforzada no sólo por el hombre, sino también por nosotras mismas, por las mujeres.

En su famosa obra, *"El Segundo Sexo"*, en la que explora los diversos roles que una mujer asume en su vida, Simone de Beauvoir plantea que la identidad de género, también es adquirida, por parte de las mujeres de manera *"sobrecargada"* lo cual se verá reflejado en nuestro proyecto existencial: *"Es tener que vivir como elección propia, en una radical interpretación, lo que ya han elegido para nosotras, es el género de elección en que consiste la "elección de género", pues ¿qué sentido tendría elegir lo que ya somos?"* (De Beauvoir, citada por Amorós, 2000:78). Por lo que, en consecuencia, el género, visto de manera objetiva, es "lo que han hecho de nosotras", y el género, en cuanto identidad subjetiva, es lo que nosotros hacemos, de lo que han hecho de nosotras. Suena hasta un tanto absurdo, sin embargo es bastante cierto y de cierta forma, bastante simple.

En base a estas implicaciones, Christiane Olivier afirma que en la vida de una mujer *"la identificación predomina sobre la identidad"*, y continúa preguntándose al respecto: *"¿Puede haber muerte peor que convertirse en lo que el otro quiere que seamos, expresar lo que él piensa?"* (Olivier, 1987:181).

La autora también expresa su preocupación respecto a las consecuencias de esta identificación: *“En nombre de nuestro sexo, se nos atribuyeron temas y modos de expresión... Nuestro lenguaje llegó a hacerse sexista, nuestro consumo es también sexista. ¿Quién se atreverá a tocar el bastión del consumo, cuando bien sabemos que la principal adquiriente es la mujer por querer correr tras su “imagen de mujer”?”* (Olivier, 1987:199).

Por lo que, está visto desde esta perspectiva, que nuestra manera de comportarnos y desenvolvernos como mujeres no es producto de la diferencia sexual, sino de las implicaciones que a ésta se le han dado, es así que, contrario a lo que Freud dijo, parafraseando una expresión de Napoleón: *“la anatomía es el destino”*, otro psicoanalista, Robert Stoller, quien introdujo el término “género”, concluyó: *“la anatomía no es en verdad el destino. El destino proviene de lo que los hombres hacen con la anatomía”* (Stoller citado por Olivier, 1987:97).

3.2. El rol y su lugar dentro del Género

De lo apuntado anteriormente, surge la importancia del concepto de Rol, recordando que es precisamente el rol maternal el objeto de estudio del presente trabajo, me parece pertinente analizar de manera general este término tan comúnmente empleado, retomando conceptos de Emilce Dio Bleichmar:

Rol, como comúnmente se conoce es un concepto proveniente de la sociología, se refiere al *“conjunto de prescripciones y proscipciones para una conducta dada, las expectativas acerca de cuáles son los comportamientos apropiados para una persona que sostiene una posición particular dentro de un contexto dado”* (Dio Bleichmar, 1985:43), por lo que, consecuentemente, Rol de género es el *“conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados para las personas que poseen un sexo determinado”* (Ibidem).

La estructura social vigente es la que prescribe la serie de funciones para el hombre y la mujer como propias o "naturales" de su género. Dio Bleichmar, señala: *“En cada cultura, en sus distintos estratos, se haya ligeramente pautado qué se espera de la feminidad o de la masculinidad de una niña/o. La tipificación del ideal al masculino o femenino es anónima, abstracta, pero férreamente adjudicada y normativizada hasta el estereotipo, aunque en el desarrollo individual, el futuro hombre o mujer haga una asunción y elección personal dentro del conjunto de valores para su género”* (Dio Bleichmar, 1985:43). Es decir, que al sujeto se le asigna un rol del género, el cual asumirá o no.

En cuanto a lo referente al rol o los roles asignados al sexo femenino, se han estereotipado como cualidades las conductas poco estimadas socialmente como la receptividad, la dependencia y el miedo; sin embargo, se han introducido en el imaginario social de forma tal que se consideran “naturales”, sin tomar en cuenta la intervención de los padres al inculcar y fortalecer el aprendizaje de estos roles, apoyados por supuesto por el medio social, propiciando juegos, actividades, sentimientos y actitudes en ambos géneros: *“La cultura, como producto multifacético de las formaciones sociales, también es una cultura de la cual el mayor productor es el varón, el dominante, el poseedor del control. Y en esa cultura en la que están inmersos hombres y mujeres, aprendemos desde el inicio sobre lo que debemos ser”* (Ehrenfeld, 1996:391).

3.3. Ideología y su influencia en las representaciones de género.

Es necesario tomar en cuenta lo que afirmara Simone de Beauvoir: *“Una vida es una relación con el mundo; el individuo se define al elegirse a través del mundo y tendremos que volvernos hacia el mundo para responder a las preguntas que nos preocupan”* (De Beauvoir, 1949/1999:72 T.1). Por lo que es necesario apuntar también que los valores y caracteres asignados a los roles de uno u otro sexo, van a variar de un contexto social a otro.

Muchos teóricos feministas, reconocieron en la familia, hace ya bastante tiempo, un agente principal de la opresión femenina, y la más importante institución de la vida de las mujeres. Uno de sus principales planteamientos es que las mujeres, en cuanto madres, suelen producir hombres con determinadas personalidades y orientaciones, y cómo la situación social de las mujeres y la división sexual del trabajo, generan rasgos del mundo social y económico y cierta ideología sobre las mujeres (Goldhor, 2000).

Esto se ve de alguna manera reflejado mayormente en las mujeres, quienes resultan una extensión de sus familias, pasando luego a serlo de sus esposos. *“La mayor parte de ellas se casan antes de haber completado su desarrollo. Normalmente, el hombre tiene más poder, así que cualquiera que sea el sentido de identidad que ella posea, éste queda anulado”* (Friedman citada por Friday, 1977/2001:381). Todo esto, surge como ya sabemos, de una compleja estructura social, generando ideologías que se traducen en hechos. A continuación se explicarán éstos conceptos retomando planteamientos de Sergio López Ramos (2000), así como de Jesús De Miguel (1979):

Para López Ramos, la estructura social no está relacionada en absoluto con la realidad empírica, sino con los modelos mentales que se han construido a partir de ésta: *“El Estado corporiza una imagen del hombre que al ser un modelo para sus espectadores, en y por sí mismo, ordena la sociedad”* (López Ramos, 2000:14).

El autor plantea la existencia de una representación simbólica en los individuos que integran una cultura: *“es la socialización de formas de ver imágenes y conceptualizar el mismo significado en una geografía cultural específica”* (López Ramos, 2000:27), sus manifestaciones, en consecuencia se dan en la vida cotidiana, por lo que, *“todos los seres humanos se manejan por símbolos y significados que el Estado impone por medio de una educación ideológica o una cultura del aprendizaje vicario”* (Ibidem). López plantea entonces que hay un presente instituido que se prolonga, es decir, que es cíclico y eso se va

consolidando, *“hace creer que la vida se hace natural, se ve normal ante la generalidad, lo que crea la predicción autoconfirmable del hecho de ser o vivir de determinada manera”* (López Ramos, 2000:14).

López Ramos afirma que la educación como proceso de construcción de una forma de ver la realidad se organiza por la cultura y el sistema de enseñanza, que prevalece en la colectividad, por lo que los valores sociales sólo pueden ser exaltados por una convivencia de la razón compartida y no se aceptan discusiones: *“El valor de un mundo que se construye con la ilusión de lo mejor, se convierte en la zanahoria que siguen muchos ciudadanos, y su cuerpo queda gobernado por los deseos de otros”* (López Ramos, 2000:33). Se resalta entonces la importancia de identificar los sistemas políticos, educativos y religiosos de cualquier cultura puesto que reconoceremos sus formas de construcción social.

La cultura, por lo tanto, no es más que *“el conjunto de lo que se aprende de los demás, contrapuesto a lo que se aprende por sí mismo, aisladamente”*.(Luigi Luca citado por López, 2000:37). Para el autor, se puede aprender de los demás de varias formas: observando sus acciones, recibiendo una enseñanza directa, oral o escrita, y por otros medios. *“La vía cultural es la única que permite la acumulación del aprendizaje en las generaciones, por lo que tiene un poder de enseñanza mucho más elevado que lo que se aprende sólo a partir de la propia experiencia, limitando la suma de nuestros conocimientos a los que se puedan adquirir a lo largo de la vida, sin contacto con los demás”* (Ibidem). Toda ésta gama de aprendizajes y ciclos, genera una confusión entre lo que es realmente heredado por la biología y lo que es puramente cultural, o incluso, lo que está integrado por ambos, puesto que existen conductas y formas de pensar producto de la cultura, que se atribuyen a la naturaleza, debido a la antigüedad y a la fuerza con que han sido instaurados, así como otras que forman parte de la naturaleza humana y se han culturalizado.

En el caso de la sexualidad humana, nos encontramos con una integración entre lo biológico y lo cultural, respecto de ello, López Ramos comenta:

Si consideramos que el cuerpo humano puede reproducir la vida o hacer que la sexualidad sea traspasada por las barreras de los ciclos hormonales, sin duda estamos hablando de una tecnología impuesta al cuerpo. En ese sentido, es un instrumento que varía con su uso, sólo que en este caso los usos empiezan por la educación y la cultura del empleo de las técnicas cotidianas; crea condicionalidad y formas de pensamiento fijas que redundan en formas estereotipadas de comportamiento (López Ramos, 2000:30)

Valga decir que un cuerpo que se percibe en base al otro, no sólo reconoce lo que éste es, sino que reproduce y da continuidad a un mensaje instituido en la socialización de los distintos espacios comunes; lo social, entonces, se convierte en hechos.

El problema sustancial con el cuerpo, para el autor, radica en el espacio familiar, puesto que *“se construyen ritos según los cuales ven y sienten su condición corporal como algo natural y eso les quita posibilidades de construcción; los ritos sociales y los familiares casi siempre se empatan y se amalgaman”* (López Ramos, 2000:41). Esto provoca que el sujeto no vea otras posibilidades en su vida ordinaria, y le genera formas de vacío, puesto que la elección de su vida no fue hecha por él, sino que se le impuso por un rito familiar que él hizo suyo: *“el mundo de lo social cultural es una realidad que cruza a la familia en su vida íntima, también es una condición necesaria que posibilita cuerpos diversos y variados con opciones en los deseos personales y sociales”* (López Ramos, 2000:43).

Finalmente el problema, para el autor es la dependencia generada por la cultura, ya que simplemente vivimos, o mejor dicho, existimos sin saber vivir, puesto que nuestro destino fue previamente designado en base a nuestra anatomía: *“El ser humano parece estar atrapado en una cultura de orden y acciones sistemáticas para gobernar el mundo de los deseos, donde imitar se constituye en la única de*

las razones de ser" (López Ramos, 2000:70). Más adelante trataré el problema de la corporalidad de forma más extensa.

3.4. Ideología e instituciones

La cultura genera ideologías, que según Jesús De Miguel son "*formas de traducir ideas en acciones. Pautas de pensamiento, sistemas organizados de opiniones, creencias o valores acerca de la sociedad y la vida*" (De Miguel, 1979:13). La estructura social determina la conciencia y el conocimiento, tanto como la ideología.

Una ideología, por lo tanto no necesita ser demostrada, sino solamente creída. lo que en realidad importa es quién la utiliza, cómo y con qué propósito. "*Lo que es más importante en el análisis de la ideología no es su contenido o racionalización (no importa si se refiere explicaciones reales o falsas de la vida) sino las funciones latentes, o intereses, detrás de su formulación*" (De Miguel, 1979:14).

La *ideología*, para el autor, puede ser también definida como "*el uso de un conjunto de ideas falsas (o al menos distorsionadas) con el objeto de obtener o mantener el poder*" (Ibidem). No solamente se distorsiona la realidad, sino que incluso, la ideología genera estilos de vida y actos de repudio o persecución hacia quien o quienes no la aceptan.

En el caso de lo que se refiere al género para De Miguel, la *ideología dominante* tiende a unir la experiencia sexual con la reproductora, fundamentando así la *familia burguesa monogámica (cuyos fundamentos fueron tratados en el apartado referente a los antecedentes históricos)*. A continuación retomaré algunos planteamientos sobre las diferencias genéricas propiciadas por la cultura respecto a hombres y mujeres:

Siguiendo con De Miguel, quien en su libro *“El mito de la inmaculada concepción”* realizara un análisis sobre la visión del ginecólogo, así como de los servicios de salud hacia la mujer; el autor resalta la ideología que nuestra sociedad ha creado respecto a ella: *“La mujer es un ser biológicamente inferior al varón, está hecha sólo para ser madre, no debe tener más que una educación general, si es normal no debe trabajar, la mujer moderna se está virilizando y puede hacer peligrar la especie”* (De Miguel, 1979:9). El autor rescata estas ideas de diversos tratados sobre ginecología que afirman esto como una realidad.

De Miguel fundamenta la importancia de su libro comentando que en la sociedad moderna, los expertos llamados a definir lo que es la mujer, tanto en su vida personal, familiar como de pareja, son los ginecólogos. Por lo que la ideología vigente en cuanto a género (la del patriarcado), es el marco de referencia desde el cual ven a sus pacientes: *“el ataque al control de natalidad y a la interrupción voluntaria del embarazo, creencias sobre la menstruación y su anormalidad, la consideración de la mujer como frígida sexual y el desprecio del orgasmo clitorídeo, la prohibición tajante de la masturbación, y el antisexualismo generalizado entre los ginecólogos”* (Ibidem).

Para el ginecólogo, y para la sociedad por lo tanto, *“La constitución perfecta de la mujer se define como la armonía entre un soma normal y una actuación racional amable y atenta a los intereses de la especie, es decir la procreación y la sacrificada maternidad”* (Cónill, citado por De Miguel, 1979:20)

Finalmente De Miguel comenta que es cierto que sólo las mujeres pueden procrear, sin embargo, la decisión de que sean ellas precisamente las que cuidan de las hijas e hijos es una pauta cultural.

Franca Basaglia analiza la misma situación en un contexto diferente: las instituciones psiquiátricas. Su planteamiento es que *“la relación entre el disturbo psíquico y su consiguiente codificación y sanción (y la rigidez de las reglas de*

comportamiento) es más evidente en el caso de la mujer que en el del hombre” (Basaglia, 1985:31). Desde su punto de vista se trata la mayoría de las veces de reglas basadas en prejuicios de orden moral, o de estereotipos de reglas que *“apelando una ley de la naturaleza tomada de manera grotescamente literal, sirven para mantener la distancia y la diferencia entre la esfera de acción y de poder de la mujer y la del hombre”* (Ibidem).

La autora reconoce que son las mismas mujeres quienes perpetúan y afianzan esta cultura: *“Los valores que se transmiten a la hija coadyudan a su empequeñecimiento, a la restricción de sus intereses y a la reducción de su esfera de acción, esto es, represión de todas las posibilidades que la apartan de lo sexual-familiar”* (Basaglia, 1985:45). Por este motivo, sostiene que para poder aniquilar esta cultura es necesario el análisis profundo de los procesos que nos han llevado a ser lo que somos, y a entender lo que ahora entendemos. Así es como las mujeres pueden acceder a un cambio en su ideología, y transmitirlo a su vez a las próximas generaciones, ya que para la autora, la ideología de género se transmite de madre a hija en el caso de las mujeres.

Coincidiendo con Basaglia; Emilce Dio Bleichmar comenta que los aspectos de la sexualidad que caen bajo el dominio del género son permanentemente determinados por el universo de significaciones imperantes en la cultura. *“Este proceso de inscripción simbólica comienza desde el nacimiento y formaría parte del estructuración del Yo. La madre es el agente cultural a través del cual el sistema de significaciones será transmitido. Más tarde, padre, familia y grupos sociales contribuirán a este proceso”* (Dio Bleichmar, 1985:59).

En síntesis, el género es una forma de existir el propio cuerpo, traducido por situaciones recibidas e interpretadas, convirtiéndolo en una cuestiones culturales que influyen en la subjetividad, siendo ésta a su vez producto de una integración entre la cultura, la ideología y lo corporal, traduciéndose en roles, y al mismo

tiempo en instituciones; lo cual lleva a cuestionar la aparente naturalidad de la identidad genérica.

A lo largo de este apartado he venido incluyendo diversas aportaciones de los teóricos que trabajan con género como campo disciplinario, sin embargo ahora trataré de establecer su funcionamiento en diversos aspectos relacionados con esta categoría:

3.5. Mujer y Hombre: diferencias fundamentales en los roles de género

Las necesidades y los valores dominantes en una sociedad son los que determinan los roles y funciones de sus integrantes, sean hombres o mujeres; *“porque esos valores y esas necesidades surgen de una organización social en la que el grupo, clase o género formado por los hombres; porque son éstos quienes deciden qué podemos hacer y qué no podemos hacer las mujeres, e incluso qué necesitamos y qué no necesitamos”* (Pérez Duarte y Noroña, 1998:410). Es decir, sucede porque ésta es una de las formas en que se expresa el patriarcado.

Para Christiane Olivier, el hombre y la mujer participan de un acuerdo sobre una distribución de roles y funciones, donde el hombre, descarta a la mujer de la función social, asignándole sólo la función familiar: *“el sexismo aparece de manera tan intransigente dentro de la familia y fuera de ella. La mujer se enfrenta a su hijo, el hombre al dinero”* (Olivier, 1987:70).

Respecto al género en la vida familiar, Olivier elabora una descripción de la actuación de roles por parte de la pareja:

El hombre parece tener por función principal la de aportar el dinero necesario para alimentar a los diferentes protagonistas del drama que se desarrolla entre las cuatro paredes de su hogar, y en el que él no parece participar. El niño y su neurosis es siempre una historia relatada por la madre, raramente por el padre, quien delega esta tarea a su mujer (a veces es lo único que le deja). Él se ocupa

de todo lo demás y cuando regresa a su casa por la noche, lo que pide es que se le releve de toda carga, ambiciona la paz, como si no pudiera soportar la guerra que para ella es el pan cotidiano, como si él no tuviera que ver con ninguna guerra, ni fuera ni dentro de la familia. En general, prefiere la lectura y el relato de guerras y conflictos exteriores a la familia; se sumerge en el periódico, exige silencio alrededor de la tele, obligando a cada uno a reprimir sus conflictos personales en beneficio de las dificultades nacionales e internacionales. ¡Qué padre extraño tenemos, que desea niños para no ocuparse de ellos! ¡Qué extraña madre, que se regocija de tener para ella sola toda la carga de los hijos! Sin duda que no debe funcionar muy bien este sistema, porque es evidente que cada vez se quieren menos hijos (Ibidem).

Llevando las cosas al extremo, se puede decir que cada miembro de la pareja ha encerrado al otro en una problemática diferente: la mujer es prisionera del dinero de su marido y el marido es prisionero del hijo que su mujer le dará o no le dará. La autora califica esto como una "Triste historia".

El hombre, para la autora, ha repartido las funciones de uno y otro entre el exterior y el interior; reservándose el exterior, y entregando el interior a la mujer, para nunca coincidir con ella en el mismo campo ¿por temor a qué? Por lo tanto, el hombre ideal para las feministas, es el que no se rehúsa a cuidar de los hijos, y en consecuencia generará niñas que *"encuentren desde su nacimiento un "objeto sexual" adecuado y no serán ya perseguidas por los demonios de la insatisfacción, hasta sólo poder ser aplacada a fuerza de perfeccionismo"* (Olivier, 1987:75).

Al comparar las ventajas del hombre con las de la mujer, Olivier se encuentra con que todas las de la mujer están de lado del cuerpo y las del hombre, del lado del espíritu. Se hizo entonces evidente para ella que entre los dos conforman un "todo" completo, pero con la condición de que la mujer calle, y no quiera más feminidad y maternidad que la que el hombre le otorgue.

Como consecuencia, respecto a la maternidad/paternidad, los roles están perfectamente determinados para Olivier: *“Entre la concepción y el nacimiento, el deseo hacia el hijo se modifica en el hombre y en la mujer: “Ésta, a través del embarazo parece descubrir el “todo”, mientras que el hombre se siente excluido del proyecto que concibió. Luego del nacimiento, no se atreverá a recuperar su bien, y su mujer tampoco hará nada para que tenga acceso a él: se lo guarda para sí” (Olivier, 1987:229).*

Simone De Beauvoir a este respecto afirma que *“la necesidad biológica (deseo sexual y deseo de una posteridad), que pone al macho bajo la dependencia de la hembra, no ha liberado socialmente a la mujer” (De Beauvoir, 1949/1999:16, T.1);* ya que desde su punto de vista, *“la humanidad se divide en dos categorías de individuos, cuyas ropas, rostros, cuerpos, sonrisas, aire, intereses y ocupaciones son manifiestamente distintos; tal vez se trate de diferencias superficiales; tal vez estén llamadas a desaparecer. Lo cierto es que, por ahora, existen con categórica evidencia” (De Beauvoir, 1949/1999:11, T.1)*

Concluyendo con estas ideas, respecto a las diferencias culturales entre el hombre y la mujer, se me ocurre comentar que el problema inicial a resolver consiste en negar la idea construida alrededor de lo femenino por el patriarcado que ha designado los espacios de actuación de ambos sexos, y así, construir la feminidad en función de la visión subjetiva de sus protagonistas: las mujeres.

3.6. ¿Qué es una mujer?

La aceptación de nuestra identidad es un proceso de descubrimiento de qué o quiénes somos en realidad, es la desmitificación del sistema de imágenes a imitar o rechazar: lo masculino y lo femenino definido por el hombre y utilizado como arma para someter a la mujer. *“Este sistema de valores, que nos obliga a imitar lo “femenino” (pasividad, dependencia, sumisión) y rechazar lo “masculino” (agresividad, competitividad, independencia), es falso, dado que está hecho bajo*

un criterio, y al servicio de unos intereses masculinos. La moral, la ley, la vida cotidiana, se organizan alrededor de estos dos sistemas: masculino/femenino (Colectivo de Mujeres de Boston, 1982:71)

Sin embargo para conseguir ese modelo ideal de identidad, es necesario primero plantear, ¿qué es una mujer?, o al menos cuál es el concepto de mujer que se tiene hoy en día.

Simone De Beauvoir, plantea que lógicamente ninguna mujer puede pretender situarse más allá de su sexo. Sin embargo como mujeres tenemos el derecho y el deber de conocer todas y cada una de las implicaciones de género contenidas en ese sexo, que en realidad, nos pertenece (ésta es una postura política más que una cuestión teórica, sin embargo no deja de aportar al replanteamiento que estoy proponiendo). De Beauvoir, nos orienta hacia un buen principio en esta búsqueda: *“Si quiero definirme, me veo obligada a decir en primer lugar: “Soy una mujer” Esta verdad constituye el fondo sobre el cual se yergue toda otra afirmación”* (De Beauvoir, 1949/1999:11 T.1).

No se nace mujer: llega una a serlo. *“Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino”* (De Beauvoir, 1949/1999:13 T.2). El complejo proceso de construir a una mujer, se inicia desde la infancia, iniciando con un llamado a la identificación en el que la tendencia a ésta (el ser-como) sustituye a la identidad (el ser-en sí) y donde el hacer-como ocupa el lugar de lo auténtico.

Situaremos como punto de partida la etapa de la infancia (saltando etapas anteriores de igual importancia, que son exploradas más profundamente en el apartado sobre la mujer y el psicoanálisis). De inicio, Simone de Beauvoir, plantea que *“una de las maldiciones que pesa sobre la mujer es que, en su infancia, queda*

abandonada en manos de mujeres. También el niño es criado al comienzo por su madre, pero ésta respeta su virilidad y él escapa muy pronto de su lado, en tanto ella entiende que debe integrar a la niña al mundo femenino” (De Beauvoir, 1949/1999:26 T.2).

Christiane Olivier enfoca la atención hacia el juego de las muñecas, las cuales, en su opinión, se inventaron, *“no para condicionar a las niñas hacia su futuro papel de madres, sino porque es la única imagen corporal conforme al cuerpo de la niña”* (Olivier, 1987:132). Sin embargo, esta muñeca va a hacerle vivir al mismo tiempo su futuro, al observar su presente de niña *“que no satisface”* y, por lo tanto, es *“mala”*:

¿Se ha observado cómo, en el juego de las muñecas, siempre aparecen claramente los dos personajes, la hija y la madre, y cómo la niña no es buena y la madre la regaña? Es que esta muñeca tan “mala”, en realidad está representando la imagen de la propia niña. La que aparece como buena es la madre, con todos sus atributos de persona mayor sexuada y su acceso al deseo del padre. En efecto, una vida de hija sólo puede vivirse en futuro, como la mujer que será, pues el presente se reduce a un sexo inexistente, a un padre que falta (Ibidem).

Para la autora, esta identificación con miras hacia un futuro genera el deseo de imitar, puesto que el presente no provee a la niña de signos a su sexo, signos que su madre posee. Ponerse tacones altos, usar maquillaje, suavizar el lenguaje: *“Se juega a ser “señora”, ya que no hay un valor reconocible en ser niña y todo lo importante ocurre en el mundo de las “señoras”*. A la niña sólo le queda imitar puesto que por el momento se encuentra alejada del círculo al que desea ingresar (el de los adultos), silenciando al mismo tiempo la orientación de su verdadera identidad, a cambio de la identificación que le traen los halagos de sus padres: *“¡Oh, miren a esa mamita!” “¡Qué bien se porta tu bebé!”* (Olivier, 1987:134).

La mistificación, por lo tanto, viene de fuera: se empuja a la niña a hacerse mujer:

“En lugar de reconocer lo que ella tiene de específico como niña, se prefiere empujarla hacia la belleza que la espera, hacia la maternidad como culminación, hacia el casamiento como ley” (Ibidem). La niña se enfrenta de inicio con su madre, sin embargo se ve también empujada a enfrentarse después, a todas las demás mujeres.

La adolescente continúa en la búsqueda de su identidad, identificándose; Nancy Friday comenta que las destrezas y capacidades que en otro tiempo nos ayudaron a fortalecer nuestra identidad y a fomentar nuestro amor propio, en la adolescencia nos traicionan: *“Acostumbrábamos a levantar el brazo, entusiasmadas, para llamar la atención del profesor o profesora, a fin de hablar en voz alta y claramente cuando conocíamos la respuesta a una pregunta. Ahora disimulamos nuestra inteligencia, la ocultamos, y nos mordemos la lengua”*. El deseo de atraer al sexo opuesto y la búsqueda de la feminidad, nos hace buscar los caminos instruidos por la madre para conservar el “amor”: la sumisión y la pasividad. *“Las chicas han sido formadas para relacionarse; los chicos para actuar”* (Friday, 1977/2001:165).

Como consecuencia de esta temprana identificación, se forma en la mujer un temperamento orientado al cuidado del otro:

Somos el sexo amoroso; todo el mundo cuenta con nosotras para procurarse bienestar, calor nutricional. Impedimos que el mundo se desbarate, lo mantenemos unido, con la constante disponibilidad de nuestro amor cuando los hombres, impulsados por sus ansias de poder, se empeñan en desintegrarlo. Solas, nos sentimos incompletas; sin el hombre nos consideramos inadaptadas; somos devaluadas fuera del matrimonio; nos mantenemos a la defensiva sin hijos. Hemos sido criadas para el amor, pero cuando éste llega a nosotras, pese a su dulzura, no resulta en definitiva tan satisfactorio como nos lo habíamos imaginado. Somos amadas por estimárenos parte de una relación, por nuestra función..., y no por nosotras mismas (Friday, 1977/2001:47).

Somos, por lo tanto formadas para ganar confianza no esforzándonos en nuestro provecho, sino satisfaciendo las necesidades de los demás. La vida de las mujeres está conformada por un *interior desprovisto y vacío* y un exterior magnánimo; está en función de los sentimientos de los demás así como de suplir sus necesidades, de hacer de sus vidas, la propia.

Simone de Beauvoir comenta respecto a esta formación: *“la sociedad entera (comenzando por sus respetables padres) le miente al exaltarle el alto valor del amor, de la devoción y del sacrificio de sí misma, sin revelar que ni el marido, ni el amante, ni los hijos están dispuestos a soportar una carga tan embarazosa”* (De Beauvoir, 1949/1999:508 T.2). La mujer acepta alegremente esas mentiras que, según la autora, le invitan a seguir el camino más fácil.

Se le ha inculcado a la mujer, que su identidad no se oculta en el trasfondo de sí misma, sino en el trasfondo del “otro”; siempre desplazada con respecto a su propia persona, siempre más adelante de ella, así vive la mujer. *“Es siempre la misma comedia de ser o no ser: debo mostrarme buena madre, buena cocinera, buena esposa, so pena de que si no, se me considere nada. Exactamente la prolongación de mi infancia cuando debía mostrarme una buena niña para no correr el riesgo de dejar de ser niña”* (Olivier, 1987:202)

Olivier encuentra como ejemplo de la continua identificación femenina las revistas dirigidas hacia la mujer: *“Abrir una de estas publicaciones significa encontrar inmediatamente los dos estereotipos que pierden a las mujeres: la mujer-objeto, que debe gustar al hombre (a través de la moda), y la mujer que tiene como objeto al hijo (artículos sociológicos que muestran al hijo como responsabilidad exclusiva de la mujer)”* (Olivier, 1987:247). Los procesos de construcción de identidad y de socialización para las mujeres, sitúan en el centro de lo femenino la capacidad de relacionarse con otros y formar pareja. *“La vida de las mujeres se construye en y para esas relaciones”* (Szasz, 1995:15)

3.7. La naturalidad de lo femenino

El estereotipo de lo que “debe ser una mujer” en esta sociedad toma como características positivas, una serie de conductas que al mismo tiempo, poseen una baja estimación social (pasividad, temor, dependencia): *“Estos estereotipos están tan hondamente arraigados, que son considerados como expresión de los fundamentos biológicos del género”* (Dio Bleichmar, 1985:44).

El comentario de Dio Bleichmar nos lleva a retomar una de las polémicas fundamentales, respecto de la mujer y el género que se ha venido mencionando a lo largo de este trabajo: la “naturalidad” de lo femenino.

Franca Basaglia comenta a este respecto que la gama de comportamientos reconocidos como legítimos para la mujer es muy reducida y limitante. *“Quien rebase este espacio estará fuera de lo normal; que para la mujer no es la norma social sino la natural la que la obliga a ser lo que ella debe ser, la que no le permite ser diferente so pena de exclusión de la esfera que le corresponde como natural”* (Basaglia, 1985:39) . Las características orientadas hacia el otro extremo no corresponden entonces a la “naturaleza femenina” que la concibe pasiva, dulce y sumisa y por lo tanto son conductas “no naturales” y no son toleradas.

Si la mujer es naturaleza, su historia es la historia de su cuerpo, pero de un cuerpo del cual ella no es dueña porque sólo existe como objeto para otros, o en función de otros, y en torno al cual se centra una vida que es la historia de una expropiación. ¿Y qué tipo de relación puede haber entre una expropiación y la naturaleza? ¿Se trata del cuerpo natural, o del cuerpo históricamente determinado? (Basaglia, 1985:40)

El ser considerada cuerpo para otros, ya sea para entregarse al hombre o para procrear, es algo que ha impedido a la mujer ser considerada como sujeto histórico- social, ya que *“su subjetividad ha sido reducida y aprisionada dentro de una sexualidad esencialmente para otros, con la función específica de la*

reproducción" (Ibidem). Se hace hincapié en que esta sexualidad es su función esencial, aunque por atribuirle como objeto la reproducción todo aquello que quede fuera de éstos límites debe reprimirse, por lo que en consecuencia tampoco la sexualidad y la reproducción son verdaderamente suyas. Rebelarse ante ésta situación sería calificado de agresivo y por lo tanto de anormal, o en el peor de los casos, podría ser acusada de actuar como hombre o de ser lesbiana. Esta marginación implica ser colocada fuera de los límites de lo femenino, y por lo tanto se crean conflictos en la mujer, a nivel de su identidad, es decir, no le permiten establecer la pertenencia a un género, lo que se traduce en una exclusión social.

Pasividad, desdoblamiento, disponibilidad, son parte de la "naturaleza femenina" y corresponden al ideal de salud mental para una mujer, ideal que se transforma en realidad al ser aceptado por las mismas mujeres como algo que satisface sus exigencias y tendencias "naturales".

Basaglia afirma que la mujer no es por naturaleza sólo un objeto sexual, también debe ser madre no sólo de sus hijos sino también del hombre: *"Esto significa que la objetivación o cosificación de su cuerpo se transforma simultáneamente en una subjetividad o personalidad dedicada a nutrir, comprender, proteger y sostener a otros"* (Basaglia, 1985:44). La subjetividad que llegue a reconocérsele es, la del siempre dar, la de su anulación en función del otro; algo que ella nunca recibió ni recibirá, entonces, ¿cómo se puede dar lo que no se tiene? *"Las mujeres son como niñas sin madre, ya que la madre no ha podido dar a la hija sino la capitulación, la idea del límite que no debe trasponer, amenazada de exclusión y con el riesgo de no ser considerada mujer o femenina"* (Phyllis Chesler citada por Basaglia, 1985:44).

La transmisión de valores represivos hace que lo que vive la madre resulte tan natural que difícilmente inspiraría a buscar otras alternativas. Y si la hija quisiera hacerlo por iniciativa propia, mostraría a la madre la medida de su fracaso y acabaría con la certeza de tal naturalidad: *"Resquebrajar esa seguridad implica*

poner en situación crítica toda la estructura que justifica la propia opresión o inconsistencia; justificación tanto más necesaria cuanto más difícil resulta aceptar la opresión o la inconsistencia” (Basaglia, 1985:45). Entonces, no hay una madre en quien buscar apoyo o impulso; sólo un ser que declara su propia impotencia simplemente siendo lo único que conoce como posibilidad.

La mujer *como naturaleza*, la mujer *como cuerpo-para-otros* y la *mujer madre-sin madre* son las tres situaciones características de la condición femenina para Basaglia; *“las tres indican claramente la ausencia de una alternativa dialéctica: la mujer es naturaleza prefabricada o no es mujer; es cuerpo-para-otros o no es cuerpo; acepta su condición de ser madre sin madre o deja de existir”* (Basaglia, 1985:47). Todo lo que se refiere a la mujer está dentro de la naturaleza y de sus leyes, lo que origina que la mujer quede atada de por vida a su anatomía, a partir de la cual se elabora la ideología de lo femenino: *“La angustia de ser mujer, en gran parte, es lo que roe el cuerpo femenino”* (De Beauvoir, 1949/1999:75 T.2).

3.8. Lo corporal, el instinto, y su relación con lo femenino

Dentro de este contexto, que ha moldeado lo femenino alrededor de la corporalidad, puesto que ésta es claramente observable, (la mujer tiene en la pubertad cambios dramáticos en su cuerpo, menstrúa, se embaraza, pare y llega a la menopausia, de manera distinta que el varón se transforma en el exterior); la mujer *“está más atada a la Biología, ya que su papel y por tanto la identidad que asume se sustentan sobre sus funciones orgánicas siendo una de las más ponderadas la maternidad”* (Morales, 1996:289) y por consiguiente vive sus crisis maduracionales en relación directa con los fenómenos reproductivos y *“por ende en cada momento reproductivo va a replantear sus mecanismos adaptativos”* (Morales, 1996:299). Una vez más, aparece lo corporal como determinante en lo femenino.

Ahondando un poco más en el tema de la corporalidad, Sergio López Ramos, comenta que éste aspecto de la vida humana no sólo obedece a leyes biológicas y naturales, sino que lo corporal y su representación social *“tienen un trasfondo ideológico político, que es cruzado por la mercadotecnia de una concepción económica que vende lo corporal, o al menos su imagen, en una estrecha relación con las aspiraciones colectivas de lo instituido y que descarta, a la vez, un proyecto de humanización”* (López Ramos, 2000:8).

El autor afirma que las demandas sociales definen los procesos de apropiación de las formas y las categorías del cuerpo propio y del ajeno, lo suscriben a la reproducción y el consumo o a ser el ejecutor de acciones que no son constructivas sino respuestas a una estructura de venta, íntimamente relacionada con el ejercicio de los profesionales de las ciencias de la salud (López Ramos, 2000). Algo que está relacionado con planteamientos de apartados anteriores en donde se comentó el hecho de que el modelo médico (hegemónico), viene acompañado de principios que rigen la moral en la mujer y así mismo la forma en que ella perciba su propio cuerpo: *“el médico y el obstetra-ginecólogo en particular puede considerarse como el representante de la sociedad para identificarnos con criaturas cuyas necesidades parecen estar destinadas a satisfacer las necesidades de otros. Y nuestra atención médica, a veces parece estar dirigida a esos propósitos”* (Friday, 1977/2001:377)

Por lo que entonces, *“el cuerpo humano se vuelve el microcosmos del cuerpo social y éste refleja a su vez el método usado por esa cultura para socializar a la naturaleza”* (Marie Odile Marión citada por López, 2000:11).

Cabe entonces mencionar que las formas de vivir y sentir lo corporal en cada cultura, son aprendidas y reproducidas por las explicaciones que da la sociedad; a pesar de lo anterior, *“la manera de concretarlo, de vivirlo cotidianamente en el cuerpo, es un acto de individualidad”* (López Ramos, 2000:27).

Sucede entonces que la historia de la mujer depende mucho más que la del hombre de su destino fisiológico, y éste resulta más difícil y discontinuo que el del varón, además de estar influido por factores sociales: *“cada período de la vida femenina es preciso y monótono, pero los pasajes de un estadio a otro son de peligrosa brutalidad, y se presionan por crisis mucho más decisivas que en el macho: pubertad, iniciación sexual y menopausia”* (De Beauvoir, 1949/1999:359 T.2).

La mujer tiene la menstruación, queda encinta, pare, amamanta y tiene la menopausia: *“todas las fases de su historia pasan por las modificaciones y las alteraciones de un cuerpo que la ancla sólidamente a la naturaleza”* (Basaglia, 1985:34). Ésta es la causa de que nuestra cultura haya deducido que todo aquello que es la mujer lo es por naturaleza: *“es débil por naturaleza, obstinada y dulce por naturaleza, maternal por naturaleza, estúpida por naturaleza, seductora por naturaleza y también pérfida y amoral por naturaleza”* (Ibidem). Lo que deriva en que las mujeres que no corresponden con estos cánones en el sentido social son fenómenos "contra natura".

Respecto de la relación entre lo anterior y la maternidad, Marie Langer (1964) planteó que parece existir en la mujer un deseo instintivo de ser fecundada y concebir un niño, pero, ¿es realmente necesario utilizar la palabra instinto? Sabemos que la motivación de la mujer para ser madre son una serie de factores interactuando, tanto biológicos como sociales y emocionales.

Por lo que, ¿qué es lo que motiva a la mujer a ser madre? Langer, nuevamente trata de responder esta pregunta al decir que:

La causa fundamental por la cual la mujer desea tener un hijo es biológica. Su instinto maternal exige esta gratificación directa. Pero como el instinto sexual lleva al enamoramiento, y los enamorados satisfacen en su unión, junto con su apetito sexual, determinadas necesidades psicológicas, el instinto maternal,

como parte integrante de la sexualidad femenina, gratifica a través de su realización múltiples deseos de la mujer (Langer, 1964:186).

Desde luego, en su deseo influyen también causas más conscientes o más racionales, a lo que Langer afirma que la mujer puede anhelar un hijo para revivir su propia infancia en él o para darle precisamente lo que ella no tuvo. Puede desear un hijo por rivalidad con las demás mujeres o para retener a su marido o por necesidad de status o por cualquier otra causa actual; pero, *“en el fondo, el deseo de la mujer proviene de su necesidad psicobiológica de desarrollar todas sus capacidades latentes”* (Langer, 1964:187).

Es un hecho, los factores biológicos en la maternidad son de vital importancia, sin embargo, son sólo la base de una institución mucho más profunda; Goldhor afirma que muchos teóricos que creen, que existe cierta base hormonal/fisiológica para el ejercicio maternal de las mujeres; comentando al respecto que, al mismo tiempo, *“si bien califican sus afirmaciones, ninguno ofrece algún argumento o demostración convincente para sostener que los niños necesitan específicamente a sus madres biológicas o que las madres se infligen un daño si no cuidan de los hijos que han engendrado”* (Goldhor, 2000:41).

Sin embargo, todavía, algunas corrientes de pensamiento dentro del estudio del desarrollo humano han limitado la sexualidad de la mujer sólo a sus funciones reproductivas y todo lo relacionado con ellas, es decir, antes de la menstruación y después de la menopausia no hay nada de interés en el desarrollo de una mujer: *“En el tiempo desde la pubertad a la menopausia, o sea durante 30 o 32 años, la mujer está en aptitud de concebir. Esta es, pues, para ella la duración del período sexual de la vida”* (P. Nubiola citado por De Miguel, 1979:75).

Esto ha derivado en una concepción biologicista de la maternidad, así como todo lo relativo a lo femenino, logrando que el género femenino haya sido construido en base a las diferencias anatómicas entre el hombre y la mujer, limitándola a la capacidad de concebir hijos.

Robertiello comenta al respecto, *“parece que la idea que posee la mujer de su identidad sexual, y su subjetiva impresión acerca de sí misma como tal mujer, son cosas que se hallan mucho más relacionadas con el concepto de su persona como madre que con el concepto de sí misma como ser sexual”* (Robertiello citado por Friday, 1997/2001:229). Y Friday concluye: *“La sexualidad es el gran campo de batalla sobre el cual se enfrentan la biología y la sociedad”* (Friday, 1977/2001:248). Por lo que el desarrollo psicosexual en la mujer en sus diferentes etapas se ve influido siempre por la capacidad de procreación, a lo que Friday dice, *“Así vamos pasando a través de la menstruación, la pérdida de la virginidad, el matrimonio, el alumbramiento de los hijos... Todo viene a ser de una pieza”* (Friday, 1977/2001:133).

Por lo que, la reproducción provee de diferentes manifestaciones de tipo crítico, en la mujer, en la medida en que su identidad está particular y estrechamente vinculada con el *ciclo reproductivo* tanto desde una perspectiva biológica como desde su condición psicosocial. Por lo que es más sencillo distinguir en su desarrollo etapas o periodos de crisis que conducen hacia la maduración de las formas de adaptación y que a su vez están en estrecha relación con los aspectos biológicos de la reproducción como es la pubertad, el embarazo, la imposibilidad reproductiva, las pérdidas perinatales, el climaterio, etcétera, sólo para mencionar las más importantes (Morales, 1996).

3.9. Sexualidad femenina y género

Históricamente, el comportamiento sexual de la mujer ha sido determinado por los arquetipos culturales que definen la identidad sexual femenina. Para la mujer la sexualidad puede estar vinculada a la aceptación de su cuerpo, sus deseos e impulsos sexuales, emociones, identidad, o maternidad. Al mismo tiempo, está encadenada a condicionamientos sociales que distorsionan su percepción de la sexualidad. Numerosas generaciones han sido educadas de acuerdo a normas que sólo legitiman la expresión sexual si es con fines de procreación.

“Las distorsiones generadas por la represión de la sexualidad femenina originan situaciones tales como el uso de la sexualidad como moneda de intercambio para conseguir seguridad, estabilidad, afecto o inserción en un marco familiar” (Fischman, 2000:33). Además, la resistencia de nuestra sociedad a aceptar el derecho de la mujer a imperar sobre su cuerpo y su fecundidad, así como las consecuencias personales y sociales de los nacimientos no deseados limitan sus opciones de expresión sexual así como la ignorancia. Todos estos factores contribuyen a una *visión de la sexualidad* como desprovista de erotismo y a una desvalorización del *derecho al placer*.

Muchas mujeres, por ejemplo, no saben cómo nace un hijo, no son capaces de utilizar bien un método racional de control de natalidad, e incluso algunas no saben ponerse un tampón menstrual. *“Esta actitud es peligrosa, pues la mujer (incluso más que el varón) dependen del auto-examen y de sentido común en sus procesos fisiológicos y de embarazo”* (De Miguel, 1979:136)

La educación sobre el cuerpo es el núcleo de la educación. *“Nuestro cuerpo es la base física con la que nos movemos dentro del mundo: la ignorancia, incertidumbre (y peor vergüenza) de nuestro ser físico nos crean una alienación de nosotras mismas que nos impide ser la persona total que podríamos ser”* (Colectivo del Libro de Salud de las Mujeres de Boston, 1982:12).

El conocimiento de nuestro cuerpo, y lo que es mejor la aceptación y la plenitud en éste derivará en una salud sexual, definida como *“un estado de bienestar físico y emocional que nos permite gozar y realizar nuestros sentimientos sexuales”* (Colectivo del libro de Salud de las mujeres de Boston citado por De Miguel, 1979:137)

La sexualidad es un lenguaje, una forma de expresión que nos permite comunicarnos a través del contacto físico: *“La historia de cada persona y la etapa*

de vida en la que se encuentra define la naturaleza y estilo de su comunicación sexual' (Fischman, 2000:34).

En una relación heterosexual, lo habitual es que el hombre y la mujer tengan distintas nociones y expectativas con respecto al sexo. Ambos han sido socializados en forma diferente, ya que se enseña niñas y varones a actuar y pensar de acuerdo a lo que el medio ambiente espera de cada sexo. La sexualidad está muy relacionada con el desarrollo emocional y social: *"Expresamos nuestra sexualidad por medio de nuestros estilos de vida, en nuestros roles sociales, y en nuestras manifestaciones afectivas y eróticas. La sexualidad adulta es el resultado de un proceso que se inicia con el nacimiento, y es una parte integral de quienes somos"* (Fischman, 2000:123).

Los padres de ambos sexos educan a sus hijos con sus actitudes y su comportamiento. Tanto las madres como los padres enseñan tanto o más con lo que hacen que con lo que dicen; la educación sexual es un proceso que dura toda la vida, pero que comienza en la casa, con la familia. Aunque no se lo propongan, los padres, y en especial la madre, mediante sus actitudes, sus silencios, lo que dicen y la forma en que lo dicen, son los principales agentes de la educación sexual de sus hijos. Friday comenta al respecto, *"Sigue en pie un hecho: tanto si conseguimos la información en la escuela como si nos la procuran nuestras amigas, nos vemos afectadas por las actitudes sexuales de la mujer que nos ha criado. Los padres imparten la educación sexual primaria y de más prolongada permanencia en sus hijos"* (Friday, 1977/2001:133).

Puede entonces concluirse que, las vivencias de la mujer están irremediablemente ligadas a su anatomía desde su más tierna infancia. Christiane Olivier comenta: *"Cuerpo femenino, siempre molesto; primero por estar demasiado ausente, después por demasiado presente, al punto de invadir todo el espacio vital de la mujer"* (Olivier, 1987:136).

Comenta que la vida de la mujer gira en torno del recorrido de “demasiado poco” al “demasiado” e inversamente:

Una vida de mujer, es, pues, demasiado, o demasiado poco; jamás alcanza el equilibrio entre ese cuerpo que es demasiado estrepitoso o no lo bastante, y ese espíritu que busca una regulación, una evolución progresiva y lógica. Es esto lo que les hace decir a las madres que sus hijas son más complicadas que los hijos varones; en realidad es el cuerpo el más complicado, el que plantea problemas a la mujer a lo largo de toda su vida. (Olivier, 1987:143).

Es difícil para una mujer el que se organice su actividad sobre el modelo de su vida sexual y genital. Ello conduce a una discontinuidad contraria a una realización, puesto que ésta constituye un problema, ya que *“se ha tratado de asimilar su producción a la reproducción, y como consecuencia la mujer se ha visto reducida a algunos años activos de reproducción junto a incontables años de tedio. Su cuerpo demasiado rico en promesas significó una carga para su espíritu: el hombre le arrebató la sublimación y la dejó circunscrita al hijo. Se sirvieron de su cuerpo para negarle su espíritu”* (Ibidem). Esto tiene como consecuencia el que las mujeres en el momento actual, piensen dos veces antes de decidir ser madres.

Al construir más espacios de reflexión alrededor de la sexualidad, surge la percepción de que para la mujer éste es un terreno profundamente contaminado con variables subjetivas, sociales y políticas. Volvemos a preguntar entonces, ¿es la maternidad un fenómeno “natural”?

Como es muy difícil articular con exactitud en qué consisten las diferencias sexuales biológicas, no resulta sorprendente que sea muy difícil fundamentar e incluso formular afirmaciones tajantes sobre las bases biológicas de las diferencias sexuales en la conducta. Somos por supuesto seres biológicos, y necesitamos considerar nuestro cuerpo. Las experiencias fisiológicas de las mujeres como las que hemos revisado son sin duda poderosas, pero es importante recordar que, o bien por elección o bien de modo involuntario, todas las

mujeres no tienen todas estas experiencias. En nuestra sociedad, y en muchas otras, se les da también, un fuerte significado social y psicológico a las experiencias biológicas: *“Los síntomas físicos son inherentes al proceso biológico pero las cualidades del síntoma se median por el estado afectivo”* (Morales, 1996:305).

El drama precisamente radica en el hecho de que todo lo que se aparta de la imagen ideal de una mujer se considere antinatural, siendo que tal imagen ha sido delineada o fabricada, basándose simplemente en la diferencia sexual, que se interpreta como desigualdad: *“La idea de lo “antinatural” genera un juicio de valor que penetra en la esencia misma de ser-mujer”* (Basaglia, 1985:48). Para la mujer está trazado el camino y no se admiten desviaciones. El problema, entonces, es cumplirse como trascendencia, por lo que se trata de ver qué posibilidades se abren entre la actitud viril y la actitud femenina.

Es necesario comentar que en la colectividad humana nada es natural y que la mujer es uno de los tantos productos elaborados por la civilización: la intervención de otros en su destino es lo que está mediando las pautas de su vida, por lo que, si esa intervención fuese dirigida de otra manera, se lograrían resultados completamente distintos. La mujer no está determinada hormonalmente ni por instintos misteriosos, sino por la forma en que recupera, a través de conciencias extrañas, *su cuerpo y su relación con el mundo.*

3.10. Lo femenino y el “deber ser”

Como consecuencia de los planteamientos anteriores, nos encontramos con un conjunto de ideas de lo que un hombre y una mujer debe ser y por lo tanto es, a continuación señalaré algunas, centrándome principalmente en ésta última:

Siguiendo con Basaglia, ella comenta que las reglas del comportamiento femenino, se refieren esencialmente a las esferas corporal y familiar , a las que se

agregan explícitas connotaciones morales en cuanto se refiere a su capacidad o incapacidad para responder a la imagen ideal de lo que de ella se espera: *“una buena hija y una buena madre, que debe constituirse, hasta sus últimas consecuencias, en objeto sexual, siempre y cuando se mantenga dentro de los límites de esta objetivación y sexualización, que corresponden a las exigencias de la presunta subjetivación masculina, sin dejar traslucir iniciativas o exigencias personales que (automáticamente) se convertirían en "obscenas" y “condenables”* (Basaglia, 1985:32). El margen menor de error concedido a las mujeres, en este caso podría compensarse con el menor grado de eficiencia requerido para poder mantenerse dentro de la esfera social.

El Colectivo de Mujeres de Boston aporta un retrato más elaborado del proceso ideal de la socialización femenina referido por uno de los textos de obstetricia más ampliamente utilizados:

La mujer por ser enseñada e instruida en los modales femeninos de comportamiento y vestimenta desde la infancia, por haber imitado con aliento desde la niñez, la apariencia y el comportamiento de las mujeres adultas de su círculo familiar; se entregará desde jovencita a fantasías de cuidado (alentada por amorosos padres que la llenaban de muñecas); por haber recibido el amor y la aprobación de sus padres y otros adultos del círculo familiar cuando manifestaba, en los principios de su adolescencia, un interés intenso en mejorar su apariencia física, la pulcritud de su ropa, su aseo personal; por el cambio de su comportamiento para parecerse más a una "dama"; y por haberse dado cuenta del aumento de atención de los muchachos cuando lucía, vestía y se comportaba de manera femenina, es razonable que en la adolescencia acepte su rol femenino. Sin embargo, en los años siguientes, continuará con su actitud de comportamiento femenino mientras sigue recibiendo la atención, el afecto y el amor de aquellos a los que ama. Al sentir que su esposo la ama y la necesita, se sentirá orgullosa de mantener su atractivo, de darle su amor y devoción y de alentarlo en sus habilidades. Como madre, amará y dará afecto a sus hijos e hijas, enorgulleciéndose de sus éxitos en la niñez y luego en su adultez. (Colectivo de Mujeres de Boston, 1982:374)

Las mujeres, por lo tanto somos formadas para ser de uno o de otro, y no para poseer un independiente sentido de identidad, no para iniciar algo, sino para responder; no para escoger, sino para ser escogidas (Friday, 1977/2001).

Por lo que se puede afirmar que nuestra cultura, es una cultura de polaridad: blanco o negro; izquierda o derecha; mujer u hombre. Esta tendencia, ha llevado al hombre a buscar en la mujer a la pura o a la prostituta, sin encontrar jamás a ninguna: *La nuestra, es una cultura de desencuentros.*

¿No es momento de re-escribir las normas? Normas que lo único que han podido institucionalizar es la ira en nuestra formación reactiva. Ya ni siquiera podemos recordar cuándo fueron redactadas, pareciera que han existido siempre. “*Las Normas rigen nuestras vidas a los treinta y cinco años, igual que sucedía a los quince. Nos hacen rechazar a los hombres, silenciar nuestras opiniones, vestir como las demás. Y, más que nada, Las Normas nos obligan a escoger: ¿qué es lo que queremos: la sexualidad o el amor de otras mujeres?*” (Friday, 1977/2001:194).

La atmósfera creada para la mujer solamente puede generarle problemas emocionales, al sentirse en falta constantemente. “*Nuestros problemas de privaciones emocionales se remontan a una época demasiado remota de nuestra historia colectiva como mujeres, y de nuestras biografías individuales como hijas*” Quizá nuestras abuelas experimentaron menos esta carencia emocional, porque el suyo fue un tiempo en el que las mujeres vivían unas a través de otras, “*un tiempo en el que la inteligencia y la sexualidad no eran tan altamente estimadas como ahora, y, por consiguiente, los lazos con otras mujeres no se hallaban amenazados por el triunfo individual de nadie*” (Friday, 1977/2001:204).

La esfera de la mujer era segura precisamente porque era más pequeña, actualmente, el mundo de una mujer es todo lo grande que ella puede o quiere hacerlo, y sin embargo, las presiones y exigencias no se detienen sino que giran

en torno a otras direcciones, antes la histeria, hoy la imposibilidad de ser una buena madre ante la oportunidad de una superación personal: *“Algunas mujeres pueden ejercer plenamente una carrera y también ser madres, a base de jornada completa, pero tales damas componen figuras sobrehumanas, y nadie puede basar una sociedad racional en una totalidad de mujeres superdotadas. Es pedir demasiado, y cuando fallamos nos sentimos presas de la ira.... Sin saber porqué”* (Friday, 1977/2001:237).

En conclusión, la mujer se encuentra sujeta a exigencias sobre la percepción y el manejo de su cuerpo, que la llevan a establecer concepciones sobre lo femenino, y por lo tanto determinan el lugar donde va a establecerse, así como las decisiones de su vida en correspondencia con fórmulas pre-establecidas, ¿sucede lo mismo en el caso del varón? Prefiero no aventurarme a responder, sin embargo es un hecho que lo femenino resulta de una particular mezcla entre lo biológico y lo cultural, sujeto a normas de carácter social.

3.11 Lo femenino y la maternidad

Para las mujeres, las decisiones y la ausencia de éstas en materia de sexualidad y reproducción actualmente tienen importantes costos psicológicos y afectivos; lo que nos lleva a abordar nuestro objeto principal de estudio: La Maternidad; porque una cosa muy diferente es decir que para ser madre se necesita ser mujer, que decir que para ser mujer se necesita ser madre. Sin embargo, el uso de esta premisa en nuestro discurso ideológico, ha consolidado ésta equivalencia.

Casi todas, sino es que todas, las interpretaciones sobre el origen de la opresión de la mujer la ubicaban en la expresión máxima de la diferencia biológica: la maternidad.

Incluso el feminismo ha llegado a postular, que la "tiranía de la reproducción" era la causante más significativa de la desigualdad entre los sexos y planteaba la

reproducción artificial como la condición previa y necesaria a la liberación de las mujeres (Lamas, 1996). Llegó a decir que hace miles de años las diferencias biológicas, en especial la que se refiere a la maternidad, pudieron haber sido la causa de la división sexual del trabajo, que permitió la dominación de un sexo sobre otro al establecer una repartición de ciertas tareas y funciones sociales, hoy esto ya no tiene vigencia.

La transformación de los hechos socioculturales resulta frecuentemente mucho más ardua que la de los hechos naturales; sin embargo, como ya se comentó la ideología asimila lo biológico a lo inmutable y lo sociocultural a lo transformable (Lamas, 1996).

Para un abordaje abarcativo de la maternidad es necesario incluir ciertos aspectos subjetivos que construyen una poderosa fuerza de acción o inhibición de las prácticas maternas.

Todo lo que hace que una mujer se vea como una buena o mala madre, cuántos son los hijos que desea tener etc. no se agota en las identificaciones con su propia madre o en el lugar que ocupe en la estructura edípica, es decir, que no se agota en las determinaciones inconscientes clásicamente estudiadas por el psicoanálisis. Por lo que la maternidad, así como todo lo que respecta a la mujer que la ejerza; también tiene un lugar dentro de la Teoría de Género.

El primer cuestionamiento que nos puede venir a la mente, es ¿por qué las mujeres ejercen la maternidad? La socialización de la maternidad aparece como uno de los elementos en que más énfasis se ha puesto, si no es en el que más, a lo largo de la historia y en diferentes culturas, e incluso ya he comentado las raíces históricas que responden en parte, sin embargo, existen algunas implicaciones respecto a la díada Mujer –Madre que podemos considerar:

La ideología instaurada que dicta características específicas en la mujer como un ser casi divino; no hace más que encubrir la necesidad de que la mujer no salga

de casa (en la actualidad, lo menos posible) para que la estructura social siga funcionando: *"El valor del hombre se mide por su coeficiente de trabajo, como el de la mujer por el de la maternidad"* (López citado por De Miguel, 1979:28).

Para algunos, la respuesta radica en que la mujer, de origen siempre es madre: *"La mujer que lo es biológicamente, virgen o casada, joven o vieja, es siempre madre, y que antes de serlo con el cuerpo o sin llegar a lograrlo, proyecta sobre todos sus ternuras, sus afanes, sus cuidados, y al anhelar tener hijos, da con ello la mayor expresión de su bondad integral"* (Vital citado por De Miguel, 1979:55). Por esta razón, al atreverme a preguntar, ¿porqué la mujer es quien ejerce la maternidad?, podría provocar risa, argumentando la obviedad de la respuesta: No hay mujer sin haber madre.

Las mujeres no tienen más que un oficio: *el amor y la reproducción*; y pareciera que esta afirmación en la actualidad, con la liberación de la mujer, ya no tiene vigencia, sin embargo, analizándolo, ¿no es así? *"las mujeres continúan ejerciendo de padres primarios tanto en la familia como en instituciones dedicadas al cuidado y atención infantiles. Incluso si examinamos lo que sucede en sociedades actuales donde el cuidado institucional de los niños está muy difundido"* (Goldhor, 2000:314). Es deber de la mujer ejercer el amor y la reproducción en todos los aspectos de su vida, para poder validarse como tal.

La superioridad adquirida en algún momento por la mujer debido a su capacidad de dar vida, originó en el hombre la búsqueda de esa capacidad creadora en la cultura, en la política, en lo social, derrotándonos y atándonos de por vida a nuestra anatomía, fuimos encerradas en nuestro cuerpo. *"El (hombre) puede elegir su producción, pero la mujer no: está encadenada a la productividad de su útero"* (Olivier, 1987:125). En todo cuanto tenga que ver con el ejercicio maternal, tenemos la posibilidad de ser o tener todo el poder que deseemos, en cuanto busquemos salir de ése límite, experimentaremos rechazo y dudas.

La mujer, por lo tanto nunca puede encontrarse a sí misma, porque dedica todo su tiempo a salirse de ella para ir hacia los demás; *“increíble MAMÁ que recibe su lugar de los otros, y que encima le agradece al cielo por tenerle reservado un lugar en él, ya que hasta entonces no tuvo ninguno”* (Olivier, 1987:210).

La maternidad que es en sí un cambio de estado fisiológico, se convierte también en un cambio de estatus social. El trato del otro hacia la mujer que se convierte en madre, cambia radicalmente; ahora merece un respeto y un trato especial. Ya es una *mujer completa*: *“Al aceptar el papel de madre devota de sus hijos, la mujer espera siempre, secretamente entrar en la norma, ser una verdadera mujer (ya sabemos que desde el comienzo de su vida, éste es un objetivo principal), reconocida como “satisfactoria” a los ojos de los demás. En la maternidad, como de costumbre la mujer sigue corriendo tras su imagen. Pero esta imagen favorable a ella, ¿es la única a la que puede aspirar la mujer?”* (Olivier, 1987:245).

El ser mujer, por lo tanto, está definido por desear siempre y sobre todo la maternidad; el valor de ser mujer reside en la capacidad de ser madre (y buena madre) y la construcción de la identidad femenina se centrará entonces, en la maternidad.

La definición de lo femenino como “ser para otros” tiene implicaciones para su autoestima, estatus y su asertividad: *“la mujer es, sobre todo, la que atrae sexualmente y la que nutre, alimenta y proporciona bienestar y placer a los demás. Esa construcción de identidad cuestiona la posibilidad de cuidar su propio bienestar, de experimentar placer y recibir apoyo emocional, de tener una vida personal y un proyecto propio más allá de la vida conyugal y la maternidad”* (Szasz, 1995:14).

El ejercicio maternal de las mujeres se perpetúa a sí mismo por medio de mecanismos psicológicos inducidos socialmente. No se trata entonces de un mecanismo biológico; el principio es bastante simple: las mujeres ejercen la

maternidad porque antes fue ejercida en ellas por otras mujeres; es cuestión, como ya lo había mencionado de identificación por encima de identidad.

Es la madre quien nos enseña los duros quehaceres que implica el gobierno de una casa. *“La evocamos trabajando en la cocina, y recordamos lo bien que nos cuidaba a todos. Por eso la amamos. Más importante aún: queremos amarla, necesitamos amarla”* (Friday, 1977/2001:409).

Hagamos lo que hagamos, las reglas han sido introyectadas y sobrevivirá el deseo de ser como nuestras madres. Dice Jesie Bernard: *“Nuestra sociedad lleva a cabo un esfuerzo mucho mayor para masculinizar a los chicos que para feminizar a las chicas. Éstas no necesitan de tal cosa. Cada una convive con un modelo de su propio sexo”* (Bernard, citada por Friday, 1977/2001:211).

La primer respuesta al ejercicio femenino de la maternidad entonces, la encontramos en el hecho de que la identidad de género y el rol de madre son aprendidos al mismo tiempo; algo que no es nuevo, y que sin embargo sigue generando confusión en la mujer, que no sabe donde termina la mujer y empieza la madre, ya que parece que se trata de lo mismo. De tal forma que cumplir con el papel genérico y sentirse adaptada a éste, lleva implícita la necesidad de ser madre, hecho que de no cumplirse, *“la deja fuera de la función social, biológica y psicológica, porque el “eterno femenino” es la mujer como esposa y madre que debe de aspirar a ser nieta, hija, esposa, madre y abuela”* (Morales, 1996:285)

Para poder establecer una cultura diferente respecto al género, creo que es necesario comprender de inicio que, no todas las mujeres ejercen la maternidad, ni siquiera todas las mujeres la desean, no todas las mujeres son “maternales” ni propensas a la atención infantil. *“Algunas mujeres son mucho más maternales que otras y desean mucho más a los niños. Algunos hombres son mucho más maternales que algunas mujeres”* (Goldhor, 2000:313).

Marie Langer propone una solución a este respecto, tomando en cuenta que el rol maternal se aprende de la madre:

Podemos intentar educar a nuestras hijas, las madres de las generaciones futuras, para que no sufran de ésta contradicción entre sus instintos y sus ambiciones, para que no envidien al hombre el tener un camino claramente trazado, es decir, para que estén contentas de ser mujeres. Que no repudien su feminidad al comprender que ésta puede darles un máximo de placer sin impedirles otro logro; que ellas pueden realizar tanto como el hombre, aunque estas realizaciones, por ser ellas mujeres, en muchos terrenos tendrán otro matiz que las del hombre, por no ser el resultado de sublimaciones del instinto sexual masculino sino del femenino, y en especial, sublimaciones de su maternidad (Langer, 1964:232).

Solución que no cae en la utopía, ya que la autora reconoce el hecho de siglos de cultura influyendo aún en la actualidad, pero si éstas “sublimaciones” que ella menciona, son un medio para una cultura nueva ¡Bienvenidas sean!

“En el acto sexual y en la maternidad la mujer no sólo compromete tiempo y fuerzas, sino también valores esenciales” (De Beauvoir, 1949/1999:82 T.1). Entran aquí en juego fuerzas sociales que operan en la subjetividad de las mujeres y que podrían ser analizados a través de lo que aquí se determina “mitos sociales”. Se está planteando, entonces, la producción y reproducción de un universo de significaciones imaginarias constitutivas de lo femenino y lo masculino moderno que forman parte no sólo de los valores de la sociedad sino también de la subjetividad de hombres y mujeres.

Estos mitos sociales, en la medida en que constituyen un conjunto de creencias y anhelos colectivos que ordenan la valoración social de la maternidad vienen en un momento dado de la sociedad. Son individuales, en la medida en que dan los parámetros de significación individual a ésta función; a su vez, *“están insertos en la valoración que dicha madre tiene de su accionar y del accionar de los demás.*

Intervienen también participando en la formación del "estilo" individual de ser mamá. Jerarquizan por ende de determinada manera, su proyecto como madre con respecto a otros proyectos vitales" (Fernández, 1993:162).

Por lo que, para dar un alcance a la propuesta vertida por Langer, se puede empezar generando un análisis de estos mitos, el significado que se les ha otorgado y su determinismo en la construcción del género, lo cual sería el inicio hacia un replanteamiento de lo femenino y, en consecuencia de la maternidad.

3.12. Contenido simbólico en lo femenino y la maternidad

En base a todo lo desarrollado hasta ahora, podemos afirmar que los argumentos biológicos a favor de la maternidad ejercida por mujeres se fundan en hechos que no provienen de una realidad orgánica o natural, sino de la definición personal de la situación social; ésta surge de nuestra participación en ciertas adecuaciones y arreglos sociales. El hecho de que las mujeres ejerzan un rol maternal exclusivo y extenso es producto de una traslación cultural y social de su capacidad de crianza y lactancia, entre otras características de tipo anatómico; pero no está garantizado ni provocado por esas capacidades.

Pero, al hablar de una traslación cultural, no podemos dejar de tomar en cuenta la maternidad introyectada a través de símbolos y creencias que forman parte del *inconsciente* y del *consciente colectivo* (términos de Jung que se explicarán más adelante); ya que, como lo señalaran Ortner y Whitehead, *"el género, la sexualidad y la reproducción se abordan en calidad de símbolos a los que una sociedad determinada asigna significados particulares, como ocurre con todo símbolo. El acercamiento al problema del sexo y del género se considera, en consecuencia, como una cuestión de análisis e interpretación simbólicos"* (Ortner y Whitehead, 1996:128). Por lo que a continuación señalaré algunos de los símbolos que tienen más peso dentro de las creencias respecto al género femenino y a la maternidad.

Como sabemos, una de las instituciones más fuertemente culturizada a lo largo de los siglos, hasta el punto de parecer absolutamente natural, es la maternidad. Como se revisó en el apartado anterior hemos llegado a saber de muchos otros tipos de maternidades según las características de otras culturas, lo que nos abre una posibilidad de descomponer en sus distintos elementos un fenómeno complejo y que se está representando como simple e inmutable; conformador de la esencia femenina mediante el cual se ha pretendido subsumir y mantener a las mujeres ligadas a la animalidad de la especie. Carmen Sáez Buenaventura, comenta sobre la "*maternidad a la occidental*":

La maternidad a la occidental, más frecuente en los países industrializados, más común en el medio urbano que en el rural, más habitual en las clases medias y entre aquellas mujeres de nuestro país y otros similares, que se encuentran en la etapa de su ciclo vital durante la cual parecen más dispuestas a tener descendencia. A sabiendas de que incluso esta disposición, esta tendencia personal y/o libertad de elección, se halla enormemente mediatizada por la socialización de que ha sido tributaria, las relaciones habidas con sus ascendientes, su historia vital previa, la relación con su pareja. (Sáez Buenaventura, 1988:4)

No puede negarse que la maternidad va a ejercerse de acuerdo a la clase social a la que se pertenezca, como en el caso de las clases marginadas en donde las concepciones sociales varían llegándose a tornar más conservadoras, o en las clases altas en las que se encomienda el cuidado de los niños a empleados especializados. Las mujeres de las clases medias que habitan en las grandes ciudades de nuestro país que ejercen la maternidad, a pesar de los cambios diversos incorporados en su quehacer, su sentir y su pensar, todavía heredan bastante intacto el ideal maternal, institucionalizado del pasado siglo, y constituido por una mitología determinada.

Según comenta Jessica Benjamín, primeramente la dinámica socava concretamente a la madre, y después intenta repararla por medio de un

reencantamiento simbólico que da origen a dos figuras ideales: la madre perfecta y el individuo autónomo, ligados en una relación de dominación.

En este orden social, que es sólo uno de los órdenes posibles, puesto que, como lo afirma Alicia Pérez Duarte y Noroña (1998), *“lo que consideramos natural, no es sino una de las formas posibles de manifestación que se ha institucionalizado y estereotipado por intereses particulares que se han proyectado en el tiempo”* (Pérez Duarte y Noroña, 1998:410), el hombre necesita tener un control sobre su descendencia, por la trascendencia que ésta le significa, por lo que al ejercerlo, controlará por lo tanto la sexualidad de la mujer; según la autora, a través de *“instituciones como el matrimonio; necesita que alguien cuide y atienda a sus hijos e hijas hasta que estén en posibilidad de mantenerse por sí mismos y fomenta un símbolo, una imagen ideal de la mujer -madre. Sí, pero pobres de aquellas mujeres que deciden vivir su maternidad fuera de los cánones establecidos. Las madres solteras, las madres prostitutas, las madres lesbianas y aún, las madres trabajadoras fuera del hogar, son vistas con recelo, cuando no son repudiadas o agredidas y constantemente viven bajo la amenaza de verse privadas de la custodia y patria potestad de sus hijos e hijas”* (Ibidem).

Siguiendo con este planteamiento, Simone De Beauvoir (1949/1999), comenta que no se podría obligar directamente a la mujer a tener hijos, sin embargo, si pueden crearse situaciones emocionales y sociales en las cuales la mujer queda encerrada, resultando como única salida la maternidad; estas situaciones pueden encontrarse en la ley o las costumbres que imponen el matrimonio, la prohibición de medidas anticonceptivas y el aborto, así como del divorcio.

Los temores, resentimientos y confusión que giran en torno a la sexualidad femenina y a la maternidad trascienden el orden cultural y se expresan en todos los aspectos de la vida pública (leyes, política, instituciones de salud, ámbitos laborales, etc.): *“La única explicación que yo puedo dar a esto es que tanto en el orden social como en el normativo es la voz del varón la que hasta ahora ha dicho*

cómo, cuándo y dónde las mujeres podemos disfrutar de nuestra sexualidad y de nuestra maternidad, sin que se nos haya escuchado al respecto" (Pérez Duarte y Noroña, 1998:420).

El hijo tendría que representar el objeto universal de la pareja, lo que lo situaría en una posición muy diferente, que nada tendría que ver con el clasicismo familiar defendido por diversos autores, según el cual el hijo pertenece a la madre. Sin embargo, la realidad es otra: en lo que respecta a la pareja, el hombre pasa de largo por la paternidad y la mujer se queda detenida en ella; La maternidad se convierte en una opción social, que hace desaparecer a la mujer y nacer a la madre (Olivier, 1987).

Para Christiane Olivier, el deseo de un hijo y la maternidad son dos entidades separadas, tanto que si frente a la primera los hombres y las mujeres sueñan juntos, frente a la segunda la mujer suele despertarse sola y debe adoptar decisiones escandalosas a los ojos del hombre que sigue soñando.

Dentro del mismo orden de ideas, Celia Amorós destaca la importancia de la teoría de Karen Horney (que será comentada más ampliamente en apartados posteriores) acerca de la envidia freudiana del pene por parte de la niña por la envidia de la maternidad que sentiría el niño y que le llevaría a la creatividad cultural como mecanismo compensatorio: *"La vindicación se desactiva aquí por completo al lado de una crítica al androcentrismo que se presenta como mucho más radical: no nos interesa ser partícipes de una cultura patriarcal que, en realidad, no es construida sino como reacción a nuestra capacidad de tener hijos. La mejor parte es lo que nosotras tenemos"* (Amorós, 2000:85). Ya es tiempo de comenzar a darle el peso justo a la capacidad reproductora de la mujer, empezando por la mujer misma, valorándola en su justa medida, disfrutándola, planeándola y no asumiéndola como en su momento comentara Florinda Riquer, como una *"fatalidad"* (Riquer, 1996).

Sintetizando un poco sobre el tema de la maternidad, podemos comentar que desde la multiplicidad discursiva (discursos populares, científicos, políticos, y biológicos, etc.) sobre la mujer, se organiza un real Mujer-Madre, que no es la realidad, pero que se construye como si lo fuera. "*Su pertenencia al orden simbólico hace posible su capacidad ordenadora de las relaciones objetivas, intersubjetivas, subjetivas*" (Fernández, 1993:164).

Puede rastrearse dicha pertenencia en el conjunto de los discursos por los que una sociedad habla: científico, legal, ideológico, político, religioso, creencias populares, y más aún en los discursos de la vida privada, afectiva, que creemos que no son políticos. En ese sentido también podría hablarse aquí de eficacia simbólica de las significaciones imaginarias sociales, herederas seguramente de los antiguos mitos. Pero, esto nos lleva a preguntar ahora, ¿cómo aterrizan todos éstos conceptos en la mujer de la sociedad actual en todo lo que respecta a su vivencia de maternidad?

La cultura ha dictado a lo largo del tiempo el papel de la mujer dentro de la sociedad. Un ejemplo lo encontramos en algunos comentarios publicados por un libro de ginecología: "*La mujer tendría que plantearse seriamente a sí misma si vale más ser miembro anónimo aunque útil, de la sociedad, qué cabeza de familia. Quiero decir con ello si no le es más grata y compensadora la labor de creación de un hijo y de una familia que no la tarea de oscura colaboradora en un vasto engranaje sin fin y sin sentido*" (Botella citado por De Miguel, 1979:53); y respecto a la necesidad de que la mujer no curse estudios superiores: "*La mujer ha sido creada para ser madre de familia, y bastante tiene que aprender para cumplir debidamente tan alta misión*" (Moragas citado por De Miguel, 1979:47). Por lo que podemos entender que una de las expresiones más claras de la desigualdad social entre los géneros se expresa de manera importante en la reproducción humana.

3.13. La madre trabajadora

El ejercicio maternal de las mujeres ha creado hijas maternales y esto asegura que se cumpla la tarea parental. Sin embargo, los procesos que reproducen el ejercicio maternal generan tensiones que minan el sistema de sexo- género, entendido por Gayle Rubín como *“un conjunto de disposiciones por el cual la materia prima biológica del sexo y la procreación humanos es conformada por la intervención humana y social y satisfecha en una forma convencional por extrañas que sean algunas de las convenciones”* (Rubin, 1996:36).

Goldhor comenta que existe menor probabilidad de que las mujeres se descarguen excesivamente sobre los niños en aquellas sociedades donde *“pueden realizar trabajos significativamente productivos, donde disfrutan de relaciones emocionales satisfactorias mientras ejercen la maternidad y donde gozan de continua compañía de adultos”* (Goldhor, 2000:309). Pero son éstas precisamente las condiciones que el sistema patriarcal ha limitado.

Las mujeres pasan menos tiempo del total de su vida dedicadas a tener hijos y a criarlos (aunque no se puede dejar de tomar en cuenta que esto sólo aplica en ciertas clases sociales). En los últimos veinte años, las mujeres con niños han ingresado a la fuerza laboral rentada en grandes cantidades: *“En nuestra sociedad las mujeres no pasan la mayor parte de su vida fértil en estado de embarazo, ni tienen que cuidar a los niños y, en todo caso, los cuidan con intensidad durante pocos meses. Las actividades del trabajo en la economía familiar son compatibles con los requerimientos de la atención periódica del niño”* (Goldhor, 2000:38).

La división sexual del trabajo en el cual las mujeres ejercen la maternidad tiene nuevos significados y funciones; en la actualidad no se puede explicar como resultado de la biología o como requerimiento de la supervivencia: *“La exposición evolucionista no ofrece argumentación convincente ni probatoria que se afirme en la biología para explicar porqué las mujeres –o madres biológicas- están obligadas o deben proveer el cuidado parental”* (Goldhor, 2000:39).

Las mujeres de las sociedades contemporáneas ya no permanecen continuamente embarazadas durante todos o la mayor parte de sus años fértiles; prácticamente no existe trabajo incompatible con el cuidado infantil; Goldhor comenta al respecto: *“Las sociedades ya no necesitan el ejercicio femenino de la maternidad para la reproducción física. El relato funcionalista y evolucionista ya no da cuenta de las razones por las cuales las mujeres ejercen hoy la maternidad”*. (Goldhor, 2000:49).

Sin embargo, a pesar de la modernidad y del arduo trabajo de autores e investigadores que han argumentado a favor de estas nuevas concepciones sobre el ejercicio maternal, la realidad no cambia tan fácilmente. Según De Beauvoir, la mujer independiente se halla hoy día dividida entre sus intereses profesionales y las preocupaciones de su vocación sexual: *“le cuesta encontrar su equilibrio, y sólo lo asegura al precio de concesiones, sacrificios y acrobacias que le exigen una perpetua tensión”* (De Beauvoir, 1949/1999:485 T.2). Al incluir esta cita, no puedo dejar de tomar en cuenta que la autora publica su obra en 1949, y sorprendentemente, casi sesenta años después estamos viviendo con la misma problemática; lo cual no considero necesariamente como producto de un “atraso”, sino creo que más bien habla de la fuerza de los mitos sociales que siguen determinando los roles vigentes en nuestra cultura.

Marie Langer comenta que en nuestra época, tanto por factores internos como sociales, los deseos maternos de la mujer chocan más que nunca con sus necesidades, deseos y ambiciones personales. La mujer que renuncie del todo a la maternidad como símbolo en su vida, generalmente no será feliz ni capaz de una plenitud sexual.

La mujer, muy a menudo cree tener que elegir entre la maternidad, la satisfacción sexual, un trabajo creador, o una actividad política o social importante. Puede decirse, que en la actualidad la mujer no posee una identidad sexual armónicamente desarrollada, que existen ambigüedades en la experiencia sexual femenina y la maternidad, que el "ser femenino" como hecho cultural no está

acabado (Ehrenfeld, 1996).

Pero el renunciar a una u otra opción tiene consecuencias, que se traducen en frustración que según Langer puede ser expresada en palabras o actitudes de tipo inconsciente: *“Descontenta con el destino de su sexo, lo estará también con el de su hija. Le hará sentir en mil formas que la mujer es inferior, que es una víctima de la vida, que hubiera preferido un hijo varón para que no sufra un triste destino”* (Langer, 1964:232). Esto sin considerar la importancia de la presencia de la figura paterna, y/o del matrimonio, los cuales tienen un fuerte significado en el valor social de la maternidad.

El ideal sentimental de la maternidad, según Jessica Benjamín, es un producto de la separación histórica de las esferas pública y privada, *“separación que le dio a la polaridad genérica su forma presente como oposición institucionalizada entre la racionalidad masculina y la actitud cuidadora materna”* (Benjamín, 1996:252).

La mujer que se realiza en el hogar y con los hijos parece ya no tener una estima social. Si embargo todavía la misma sociedad considera que está llevando a cabo un ejercicio correcto de su maternidad y por lo tanto un modelo a seguir, reprochando por lo tanto a las madres que trabajan: *“La autoridad moral de la maternidad ha sido menoscabada, pero la maternidad sigue siendo la columna vertebral de la socialización y el cuidado”* (Benjamín, 1996:255) de los seres humanos.

La niña, por lo tanto, es criada conforme a lo que Nancy Friday llama una *“agenda oculta”*. Es decir, la madre comunica verbalmente a su hija: *“Pues si...tienes tanto derecho como un chico a ejercer una carrera, a ser médico, o abogado”*, pero de manera inconsciente hay otro mensaje que transmitir: *“Has de ser madre también”* Por lo que, una vez convertida en mujer, la entonces niña tiene ésta concepción: *“Voy a ser abogado, Y también voy a tener una familia”* (Friday, 1977/2001:237).

La autora marca que la sociedad aún no ha reconocido las dificultades que radican en ser abogada y madre al mismo tiempo.

Mientras que los valores de la competencia, el éxito y el trabajo parecen ser cada vez más trascendentes, los valores el cuidado y la responsabilidad colectivos respecto de los otros se han deteriorado, desde luego, estos valores no son intrínsecamente femeninos, pero en esta sociedad se reconocen como parte del ámbito privado o familiar, algo siempre asociado a la feminidad; Jessica Benjamín comenta al respecto:

Sería más exacto decir que son valores parentales, que forman parte de las vidas privadas de las mujeres y de la creciente cantidad de hombres que ponen un énfasis consciente en la paternidad. Pero en la lógica de la polaridad genérica, asistencia y cuidado= privado=madre. Esta ecuación insiste en la división del trabajo entre los progenitores, y de tal modo actúa contra la creación de condiciones que les permitan cuidar los hijos a padres y madres por igual (Benjamín, 1996:248)

Cada vez existen más mujeres que deciden tomar el riesgo de tomar papeles y actividades que antes eran exclusivos de los hombres, la principal diferencia radica en que no pueden a su vez librarse de las responsabilidades asumidas como madres, que permanecen como exclusivas de la mujer. Una mujer que decide ingresar en el ámbito laboral, entonces, ¿debe negarse a la maternidad y a la vida en pareja?:

No estoy diciendo que para las mujeres lo mejor sería no casarse, ni tampoco que supone una derrota ser como nuestra madre. Lo que interesa es poder escoger la vida que una ha de llevar. Si habéis sabido haceros independientes, decidiendo espontáneamente llevar la existencia de vuestra madre, y no por efecto de un sentido de pasiva fatalidad, o del deber y el temor, habréis logrado una victoria. Nos hallamos ante una vida auto afirmativa, tan válida como cualquier otra (Friday, 1977/2001:220).

Por lo que, continuando con la idea de un replanteamiento de lo femenino y la maternidad, es necesario repensar la idealización y el establecimiento de los valores que se atribuyen a la maternidad. Christiane Olivier comenta que *“es posible concebir otra familia, otra educación, otra distribución de las tareas parentales y sociales, que permitirían al hijo encontrar desde su llegada al mundo un referente del mismo sexo y un complemento del sexo opuesto: uno le serviría para su identificación, el otro le asegurará su identidad”* (Olivier, 1987:249). Mientras la familia siga estableciendo diferencias entre el papel del hombre y de la mujer, los hijos seguirán introyectando el sexismo reinante.

3.14. Esterilidad y maternidades alternativas

Hasta el momento, se ha hecho una revisión de las distintas implicaciones de la institución de la figura maternal en la sociedad desde diferentes puntos de vista; tanto históricos, como del desarrollo físico y psicológico, así como sociales. Esto nos lleva a pensar en el importante papel que juega la maternidad para la mujer dentro de su proyecto de vida.

Considero que el aprendizaje del rol maternal, al no ser percibido conscientemente, lleva a la mujer a aceptar la maternidad como un destino irremediable y un deber que cumplir tarde o temprano, e introyecta éstos principios repitiéndose que la maternidad es lo más hermoso que puede vivir una mujer; planeando su vida en torno a ella a lo largo de las diferentes etapas de ésta.

Crecemos con una figura materna, e introyectamos el modelo que vimos en ella y de una manera u otra nos vemos destinadas a repetirlo en el momento de ejercer la maternidad, pero, ¿qué sucede con aquellas mujeres que no tienen o no les es posible tener hijos? ¿Qué sucedería con todas esas normas introyectadas a lo largo del tiempo? No es tan fácil deshacerse de ellas; hay que ejercer la maternidad de cualquier manera.

Dadas las implicaciones sociales atribuidas a la maternidad como parte de una personalidad femenina integral, la maternidad llega a convertirse en un estatus, que tiene que ser alcanzado.

Por lo que la mujer sin hijos, además de las implicaciones emocionales que esto significa, pudiera llegar a sentirse disminuida como mujer en relación a las demás, puesto que se ha quedado estancada en su desarrollo como ser humano, al menos en la esfera social, afectando su desarrollo psicológico.

Existen diversas causas por las cuales una mujer no llega a tener hijos, sin embargo me gustaría destacar en este momento el caso de las mujeres que no tienen esta posibilidad por causas de tipo fisiológico (esterilidad). Puesto que no implica una decisión por parte de la mujer, sino que surge como un problema de tipo imprevisto que puede derivar en conflictos de tipo psicológico y de pareja, así como sociales.

Hablando de la incapacidad biológica para concebir hijos también llamada esterilidad, es necesario definirla. Yael Fischman afirma: *“Se llama esterilidad o infertilidad a la condición que impide a la pareja concebir hijos. Cuando un hombre y una mujer han estado teniendo relaciones sexuales durante aproximadamente un año con el objeto de tener hijos y esto no sucede, se piensa que podría haber algún impedimento para procrear”* (Fischman, 2000:95).

La esterilidad puede obedecer a diferentes causas; puede ser psicogénica, o debida a causas no identificadas. También existe la esterilidad absoluta, que puede ocurrir, por ejemplo, cuando las trompas han sido gravemente dañadas. El proceso total para averiguar las causas de esterilidad puede ser increíblemente agotador y depresivo: *“Requiere mucha fortaleza someterse a todas o algunas de las pruebas”* (Colectivo del Libro de Salud de las mujeres de Boston:280)

La esterilidad es una carga emocional para la mujer, quien por lo general tiene problemas para aceptar que no puede hacer lo que parece fácil y natural para las demás. Las cónyuges pueden enojarse consigo mismas y con su pareja, sentirse vacías, sin valor y deprimidas. Las relaciones sexuales pueden verse perturbadas al convertirlas en un asunto de “hacer bebés, y no de amor o placer.

Con la edad, la esterilidad se convierte en algo más que un problema. *“La capacidad para quedar embarazada parece llegar al máximo a los 31 años de edad, y luego declina”* (Papalia y WendKos, 1997:493).

Sin embargo, en muchos casos, hombres y mujeres parecen perfectamente normales, pero no son capaces de concebir. Algunas parejas estériles deciden permanecer sin hijos; otras adoptan un hijo o recurren a nuevas tecnologías como la inseminación artificial, la fertilización in vitro, la transferencia de óvulos e incluso la maternidad sustituta:

Hoy sabemos que la maternidad puede ser biológica y/o social; puede tener lugar, producción, mediante donación, por inseminación pactada amigablemente o mediante examen de donante desconocido, diferida, interrumpida y no deseada; mediante fecundación en el laboratorio, sin necesidad de concurso cubital entre progenitores y seguramente aún se olvida alguna que otra modalidad más (Szasz, 1995:16).

Un aspecto parece claro: mientras existan personas que deseen tener hijos y no puedan concebirlos y darlos a luz, el ingenio humano y la tecnología descubrirán nuevos métodos para satisfacer sus anhelos.

Sin embargo, siendo realistas, en la cultura mexicana la esterilidad todavía no es afrontada en función a las opciones científicas y por lo tanto superada. Se estigmatiza a la mujer incapaz de concebir hijos, percibiéndola como incompleta y por lo tanto inútil.

En un artículo sobre la medicina doméstica en comunidades rurales, Carlos Zolla y Virginia Mellado describen que en sus investigaciones se encontraron con algunas percepciones sobre la esterilidad: Una mujer infértil es objeto de calificativos tan duros como “mula”, “machorra”, “jorra” o “estéril”. Si transcurridos varios meses la recién casada no se embaraza, consultará a la partera, quien, en su doble papel de matrona y curandera, iniciará tratamientos específicos. *“Las sospechas de infertilidad están dirigidas usualmente hacia la mujer, especialmente cuando se trata de una muchacha que no ha tenido hijos”* (Zolla y Mellado, 1995:79).

También destaca la percepción de como una de las causas que pueden conducir a la esterilidad, sería un “daño” provocado por una acción de brujería. Tal esterilidad es ocasionada, en consecuencia, por un tercero, señalando los autores una analogía con la salpingoclasia. *“La diferencia esencial estriba en que la primera responde el deseo de alguien de provocar un mal y es, en consecuencia, ajena a la voluntad de la mujer; no así la segunda, que implica una decisión consciente de lograr por medios quirúrgicos de esterilidad definitiva”* (Zolla y Mellado, 1995:81).

La imposibilidad de concebir, percibida en el hogar, suele ser una causa importante de demanda de atención y se encuentra asociada a la idea de “frialidad”, que no sólo alude a la concepción. Dicha “frialidad” puede designar estados transitorios que dificultan la concepción, o bien ser sinónimo de esterilidad: *“La “frialidad” de la matriz o de los ovarios, que impide la concepción, no está considerada como un acontecimiento momentáneo, sino como resultado de un proceso que puede alcanzar meses o años”* (Ibidem).

Si buscáramos una interpretación psicológica a estas ideas, surgirían variedad de afirmaciones, una cosa es cierta: la esterilidad coloca a la mujer en la postura de defectuosa ya sea por el daño de fuerzas ajenas o su incapacidad intrínseca.

Además si vamos más allá, se le ve como alguien inmerecedora de la maternidad por alguna razón ajena a su problema de salud. Marie Langer dice: *“Muchos primitivos ven en la esterilidad una consecuencia de la promiscuidad y en el hijo un premio a la fidelidad conyugal”* (Langer, 1964:133). Motivo por el cual estas percepciones derivan en situaciones adversas para la mujer que no puede tener hijos, como lo señala Ivonne Szasz: *“La infertilidad congénita o adquirida de una mujer (o incluso la del propio hombre) puede significar la desvalorización, el castigo, la violencia conyugal o el abandono de la mujer”* (Szasz, 1995:17).

Observándola desde el punto de vista psicoanalítico, de manera muy breve podemos decir que la *imposibilidad reproductiva* impacta a la mujer debido a que no hay una reafirmación de su identidad mediante la experiencia de la maternidad, lo que provoca un deterioro en el autoconcepto.

Existen hipótesis que han sugerido que los aspectos emocionales son los que determinan la imposibilidad reproductiva, basados en las semejanzas respecto a las reacciones que se observan en las pacientes que padecen de esterilidad. Por otro lado, *“se propone que existe un antecedente histórico con una madre fría y distante que impide una clara y firme identificación con ella. No obstante, en los trabajos que hemos desarrollado, nos sugiere que quizá la interpretación pudiera ser distinta debido a que los fenómenos que observamos respecto a las reacciones emocionales pueden ser comprendidas a la luz del evento crítico que impacta fundamentalmente la identidad femenina, esto provoca regresiones que nos llevan observar reacciones muy tempranas que presentan a la paciente estéril tal como se ha descrito, es decir como una mujer infantil con reacciones neuróticas”* (Morales, 1996:302).

Sin embargo, si replanteamos las observaciones viéndolas desde una perspectiva psicosocial (psicoanálisis y género), estamos en la oportunidad de explicar de distinta forma el fenómeno. Es decir, tomando en consideración que la esterilidad produce un impacto sobre la identidad particularmente respecto al papel genérico,

logrado muy tempranamente y especialmente a través de las identificaciones con la madre, puede interpretarse que *“la regresión es muy temprana y la historia con la madre se reedita en aquellos aspectos que permiten implicarla, de tal forma que de la misma manera que se le responsabilizó de la castración ahora se repite en una nueva castración ante la imposibilidad reproductiva, en todo caso es ella la que fue incapaz de dar lugar a una mujer competente”* (Ibidem). Por ende, las relaciones emocionales regresivas que observamos en realidad parecieran tener su origen en ese mismo momento por lo que da lugar a recursos primitivos como la fantasía o la sublimación.

Por lo que, ya sea por motivos fisiológicos o de carácter inconsciente, la imposibilidad reproductiva produce en la mujer conflictos con respecto a su identidad de género, derivando en más formas de asumir la maternidad sin tener que ser madre biológicamente.

Además, la esterilidad no es la única razón por la que no se tienen hijos. Hay mujeres e incluso parejas que por alguna u otra razón deciden no tener hijos ¿qué sucede con estas mujeres? Las normas introyectadas a lo largo de su vida, así como la presión social, les orillan a tomar otras vías de ejercer la maternidad. El inconsciente podría buscar la maternidad de la forma en que le sea posible.

Sería motivo de burla pensar en que estas mujeres ejercen la maternidad con mascotas, o con los hijos de otras mujeres; ya que esto constituye un cliché que limita los altos alcances del inconsciente: una mujer puede encontrar un hijo en el trabajo, en una pareja, etc.

El caso es que biológica, psicológica o socialmente, la maternidad siempre estará al alcance de la mujer, no sólo dando a luz hijos, sino buscando otras posibilidades que le brinden la oportunidad de ejercerla para completar nuestra identificación con la figura de La Madre. Es decir, en una civilización donde se

buscan “alternativas” en la medicina, en los alimentos o en la sexualidad, ¿porqué no buscar “Maternidades Alternativas”?

Para finalizar con el tema de la maternidad quiero añadir una reflexión de Alfonso López: *“Hay caracteres para todo, pero es necesario enseñarles que hay muchas maneras alternativas de vivir, y otros valores que los del enamoramiento y la maternidad”* (López, 2002:90). Algo que sólo puede lograrse a través de un replanteamiento de la cultura de género.

3.15. Género y maternidad en la sociedad mexicana actual

Aterrizando un poco los conceptos revisados en este apartado a la vida de la mujer en la sociedad mexicana, a continuación rescataré valiosos comentarios de Ivonne Szasz (1995) en su artículo *“La Condición Social de la Mujer y la Salud”* al respecto.

La autora refiere que la valoración de lo femenino basada en la maternidad y la vida conyugal, presiona en contextos de escasa autonomía femenina, hacia el embarazo y la unión tempranas y hacia una prole numerosa. Algo frecuente en la sociedad mexicana.

La desigualdad entre los géneros afecta también a todas las esferas referentes a la salud en la mujer. *“La asignación exclusiva de la crianza a las mujeres, y el conflicto de roles derivado de las dificultades para ejercerla entre mujeres trabajadoras, dificulta las prácticas de lactancia y conlleva a situaciones de tensión emocional, conflicto familiar y riesgos para la salud infantil”* (Szasz, 1995:17)

Las mujeres rurales desempeñan así un rol central en la elaboración y transmisión de concepciones y prácticas relacionadas con el género y por lo tanto con la salud y la reproducción que definen y dan sentido a estos fenómenos. Algo que se ha visto en investigaciones hechas en nuestro país sobre las prácticas de salud por

mujeres rurales, así como el peso de los conceptos referentes a ella más allá de la medicina.

Patricia Ravelo, citada por Szasz propone a la salud de la mujer en México como una dimensión muy relacionada con todas las esferas de la vida social, en especial la cultura y la ideología, de donde se extraen los significados de la sexualidad, el cuerpo, la maternidad y los procesos de salud.

Señala como esferas de especificidad de la salud de la mujer la sexualidad, la maternidad, el trabajo y la salud mental, mencionando como causas socioculturales de sus trastornos las formas de socialización temprana, la represión de la sexualidad, las prácticas sociales en torno a la maternidad y los ideales culturales patriarcales, incluyendo el alcoholismo y la violencia masculina.

Relaciona los disturbios psíquicos propios de las mujeres con la producción histórica y social de esos trastornos, situando como causa la rigidez de las reglas sobre el comportamiento femenino, el confinamiento de la mujer al ámbito doméstico y la reducción de sus deseos y necesidades a los deseos maternales.

Está claro que la salud es uno de muchísimos aspectos más incluidos en el género femenino en México, sin embargo, al dársele tanto peso al cuerpo de la mujer en nuestro país, sobre todo como un cuerpo para otros, el conocer como se maneja este tema nos da una clara idea de la forma en que los conceptos sobre género están siendo introyectados.

En nuestro país, las mujeres son quienes mantienen la *cohesión familiar* y por lo tanto se les ha atribuido la responsabilidad de educar a los hijos (e incluso al esposo) en todos los aspectos relacionados con la socialización, incluido el género. ¿Porqué entonces prevalece en nuestro país ésta cultura paternalista?

Una respuesta podemos encontrarla en Nancy Friday, quien comenta que: "*La sociedad prefiere respaldar las inseguridades de la gente, más que sus*

posibilidades de salud, independencia y ruptura de una tradición" (Friday, 1977/2001:357), tal como se mencionó en apartados anteriores.

Es necesario comprender ante todo que la naturaleza no es inmutable, del mismo modo que no lo es la historia (De Beauvoir, 1949/1999). Podemos demostrar con facilidad que lo que se conoce como feminidad exige sacrificar más de lo que vale. Únicamente podremos crear una sociedad íntegra si se aprovechan las aptitudes especiales de cada género y las que ambos tienen en común, es decir si se aprovechan los dones de toda la humanidad. ¿Cuándo se podrá afirmar esto sin que deje de ser una utopía?

Personalmente, pienso que el movimiento feminista tiene que soñar con algo más que la eliminación de la opresión de las mujeres: tiene que soñar con la eliminación de las sexualidades y los papeles sexuales obligatorios. El sueño que me parece más atractivo es el de una sociedad andrógina y sin género (aunque no sin sexo), en que la anatomía sexual no tenga ninguna importancia para lo que uno es, lo que hace y con quien hace el amor (Rubín, 1996:85).

¿Es necesario entonces desaparecer la categoría de género? Es un cuestionamiento digno de elaborar toda una investigación, sin embargo considero necesario tomarlo en cuenta hacia el replanteamiento que he venido proponiendo.

Recapitulando, es necesario comentar que el rol materno es construido por la cultura y el orden social vigente en interacción con la subjetividad de cada mujer (identidad subjetiva) y reproducido a su vez en el marco de la familia, con el contenido de la complejidad de los valores, los significados y la contradicción de los roles y funciones sociales individuales.

Cabe comentar también que las propuestas de los diferentes análisis de corte feminista aquí vertidos resultan un aporte valioso al conocimiento sobre este tema, sin dejar de afirmar que constituyen sólo una de numerosas corrientes a este respecto.

Para concluir, considero que es necesario buscar algo más que ganar una batalla al género masculino. Es necesario ganar la guerra a la cultura e instaurar una nueva, donde el género no sea una pesada cadena que llevar a cuestas en todos los aspectos de nuestra vida. *“La evolución cultural nos da la oportunidad de tomar el control de los medios de sexualidad, reproducción y socialización, y de tomar decisiones conscientes para liberar la vida sexual humana de las relaciones arcaicas que la deforman”* (Rubín, 1996:80). Por último, es necesario comentar que es necesario no sólo liberar a la mujer, sino a todo género en sí, es decir, a la sociedad en conjunto.

4. Construcción de la percepción y ejercicio de la maternidad a partir de la relación con la propia madre

Si bien es cierto que la construcción genérica está constituida por todo aquello que la cultura y la sociedad le ha impreso, y que sus principios son de tipo colectivo; la introyección del sistema sexo-género proviene directamente de la maestra que se tiene en casa, es decir de la figura materna propia. Por lo cual en éste apartado se expondrá, cómo una relación básica, como lo es la existente entre madre e hija, reproduce el sistema genérico vigente. Éste análisis será realizado bajo diferentes perspectivas, siendo la central, el aspecto afectivo influido por la cultura en las diferentes etapas de la vida.

En la actualidad, la educación de la mujer ha evolucionado a un plano de igualdad de derechos con el género masculino, pero aún quedan residuos del “ginesco” ateniense donde la educación que la joven recibía era exclusivamente doméstica. Ahora las mujeres van a la escuela a recibir una preparación profesional, pero la enseñanza de todos los conceptos referentes al género; (siendo uno de ellos, la maternidad) es impartida en casa directamente de la madre y reforzada por el sistema sociocultural actual.

Como se mencionó anteriormente, el sistema capitalista ha favorecido la transmisión de valores a través de la madre. El padre es el gran ausente de esta sociedad de consumo; como lo menciona Olivier (1987), nuestra sociedad, con el pretexto de aumentar el confort material gracias al dinero que aporta el padre, favorece el desacomodo psíquico debido a una educación únicamente femenina. La falta del padre se ve reforzada por la presencia continua de la madre.

Porque, ¿de donde la hija (incluso la hija de una mujer nada maternal) ha sacado esta idea del perfecto amor materno? De lo que su madre dice y hace. La madre se presenta siempre a sí misma como persona *siempre amante*; sus fórmulas

verbales dicen a la joven que no hay que poner en duda lo ideal de su manera de sentir.

4.1 Transmisión de la identidad: La Psicogenealogía

Corrientes como la Psicogenealogía, plantean el hecho de que las pautas humanas de comportamiento son transmitidas de generación en generación, por lo que las normas sociales vigentes provienen de varias generaciones atrás y son transmitidas en el marco de lo privado (la familia), lo cual aplicado al ámbito maternal, nos dice que las normas de rol materno se transmiten directamente de madre a hija.

Es así como el dominio y regulación de los conceptos sociales, morales y culturales que la mujer adquiere a lo largo de su vida, en gran parte pertenecen a la madre y pueden ser transmitidos de manera manifiesta a través de los hechos o bien, de manera latente con mensajes directamente asimilados por el inconsciente.

Por lo que es posible llegar a la conclusión de que somos menos libres de lo que creemos, sin embargo tenemos la oportunidad de conquistar nuestra libertad y salir del destino familiar repetitivo de nuestra historia, "*entendiendo los vínculos complejos tejidos dentro de nuestra familia y aclarando los dramas secretos, los no-dichos y los suelos inconclusos...*" (Anne Ancelin Schützenberger citada por Van Eersel y Maillard, 2004:27). Para lo cual es necesario abrir nuestro entendimiento y darnos cuenta de que vivimos insertos en una invisible red de la que somos también constructores.

"*El inconsciente familiar existe*" (Jodorowsky citado por Van Eersel y Maillard, 2004:60); esta afirmación puede resultar fuerte y hasta contradictoria para corrientes como el psicoanálisis, sin embargo hay autores que como Jodorowsky la sostienen, tales como Anzieu, Castoriadis, Kaës, y principalmente Jung, quien

habla de una colectividad en el inconsciente (autor que será estudiado con mayor profundidad en el siguiente apartado).

Por lo que nuestro destino individual está guiado por la historia de generaciones anteriores. *“Yo creo que tenemos varios inconscientes: uno individual, uno familiar, uno social y uno histórico”* (Alejandro Jodorowsky citado por Van Eersel y Maillard, 2004:77)

Desde el anuncio de nuestra concepción nuestros padres nos otorgan inconscientemente (o conscientemente) la tarea de dar un sentido a su vida. En otros términos, *“el niño o la niña están investidos de la suma de fantasmas de sus padres y de sus abuelos, abuelas, tías y tíos. La familia va a proteger en nosotros los deseos corporales, sexuales, afectivos, intelectuales...”* (Chantal Rialland citada por Van Eersel y Maillard, 2004:177)

“Nuestro árbol genealógico define en efecto tanto a nuestro hombre interior como a nuestra mujer interior. A la pregunta ¿qué es para usted ser una mujer o ser un hombre? vamos a responder todos en resonancia con las diferentes mujeres y hombres de nuestra familia” (Ibidem). Lo femenino, como lo masculino, por lo tanto, están en las entrañas de nuestra historia familiar; por lo que estructuramos nuestra identidad introyectando las distintas figuras familiares: *“Todos los padres tienen para sus hijos un proyecto de vida, que los psicólogos llaman proyecto paterno”* (Vincent de Gaulejac citado por Van Eersel Y Maillard, 2004:241), el cual nos da la noción de lo que se considera una “realización”, la cual estará en función de corresponder a lo que los nuestros esperan de nosotros.

Algo considerado por Alejandro Jodorowsky como un “Abuso de ser”, es decir: *“No me es dada la posibilidad de ser, no han visto quién soy, quisieran que yo fuera cualquier otro, me han dado la vida plena que no es la mía, se quería un varón y fui una niña... no me han dejado ver, escuchar, decir, y lo que me han dicho no me correspondía”* (Alejandro Jodorowsky citado por Van Eersel y Maillard, 2004:62).

Según los planteamientos de Vincent de Gaulejac, las crisis de identidad se fomentan con los desfases que pueden existir entre nuestra identidad heredada, nuestra identidad adquirida y nuestra identidad esperada. *“La identidad heredada es nuestro origen social, la posición de nuestros padres. La identidad adquirida es el lugar que ocupamos hoy en la sociedad. Y la identidad esperada es el lugar que soñaríamos ocupar”* (Vincent de Gaulejac citado por Van Eersel y Maillard, 2004:244)

Todo esto nos lleva a pensar que en cierta forma puede creerse en la palabra “destino”, pero no precisamente como operante de una voluntad divina, sino de una voluntad “heredada”, Dicho otra forma, *“nuestros ancestros nos legan un cierto tiempo. Y nos legan también un espacio. Este espacio esta en función de la moral, de la religión, de la inteligencia de nuestro árbol”* (Alejandro Jodorowsky citado por Van Eersel y Maillard, 2004:67)

Pero, según expertos en Psicogenealogía, este fenómeno no se gesta de la misma forma en todas las personas, es decir, los padres reviven inconscientemente algunas cosas de su propia historia en función del sexo del niño y de su lugar en la hermandad; *“este juego de preferencia entra en resonancia con los sufrimientos que él o ella han experimentado durante las preferencias impuestas en su propia infancia”* (Chantal Riolland citada por Van Eersel y Maillard, 2004:186); Lo cual nos lleva a identificar también diferencias de género en este proceso, ya que sin nos constituimos al identificarnos, *“contrariamente a un niño que percibe su diferencia sexual, la niña se sentirá rápidamente como una reproducción en miniatura de su madre”* (Ibidem).

Eso significa que la idea de lo que es una mujer se forja través de la madre, quien la ha recibido también de su madre, etc.; algo que desde luego, se aplica también en lo concerniente a la maternidad ya que es uno más de los fenómenos de repetición frecuente: *“algunas mujeres se embarazan en la misma edad que sus madres, mientras que otras tienen abortos naturales que recuerdan los otros.*

Frutos de nuestra historia, las grandes etapas afectivas siguen la ley de la línea" (Chantal Riolland citada por Van Eersel y Maillard, 2004:189).

Por lo que para estudiar la maternidad, y por consiguiente la relación madre-hija, es necesario tomar en cuenta el hecho de que:

La deuda más importante de la fidelidad familiar es esa que cada hijo siente frente a sus padres, por el amor, la fatiga y las atenciones que ha recibido desde su nacimiento hasta la edad adulta. Satisfacer esta deuda es de orden transgeneracional; es decir, que eso que hemos recibido de nuestros padres les entregamos a nuestros hijos" (Anne Ancelin Schützenberger citada por Van Eersel y Maillard, 2004:50)

Estos mensajes transmitidos de generación en generación, como lo mencionara Nancy Friday son constantemente reforzados por la sociedad, quien da su apoyo a la madre y a su vez es apoyada por ésta en la perpetuación de un sistema de valores: *"La madre es una fuerza dominante en el comportamiento de la hija. Ahora bien, las reglas de aquella no tendrían tanto peso de no mediar la pública sanción. En efecto, de ésta se vale en primer término la sociedad para acondicionarnos a sus normas."* (Friday, 1977/2001:286). Es así, como de la relación madre-hija dependerá la forma en como se perciba, idealice, acepte, rechace o ejerza la maternidad en cualquier mujer.

La forma de percibir el mundo, así como de relacionarnos con las personas es vista por la hija a través de la perspectiva materna introyectada, y por lo tanto el camino a elegir por una mujer será influenciado por la normatividad materna. Friday comenta al respecto: *"la madre no es el único factor determinante en la vida de la niña. Pero ocurra lo que ocurra en nuestras relaciones con el padre, nuestras iguales y los profesores, el lazo con la madre es el constante, una especie de lente a través del cual se ve todo lo que sigue."* (Friday, 1977/2001:157)

Razón por la que, independientemente de las diferencias visibles y la variación de las actividades en la vida de la mujer se produce una especie de repetición de la vida de su madre, algo que explicaremos más adelante. Dicha repetición trae una tranquilidad a nivel del Yo de la mujer, una sensación de “ir por el camino correcto”, es decir, el camino enseñado por la madre, como Friday lo describe:

En la muchacha que, genuinamente, desea recrear la vida de su madre, la repetición lleva implícita una sensación de paz y de realización. Se siente bien orientada. Su camino, iniciado en la niñez, sigue años más tarde con un matrimonio en plena juventud, viniendo a continuación el embarazo, todo con sus pasos contados, bajo la sonrisa de la madre y la aprobación de la sociedad. La hija que aspira a algo distinto conoce momentos difíciles; ésta idea va en contra del modelo, su madre. Por un sendero u otro, la mayor parte de nosotros repetimos la vida emocional de la madre. (Friday, 1977/2001:211)

La simbiosis entre madre e hija, es decir ese sentido de unidad con el otro, en donde no se sabe reconocer las fronteras existentes entre la una y la otra, favorece este deseo inconsciente de dar continuidad al ciclo, es decir de repetir el esquema visto desde la niñez. Friday comenta que *“lo que da a la relación madre-hija su carácter tan punzante es su aturdidora reciprocidad. Cuanto hace y siente una persona afecta inevitablemente a la otra.”* (Friday, 1977/2001:222).

Esta reciprocidad favorece el hecho de que la hija siga los pasos de su madre desde la niñez, durante su desarrollo físico y emocional en las diferentes etapas de su vida y aún cuando se da una separación física entre ellas, la influencia materna sigue tomando un papel importante en las decisiones de vida de la mujer, ya sea para imitarle o para seguir un camino totalmente opuesto al de la madre: *“Hasta las imágenes a no imitar pueden ser cruciales para nuestro desarrollo. Son muchas las mujeres que escogen estilos de vida lo más opuestos posibles al representado por la madre.”* (Friday, 1977/2001:217)

Así que no es necesario que la madre sea perfecta; basta con que sea consistente para que la hija pueda sentirse suficientemente segura como para identificarse con ella, y así situarse a su derecha o a su izquierda; la madre facilita un punto conocido desde el cual arrancar. Aceptar la maternidad, es entonces continuar la lucha por la aceptación de su amor.

4.2. La madre y la hija

La vida de la madre, sea como haya sido influye en la estructura de vida que su hija elija. Marie Langer planteaba que los “acontecimientos Trágicos en relación con la maternidad de la madre intervienen como factor fundamental para crear un obstáculo serio que impide a la hija la identificación con su madre, justo en sus funciones maternas.” (Langer, 1964:174), o que la lleve precisamente a repetirlas. Simone De Beauvoir, nos habla de algunos aspectos de la relación madre-hija que considero necesario tomar en cuenta antes de continuar:

La autora comenta que para una madre, la hija significa su doble y otra al mismo tiempo, por lo tanto, la quiere imperiosamente y le es hostil a la vez. *“Impone a la hija su destino y ésta es una manera de reivindicar orgullosamente su feminidad, y también una manera de vengarse”* (Simone De Beauvoir, 1949/1999:26 T.2).

Continúa diciendo que cuando a una mujer se le confía una niña, ésta se dedica a transformarla en una mujer parecida a ella con un celo mezcla de arrogancia y rencor. Incluso una madre generosa, que busca sinceramente el bien de su hija, pensará casi siempre que es más prudente hacer de ella una "verdadera mujer" puesto que así la sociedad le recibirá con más facilidad. Por lo tanto *“la comprometen a convertirse, del mismo modo que sus mayores, en una sirvienta y un ídolo”* (Ibidem).

La autora señala que al entregarse devotamente a ese doble en quien se reconoce y trasciende, la madre puede terminar por enajenarse totalmente en ella;

renunciando a su yo, teniendo como única finalidad la “dicha” de su hija, por lo que llegará hasta a mostrarse egoísta y dura con respecto al resto del mundo.

Para De Beauvoir, la mayoría de las mujeres reivindica y detesta a la vez su condición femenina, y la vive en el resentimiento. Razón por la que el disgusto que sienten por su sexo podría incitarlas a dar a sus hijas una educación viril, pero raramente lo bastante generosa. *“Irritada por haber engendrado una mujer, la madre la recibe con esta equívoca maldición: “Serás mujer”. Espera redimir su inferioridad haciendo una criatura superior de aquélla, a quien mira como si fuese su doble, y también tiende a infligirle la misma tara que ha sufrido”* (Simone De Beauvoir, 1949/1999:297 T.2).

Esto, para la autora, genera actitudes ambivalentes: En ocasiones intenta imponerle exactamente su propio destino: “Lo que era bastante bueno para mí, lo es también para ti; así me han educado, y tú continuarás mi suerte”. A otras, en caso contrario, la madre les prohíbe duramente que se le parezcan: *“quiere que su experiencia sirva para algo, y es una manera de desquitarse. La mujer galante pone a su hija en un convento, y la ignorante la hace instruir”* (Ibidem); condiciones que probablemente sitúan la violencia contra sus hijos.

Así, al convertirse en mujer, la hija condena a muerte a su madre, y sin embargo, le permite que sobreviva. *“Las conductas de la madre son muy diferentes según capte en el desarrollo de su hija una promesa de ruina o resurrección”* (Simone De Beauvoir, 1949/1999:372 T.2).

Esto genera que, la madre termine por aceptar su derrota, y cuando su hija ya es adulta se restablece entre ellas una amistad más o menos tormentosa. *“Pero una de las dos queda decepcionada y frustrada para siempre, en tanto la otra se cree a menudo perseguida por una maldición”* (Simone De Beauvoir, 1949/1999:300 T.2). Sin embargo, la autora reconoce que no en todos los casos se da la misma situación, ya que, *“hay mujeres lo bastante satisfechas de su vida que desean*

reencarnarse en una hija, a quien quisieron dar las oportunidades que han tenido y también las que les han faltado para crearles una juventud dichosa” (Simone De Beauvoir, 1949/1999:296 T.2).

Por lo que, podemos apoyarnos en estos planteamientos para entender que el ejercicio de la maternidad, es en gran parte producto del aprendizaje, más allá del instinto, recurso del que se basa la sociedad para perpetuar esta idea; esta afirmación es la premisa central del presente trabajo de investigación.

4.3. Proceso de introyección del rol materno a través de la relación madre/hija

Como sabemos, todo aprendizaje lleva un proceso, en este caso, el proceso de aprender a ser madre se lleva a cabo, principalmente de manera inconsciente, con la introyección de conceptos transmitidos por la madre en diferentes momentos de nuestra vida. Lionel Tiger plantea la posibilidad de la existencia de un periodo crucial en éste aprendizaje, comentando al respecto que: *“Si no se aprende durante su transcurso, no es probable que luego puedan asimilarse las reglas correspondientes” (Tiger citado por Friday, 1977/2001:114).* Por lo que a continuación se comentarán algunas de las ideas principales de éste proceso de aprendizaje en la relación Madre/Hija:

4.3.1. La niña

Benjamín Spock, creía que las chicas aprendían a ser madres entre los tres y los seis años, cuando jugaban con muñecas y veían a mamá elaborar pasteles de chocolate; guardando en su mente de algún modo esta información, y después a los veinte años, o cuando se casaran, encontrar en sus manos, por decirlo así, los utensilios necesarios para la preparación de esos mismos pasteles: *“Hay una razón muy sólida para creer que todos aprendemos nuestros papeles sexuales a muy temprana edad” (Spock citado por Friday, 1977/2001:114).*

Pero, ¿de dónde proviene esta inquietud en la niña de imitar las actividades maternas, de mujer casada, de adulta, y más allá de imitarlas, desearlas para sí desde su temprana edad?, sabemos que de la identificación, pero hay elementos más profundos en este deseo.

Algunos de ellos, son los propuestos por Christiane Olivier, quien menciona que es bien sabido que no basta con ser una niña para verse reconocida como tal: hay que aportar sin descanso pruebas de la feminidad que no siempre tienen que ver con el sexo: *“El varón es deseado por sí mismo. La niña es deseada (cuando lo es) según una escala de valores: Las niñas son más afectuosas, más agradecidas, son graciosas y coquetas y ayudan a las tareas domésticas”* (Olivier, 1987:86).

De ahí la importancia de un replanteamiento de los roles asignados a lo femenino, ya que desde la infancia, estos integran a la mujer como persona, ya que la niña es aceptada como tal por razones que jamás toman en cuenta su sexo real; es reconocida hija con condiciones, mientras que al varón se lo reconoce hijo únicamente en razón de su sexo. Y es aquí precisamente donde la madre hace su aparición, ya que como la autora lo menciona: *“la feminización de la niña, se opera únicamente con referencia al sexo de la madre-evocadora. Una mujer sólo se instituye como tal, con referencia a otra mujer”* (Ibidem).

Es entonces en la niñez donde la madre comienza a impartir la adopción de un género, más allá del implícito por las características anatómicas, y cuando comienza a reprimir la sexualidad de la niña por motivaciones sociales: *“La niña es, a los ojos de su madre, encantadora, adorable, graciosa, inteligente, todo lo que se quiera, menos sexuada y coloreada de deseo. El color del deseo le falta a la pequeña manipulada por manos de mujer.”* (Olivier, 1987:84)

Por ello la mujer comienza, a partir de su infancia, a disfrazarse de algo que ella no es; *“no hay verdadera niña; hay solo una falsa mujercita”* (Olivier, 1987:85) para

ser aceptada por la madre, que ve con satisfacción la admiración que su “graciosa niñita” siente por ella. Ese momento en su vida, es donde inicia su primera lección, es cuando la madre nos instruye para poder ganarnos la aprobación de la gente; y aún más importante, nos enseña que esta aprobación es imprescindible. Y algo que no puede dejarse de lado es el hecho de que una vez convertida en mujer, este disfraz de la infancia ya fue convertido en una realidad.

La niñita entonces, se entrega totalmente su madre cuyas pretensiones aumentan respecto de ella. Sus relaciones revisten un carácter mucho más dramático: La madre no saluda en una hija a un miembro de la casta elegida y busca su doble en ella, sobre quien proyecta toda la ambigüedad de su relación (De Beauvoir, 1949/1999, T.2). Por lo que, si la niña siempre tiene que aportar pruebas de su feminidad; más adelante, convertida en mujer ya habrá aprendido que es necesario proclamar de modo ostensible los signos de ésta para ganar la aprobación de los demás, y en especial, de su madre. Y ¿cuál es la prueba más fehaciente de dicha feminidad? La maternidad.

El doctor Aaron Esman, especialista en psicología infantil, plantea que, *“para ejercer una buena maternidad es preciso haber disfrutado de ella en la niñez”* (Esman citado por Friday, 1977/2001:31); pero, ¿hay maternidad realmente “buena”?

4.3.2. La adolescente

Es un hecho que no existe la perfección en los seres humanos, y como sabemos el aprendizaje tiene algunas fallas, más aún si se trata de aprender un rol como el de la maternidad, lo que nos lleva a estar de acuerdo con Cohlan cuando afirma que *“así como no existe ninguna hija que colme las fantásticas ilusiones de una madre, tampoco hay madre alguna que esté a la altura de la imaginación de la hija, que sea como ésta piensa que debe ser.”* (Cohlan citado por Friday,

1977/2001:381). Algo que sin duda alguna comienza a manifestarse en la adolescencia.

Como ya es sabido, la adolescencia es la etapa de la búsqueda de identidad por excelencia, algo que sin duda se aplica también a la identidad genérica.

Simone De Beauvoir consideraba que los verdaderos conflictos nacen cuando la niña crece; puesto que ahora desea afirmar su autonomía contra su madre, para quien ese es un rasgo de ingratitud, por lo que se obstina en doblegar esa voluntad esquiva por no aceptar que “su doble” se transforme en otra. *“El placer que siente el hombre al lado de las mujeres (sentirse absolutamente superior) sólo es conocido por la mujer al lado de sus hijos, y sobre todo de sus hijas, y se siente frustrada si tiene que renunciar a sus privilegios, a su autoridad”* (De Beauvoir, 1949/1999:298 T.2). Sea cual sea la personalidad de la madre, la independencia de la hija arruina sus esperanzas. *“Se siente celosa del mundo, que se apodera de su hija, y de su hija, que le roba la parte del mundo que conquista”* (Ibidem). Vamos a desglosar en partes estos planteamientos:

Para cuando la niña se ha convertido en adolescente, ya tiene muy bien aprendida la forma de vida en la cual tiene que ir aportando pruebas de su feminidad para ser aceptada. Es en esta etapa donde ocurre algo que Olivier nos describe de la siguiente manera:

Cuando comprende esta dialéctica que se le ha impuesto y adivina que sólo la mujer está reconocida como sexuada, juega a ser mujer; imita de ella sus artificios: el rouge en los labios, los tacones altos, el bolso en la mano. La niña se disfraza de mujer, como más tarde la mujer se disfrazará de otra mujer diferente de la que es...Éste es el origen del desplazamiento permanente de la mujer con relación a su propio cuerpo; siempre le parece necesario hacer trampas para ser aceptada como mujer (Olivier, 1987: 85).

La adolescencia puede ser una etapa de mucha tensión en ambos sexos, ya que aunque se experimentan impulsos y excitación sexual, las pautas del medio sociocultural señalan que estos impulsos no deben expresarse. En esta etapa se empieza a tomar conciencia del deseo sexual. A la vez, se inicia la exploración de relaciones de proximidad física y emocional con otros adolescentes; suelen surgir las primeras experiencias de enamoramiento y diferentes grados de contacto físico.

El primer periodo menstrual, que ocurre en esta etapa, marca en casi todas las culturas, la transición de niña a mujer; es decir, del etapa infantil a la etapa adulta. Por lo tanto, la menstruación tiene connotaciones muy importantes para toda mujer. Friday comenta al respecto, que *“nuestro recuerdo del comienzo de la menstruación se halla condicionado por la forma de sentir hoy nuestra sexualidad”* (Friday, 1977/2001:133)

Infortunadamente, en el pasado se ha hecho énfasis en el lado negativo de la menarquía, es decir la inesperada incomodidad y el desconcierto que puede traer: *“los tabúes culturales han reforzado actitudes negativas y han enviado el desarrollo de rituales, para dar la bienvenida a las jóvenes al mundo de la mujer adulta”* (Grief, citado por Papalia, 1997:368). La cultura occidental no trata la menarquía como un rito de paso, sino como una crisis de higiene que ocasiona ansiedad en las niñas por estar limpias y oler bien, pero no se sienten orgullosas de su condición de mujeres.

La ansiedad producida por la llegada de la menarquía tiene fundamentos inconscientes; Marie Langer comenta acerca de los procesos que se generan con la aparición de la menstruación:

La niña normal aceptará con placer y orgullo su menarquía, pese a cierto sentimiento de extrañeza y ansiedad, porque verá en ella el indicio de su madurez femenina y la promesa de su futura maternidad.

Muchas niñas rechazan o esconden su menstruación porque ser mujer significa rivalizar con la madre, provocando su odio, o identificarse con ella, con el peligro de surgir todos los males que la niña le haya deseado anteriormente.

La menarquía provoca angustia, porque la niña no está dispuesta todavía a abandonar su posición infantil y teme, además, la realización de sus fantasías sexuales inofensivas mientras ella era inmadura.

Mientras el rechazo violento de la menarquía o de la menstruación en general siempre indica un conflicto, su aceptación puede ser tanto un indicio de normalidad como de angustias reprimidas. Sólo un análisis más detallado permite diagnosticar la situación a fondo (Langer, 1964:101).

Todo esto va directamente relacionado con la información previa con que la niña contaba, así como la actitud de su madre ante esta nueva etapa. Nancy Friday resalta a este respecto: *“A lo largo de mis investigaciones sobre la relación madre-hija, no he encontrado ningún aspecto más regido por la contradicción, la pérdida de memoria, la confusión y la negativa que la menstruación. No existe un comportamiento acerca del cual expresemos tan fría certeza, pero sobre el que tengamos menos control”* (Friday, 1977/2001:129). Ya que, no debemos olvidar, que generalmente la adolescencia en la hija pone de relieve, todos los problemas o conflictos sexuales con que todavía puede estar enfrentándose la madre.

Así que, la menstruación planteará en cada mujer un problema: nos apunta inexorablemente hacia delante, hacia la feminidad; el conflicto hacia la figura materna reaparece:

Hasta el momento comenzar a menstruar, nos mantenemos a alguna distancia de la madre. Nos identificamos con ella, pero no somos como ella. Es una especie de libertad. El espacio existente entre las dos nos permite ignorar los hechos de su vida con los cuales no queremos enfrentarnos todavía. Formulamos preguntas, abrimos puertas, pero cuando tropezamos inesperadamente con hechos para los cuales no estamos preparadas cerramos la puerta, olvidamos lo que acabamos de ver u oír, y volvemos a nuestros juegos infantiles. Pero en cuanto empezamos a menstruar ya no podemos apartar la

vista, dirigirla a otra parte. Su vida es la nuestra. Teniendo que comprender lo que el ciclo periódico significa para la madre, ya no podemos seguir como antes, viendo en mamá un ser amable, puro, totalmente asexuado como lo habíamos supuesto siempre. (Friday, 1977/2001:130)

En la actualidad, aunque muchas niñas tienen sentimientos encontrados acerca de la menarquía y la menstruación, la mayoría los toma como un obstáculo superado. *“Cuánto mejor estén preparadas las niñas para este cambio, más positivos eran sentimientos y menos angustia”* (Koff citado por Papalia, 1997: 369).

Infortunadamente como muchas niñas no tienen información o, lo que es peor, están mal informadas, guardan recuerdos desagradables de su primera menstruación. Para quienes la menarquía llega pronto, existe mayor posibilidad de que la consideren desagradable; esto puede ser posible debido a que están menos preparadas o porque, simplemente, se sienten fuera del contexto de sus amigas.

Sin embargo, existen otras emociones tan reservadas como la vergüenza que rodea a la menstruación. Ahí están los sentimientos que le recuerdan a la mujer la vida, que es capaz de darla, que está todavía vivas y que es joven, sexualmente capaz de reproducirse. Ya que, como lo comentara Yael Fischman: *“La menstruación no es más que llanto del útero desengañado”* (Fischman, 2000:19).

En esta etapa donde es necesario establecer vínculos con otras personas más allá de las que están en casa, la adolescente inicia fuera de su hogar, ésta búsqueda de aceptación con las herramientas que la madre le ha brindado. Friday comenta al respecto: *“todas nuestras auténticas interacciones personales son con la madre. Ella es la persona con quien elaboramos las importantes cuestiones que constituyen los cimientos de nuestro carácter, de nuestra personalidad”* (Friday, 1977/2001:255).

Pero al mismo tiempo que esta fascinante búsqueda en el exterior de relaciones con el otro, en casa se da una problemática distinta: La madre no está preparada

para el crecimiento de su hija que la encamina para convertirse en mujer; lo que provoca una crisis en la relación madre e hija que aportará un aprendizaje más a ambas. Hacerse mujer no es un rito de paso a un nuevo mundo; supone algo más: esperas, preguntas que atender antes de continuar, antes de hacer cualquier cosa; supone una mayor dependencia de otras personas. Habrá también más tensión con la madre, que observa con nueva ansiedad.

Por el lado de la hija adolescente, con el advenimiento del cuerpo genital se encuentra ante una situación de cambio, que le requiere un nuevo trabajo en su aparato psíquico: el de otorgar nuevas significaciones a sus vínculos identificatorios con su madre. Según planteamientos de Héctor Sánchez, Noé Alfaro, Isabel Valadez y Guadalupe Aldrete, el goce en el vínculo identificatorio con la madre cambia de signo: *“su cuerpo, en el cual se han impreso recientemente los deseos genitales, ahora busca regular a través de su aparato psíquico las semejanzas y diferencias con la madre, con fantasías sádicas para poder desprenderse; este proceso de desprendimiento da lugar a un reordenamiento enjuiciador, que sienta las bases para el surgimiento del juicio crítico en ella”* (Sánchez et al. 1996:272).

Los autores continúan afirmando que este juicio crítico se constituye inicialmente como esfuerzo por dominar un trauma, el trauma de la ruptura del juicio anterior, que es el juicio identificatorio. Así *“este binomio madre-hija adolescente se encuentra en una encrucijada, generando una trayectoria que cursa por diversas modalidades según la estructura de la personalidad de ambas (madre e hija)”* (Ibidem). Ejemplos de ello podemos encontrarlos en adolescentes que buscan una forma de descargar su impulso sexual de manera abrupta, dando por resultado un embarazo así como aquellas que manifiestan conductas sexuales de riesgo, etc.

Sanger dice: *“Casi desde el nacimiento, vemos que las madres reprochan a sus hijas que no son todo lo buenas que sería de desear. La madre no se inquieta tanto con su hijo. En cambio, está constantemente ajustando, fijando e intentando*

perfeccionar a su hija, la pequeña mujer, imagen de sí misma, de la misma forma que se afana con su nunca perfecta apariencia.”(Sanger citado por Friday, 1977/2001:69)

En realidad, la madre se enfrenta con una proyección de sí misma al ver el desarrollo de su hija, por lo que desea evitar su reconocimiento como una persona sexuada, intentando detener este desarrollo, algo que obviamente no puede; pero sí le enseña a la hija a reprimir éstas manifestaciones, algo que seguirá vigente aún después de su separación. Friday comenta: *“Quizá la madre se ha avenido con sus fantasías de maternidad, pero nadie le dijo nunca que tratara a su hija como a otra mujer. Ciertamente su propia madre también hizo lo mismo. Otra esposa, otra madre, sí, pero, ¿otra mujer? Esto, nunca.”* (Friday, 1977/2001:162). Porque, continua diciendo: *“Si nosotras representamos la aspiración de nuestra madre a la inmortalidad, somos también el recordatorio de sus años.”* (Ibidem)

Al mismo tiempo que se le presenta a la madre una retrospectiva de su propia vida, que se traduce en la misma actitud que vivió con su madre en su adolescencia, adoptando ésta postura: ¿Por qué ha de gozar ella un trato correcto cuando ella lo pasó tan mal? Esto acarrea una serie de conflictos en la adolescencia que van más allá de la etapa en sí, pues están relacionados con el género, conflictos por los que el varón no atraviesa (se plantea únicamente esta etapa por ser aquélla en la que a mi parecer se activa la introyección, así como los conflictos producidos por ésta).

4.3.3. La joven

Más adelante, cuando la mujer ha concluido la etapa de la adolescencia, se inician procesos en su vida adulta, donde comienza a tomar en forma consciente las decisiones concernientes al rumbo que tomará su vida; no obstante, sigue asimilando conceptos de su madre. Es donde los rasgos maternos introyectados, comienzan a manifestarse en su personalidad y comportamiento.

Simone De Beauvoir plantea que entre más madura la joven, más le pesa la autoridad materna. *“Si lleva en la casa una vida de hogar, sufre por no ser más que una sirvienta, pues quisiera consagrar su trabajo a su propio hogar y a sus propios hijos”* (De Beauvoir, 1949/1999:111 T.2) En ese caso, malhumorada, la hija intentará liberarse de la devoción materna, pero a menudo no lo consigue y permanece infantil toda la vida, además de tímida ante sus responsabilidades, pues ha sido demasiado *incubada*. *“Pero lo que amenaza pesar con más fuerza sobre la joven es cierta forma masoquista de la maternidad”* (Ibidem).

Llega el inicio de la separación física entre madre e hija, sin embargo, el problema no radica en que la hija eche a un lado a su madre, sino en que la hija se apega a aquella, aunque no de manera manifiesta. Helene Deutsch plantea que en esto se encuentra la explicación de la ansiedad. *“La hija se siente perturbada porque depende de la madre incluso cuando desea librarse de ella”* (Deutsch citada por Friday, 1977/2001:157).

Mucho después de haber dejado la casa de la madre, incluso después de su muerte, ella sigue incorporada al sistema “moral” femenino que transmitió: *“tratábase del especial territorio que compartíamos con ella, del cual nuestro padre y hermanos habían sido excluidos”* (Friday, 1977/2001:118). Esto no es sin embargo, algo que se acepte o reconozca conscientemente, Friday dice que *“las mujeres no quieren creerse a sí mismas en posesión de aquellos rasgos de sus madres que más detestan, pero son éstos rasgos precisamente los que asimilan.”* (Friday, 1977/2001:256)

Más tarde, la hija en su relacionar con los demás, al encontrarse con alguien que despierte en ella algunos de los sentimientos que le despertó la madre, se sentirá atraída. Incluso si se trata de una persona no muy agradable: *“si es una mujer, haremos de ella una amiga; si es un hombre, será nuestro amante. Tenemos la ilusión de estar volviendo al hogar”* (Friday, 1977/2001:255).

Se aprenden las más profundas formas de intimidad con la madre; automáticamente luego se repite el mismo esquema con todas aquellas personas con las cuales hay proximidad: *“una de dos: o desempeñamos el papel de la hija que fuimos con la madre, convirtiendo a la otra persona en una figura maternal, o lo invertimos todo, es decir, hacemos de ésta última una “criatura”, asignándonos nosotras el papel de madre”* (Friday, 1977/2001:24). Leah Schaefer comenta también al respecto: *“Con demasiada frecuencia lo que nosotros hacemos con tales personas tiene poco que ver con ellas o con lo que somos hoy”* (Schaefer citada por Friday, 1977/2001:24).

Llega el momento de iniciar una vida profesional, en algunos casos, es aquí donde el camino de la hija difiere del de la madre que lo abandonó todo para dedicarse a su hogar y a sus hijos, pero, esto no impide que su figura siga influyendo en nosotras, aún en el ejercicio de un empleo o profesión.

En apariencia, como se dijo, existe una bifurcación en el camino de la hija en relación con su madre, algo, que según menciona Friday se traduce en separación: *“Trabajar para una misma, avanzar, adelantar, significa corrientemente batir a otra persona, quebrantar un lazo”* (Friday, 1977/2001:344).

Pero, esta separación es sólo aparente en el sentido de que el elegir una vida diferente a la de la madre, si existe, pero de manera inconsciente hay ligaduras con ella que determinan lo que buscamos. Friday comenta al respecto:

Al buscar argumentos para comprobar si nos hallamos todavía excesivamente ligadas a la madre, hemos de fijar la atención en nuestras relaciones con los hombres, con las otras mujeres, y en nuestra forma de abordar el trabajo. La necesidad de ligarnos a alguien, el temor a sufrir cualquier tropiezo, la incapacidad con vistas al avance y/o la competición no son esquemas de comportamiento adquiridos después de haber estado en dicho plano y dejado atrás el hogar. Son normas de acción y reacción asimiladas en casa, durante nuestros años de formación con la madre. (Friday, 1977/2001:63)

En realidad, uno de los problemas radica en que la mujer intenta vivir todas las partes del mensaje del que su madre le hizo objeto. Por esto, a menudo, su conducta así como su vida, representan un compromiso ambivalente: no sabe que hacer.

Puesto que, la forma en como la madre transmite una imagen de la mujer que trabaja, determinará el desenvolvimiento de la hija en su vida laboral, y más adelante en su vida personal y familiar:

Las relaciones madre-hija en las cuales la madre está apoyada por una red de amigos y parientes y posee un trabajo significativo y autoestima, producen hijas con capacidades para un positivo cuidado de los niños. Las relaciones madre-hija en las que la madre carece de otro trabajo significativo, y de apoyo adulto y permanece atada o apegada a su propia madre, producen en las hijas un apego ambivalente y una incapacidad para distanciarse. Los aspectos de la personalidad femenina que reproducen el ejercicio de la maternidad se distorsionan (Goldhor, 2000:310).

Puede ser una mujer de carrera, o la esposa y madre tradicionales, pero una hija necesita percibir día a día que la madre ha escogido su papel, y que no se halla constantemente amargada o preocupada por haber sido encasillada en lo que estima como un lugar inferior.

Por lo que la mujer que trabaja se halla frente a un dilema respecto de la relación con su madre que influye en el desempeño de su rol laboral, la satisfacción de un desarrollo personal, y una ira inconsciente contra la madre que le reprimió, pero que al final de cuentas se ve orillada a imitar.

4.3.4. La mujer casada

La madre manifiesta un deseo de que su hija se supere, pero transmite a la vez lo que Friday llama "*Agenda Secreta*" (de la que ya había hablado en el apartado

anterior). La existencia de la madre misma es considerada por la hija como una norma de la realización personal. La madre, al educar a la hija, no piensa en su independencia; lo que ella busca es que su hija sirva para vivir para otros, junto a ellos y protegida por ellos, algo que puede aterrizar perfectamente a la cultura mexicana.

En nuestra cultura, una “buena madre” no admite la posibilidad de que la hija quede soltera, tampoco admite la idea de que el matrimonio no sea lo mejor para ella. Helene Deutsch comenta que *“son muchas las madres hoy, que desean que sus hijas sean médicos o abogadas, pero, ante todo, quieren que se casen. ¿Porqué no? Una mujer se desenvuelve mejor casada. Las madres prefieren ver a sus hijas casadas, y sobre todo convertidas en madres a su vez”*. (Deutsch citada por Friday, 1977/2001:331)

Por lo que la hija, orillada por su necesidad inconsciente de repetir la vida de la madre, introyecta la figura del matrimonio como una opción inevitable en la vida de la mujer, tomando a la madre como el modelo de esposa que ha de adoptar, aún cuando muchas veces no lo desea conscientemente. Friday comenta al respecto *“no desea llevar la vida de su madre, pero que advierte que de todos modos la está repitiendo. Se han ido presentando alternativas que fueron probadas, pero siempre contenían un riesgo demasiado grande.”* (Friday, 1977/2001:110). Riesgo que no está dispuesta a tomar por no haber aprendido a hacerlo.

Así mismo, al enamorarse y formar una pareja, la mujer busca reconstruir la relación que ha determinado su vida, es decir la relación con su madre, deseando por el momento obtener de su esposo todo lo que la madre no pudo darle: *“Tenemos a la vista un inolvidable modelo, que nos dice como debe ser una esposa, basado no en la forma de ser de la madre con el padre, sino mas significativamente, en el modo de ser nosotras con ella. Formamos la pareja (la madre y yo) que intentaremos restablecer con otros”* (Friday, 1977/2001:334). Así

mismo, el deseo de las mujeres de subordinarse al hombre responde a un esquema de dependencia aprendido de la madre.

Y tal como fue aprendido en la adolescencia, se aplican en el matrimonio los conocimientos impartidos por ella en todas las áreas, incluso en lo concerniente al sexo. Friday dice: *“Buena o mala, nuestras ansiedades constituyen la herencia materna, nuestra solidaridad con ella. Eliminar su incesante vigilancia, su recelo en el terreno del sexo, significa matar la parte de nuestra madre que continúa viviendo en nosotras, como la conciencia materna”* (Friday, 1977/2001:118).

4.3.5. Embarazo y maternidad

De repente la hija se ve desempeñando un papel que siempre fue rechazado por ella. Piensa en la manera como se conduce la madre con el padre. Tal proceso se acelera cuando, a su vez, ella se convierte en madre. Llega el momento de aplicar el conjunto de elementos introyectados a lo largo de la vida. El embarazo entonces, adquiere una gran importancia en la vida de la mujer, ya que es la parte final de la identificación con la madre fértil y tiene consecuencias críticas para su sentido de femineidad, identidad sexual y autoestima (Morales, 1996).

Al no poder llegar a odiar a la madre, es necesario convertirse en ella. Se asimila su tono al hablar, su ansiedad, las normas que ha elaborado. Hay una fatiga de luchar contra ella: pensando en los hijos, y en si misma, la mujer se une a ella y así, se salva la continuidad. Fredland a este respecto afirma: *“Cuando las mujeres tienen hijos, comienzan a sentirse más identificadas con su madre”* (Fredland citada por Friday, 1977/2001:406).

Friday, rescatando testimonios de mujeres entrevistadas por ella les cita: *“Cuando fui madre empecé a comprender todo cuanto tuvo que pasar la mía. Ya no me enfado con ella nunca”*. Concluyendo al respecto: *“tal absolución va más allá del saludable reconocimiento de los reales problemas de la maternidad,*

convirtiéndose en un reforzamiento de la simbiosis original' (Friday, 1977/2001:407).

Algunas mujeres guardan una idea o recuerdo insatisfactorio del maternaje que se les brindó cuando niñas: *"se sienten hijas de madres imperfectas, inadecuadas, en lugar de hijas de mujeres que ejercieron de madres lo mejor que pudieron y supieron (según sus caracteres, su propia infancia, la relación conyugal con el padre, con sus otros descendientes, sus circunstancias psicosociales, etc.)"* (Sáez Buenaventura, 1988:11). Sueñan y se prometen muchas veces llegar a ser la madre perfecta, algo imposible de realizar por no concordar con la realidad.

Por lo que, una vez convertida en madre, la hija decide no cometer los mismos errores que cree, fueron cometidos con ella, para encontrarse con que inconscientemente está repitiendo un ciclo: *"estamos decididas a nos ser tan exigentes como nuestra madre, pero imponemos a nuestra hija normas de conducta más estrictas que las destinadas al hijo"* (Friday, 1977/2001:406).

Se repite, además, la ansiedad de protección más fuerte hacia la hija, temiendo no poder "educarla correctamente", teniendo una falsa impresión de poder controlar todo lo que le ocurra pensando que ésta sabrá solamente lo que se le diga.

Creyendo tener la oportunidad de remediar los errores cometidos con ella, la hija (ahora madre) transmite sus ansiedades a su pequeña hija. Friday afirma: *"Una y otra vez tropiezo con mujeres que se vieron privadas de afecto en la niñez y que especulan con la fantasía de que van a hacer por su bebé lo que sus madres no hicieron por ellas. Se disponen a revivir su niñez a través de su bebé, imaginándose que éste va a darles cuanto ansiaron y no llegaron a conocer"* (Friday, 1977/2001:32).

Así mismo, el enojo inconsciente que la nueva madre siente por lo que considera las fallas que su madre tuvo con ella, es transmitido a su hija hasta en los aspectos más comunes de la vida cotidiana. Puede decir: *"¡No estoy enojada con*

mi madre!", pero, ¿por qué se enoja tanto cuando su hija no limpia su habitación o su esposo se retrasa en llegar a casa? La furia ha sido desplazada desde la madre hacia alguien más seguro: *"Esto es injusto y desconcertante conduciendo a discusiones que no pueden ser aclaradas porque el objeto real de nuestras iras no se menciona jamás, ni siquiera se hace conciente; examinar nuestras cóleras no resueltas, incluso ahora, significaría reavivar esas emociones infantiles de pérdida y de castigo que nunca superamos"* (Friday, 1977/2001:239).

La verdad es que una vez enfrentada con la ira, y llevándola a un plano consciente, se puede vivir con ella. De otro modo contamina cualquier sentimiento real hacia la madre: *"a medida que los modelos e imágenes de independencia y vida que habíamos encontrado tan atractivos se nos escapan por entre los dedos, nos descubrimos más y más parecidas a la ansiosa mujer, de fuerte espíritu crítico, sexualmente atemorizada, que nunca nos propusimos ser"* (Ibidem). Hay irritación ante la persona que acabó con la confianza en cualquier modelo, al mismo tiempo que opera utilizando como modelo la pasividad, el conservadurismo y la resignación.

No es posible ser esa "perfecta" madre sin comparar el camino ideal que nos proponemos seguir, con la forma restrictiva de comportarse que tuvo la madre. *"Captar esta comparación con demasiada claridad trae como consecuencia un arrebató de furia dirigida contra la madre "mala" recluida en el inconsciente. Esta cólera nos separaría de ella"* (Friday, 1977/2001:406) Y a su vez, ésta separación se tornaría intolerable; por lo tanto, la ira cambia de orientación: se volverá contra sí misma, contra el esposo, contra las injusticias del mundo en general aunque gran parte de ella, inevitablemente, se torna sobre la hija.

La madre desea que su hija repita su vida porque así es como ella se da validez a sí misma: *"hace de la vida un misterio porque si supiéramos lo poco que ella sabe, podríamos no repetir el ciclo; si rechazamos sus decisiones, la madre se sentiría ansiosa y culpable. "¿Dónde obré erróneamente?"* (Friday, 1977/2001:264).

Hay culpabilidad al hacer algo que no ha de gustar a la madre. Como si todo fuese a consecuencia de una reacción, algunas mujeres buscan un acercamiento a ella en busca de su apoyo y orientación: *“podemos decir que esto de compartir nuestras vidas con la madre, de mantenernos en estrecho contacto con ella, es una muestra de gratitud: le estamos pagando todo lo que ella hizo años atrás, cuando éramos unas niñas”* (Friday, 1977/2001:327). Todo esto en respuesta de lo planteado por Simone de Beauvoir cuando comenta que *“la actitud de la madre con respecto a su hija grande (adulta) es muy ambivalente: en su hijo busca un dios pero en su hija encuentra un doble”* (De Beauvoir, 1949/1999:371 T.2).

No es necesario ser madre para ver que la identidad femenina está más relacionada con la maternidad que con la sexualidad. De no repetir el modelo de vida de la madre, se albergará la sospecha de haber fracasado, de ser incompleta.

Se ha dicho, a lo largo de este trabajo, que toda la tarea no podría nunca quedar a cargo del instinto. Ha de ser complementado con conocimientos, destrezas, emociones y deseos humanos aprendidos de otros humanos, es decir, de la madre hacia la hija, y no sólo eso, sino una resolución de conflictos internos antes de decidir involucrarse en un matrimonio y tener hijos.

4.4. La menopausia

Considero que habiendo analizado las diferentes etapas en la vida de la mujer, es necesario incluir el periodo de la menopausia, ya que los sucesos psicológicos que se dan en ésta etapa son el resultado del proceso de aprendizaje del que ya se trató, colocando a la maternidad en un plano de importancia en diversos niveles, aún cuando ya fue ejercida, o ya se está fuera de tiempo para ejercerla.

Se plantea que la última etapa en el desarrollo psicosexual de la mujer, es la menopausia, es decir, *“la cesación de la menstruación y de la capacidad para*

concebir hijos que tiene lugar normalmente alrededor de los 50 años” (Papalia, 1997:668).

El inicio de la menopausia provoca una crisis de identidad puesto que para la mujer en su vivencia interna constituye el fin de la vida sexual identificada como fertilidad, además de asociarse con una buena parte de sus relaciones con el entorno, particularmente el inmediato (pareja e hijos), en el que se hace una modificación en la forma y calidad del vínculo.

Todo esto con frecuencia le lleva a pensar que su papel fundamental está concluido y agotado. Este aspecto puede sumarse a los trastornos físicos y psicológicos que están íntimamente relacionados con las modificaciones de tipo hormonal, e implicarán modificaciones en el estado emocional.

Por otra parte, *“la cultura y las costumbres de México le otorgan un valor muy importante a la juventud y al atractivo físico de las mujeres, hecho que con frecuencia representa una carga emocional de rechazo y imaginación conforme pasan los años. Tal situación es posible que condicione la interpretación de que el envejecimiento está relacionado con una devaluación de los atributos sexuales de forma progresiva, así como de una descalificación a la feminidad” (Morales, 1996:303).* Por lo que los cambios físicos sufridos en esta etapa de la vida son vivenciados subjetivamente, interpretando con ello que su imagen no es aceptada socialmente.

Para la mayoría de las mujeres la menopausia es un evento psicológico. En principio se cree que la menopausia causa depresión, pero investigaciones recientes han demostrado que no existen razones para atribuir problemas psiquiátricos a un evento normal (Papalia, 1997).

Las actitudes sociales hacia el envejecimiento parecen influir mucho más que las hormonas en el bienestar de la mujer que entra la menopausia. En las culturas

que valoran a las mujeres mayores se han encontrado pocos problemas asociados con esta etapa; además se suman a ello las repercusiones emocionales que conllevan en la mujer el hecho de ya no poder procrear hijos, algo que a lo largo de su vida ha aprendido que le da un valor y significado a su feminidad.

Langer apunta que las mujeres llegan a la menopausia sin haber tenido un hijo. Y quedan frustradas y así truncadas, por no haberse realizado en una parte trascendental de su ser. Y además comenta:

Por la gran frecuencia de la reacción negativa frente a la menopausia, incluso de la mujer que ha vivido con su marido y sus hijos, hay que deducir que ella no se satisfizo con lo realizado durante la larga época de su vida que biológicamente estuvo destinada a la maternidad. Lo comprendemos al tomar en cuenta las grandes restricciones que nuestra sociedad impone a ésta. Para que la mujer de hoy no quede frustrada en sus instintos maternales, debe sublimar en forma adecuada la parte de sus instintos procreativos que no puede satisfacer directamente (Langer, 1964:231).

Por lo que puedo concluir que las mujeres que viven su etapa de madurez, a su vez viven la confrontación de la naturaleza empujándolas a aislarse por sentir que su turno ha terminado, y además lo corroboran científicamente al escuchar datos como los que se comentan alrededor del arribo de la menopausia, que tratan de explicar todo: los disturbios, frustraciones, insuficiencias, imposibilidades, desesperación, vacío; pero sobre todo, explicar que se llegó al final del ciclo reproductivo y que por lo tanto, la mujer ya no es mujer. Es natural que ella se resigne (Basaglia, 1985).

En nuestra cultura fascinada por la juventud, la menopausia tiende a representarse como un descenso hacia la indeseable vejez. En una sociedad que confunde la sexualidad con la capacidad de tener hijos, se piensa erróneamente que la menopausia es el final de la sexualidad (el fin del placer sexual), o incluso el final total de la vida sexual: *“A medida que nos valoramos como algo más que*

una máquina de hacer niños, que vemos la madurez como un buen momento para gozar una nueva libertad y que hacemos un uso selectivo de los tratamientos para minimizar los malestares más serios, podemos hacer de la menopausia una experiencia positiva” (Colectivo del Libro de Salud de las Mujeres de Boston, 1982:349).

La menopausia no es sino una etapa más de la vida de la mujer, en la que se dan una serie de procesos fisiológicos naturales, lo mismo que en la adolescencia; aunque es evidente la valoración social completamente opuesta que se hace de ambas: *“En una sociedad en que a las mujeres se nos define únicamente a través de nuestra función reproductora, la adolescencia es positiva pues representa el comienzo de esta capacidad, todo lo contrario de lo que ocurre con la menopausia”* (Colectivo del Libro de Salud de las Mujeres de Boston, 1982:360).

Basaglia nos hace entender que todo depende del “cristal con que se mira”, es decir de la subjetividad de cada mujer, ya que en realidad *“la menopausia debería representar para la mujer el momento de su liberación en cuanto a la maternidad como amenaza”* (Basaglia, 1985:51).

Puede concluirse que los conflictos latentes en relación con la figura materna llevan a la mujer a cometer finalmente los mismos errores que ella, por lo cual, es necesario enfrentarse a éstos y expresarlos y comprender que se puede ser sexual, libre, así como diferente a la madre en el trabajo y en la vida que se escoja, pero también es posible al mismo tiempo tener una relación con ella. Y será mucho más real que la mítica figura de la Madre que se ha retenido inconscientemente.

La impresión de que, para conservar el amor de la madre y merecer su aprobación, se tiene que ser igual a ella y mostrarle lo que desea ver, y no una persona desarrollada en los años pasados lejos de ella; termina con cualquier oportunidad de obtener una individualidad, tanto al estar a su lado como si no.

Friday dice: *“Para conseguir que sea cambiado el inexorable esquema de la repetición entre madre e hija, hay que enfrentarse con todos los aspectos denegados de nuestras madres y de nosotras mismas. Tenemos derecho a confesar por fin los arrebatos de furia que sentimos cuando contábamos cinco años, al ver que ella nos descuidaba”* (Friday, 1977/2001:414).

Por lo que ¿es necesario que pase más de una generación para alterar las lecciones que aprendimos de nuestras madres? Creo que no. Se puede romper la cadena, puesto que no obedece a factores “naturales” como se cree. Es factible una real separación entre madre e hija lo suficientemente fuerte como para adoptar la maternidad como una decisión individual y no como un destino impuesto.

5. Lo femenino y la maternidad desde el Psicoanálisis

Independientemente de las implicaciones sociales contenidas en el rol de Mujer/Madre, hay también implicaciones psicológicas en el proceso de adoptar un género u otro y los roles contenidos en éste.

Esto puede ser explicado desde distintas corrientes, sin embargo, he elegido el psicoanálisis por una razón: tal vez sin quererlo, pero todo lo que implica la teoría psicoanalítica está relacionado con el género; quizás por la época en que fue planteada, o por el papel central que desempeña la sexualidad en los principios de esta teoría. Además de ser una de las teorías que parte de la diferencia sexual para elaborarse.

Uno de los principales cuestionamientos del psicoanálisis, viene siendo el concerniente al origen de la división de los sexos; es decir, la teoría psicoanalítica se pregunta cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer o el hombre. Por lo que de inicio, es importante conocer la perspectiva freudiana respecto a la construcción de la feminidad, ya que ésta influirá en los procesos que respectan a la adopción del género.

La Teoría psicoanalítica, de origen se ocupa de describir la psicología humana a través del desarrollo de los procesos inconscientes del niño que determinarán su conducta de adulto: *“el objetivo de la indagación psicoanalítica es, precisamente, el de hurgar en las motivaciones personales, individuales, que conducen a una persona a considerar o tratar a otra de determinada manera, a posicionarse en el seno de las relaciones intersubjetivas”* (Emilce Dio Bleichmar, 2002).

Sin embargo, a pesar de las grandes aportaciones de la teoría de Freud, que en un momento se preocupó por explicar los procesos en la niña y sus repercusiones en la vida adulta; con el tiempo se hizo evidente que ésta sólo era factible de ser aplicada al varón, ya que él mismo reconoció las limitaciones en sus conceptos

sobre la feminidad y la sexualidad femenina, que seguían siendo elaborados a partir del varón, lo cual derivaba en varios cabos sueltos y una comprensión aún más vaga del inconsciente femenino: *“Freud por una parte reitera una y otra vez en sus escritos su descontento con respecto sus propias explicaciones de la feminidad, mientras que por otra insiste y afirma en ellas”* (Amorós, 2000:216).

El mismo Freud se reconoció incapaz de interpretar los deseos de la mujer, algo que sin duda le intrigaba: *“esto es todo lo que tenía que decirnos sobre la feminidad. Es, desde luego, incompleto y fragmentario, y no siempre grato... Si queréis saber más sobre la feminidad, podéis consultar a vuestra propia experiencia de la vida o preguntar a los poetas, o esperar a que la ciencia pueda procuraros informes más profundos y más coherentes”* (Freud, 1933/1993:540).

Sin embargo las aportaciones de mujeres psicoanalistas como Helene Deutch, Jeanne Lampl de-Groot, Melanie Klein, o Karen Horney, entre otras, enriquecieron los conocimientos derivados de esta teoría, vistos desde la perspectiva de sus protagonistas: las mujeres.

Otra de las razones por las que me interesa exponer principios psicoanalíticos en este trabajo es precisamente el papel que desempeña la maternidad en la teoría psicoanalítica. En un principio la madre se constituye en *objeto del deseo* para ambos sexos, lo cual es determinante para las estructuras inconscientes, y la vida sexual del infante y más adelante del hombre o la mujer, ya que éstas definen su forma de ver la vida, así como su conducta. Así mismo, la importancia que el psicoanálisis reviste a la maternidad como consecuencia de procesos inconscientes en la niña resulta interesante y de algún modo explica muchos sucesos insertos en nuestra cultura.

Por lo que para este trabajo, considero necesario hacer un análisis de los que yo considero “puntos clave” en la teoría freudiana; además de otros puntos de vista, de diferentes autores (y sobre todo autoras) que hicieron aportaciones a ésta

desde distintas perspectivas, abarcando también la influencia del psicoanálisis en lo social y por lo tanto en todo lo que respecta a la perspectiva de género. He elegido sólo unos cuantos de los autores más representativos del debate, ya que éste es muy amplio. El orden de su aparición no es de tipo cronológico, sino en función de la coherencia con lo que estoy exponiendo.

5.1. Sigmund Freud

Para poder comprender la influencia de la teoría psicoanalítica en lo referente al género y por lo tanto a la maternidad, considero útil incluir algunos de los conceptos básicos más importantes de Sigmund Freud, padre del psicoanálisis y de su teoría del desarrollo psicosexual, ya que de aquí partirá todo lo concluido en este apartado.

En sus escritos *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), *La organización genital infantil* (1923), *La salida del complejo de Edipo* (1924), *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica de los sexos* (1925), *Sobre la sexualidad femenina* (1931) y *La feminidad* (1933), Freud presenta sus tesis principales con respecto a la sexualidad femenina y la feminidad, a continuación se presenta una síntesis general sobre los principales conceptos de sus teorías:

Freud llamó psicosexuales a estas etapas de desarrollo debido a que les asigna un papel preponderante a los instintos sexuales en la formación y desarrollo de la personalidad: *“parece cierto que el recién nacido trae consigo al mundo impulsos sexuales en germen, que, después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva, la cual puede ser interrumpida su vez por avances regulares del desarrollo sexual o detenida por particularidades individuales”* (Freud, 1905/1972:43).

El desarrollo de la personalidad consiste en el desenvolvimiento o despliegue de los instintos sexuales. Al principio, esos instintos están separados, pero gradualmente se integran y centran en el acto sexual maduro:

El final del desarrollo está constituido por la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución de placer entra al servicio de la función reproductora, habiendo formado los instintos parciales bajo la primacía de una única zona erógena; una firme organización para la consecución del fin sexual en un objeto sexual exterior. (Freud, 1905/1972:62)

Algunos profesionales en el campo de la psicología, así como otras disciplinas niegan la teoría de Freud en el sentido de la existencia de una sexualidad infantil, a lo que el autor comentó:

Numerosos pediatras y neurólogos niegan en absoluto esta hipótesis; mas su contraria opinión, fundada en una confusión entre lo sexual y lo genital, plantea el difícil e inevitable problema de establecer qué carácter general debe atribuirse a las manifestaciones sexuales de los niños (Freud, 1905/1972:46)

Durante la niñez ciertas regiones del cuerpo asumen, en un momento determinado, un significado psicológico prominente y cada región viene a ser origen de nuevos placeres y nuevos conflictos. Lo que sucede, con respecto a éstos, moldea la personalidad: *“gran parte del aprendizaje infantil temprano está influido por necesidades asociadas con las principales zonas del cuerpo, y este aprendizaje se relaciona significativamente con el arte de vivir y con la manera de satisfacer las citadas necesidades”* (Dicaprio, 2001:50).

Con base en las zonas del cuerpo que se vuelven focos del placer sexual, Freud delineó cuatro etapas de desarrollo psicosexual: oral, anal, fálica y genital. Entre la etapa fálica y la genital hay un periodo de latencia; la madurez de la personalidad se consigue con la genitalidad completa.

Considero necesario profundizar sobre la etapa fálica, ya que en ésta se da el complejo edípico, alrededor del cual se trabajará en este apartado.

La etapa fálica tiene lugar entre los tres y los cinco o seis años de edad, aproximadamente. Los genitales se vuelven una fuente destacada de placer durante este periodo. La curiosidad respecto al cuerpo puede comenzar mucho antes; el niño encuentra con asombro en algún momento sus manos y sus pies. Puede incluso descubrir los órganos genitales bastante pronto, pero no se convierten en objetos de inquietud e interés hasta la etapa fálica, cuando se hacen mucho más intensas las tensiones y placeres de esa zona del cuerpo. El niño comienza en ese momento a darse cuenta y a comentar las diferencias entre los hombres y las mujeres; *"el hecho de la existencia de dos sexos lo acepta el niño al principio sin resistencia ni sospecha alguna"* (Freud, 1905/1972:60). Su inquietud se incrementa de manera significativa, si se notan las diferencias anatómicas; el niño se hace más curioso acerca de las diferencias sexuales conforme comienza experimentar tensiones sexuales. Pero esa curiosidad es bastante difusa, debido a que el niño no conoce todavía, a menos que las haya observado directamente, las diferencias reales entre los órganos sexuales masculinos y femeninos.

Una de las afirmaciones básicas de Freud en algún momento, es la de la existencia de un "monismo" sexual para ambos sexos hasta la pubertad. Tanto para los niños como para las niñas se presupone un genital masculino (para las niñas el clítoris sería un equivalente del pene, según Freud): *"la sexualidad de la niña tiene igualmente un carácter masculino porque según los presupuestos freudianos se desconoce la existencia de la vagina"* (Amorós, 2000:216).

En la etapa fálica, Freud creía que el origen de estimulación para el niño era el pene y para la niña clítoris y no los órganos sexuales completos. La estimulación es autoerótica, ya que participa el individuo sólo. *"En la etapa genital, la estimulación sexual se centra en las actividades heterosexuales y en la mujer el*

clítoris es sustituido por la vagina. La etapa fálica implica la autoestimulación, mientras que la etapa genital entraña curiosidad heterosexual' (Dicaprio, 2001:56).

Una de Las proposiciones más controvertidas de Freud es el *Complejo de Edipo*, el cual se acompaña de temor a la castración: *"Tomado del mito griego de Edipo Rey, quien sin saberlo mató a su padre y se casó con su madre, el complejo se refiere a la atracción sexual que el niño pretende desarrollar por su madre durante la etapa fálica. Al mismo tiempo, el niño ve a su padre como un rival en el afecto de su madre"* (Dicaprio, 2001:53). Existen actitudes mezcladas o ambivalentes hacia el padre, quien por un lado es temido porque puede remover el órgano ofensor, la fuente del temor a la castración, y por otro lado es respetado y venerado como modelo de hombría, superior al niño:

Para el niño es natural la suposición de que todas las personas que conoce posean un órgano genital exacto al suyo y no puede sospechar en nadie la falta de este órgano. Esta convicción es enérgicamente conservada por el sujeto infantil, que la defiende frente a las contradicciones que la observación le muestra en seguida, y no la pierde hasta después de graves luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de este pene, que el niño supone perdido, en la mujer, juegan en la morfología de numerosas y diversas perversiones un importantísimo papel (Freud, 1905/1972:60).

Si el desarrollo es normal, el niño renuncia a los deseos amorosos respecto a su madre y en cambio se esfuerza en asumir el papel masculino imitando a su padre. Entonces el afecto del hijo hacia la madre pierde su aspecto sexual. Al aceptar la masculinidad del padre, el superyó del niño experimenta su desarrollo final y adopta un ideal del Yo positivo. Pero si cualquiera de los progenitores crea en el niño demasiada frustración o una indulgencia excesiva al no proporcionarle un adiestramiento y conocimiento apropiados durante este periodo crucial, pueden ocurrir fijaciones graves, con consecuencias a largo plazo: *"El complejo de Edipo es tan importante, que la manera como se entró en él y como se salió de él no*

puede dejar de tener consecuencias" (Freud citado por Olivier, 1987:65). El niño puede rechazar su papel masculino, o su conciencia tal vez lo atrofie.

Al presentarse ante él la necesidad de explicar cómo se da este proceso en la niña, Freud planteó nuevos conceptos sobre la sexualidad femenina estableciendo diferencias fundamentales respecto al varón; a continuación presento una síntesis de los conceptos principales respecto al pensamiento freudiano respecto a la sexualidad femenina y la feminidad:

Según Freud, masculino o femenino es la primera diferenciación que se hace al enfrentarse con otro ser humano. La anatomía respalda tal diferencia, ya que en ambos sexos existen órganos exclusivos para funciones sexuales que *"probablemente se han desarrollado partiendo de la misma disposición en dos estructuras distintas"* (Freud, 1933/1993:516).

La ciencia marca que ciertos elementos del aparato sexual masculino son también parte del cuerpo femenino, aunque atrofiados y viceversa, lo cual plantea en todos los seres humanos una incipiente bisexualidad con el predominio de un sexo. Sin embargo, no puede comprenderse qué es lo que hace la masculinidad y la feminidad; algo que desde el psicoanálisis surge del cuestionamiento acerca del origen de la división de los sexos, es decir la teoría psicoanalítica se pregunta cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer o el hombre.

Al establecer las diferencias respecto al desarrollo del niño y de la niña, en lo concerniente a la niña, Freud propone las siguientes precisiones:

- La niña es menos obstinada o agresiva
- Tiene mayor necesidad de ternura, es más dependiente y dócil.
- Tiene mayor rapidez y facilidad en el aprendizaje del control de esfínteres, lo cual demuestra su docilidad.
- Es más inteligente y más abierta al mundo exterior.

- Tiene cargas de objeto más intensas.
- Su viraje hacia la feminidad implica un cambio de zona y de objeto, no así el varón.

Respecto a la sexualidad femenina, Freud destaca dos hechos:

- Una ligazón preedípica intensa hacia la madre
- La larga duración de esta fase que abarca la parte más larga del florecimiento sexual temprano (hasta los 4 o 5 años).

El descubrimiento de esta fase preedípica en la niña, implica para Freud un fuerte descubrimiento, sin embargo, reconoce su dificultad para identificarlo en el ámbito analítico, debido a su condición de varón como condicionante para una transferencia paterna, por lo que reconoce la ventaja de sus colegas, las analistas mujeres en este sentido. Freud comenta que existe una relación estrecha entre esta fase con la etiología de la histeria, lo cual constituye el hecho de que esta fase y la neurosis se cuenten entre los caracteres particulares de la feminidad.

Freud consideró pertinente la comparación continua con el desarrollo psicosexual del varón para beneficiar su exposición sobre la sexualidad femenina.

Así mismo, distinguió dos fases básicas de la vida sexual de la mujer:

- Pre-genitalidad, de carácter masculino que privilegia al clítoris como zona erógena.
- Genitalidad, de carácter femenino que privilegia a la vagina como zona erógena.

Por lo que en el desarrollo femenino hay un proceso de transporte de una fase a otra, y por lo tanto de una zona erógena a otra. Este cambio de vía sexual influye en el hallazgo de objeto, y por lo tanto, en el cambio de un objeto a otro en la niña,

es decir el cambio de la madre como primer objeto, hacia el padre al final del desarrollo; algo que carece de análogo en el varón.

Respecto al complejo de Edipo y castración, Freud establece las siguientes diferencias entre el niño y la niña: al establecerse el complejo de Edipo en el niño, éste halla en la madre a su objeto, desarrollando una rivalidad hacia el padre. Al descubrir la diferencia anatómica de los sexos, es decir, al descubrir la posibilidad de castración, se establece el superyó en el niño, y por lo tanto su inserción en la cultura, a partir de la identificación con su padre, que deriva en un menosprecio hacia la mujer (por estar castrada). Por lo que el complejo de Edipo en el niño, es **finalizado por la castración**.

En lo que respecta a la niña, de inicio, al igual que en el niño existe una *vinculación original con la madre*. Sin embargo, ante el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, la niña reconoce una castración y por lo tanto la superioridad del varón. Se desarrolla en ella una molestia ante tal inferioridad que deriva en tres caminos en la evolución hacia la feminidad:

- El extrañamiento de la sexualidad que deriva en la renuncia al clítoris como zona erógena y por lo tanto al quehacer fálico.
- La retención de la masculinidad amenazada, bajo la esperanza de llegar a tener un pene (complejo de masculinidad).
- Una configuración femenina, es decir toma al padre como objeto.

Al tomar al padre como objeto, la niña llega al complejo de Edipo, por lo tanto, éste es **creado por la castración**. Esta fase no es fácilmente superada, ya que su permanencia en el Edipo es indefinida, generando dificultades en la generación del superyó por lo tanto son menos observables los efectos de la inserción de la niña en la cultura, por ser pequeños y de menor alcance. Freud concluye que *“el endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye el*

contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad (Freud, 1931/1998:232).

Los efectos son decisivos ya que los hechos que en el varón significan renuncia, al complejo de Edipo e instalación de las instancias ideales, son factores que la niña, en tanto y en cuanto *“ ya castrada”*, la introducen en el complejo de Edipo: *“Como la amenaza no puede ser efectiva para quien nada tiene que perder, aparece una especie de defecto intrínseco que incapacita a la mujer para los deslizamientos por sublimación y le cierra los caminos para la resolución de su conflicto edípico”* (Saal, 1998:14).

Si la niña descubre que no tiene pene, la relación con su madre es más complicada, debido a que la culpa de la pérdida. Al mismo tiempo, también ama a su madre y se produce un conflicto que, a diferencia del complejo de Edipo en el niño, nunca se resuelve completamente; una condición que, como sostiene Freud, tiene efectos profundos en la vida emocional de la mujer y en el desarrollo de su superyó. El rasgo principal que surge en ésta etapa es la *“envidia del pene”*, minimizando el papel femenino y sobrevalorando el masculino: *“La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño diferentes de los suyos. Lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho”* (Freud, 1905/1972:60).

Para que la niña se torne al padre como objeto, es necesario un *extrañamiento* de la madre, este mecanismo obedece a diversos factores:

- Castración: reproche hacia la madre por haberla dotado de un genital incorrecto.
- Reproche por no haber sido amamantada lo suficiente por ella.
- Celos hacia el padre o hermanos: amor infantil carente de meta.
- Prohibición del onanismo, tras haberlo incitado inicialmente.

- Ambivalencia influida por todos los anteriores.

Para Freud, el apartamiento de la madre transforma la vinculación en hostilidad, ya que el objeto de su amor era la madre fálica; *“con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso, y entonces los motivos de hostilidad, durante tanto tiempo acumulados, vencen en toda la línea. Así, pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizá para el hombre”* (Freud, 1933/1993:531).

Las metas sexuales de la niña respecto a su madre suelen ser de inicio pasivas (primeras actividades junto a su madre: aseo, alimentación, etc.), llegando a ser activas; un ejemplo de ello lo podemos encontrar en el juego de muñecas, el cual remite a un temprano despertar de la feminidad, ya que emula el carácter exclusivo de la ligazón madre-hija, así como la actividad de la feminidad.

El extrañamiento de la madre, así como el cambio de objeto (padre), implican un descenso de las aspiraciones sexuales activas, y un asenso de las pasivas que favorecen el desarrollo de la feminidad, el cual resulta de la oposición de la actividad y la masculinidad (complejo de masculinidad o envidia del pene), con la pasividad y la ligazón hacia el padre que derivan en feminidad. Es necesario para Freud tomar en cuenta la influencia del orden social, que fuerza la mujer a *situaciones pasivas*.

Respecto del onanismo, Freud lo cataloga como una *“actividad especial de la sexualidad infantil”* (Freud, 1933/1993:532), cuya *evolución fallida* puede derivar en padecimientos; en lo concerniente a ésta actividad en la niña, comenta que la renuncia al clítoris (actividad), trae consigo, el dominio de la pasividad es decir, fines pulsionales pasivos que la llevan a un viraje hacia el padre que establece el camino hacia la feminidad.

Cuando la represión en la niña de la actividad fálica trae consigo pérdidas poco considerables, puede decirse que se encamina hacia una “feminidad normal” en la que el deseo de la niña va encaminado hacia el padre, aunado al anhelo por conseguir el pene que la madre le ha negado; más adelante, la situación femenina irá encaminada a darle al pene una equivalencia simbólica con el hijo. El deseo infantil de tener un hijo del padre, a su vez, coloca a la niña en una situación edípica, lo cual la lleva a una intensificación de la hostilidad hacia la madre, a quien ahora ve como rival.

Freud plantea nuevamente, el juego de muñecas como ejemplo de lo anterior, al decir que éste no es totalmente una manifestación de la feminidad como se ha pensado, sino que en principio favorece una identificación de la niña con la madre, en su deseo de sustituir la pasividad por la actividad, en donde la muñeca la representa, otorgándole el papel de la madre y así la oportunidad de hacer con la muñeca lo que su madre solía hacer con ella. Sin embargo, cuando despierta el deseo de la niña de tener un pene, la muñeca se convierte en un hijo con el padre, pasando a ser éste el “*fin optativo femenino más intenso*” (Freud, 1933/1993:533).

La realización adulta de este fin, es decir cuando la mujer da a luz a un hijo varón, se da simbólicamente la obtención del pene anhelado, remitiendo al deseo infantil de tener un hijo del padre, sin embargo, esto la lleva a acentuar su afecto en el hijo mismo, poniendo en evidencia el deseo, exclusivamente femenino, del pene.

Al remitirnos a la vida adulta, Freud comenta que en contexto analítico las etapas preedípicas exponen al desarrollo de la feminidad a perturbaciones, ya que los fenómenos residuales del periodo prehistórico de masculinidad, llevan a la mujer a regresiones hacia fijaciones de etapas anteriores al Edipo.

Los fenómenos residuales del periodo prehistórico de masculinidad, también llevan a una alteración repetida de periodos en los que predominan la masculinidad o la feminidad, manifestándose entonces una bisexualidad en la vida

femenina, lo cual explica la concepción enigmática de la mujer, así como una polarización entre masculino y femenino en la vida sexual y en la libido.

Respecto a la feminidad madura, al explicar características que se atribuyen como femeninas Freud comenta, que éstas están determinadas por la envidia del pene, ya que por ejemplo la vanidad remite a una valoración inconsciente de los atributos como compensación a la inferioridad, o el pudor femenino como un encubrimiento de la defectuosidad de los genitales como intención primaria.

Respecto de la elección de objeto de la mujer, Freud comenta que existe un narcisismo elevado que la influye, lo cual implica una mayor necesidad de ser amada que de amar, así mismo, que ésta está cubierta por circunstancias sociales.

La elección de objeto de la mujer puede, según Freud ser de tipo ideal narcicista (elige el hombre que ella hubiera deseado ser) o edípico (elige el tipo del padre), lo cual implica en una primera etapa un matrimonio feliz, sin embargo, en una segunda fase, los residuos de la ligazón con la madre llevan a la hostilidad a dar alcance a la vinculación positiva, por lo que ahora la mujer lucha con el marido (ahora madre).

Igualmente pueden darse cambios en el matrimonio con la llegada del hijo, ya que puede remitir a una identificación con la madre o a una satisfacción de la masculinidad ante la obtención del pene anhelado.

Respecto a la identificación con la madre, Freud propone dos tiempos: uno anterior al complejo de Edipo, en el cual se da una vinculación amorosa con ella percibiéndola como modelo y otro posterior en el que hay un deseo de apartarla y sustituirla al lado del padre, percibiéndola como una rival.

El primer tiempo (anterior al complejo de Edipo) resulta decisivo para el futuro de la mujer, ya que en éste se adquieren cualidades para su función sexual que conllevan también al cumplimiento de sus funciones sociales; así como la adquisición de atractivo para el hombre, ya que convierte la vinculación del mismo a su madre en enamoramiento (aunque muchas veces el hijo recibe aquello a lo que la pareja aspiraba).

Respecto al ámbito social, Freud atribuye a la mujer un escaso sentido de justicia debido al predominio de la envidia en su vida anímica, lo que la lleva a exigir justicia como elaboración de esa envidia. Así mismo considera que la mujer posee intereses sociales más débiles debido al carácter disocial de todas las relaciones sexuales además atribuye a la mujer una menor capacidad de sublimación de las pulsiones, por estar sujeta a máximas oscilaciones individuales.

Freud comenta que a través de su actividad analítica puede ver que la mujer a los treinta años, tiene una inmutabilidad psíquica inflexible, por lo que no hay camino para un desarrollo posterior, ya que sus posibilidades fueron agotadas en la evolución hacia la feminidad, es decir, la libido ha ocupado posiciones definitivas, algo que le resulta lamentable como terapeuta. Muchas de las características de la feminidad se deducen de esta inferioridad originaria, es decir, del defecto de los genitales y de la necesidad de ocultarlo o superarlo: *“Freud sostiene que un varón de treinta años puede seguir desarrollándose, mientras que una mujer de la misma edad muestra una inmovilidad y una fijeza como si su persona se hubiera agotado”* (Amorós, 2000:217).

Como resultado de esta revisión, puede entenderse que la teoría freudiana de la diferencia sexual está basada en la visibilidad de esa diferencia; así puesto que el varón tiene un órgano sexual visible y la mujer no, *“cuando Freud considera a la mujer deduce que no hay nada. De este modo la diferencia femenina es entendida como ausencia o negación de la norma masculina”* (Amorós, 2000:229). Aunque

también puede interpretarse a partir de una diferencia visible, pero a partir de una mirada que no reconoce ese genital, y trata de completarlo con una falta.

Luce Irigaray comenta que Freud se mueve dentro de una " *lógica de lo mismo*", es decir, presenta la niña como si fuera esencialmente lo mismo que el niño varón: " *No se trata de una niña pequeña sino de un hombre pequeño. Como ya hemos visto, en la fase fálica el clítoris es considerado, según Freud por la propia niña como un pene inferior*" (Irigaray citada por Amorós, 2000:229), de este modo consigue evitar que la idea de la diferencia amenace de alguna manera la validez de su teoría.

Sin embargo es necesario reconocer que al final de su obra, Freud se preocupó por deslindar lo femenino, dándole una explicación propia, no obstante esto sólo puede constituirse como un principio, aunque no de una índole cualquiera, sino un principio que ha sentado las bases para todo lo que se ha hecho posteriormente.

La teoría freudiana, como sabemos constituye un parteaguas en la forma de ver la sexualidad humana, sin embargo, Freud mismo reconoció las limitaciones de sus puntos de vista en lo concerniente a la niña: " *nuestro material se hace aquí (incomprensiblemente) mucho más oscuro e incompleto. En conjunto, hay que confesar que nuestra comprensión de los procesos de desarrollo en la niña es poco satisfactorio, está lleno de lagunas y de sombras*" (Freud, citado por Dolto, 2001:19); e incluso apoyó a sus seguidoras en el desarrollo de sus aportaciones respecto a la sexualidad femenina, por lo que ahora analizaré una de estas teorías: la de Christiane Olivier.

5.3. Christiane Olivier

Christiane Olivier analiza lo femenino desde la maternidad, pero también revela que la envidia del pene podría ser algo del orden de una proyección de la envidia del seno que podrían tener los hombres: en su libro, "Los hijos de Yocasta", elabora una aportación diferente sobre el complejo de Edipo así como las direcciones que éste toma en la construcción de la feminidad, y en la vida misma de la mujer partiendo de esta inquietud: "*En el diván, todos hablan de su madre, ¿pero de qué manera lo hacen? ¿Qué dicen inconscientemente?*" (Olivier, 1987:8). Cabe mencionar que el hecho de ver la teoría freudiana desde una perspectiva femenina, llega a descomponerla, sin embargo esto proporciona un enriquecimiento para su mejor comprensión.

La autora descubre entonces un campo nuevo en el estudio del psicoanálisis: No solamente el pensar la sexualidad femenina, sino tratar de explicar el odio de la mujer hacia "la otra mujer"; "*Hay que explicar, no la envidia o los celos del pene, sino los deseos agresivos contra la madre, primera de las mujeres que aparecen en el camino de la niña*" (Olivier, 1987:38).

Olivier comienza cuestionándose sobre las diferentes afirmaciones que en algún momento hiciera Freud, las cuales le parecen susceptibles de una contradicción, ya que, mientras por un lado establece una simetría en el desarrollo del niño y de la niña, por otro lado, Freud finalmente termina desconociendo dicha simetría para además reconocer su desconocimiento sobre la evolución de la niña, lo que a partir de comprobaciones le lleva a hacerse las siguientes preguntas:

- Tenemos otra pregunta: ¿Qué reclama la niña de su madre? ¿De qué naturaleza son sus fines sexuales en el momento de su vínculo exclusivo con la madre?

- La fase de vinculación exclusiva con la madre, que puede denominarse pre-edipiana, alcanza así en la mujer una importancia mucho mayor que la que tiene en el hombre
- El complejo de Edipo de la niña incluye un problema más que el del varón
- Ocurre de otro modo en la niña. Ella tenía por objeto primero a su madre: ¿cómo encuentra su camino hacia el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desprende de su madre? (Freud citado por Olivier, 1987:53)

La autora entonces, retoma a Freud en sus planteamientos sobre la “envidia del pene” en relación con el deseo de ser madre: *"La esencia de la niña cavilosa es el "pequeño otro", concretamente el hermano, y la esencia de ese pequeño otro es el falo"* (Olivier, 1987:54). Por lo que, una mujer se hace madre para realizar ese *Penisneid*, y el deseo de la madre es el de conservarlo... *"Todos los otros sustitutos palidecen para una mujer, frente a la ecuación pene-hijo."* (Pujol citado por Olivier, 1987:54)

Así, al subrayar Freud que, la única relación realmente satisfactoria es la que liga la madre con su hijo varón, la autora llega a suponer que la madre será ambivalente con respecto a su hija. *"Un objeto sexual real sólo puede ser del sexo opuesto; y al menos que se trate de una especie de homosexualidad congénita, la madre no puede ser un objeto satisfactorio para la hija, del mismo modo que lo es para el varón"* (Grumberger citada por Olivier, 1987:74).

Así Olivier contradice a Freud en el sentido de que la niña no choca con la dificultad de tener que cambiar de objeto sexual, pasando de la madre al padre, sino que plantea que la niña no va cambiar de objeto, porque en su comienzo no tuvo ninguno.

Esta suposición se basa en el hecho de que raros son los padres que viven en la casa meciendo a su hija, es decir, que no existen mujeres edipianas que hayan tenido al padre como primer objeto de amor: *"Sólo conocemos niñas que vivieron*

con la madre una relación desprovista de deseo, y que ésta se bifurcó, más o menos tardíamente hacia el padre” (Olivier, 1987:75).

Con su hijo la madre tiene la ocasión única de verse bajo forma masculina: este niño emanado de ella es del otro sexo, y la mujer tiene aquí la ocasión de creer en *el viejo sueño de toda la humanidad: la bisexualidad*; por lo que lleva con orgullo a este hijo que viene a complementarla, como ninguna otra cosa podría hacer.

Olivier plantea entonces que el drama de la niña es el de no llegar a encontrar su camino al objeto adecuado y de tener que permanecer al margen del Edipo hasta una edad avanzada de su vida; mientras que el niño comienza con la fusión-complementariedad, la niña inaugura su vida con la división cuerpo-espíritu: *“es amada como una niña, pero no deseada como cuerpo de hija. No es un objeto “satisfactorio” para su madre en el plano sexual y sólo podría serlo para su padre y sólo para él”* (Olivier, 1987:83). Únicamente el padre podría darle a su hija una posición sexuada confortable, puesto que ve el sexo femenino como complementario del propio y por lo tanto indispensable para su placer.

Por lo tanto, la hija, al no ser un objeto para su madre, se sentirá incapaz de satisfacer el deseo de ésta: *“la niña y después la mujer, no estará nunca satisfecha con lo que tiene, con lo que es; siempre aspira a otro cuerpo que no es el suyo: querría tener otro rostro, otro busto, otras piernas...Casi toda mujer considera que tiene algo en su cuerpo que no es apropiado a los ojos de los demás”* (Olivier, 1987:84). Así pues, como ya se había mencionado, la mujer se ve orillada a aportar constantemente pruebas de su feminidad, acerca de la cual, ni ella misma se siente segura, ya que su identidad no sólo está anclada a su sexo físico, sino como ya se explicó, obedece a todo un conjunto de factores.

Está entonces el hecho de que la madre no puede cumplir ninguna función de identidad sexual para con su hija y la homosexualidad entre ellas se muestra imposible. En cambio, frente a esta madre desemejante y mejor provista que ella,

la niña descubre la envidia y los celos, que contrariamente con lo que planteó Freud, no nacen en relación con el cuerpo del hombre, sino en la comparación aplastante con el de la mujer-madre.

El padre es para la hija la salida del absurdo, el medio de aceptar como "bueno" su cuerpo de niña. El padre es el objetivo. La existencia de la madre como mujer es una amenaza para el cuerpo de su hija; a lo que Olivier comenta:

Cuando la hija ingresa en el Edipo, siente miedo de que otra vez su madre le impida vivirlo, y por eso la combate. Que cada una de nosotras reflexione sobre este punto: el amor por nuestra madre, ¿no tiene un vago sabor de "reconciliación"? Esta reconciliación data con frecuencia del casamiento, o del primer hijo; es decir, del momento en que la mujer joven ya no se siente amenazada por la existencia de la madre, dado que ella va a ser madre a su vez (Olivier, 1987:131).

En la niña la comprobación de la superioridad de su madre origina su *envidia*, en el niño la visión de la inferioridad de su madre genera *miedo*. Es así como la castración es una idea de niña varón; la *envidia* es una idea de niña: "*La envidia está de lado femenino, las mujeres tienen montones de envidias, de sueños; siempre parece que están esperando algo de otro*" (Olivier, 1987:150). Algo, que como puede verse a lo largo de este apartado, no obedece a una "naturaleza femenina", sino al contexto cultural en que la niña se desenvuelve, que más adelante influirá en su subjetividad.

Por lo que Olivier llega a la conclusión de que el Edipo, tal como se desarrolla en la sociedad actual, hace de la mujer el único blanco del viejo resentimiento que se va creando contra la madre, entonces, llega a la conclusión de que si la identidad del hombre se caracteriza por el rechazo a la mujer como su igual; en la mujer, en cambio, adopta la forma de una carrera desenfrenada hacia el deseo masculino, "*carrera que le hará esclava de la ley del hombre y desconfiada frente a las otras mujeres*" (Olivier, 1987:92). Lo que deriva en que la identidad de la mujer esté

marcada por el deseo de encontrar al hombre ausente durante tanto tiempo de su vida.

Es posible, pues, ver dibujarse aquí el círculo infernal en el que la mujer, no deseada en su infancia, llega a la edad adulta a buscar el deseo y la aprobación del hombre, y en el que éste, puesto en posición de dominador, va aprovecharse de ello para ajustarle cuentas a la mujer (como recuerdo de las cuentas mal ajustadas con su madre). Y la mujer que busca el amor reparador del hombre, va a caer en el amor castrador de éste, que ha decidido que ELLA no reinará jamás (Ibidem).

Finalmente, y respecto a la maternidad en relación con el complejo de Edipo, Olivier afirma que el Edipo, tal como se desarrolla en la sociedad actual, hace de la mujer el único blanco del viejo resentimiento que se va creando contra la madre.

Por lo tanto, en la estructura actual de la familia, el inconsciente sólo puede estructurarse con relación a la madre, única educadora reconocida del hijo, y, en consecuencia, el consciente de cada uno ajusta cuentas con la mujer, quien recoge de ese modo la venganza de los dos sexos:

Mi experiencia me muestra que cada neurosis proviene en primer lugar de la relación con la madre, quien ocupa siempre primer plano del escenario, tanto del niño, como en el adulto. En cuanto mujer, este destino (suponiendo que fuera un destino) me parece demasiado penoso de soportar. Las mujeres deberían ser las primeras en abandonar esta posición tan riesgosa como destructiva ¿No es por demás inquietante comprobar que las mujeres, hagan lo que hagan, cualquiera sea la forma de vida que elijan para vivir con su hijo, al final serán consideradas, por haber sido las educadoras exclusivas del niño, las únicas responsables de lo que ocurra a éste? (Olivier, 1987:238).

La autora aporta conclusiones sobre todo esto que repercuten en la forma en que la mujer vive su maternidad: en primer lugar, advierte la importancia de tomar en

cuenta las "trampas del inconsciente materno", ya que ninguna mujer debería aceptar nunca ella sola a su hijo:

Ninguna madre debería permanecer neutral ante la feminización de la enseñanza de los niños pequeños. Pero esto que acabo de decir, ¿lo saben acaso, las mujeres? ¿Quién puede decírselo? ¿El psicoanálisis? Pero el psicoanálisis ha estado y está muy mayoritariamente en manos de los hombres. Quizás también opera ese campo el placer masculino de la dominación a través del saber (Olivier, 1987:247).

Olivier concluye que la "edipización" de la sociedad es general, reflejando sea la ley del padre, que genera la educación atribuida a la madre: "*Yo me hago de madre, increíble anzuelo con el que me atrapó un hombre en cuyos grandes brazos me hizo creer que yo sería por fin pequeña, que tendría por fin una madre amante y deseosa de mi persona*" (Ibidem).

Considero que el valor de los planteamientos de Olivier reside en visualizar las consecuencias del Edipo en la vida sexual adulta y en todo lo que respecta al género, por lo tanto, ésta incidencia va a dar una pauta para entender las funciones maternas a partir de un proceso tan aparentemente lejano como es el complejo de Edipo.

Así mismo, rescata al igual que Freud (aunque de forma muy diferente) la intensa ligazón que une a la mujer con su madre, la cual influye en las decisiones que tomará en su vida, así como la forma en que ésta vivirá su propia maternidad; lo cual explica también los patrones culturales que vivimos actualmente.

Es así, como a partir de lo revisado, podemos afirmar que el psicoanálisis, nos revela mucho acerca de la sexualidad, y sobre el papel central que desempeña ésta en la formación del Yo, del conocimiento y de la cultura, al mismo tiempo que nos ayuda a entender el poder en sus formas no institucionales y cómo están interrelacionadas dominación y deseo.

5.4. Jacques Lacan

Para profundizar aún más en estos aspectos, consideré necesaria una breve mención sobre el trabajo de Jacques Lacan, ya que sus aportaciones a la teoría psicoanalítica respecto al complejo de Edipo en la formación del Yo ideal y el ideal del Yo; me parecen útiles para esclarecer la relación existente entre psicoanálisis y género.

Lacan aduce que el complejo de Edipo tiene como resultado que el niño ingrese en el circuito simbólico y se aparte de su relación inmediata con la madre. Sin embargo, esta relación no es dual; no envuelve solamente a la madre y al hijo, ya que hay tres elementos presentes: la madre, el hijo y el objeto del deseo de la madre, que Lacan denominó “el falo”; como puede verse, el autor proporciona, en cierta medida, una ruptura de la “visión patriarcal”.

El niño podrá dejar el universo materno para ocupar un sitio en el universo más amplio del mundo simbólico: *“El objeto imaginario debe asumir el valor de un don, y la época crucial del complejo de Edipo está dedicada a establecer esta nueva significación”* (Leader y Groves, 1995:77). El falo será el objeto prometido al niño para su uso futuro; se transformará en el objeto de un “pacto”; esta promesa supone, desde luego, que lo que se devolverá al futuro ha sido previamente sustraído. *“Asumir una posición sexual implica una pérdida o sustracción inicial”* (Ibidem).

En los términos de Lacan, el neurótico quiere ser el falo de la madre: *“el niño busca algún objeto pero es un objeto perdido, ya que la intervención del padre en el complejo de Edipo le impide al niño equipararse al objeto de la demanda materna”* (Leader y Groves, 1995:90). Dicha intervención distancia al niño de la madre, *“le posibilita abandonar el universo de ésta y sitúa al falo como algo perdido para siempre, inalcanzable”* (Ibidem). Le dice “No” tanto al niño como a la madre.

Siguiendo la misma línea, según la teoría freudiana, *“el niño tiene ventaja con respecto a la niña debido a su anatomía, ya que el pene le permite reconocer su diferencia con respecto a la madre, porque le garantiza que algún día podrá unirse con un sustituto de ella”* (Amorós, 2000:228). Al mismo tiempo su origen está garantizado por estar hecho a imagen de su padre y por llevar el nombre de éste.

Por lo que las relaciones padre/hijo y madre/hijo están ampliamente documentadas en el simbolismo cultural; *“la niña, por otra parte, no tiene ningún modo de representarse su relación con su origen materno y la ausencia de símbolos culturales que podrían ayudarla a ello son la causa real, de las dudas de identidad en la niña, así como de su narcisismo y melancolía”* (Ibidem).

Sintetizando, Lacan plantea que el Complejo de Edipo funciona como estructurante al plano simbólico, en el cual, el niño es el objeto del deseo de la madre y/o padre. Sin embargo, debido a la ley de prohibición del incesto, este idilio es destruido y se genera entonces una identificación con el padre del mismo sexo, que favorece la formación del superyó a través de la introyección como mecanismo de defensa (mecanismo que seguirá funcionando en todo lo referente a la adquisición de género). Al respecto, Françoise Dolto comenta:

Los valores vienen de los placeres y penas que modulan ese lazo de afecto para el niño en su encuentro con los otros y que lo inician en los valores que el otro amado y el que lo ama le entrega. Estos valores que se modulan provienen, en el niño, de su confianza en quien tiene para él valor de representante fálico. El adulto es, para el niño, sin que éste lo sepa, la imagen futura de individuo que él tendrá cuando haya alcanzado su estatura plena, después del crecimiento; el adulto es grande, recto, fuerte, multipalpado y gratificante por todas las sensaciones de vitalización que aporta al niño y también por las percepciones que éste tiene de él...Se elaboran, así, escalas de valores en sus relaciones con el falo real y el falo simbólico, que está siempre formado por una línea imaginaria de este vínculo del niño con el otro adulto, modelo envidiado de él mismo. Los valores de placer para el niño chocan con los valores de displacer que sus

comportamientos provocan en el adulto. Todo lo que viene del niño sube hacia el adulto y todo lo que viene del adulto desciende hacia el niño. Ésta es la simbología fálica, aunada a los valores éticos y estéticos (Dolto, 1996/2001:267).

En lo que respecta a la niña, sólo se le pide socialmente que sea "prudente", es decir, que esté concentrada en ella misma, que sea absorbente de valores, de procesos, de comportamientos de cuerpos fálicos activos y pasivos de un entorno que le da valor ya en sí misma en la sociedad de las personas parentales cuyos cuerpos son como el suyo, "símbolos fálicos" (Dolto, 1996/2001).

Así mismo, al instaurarse la prohibición al incesto, e introyectar la legalidad y las normas sociales y por la tanto ya habiendo sido formado el superyó a partir del Yo por medio del establecimiento de límites, se introduce la convencionalidad, es decir, "lo que se espera de mí", no obstante, esta convencionalidad está relacionada con el ello.

A partir de la formación del modelo social, surgen las figuras del "Yo Ideal" y el "Ideal del Yo", donde por un lado el Yo *se adecua* a la norma social y a la vez *escapa* de ésta *imitando modelos*: "*El sujeto abandonó el Edipo provisto de un ideal del Yo, tipificante de la masculinidad y la feminidad*" (Lacan citado por Dio Bleichmar, 1985:58)

Al comienzo de la vida el niño está a merced de la madre; depende de ella en todos los sentidos y es incapaz entender las razones de su conducta, el niño siempre se formulará esta pregunta: *¿qué es lo que quiere?*

Siempre hay algo que está más allá del hijo, a lo que se dirige el deseo de la madre: El Fallo, definido por Dio Bleichmar de la siguiente manera: "Fallo equivale a un significante y a la capacidad humana de representar algo ausente, de pensar en forma abstracta y de crear significados"(Dio Bleichmar, 2002). Es decir el fallo no se encuentra representado en el plano anatómico, sino en el plano simbólico, es decir, el fallo significa poder, por lo que "*el fallo se convierte entonces en algo inalcanzable para el niño y que supera su capacidad de encarnarlo*" (Ibidem).

La niña puede abrigar la nostalgia de falo perdido o confiar en recibirlo de un hombre en el futuro. “*Lacan pone el tener del lado del hombre y el ser del lado de la mujer*” (Leader y Groves, 1995,:95). Ser el falo quiere decir, en este contexto, ser un significante. Para Lacan, se le restituye a la madre, junto con la función de dar la vida, el ser, la de dar el sentido del ser y la palabra.

Sin embargo, al tener un hijo, ese falo tan perseguido, no se traduce en una feminidad, sino que más bien es traducido en una maternidad:

La creación de un significante nuevo por la propia mujer no se visualiza como posible, ya que si bien se acepta que puede crear sin tener que hacer el esfuerzo de la sublimación, es decir dando a luz, parece que se trata de una creación fallida, ya que el significante nuevo que la hace aparecer no la representa como mujer, sino que le otorga existencia como madre (André citado por Dio Bleichmar, 2002).

Esta conclusión hace reaccionar a Dio Bleicmar, comentando algo que a mi parecer es fundamental para reflexionar sobre psicoanálisis y género:

¡Cuánto de mito tiene una teoría que pretende no ser falocéntrica y extiende el dominio del símbolo sexual al lenguaje en su totalidad! Sobre todo, cuando la localización del poder absoluto sólo se halla personificada por la madre, cuando se traslada a todas las madres del mundo la concepción de que se sienten completas y omnipotentes al tener un hijo, no dando lugar en la teoría a los millones de mujeres que lo único que desean es poder ser libres en la sexualidad sin el riesgo de un embarazo; y al menos constatar que, si efectivamente muchas mujeres sienten que su seguridad está en el dominio de un hijo, esto no es sino un efecto de su subordinación ancestral a un cierto orden social y cultural (Dio Bleichmar, 2002).

Así es como Lacan *eleva el falo a la categoría de paradigma del significante* ya que, como bien subraya, el falo en la teoría freudiana designa un inexistente: el pene materno. “*El significante y el falo son ambos completamente simbólicos*”

(nada tienen que ver con el mundo de las cosas que tienen designación) y ésta similitud conceptual se convertirá en una equivalencia, de manera que el orden del lenguaje (en su teoría) será equivalente al orden fálico” (Ibidem)..

De ahí que la única forma de *organizarse como sujeto* sería entrando en la lógica fálica, *masculinizándose* por la vía la “simulación” de la feminidad. Algo que sin duda tendrá consecuencias, tal como lo planteara Emilce Dio Bleichmar: “*De esta forma se aseguraría un aparato psíquico, con represión, Nombre del Padre e inconsciente, y sus correlatos obligados: histeria , frigidez, depresión crónica” (Ibidem).*

Lacan contribuye también de manera contundente a reubicar esta desigualdad en un terreno simbólico, y su concepción de la estructura edípica: “*sitúa a la madre como responsable de la locura y de las vertientes narcisistas de la cultura, exculpando y desdibujando el papel del padre quien sólo sufriría por tener que cargar con las insignias del poder” (Ibidem).*

Por lo que, para concluir sobre la teoría lacaniana es necesario anexar un comentario de Frida Saal:

Quisiéramos abrir una vía para pensar si no ha sido demasiado a la ligera cómo se ha pensado al hijo en el orden de la naturaleza; que cultura e hijo deben ser pensados en el orden del don, del intercambio simbólico, porque hombre y mujer deben compensar esa incompletud en la promesa, ese no ser el objeto del deseo del otro. En esta óptica, pene e hijo serían los objetos con los que se indemniza al otro por una promesa no cumplida (Saal, 1998:25).

Entonces, la mujer con una hija, puede establecer eso que parece un vínculo de eterna dominación, la cual puede establecerse mediante la futura maternidad de la hija, que se traduce en una promesa de trascendencia y de poder.

Puede concluirse que, los elementos de la teoría de Lacan respecto a una descripción simbólica de la maternidad sustentan la forma en que ocurre una estructuración muy diferente y compleja con respecto al proceso de la masculinidad.

5.5. Françoise Dolto

Es innegable la aportación de Freud al plantear su teoría sobre el complejo de Edipo, sin embargo, podemos darnos cuenta de que las aportaciones de sus seguidores, los psicoanalistas, son cada vez más interesantes, enriqueciendo ésta teoría con posturas complementarias que nos llevan a comprender mejor su influencia en la estructura psíquica del individuo.

Ahora quiero comentar acerca de algunos planteamientos que elabora Françoise Dolto, seguidora de Lacan, en sus estudios respecto del complejo de Edipo, enfatizando en su obra "Sexualidad Femenina", estos procesos en la niña, así como sus repercusiones en la sexualidad femenina y por lo tanto en la maternidad:

La autora plantea que la renuncia a la seducción de su padre, pondrá la niña en el circuito de las interrelaciones sociales (identificaciones, introyecciones y proyecciones) que más tarde se darán fuera del entorno familiar, algo que producirá la relativización de los valores éticos recibidos de las relaciones exclusivamente familiares.

¿Cómo se da esto? Por medio de las actitudes inconscientes de la madre y del padre, así como declaraciones conscientes que, *"desde la primera infancia hasta la edad de la palabra, a medida que la niña las oye, producen su fruto simbólico en la manera en que se construye una imagen de sí misma, dotada de narcisismo o no en su persona y en su sexo"* (Dolto, 1996/2001:170). La niña tendrá entonces concepciones sobre su feminidad y de su sexo, en acuerdo o en desacuerdo con el placer o displacer de su madre o de su padre, así como de las sensaciones que

le brinda su propio cuerpo: "*Si la madre tiene narcisismo de ser mujer y se siente feliz de tener una hija, todo se encuentra en perfecto orden para la niña, para que ella misma catectice su feminidad y su sexo de manera positiva*" (Ibidem). Cuando la niña (al igual que el niño), puede expresar sus emociones y comunicarse con los demás, lo hace a partir de su sentimiento de ser valorada por las personas del entorno; éste valor se le entrega en el curso de su infancia de una manera totalmente inconsciente, tanto para los padres como para ella misma.

Una hija es, por lo tanto, puramente un ser humano hembra; su feminidad le es otorgada como valor en el lenguaje (verbal o no verbal): "*Con este medio humano, la niña tiene contactos corporales que toman un sentido de armonía o desarmonía afectiva e ideativa en su relación con los otros, según las declaraciones y las reacciones de los otros*" (Ibidem). Se produce entonces una introyección y la noción de su feminidad se establece por medio de valores simbólicos positivos que ella ha recibido de otros, concernientes a su persona, su cuerpo, su aspecto, o su comportamiento. A partir de este proceso de introyección, según la autora, se pueden distinguir varias etapas:

En las dos primeras etapas se comunica a la niña con palabras las raíces de su vida simbólica: "*la noción de sujeto, su primer nombre real aunque también se le aplique un sobrenombre, y la noción de su filiación*" (Dolto, 1996/2001:172). En la tercera etapa la niña oye hablar de ella al mismo tiempo que se le da su valor de hija. La función fálica de la libido significa que "*todo lo que tiene valor ético y estético da lugar a intercambios de percepciones entre la madre y la niña: bien, mal, bonito, feo, bello, fuerte, débil, bueno, malo*" (Ibidem). Entonces desde pequeña, la niña tendrá comportamientos en función de una "*noción intuitiva*" de que ella quiere actuar como su mamá, puesto que eso es lo correcto, y lo que se espera de ella.

Se aprecia entonces que la importancia de las palabras oídas por la niña en boca de las personas que le rodean, así como el ejemplo recibido de las mujeres en su

comportamiento maternal puedan actuar sobre su ética genital e influyen en la evolución total de su genitalidad, aunque haya pasado por la resolución edípica:

Basta con oír cómo ciertas mujeres desprecian a las prostitutas, no porque hacen de la actividad sexual un oficio en coitos poco satisfactorios para ellas, como no sea en el plano económico, sino porque, para ellas, para las mujeres que se llaman serias, las prostitutas o mujeres a las que, a su parecer, "les gusta eso" y no está bien que "a una le guste eso", no es bonito. En cuanto lo que se oye decir sobre las actitudes maternas, no es raro que las mujeres se rotulen con orgullo más como madres que como mujeres y esto quiere decir que, a partir del momento en que la vida les ha dado hijos que cuidar, catectizan sobre ellos su libido raptora, oral y anal, y, sin saberlo, su libido genital incestuosa, remanente del Edipo (Dolto, 1996/2001:264).

Entonces, la estructuración de la personalidad femenina se hace por el *proceso de identificación fálica* con los comportamientos activos o pasivos de la madre y por el proceso conexo de introyección de ésta, lo cual permite que los *deseos sentidos por la madre* se transformen *también en deseos de la niña*. Por lo que, según la autora, puede deducirse que en el proceso de identificación, de introyección y de rechazo, actuarán los siguientes elementos, que aparecen con frecuencia en el psicoanálisis: *"la naturaleza del niño; sus posibilidades espontáneas topológicas de lograr la identificación y la introyección de las conductas, de las atracciones y de los rechazos de la persona elegida; y las posibilidades que le permite la persona educadora"* (Dolto, 1996/2001:113). Actuarán también las actitudes maternas o no de la educadora y las características culturales del medio social cuyo representante es el padre por medio de las pautas que establece, así como su forma de relacionarse con su mujer e hijos, *"explícita o implícitamente, por la modalidad patriarcal inducida por su nombre, dado a los miembros de la familia"* (Ibidem).

Según Dolto, en la pubertad, la tensión constante que provocan las menstruaciones, la vitalidad cíclica de sus vías genitales y la apariencia fálica de

su pecho suscitan en la niña su conciencia de volverse mujer, y de ello derivan la rivalidad con las otras mujeres y también la complicidad auxiliar con ellas frente a los hombres. Se da también cierta sensibilidad a la aproximación y a la atención de los hombres; *"debido a que se sabe que su genitalidad es mediadora en el acceso al cuerpo del hombre, se percibe atormentada y disponible al amor y sabe también que su genitalidad es lo que la destina a la maternidad"* (Dolto, 1996/2001:209).

El hombre, según Dolto, es referido a los valores fálicos de la diferencia de los sexos descubierto en la primera infancia de la niña. El deseo de interesar a los portadores de falo, o sea, a los hombres, es producto de la identificación con la madre. Entonces, en el cuerpo a cuerpo y en el deseo que su sexo tiene del sexo del hombre, se encontrará la promesa de su fecundidad: *"ese niño que, cuando nazca, será el símbolo del falo simbólico, unión encarnada de su doble deseo de progenitores"* (Dolto, 1996/2001:235).

Por lo que el criterio inconsciente de acercamiento al ser elegido y de su búsqueda parece ser siempre el de la fertilidad esperada: *"cuando hombres y mujeres se encuentran, siempre está implicado inconscientemente, si no querido conscientemente, un fruto"* (Dolto, 1996/2001:70). Entonces la mujer sitúa en su vientre el lugar de llamada hacia el hombre que ama y de quien desea consciente o inconscientemente ser fecundada, evitándolo o deseándolo: *"Esta fecundidad tiene sentido metafórico de modificación creadora de su ser entero y con esta profundidad de su deseo toma un sentido verdaderamente genital en la abertura de su sexo la llamada al encuentro penetrante del sexo masculino"* (Dolto, 1996/2001:286).

La opción genital de la mujer es por lo tanto en función del falo, trayendo como consecuencia una fertilidad deseada como poder recibido de un representante fálico, que puede ser personal o social. Por lo que, *"la gestación y luego la maternidad aportan al cuerpo de la mujer el peligro o la seguridad de la*

identificación genital con su madre, con una modificación radical de su psicología yoica, descentrada de su cuerpo sobre el del niño" (Dolto, 1996/2001:165).

Para Dolto, la madre es una matriz viviente que sabe cómo, por quién y para quien esta vida que ella gesta tiene un sentido que va a manifestarse por medio de su hijo: *"Un niño es una vida y una vida encarnada es una palabra desconocida, verdadera, viviente, envuelta en carne. Cualquiera que sea la actitud consciente de la gestante, espera por su comportamiento somático respecto de su fruto la aceptación auténtica de su condición genital, júbilo o rechazo, aquella experimenta siempre, aunque la silencie" (Dolto, 1996/2001:148).* Por lo que, gestar es *"manifestar mediante un acto corporal sexual su sumisión pasiva condicionante, su aceptación condicionada activamente o la donación incondicionada de sí a las leyes de la creación" (Ibidem).*

Por lo que, en conclusión, para Dolto, la vida de la mujer, transcurre en medio de una búsqueda de *conquista fálica*, así como de los sentimientos que derivan de poseerla o perderla para seguirla deseando, algo que según la autora, ocurrirá hasta la vejez:

No es seguro que, sin educación sexual genital de los varones y las mujeres, la mayor libertad concedida a éstas para dejar de ser víctimas de los hombres que las hacían madres antes de que se conocieran todavía como mujeres cambie éste cuadro social. Lo deseo vivamente, pero temo que lo que hoy se llaman hijos deseados, es decir, aquellos a los que se dejará nacer sean únicamente niños que responden a una necesidad para mujeres que se aburren o que tienen necesidad de esta confirmación fálica (Dolto, 1996/2001:310).

El sexo o sexualidad que la mujer asume desde su infancia sin solución de continuidad, y que, según la autora es una fuente permanente de emociones incondicionadas, está determinado por la maternidad, por lo que queda tan fuera de proporción entre las emociones que promete y las que realmente proporciona, que *"las madres confunden inocentemente, en la revelación que hacen del uso*

matricial del sexo, la víscera útero y la víscera corazón, tanto más honorable, quizá, pero quizá también tanto más inverosímil" (Dolto, 1996/2001:316).

Por lo que Dolto nos lleva a entender la maternidad como una necesidad de trascendencia en la mujer a partir de la concepción del hijo como un símbolo del ser y del poder que no ha podido obtener a lo largo de su vida; por lo tanto éste constituye un determinante de sus elecciones.

Dolto aporta entonces, a partir del complejo de Edipo, como un proceso inconsciente y subjetivo, la posibilidad de elaborar contextos sociales en la búsqueda de la mujer por trascender en su mundo, por lo que nos abre el camino para buscar y discutir los nexos entre género y psicoanálisis, en el marco del orden social.

5.6. Carl Jung

En éste sentido al tratar sobre *la estructura inconsciente y su relación con el orden social*, la teoría de Carl Gustav Jung, explora lo concerniente al inconsciente colectivo y los arquetipos, de entre los que destaca la figura de la Madre como uno de los fundamentales.

Aunque Jung ya era un profesional de la psiquiatría antes de conocer a Freud, las teorías de este último ejercieron la influencia más poderosa en su pensamiento. El concepto de Jung sobre el inconsciente personal es similar al del inconsciente de la teoría psicoanalítica: *"El inconsciente personal está compuesto de recuerdos ya olvidados, experiencias reprimidas y percepciones subliminales"* (Dicaprio, 1989:86). Jung también formuló el concepto del inconsciente colectivo, conocido también como inconsciente impersonal o transpersonal. Este concepto es tal vez su mayor distanciamiento de Freud, así como su principal contribución a la psicología.

A este respecto, Didier Dumas comenta: "*Esquemáticamente yo diría que Freud no podía aceptar el inconsciente colectivo propuesto por Jung en la medida en que no había previamente definido lo que puede ser el consciente colectivo*" (Dumas citado por Van Eersel y Maillard, 2004:129). Sin embargo, es factible de análisis la estructura del superyó como parte de una psique colectiva.

Para Freud el inconsciente no está construido más que de vivencias olvidadas de nuestra tierna infancia. Sin embargo, coincidiendo con Jung, otros autores como Nicolás Abraham, opinan que también se trata de vivencias olvidadas pero éstas pueden tener que ver con nuestros padres o los ascendentes más alejados, varias generaciones de nosotros.

El *inconsciente colectivo* está constituido por formas de pensamientos latentes que son heredados por cada individuo. Estas formas de pensamiento son arquetipos, es decir, predisposiciones de tener ciertas experiencias: "*El inconsciente transgeneracional descansa sobre estructuras mentales a la vez individuales y colectivas. Nuestro espíritu se construye en relación con el otro (iniciando con la madre y el padre)*" (Didier Dumas citado por Van Eersel y Maillard, 2004:128).

Los *arquetipos*, son formas que no tienen contenido propio, que sirven para organizar o canalizar el material psicológico; también llamados imágenes primordiales, los arquetipos con frecuencia corresponden a temas mitológicos que vuelven a aparecer en los cuentos populares y leyendas de distintas épocas y culturas: "*se podría decir que los arquetipos, cuya morada nadie conoce, constituyen toda una serie de instrucciones psíquicas que atraviesan el tiempo y el espacio y ofrecen su sabiduría a cada nueva generación*" (Pinkola Estés, 1995/2003:531)

Los mismos temas se pueden encontrar en los sueños y fantasías de muchos individuos. Según dice Jung, "*los arquetipos como elementos estructurales de formación en el inconsciente, dan origen tanto las vidas fantásticas del individuo*

como a las mitologías de un pueblo” (Dicaprio, 1989:89). Tienden a aparecer como regularidades precisas. Como tipos repetitivos de situaciones y figuras: *“Las situaciones arquetípicas incluyen “la búsqueda del héroe”, “el viaje en el mar nocturno” y “la batalla por liberarse de la madre”. Las figuras arquetípicas incluyen al niño divino, el doble, el anciano sabio y la madre primordial”* (Ibidem).

La historia de Edipo es una buena ilustración de un arquetipo. Es un motivo mitológico y psicológico, una situación arquetípica que se ocupa de las relaciones del hijo con sus padres. Obviamente, hay muchas otras situaciones afines, tales como las relaciones de la hija con sus padres, de los padres con los hijos, relaciones entre marido y mujer, hermanos, hermanas, etc.

Es posible asociar una gran variedad de símbolos con un determinado arquetipo. El arquetipo de madre abarca no solamente la madre real de cada individuo, sino también a todas las figuras de madres. Esto incluye a la mujer en general, las imágenes míticas de las mujeres (tales como Venus, la virgen María, la madre naturaleza, etc.) y los símbolos de apoyo como la Iglesia y el Paraíso. *“El arquetipo de la madre incluye no solamente rasgos positivos, sino también negativos como la madre que amenaza o que es autoritaria e iracunda. En la Edad Media, por ejemplo, este aspecto del arquetipo estaba cristalizado en la imagen de la bruja”* (Dicaprio, 1989:91).

Esas imágenes no se basan en nuestras experiencias personales de la vida, aunque son activadas por ellas; se establecen universalmente. Otros seres humanos, con experiencias de la vida completamente diferentes en otras épocas y lugares, han tenido imágenes semejantes: *“Exactamente como la mente es limitada por las entradas sensoriales, así también la estructura de la psique afectará los tipos de experiencia de que somos capaces”* (Ibidem). Un arquetipo es una imagen real, una forma de pensamiento universal más que una imagen que se ajusta a una persona o evento específico. Para enfrentarse adecuadamente a la gente y los acontecimientos, nuestras imágenes arquetípicas deben ser

modificadas para que correspondan con la naturaleza de esos acontecimientos y personas.

Como hemos notado, Jung veía los arquetipos como predisposiciones de tener ciertas experiencias. Los arquetipos no tienen una experiencia concreta. *“Uno no puede tener experiencias para las que no hay potencialidad: el aprendizaje depende de potenciales preexistentes. Incluso cuando las estructuras están presentes, las experiencias reales necesitan dar una forma concreta a la predisposición”* (Dicaprio, 1989:92). El arquetipo de madre requiere una experiencia verdadera de madre para tomar una forma definitiva.

Jung sostenía que nacemos con tendencias a tener ciertas experiencias, él creía que las experiencias humanas significativas, a menudo repetidas, crean disposiciones a tener imágenes de esas experiencias y que esas disposiciones son heredadas. Por tanto, la mente está limitada por su propia estructura en el número de experiencias que puede tener. Heredamos ciertas imágenes latentes que se activarán, o acelerarán, cuando nos encontramos experiencias reales. Por ejemplo, pensar en la madre perfecta: sólo hay un número limitado de imágenes que corresponden a la madre (protectora, guía espiritual, tierna, abnegada, etc.). El que una u otra se vuelva imagen dominante y así mismo se active depende de las experiencias reales.

El inconsciente colectivo contiene imágenes latentes de situaciones humanas típicas (muerte, nacimiento, feminidad, masculinidad, crecimiento) y de figuras significativas (Dios, el demonio, la madre, el anciano sabio). ¿Cómo se originan esas imágenes y esos conceptos? Seguramente dependen de las experiencias fomentadas por la cultura específica de la persona. En lo que respecta las experiencias de género, al hablar de inconsciente colectivo (inclusive del consciente colectivo) se emplearía este término para definir:

La estructura interna que compartimos la mayoría de las mujeres y los varones de la misma comunidad, todos aquellos que pertenecemos a una misma cultura; esa estructura, cuya función es la de canalizar nuestras energías y moldear nuestra conducta, nuestras respuestas a los planteamientos de todo el grupo, de la sociedad, de tal manera que así pueda ésta seguir funcionando (Pérez Duarte y Noroña, 1998:413).

Por lo que según la teoría junguiana, el complejo de Edipo, y posteriormente la introyección de la maternidad, son consecuencia de figuras arquetípicas que forman parte de un inconsciente colectivo, lo cual explica también la visión de la maternidad como un fenómeno social.

La teoría de Jung, en principio puede parecer mística y por lo tanto sin fundamentos para ubicarla dentro de contextos reales, sin embargo, tiene un lugar importante respecto a *la maternidad como fenómeno social*, ya que como se había mencionado en apartados anteriores, la maternidad se ha introyectado a tal grado que se considera “natural” por no tener un origen recordado o conocido, ¿no se le puede considerar entonces como parte de un inconsciente colectivo en base a los antecedentes históricos ya revisados? ¿Será el hecho de que la madre se constituye en un arquetipo, el que preserve la vigencia de este rol en la vida social?. Lo cierto es que, como lo comentara Sergio López Ramos, “*a pesar del carácter biológico de la conformación de una cultura, hay elementos de tipo simbólico que se mantienen y perduran, que se construyen en la cultura que no es dominada en términos absolutos lo que permite el desarrollo de la conciencia del individuo*” (López Ramos, 2000:9). La madre entonces, resultaría la portadora y la vía por la cual la cultura es introyectada en ambos sexos.

5.7. Karen Horney

Siguiendo la línea de las teorías psicoanalíticas orientadas hacia lo social, es destacable también la aportación de Karen Horney que mencionaré a continuación a grandes rasgos:

Horney pone en tela de juicio todas las teorías acerca de la feminidad, incluida la freudiana, por haber sido concebidas desde un punto de vista absolutamente androcéntrico. De tal modo que *“lo que hasta ahora se había considerado como “psicología de la mujer” desde la posición de ventaja de los varones no es más que una proyección de los desengaños de éstos”* (Amorós, 2000:218). Las mujeres, afirma Horney, se han adaptado a los deseos de los varones y han creído ver en ello su verdadera naturaleza. Horney se pregunta hasta qué punto ha estado el psicoanálisis centrado en un punto de vista masculino y hasta qué punto es correcto lo que se afirma de la sexualidad femenina.

Horney constata que al analizar la diferencia genital no se ha tenido en cuenta la diferencia en las funciones de la reproducción. *“Si la maternidad puede representar una desventaja desde el punto de vista social, desde el punto de vista biológico la capacidad de la mujer, su superioridad fisiológica es incuestionable”* (Ibidem). Lo cual me remite al apartado en donde traté acerca del matriarcado, en el que la mujer contaba con un predominio social a partir del desconocimiento de la función paterna en la reproducción, así como la percepción de una madre omnipotente y creadora de vida.

La autora afirma que en el inconsciente masculino se refleja la envidia de la maternidad, llegando a esta conclusión a partir de los análisis de varones, y afirma también que la envidia masculina es más susceptible de ser sublimada que la envidia del pene por parte de la niña: *“¿Acaso la tremenda fuerza con que aparece en los hombres el impulso a la actividad creadora en todos los ámbitos no nacerá precisamente de su conciencia de desempeñar una parte relativamente pequeña la creación de los seres vivos, que constantemente les empujaría a una sobrecompensación con otros logros?”* (Horney citada por Amorós, 2000:218).

Según Karen Horney no se trata de buscar motivos biológicos sino culturales. *“Es evidente que hay factores culturales engendran actitudes masoquistas en las*

mujeres: el estado de dependencia que sufre, el énfasis que se pone en la supuesta debilidad e inferioridad femeninas y la ideología que sostiene que la vida de la mujer sólo tiene significado a través de otras personas: familia, marido, hijos” (Amorós, 2000:219).

Para las mujeres sus relaciones con el marido y los hijos constituyen la única fuente de felicidad y de seguridad. Y *“realmente las limitadas esperanzas que ponen las mujeres en el amor explican hasta cierto punto el descontento de ser mujer, y el sentimiento de inseguridad e inferioridad que Freud atribuye a la envidia del pene” (Ibidem).*

Es así como Horney pone de manifiesto lo que muchas feministas han defendido: no la búsqueda de la igualdad, sino un respeto de la diferencia, es decir la valoración de la capacidad biológica de la reproducción y su contribución al desarrollo social y cultural de la humanidad.

Retomando una vez más todo lo revisado anteriormente llegamos a entender que el psicoanálisis nos revela una forma de entender la construcción de la feminidad así como de la masculinidad, a través del complejo de Edipo; no obstante, éste ha tenido diversas interpretaciones a lo largo del tiempo, debido a la necesidad de diferentes autores en diferentes épocas de esclarecer los conceptos freudianos.

Al establecerse los parámetros de lo masculino y lo femenino, la sociedad busca el que se sigan al pie de la letra. Me refiero al establecimiento de una superioridad masculina y la suposición de una pasividad femenina, que buscará su lugar dentro del marco social a través de roles que le permitan alcanzar el estatus que no tiene.

Un ejemplo de esto, lo encontramos en la capacidad reproductiva, ya que se simboliza la función social de las mujeres de manera uniforme.

5.8. Marie Langer

Como ya se mencionó, la mujer no pasa de largo todos estos procesos, sino que la ansiedad ante la presión psicológica y social, se llega a traducir en trastornos, algo de lo que Marie Langer en su libro *Maternidad y Sexo* trata de una forma por demás interesante en su planteamiento sobre la tendencia actual de dejar atrás la histeria debido a los cambios en los parámetros sexuales y tornarse a los trastornos de las funciones reproductivas (ver el apartado sobre visiones históricas). Christiane Olivier comenta: “*Al evolucionar la sociedad sin cambiar radicalmente, las prohibiciones se desplazan, y también los síntomas: ya no estamos en la época de la gran crisis de histeria, sino de la discreta conversión psicosomática*”. (Olivier, 1987:223)

Ahora, para comprender mejor a qué se refiere la autora con los trastornos de la mujer en sus funciones reproductivas, Langer también se dirige hacia los fundamentos de la teoría psicoanalítica, ofreciendo una postura más sobre el complejo de Edipo, pero esta vez con la intención de explicar la maternidad desde esta visión.

Langer plantea que la niña debe sobrellevar *tres cambios* importantes en su *estructura libidinosa* para cumplir un desarrollo normal: “*Debe abandonar a su madre por su padre, desplazar la mayor parte de la excitabilidad del clítoris hacia la vagina y transformar sus fines sexuales activos en pasivos*” (Langer, 1964:38). Las vivencias de la primera infancia durante las fases preedípicas son de suma importancia para alcanzar satisfactoriamente estos cambios.

A este respecto, la autora también nos habla de la existencia de un deseo extraño durante las primeras etapas de desarrollo: “*el de fecundar a la madre y ser fecundada por ella, el de darle un niño o recibirlo*” (Ibidem). Extraño, claro está, para nuestra conciencia de adultos, puesto que recordemos que la niña aún no se da cuenta de su postura anatómica, ni ha cambiado de objeto, sin embargo, la

forma en que este deseo surge, se desarrolla, y es finalmente abandonado es importante, precisamente para el problema de comprender las causas de los diversos trastornos de las funciones procreativas femeninas.

“Poco a poco la niña comprueba que a su madre le falta también el órgano tan apreciado. Percibe que no existe la posibilidad de una satisfacción física entre ella y la madre. Entonces empieza a despreciarla y a inclinarse hacia el padre, primeramente con la esperanza de que el le dará un pene, y después, que obtendrá un hijo de él” (Langer,1964:39). Si en sus juegos con las muñecas desempeñaba antes los papeles de madre e hija, ahora desempeña los de la mujer del padre, que tiene hijos con él.

La niña experimenta, pues, dos veces, *durante su desarrollo sexual infantil, la falta de un órgano apropiado*, por lo que la autora cita a Helene Deutsch quien denominó a ésta doble falta como *“trauma genital”*, responsable, según Deutsch en lugar de la envidia del pene, *“de los trastornos posteriores neuróticos en la mujer”* (Deutsch citada por Langer, 1964:43). Estos trastornos van desde dismenorrea, amenorrea, fobia a la desfloración, frigidez, trastornos de la fecundación, esterilidad, problemas psicológicos durante el embarazo, parto y lactancia, etc.

El complejo de castración entonces es la razón por la que la mujer posteriormente desea tanto el tener un hijo, según Langer, porque esto significa recuperar a su propia madre y también porque le permite identificarse con ella. También anhela un hijo para comprobar su propia fertilidad: *“el deseo de un hijo puede corresponder a su deseo infantil de regalar un niño a su padre. El feto puede representar para su inconsciente un pene anhelado”* (Langer, 1964:186).

Posteriormente, una vez que la mujer está embarazada, se desarrollan también procesos psicológicos de mucha importancia: La mujer embarazada necesita amparo y protección, porque sufre una regresión parcial: *“su estado despierta sus*

angustias tempranas y principalmente las ligadas a la relación con su madre: a menudo la teme porque siente al niño como robado a ella” (Langer, 1964:195).

En otros casos se puede observar la conducta contraria, de gran apego y sometimiento a la madre: *“Además el feto representa para el inconsciente de la mujer embarazada a su propia madre y especialmente a su superyó materno, y así su relación ambivalente con la madre es revivida con su hijo futuro” (Langer, 1964:182).* Pero, según la autora pudo observar, el feto puede adquirir otras representaciones más para la mujer; siendo la más frecuente la de algo robado a la madre que puede ser tanto un hijo que pertenece a ella, como el pene del padre que lleva dentro.

La interacción entre factores económicos y afectivos, llevan a la mujer a una repetición de su situación infantil. Durante el embarazo y parto repite especialmente su relación primitiva con su propia madre; este hecho ha sido observado a fondo en tratamientos psicoanalíticos. *“Helene Deutsch lo interpreta como consecuencia de una doble identificación. La mujer encinta se identifica con el feto, reviviendo así su propia vida intrauterina” (Langer, 1964:182).*

A través del análisis, Marie Langer llegó a la conclusión de que *una vez llegado el hijo a sus vidas, en la mayoría de los casos, las mujeres repiten, sin querer y sin darse cuenta frente al hijo lo que sufrieron de niñas por parte de su propia madre: “todo lo que parece hostil y no maternal en ellas proviene de sus propias frustraciones infantiles, que fijaron en una actitud inmadura e inadecuada a su papel de madres” (Langer, 1964:65).* Lo que deriva de la cantidad de emociones y la interpretación que puede hacer la madre de ellas, las cuales dependen de una dinámica desde lo familiar hasta lo sociocultural.

Los planteamientos de Langer me parecen muy importantes debido a que establece precisamente la maternidad como una problemática respecto a lo psicológico en la mujer de la sociedad actual, y una vez más nos encontramos

ante una aportación a la teoría que nos muestra como todos los planteamientos clásicos que en principio parecen de cierta forma inverosímiles se transforman en una realidad que puede manifestarse de diversas formas.

5.9. Emilce Dio Bleichmar

Habiendo hecho esta revisión con diversos puntos de vista que buscan explicar tanto la psicología femenina como el fenómeno de la maternidad en sus implicaciones psicoanalíticas, quisiera incluir en este apartado algunos comentarios de Emilce Dio Bleichmar respecto a este tema y su relación con la categoría de Género.

Dio Bleichmar afirma que el núcleo de la identidad de género se establece antes de la etapa fálica, *“lo que no quiere decir que la angustia de castración o la envidia al pene no intervengan en la del identidad del género, sino que lo hacen una vez estructurada tal identidad”* (Dio Bleichmar, 1985:59).

O sea, que en la etapa preedípica se organiza un ideal del género, un prototipo, al cual se toma como modelo, y el Yo tiende a conformarse de acuerdo a ese modelo. Ahora bien, todo ese proceso se realiza en un contexto prevalentemente ajeno al conflicto edípico, *“aún cuando conflictos de otro tipo pueden estar presentes. El niño busca ser el preferido de cada uno de los padres, él los ha “elegido” para que lo amen, y a estos objetos poderosos e ideales el niño se identifica”* (Dio Bleichmar, 1985:52).

También comenta que la madre, en su calidad de objeto múltiple (libidinal, narcisizante, anaclítico), es el mayor blanco de la identificación del niño ya sea varón o mujer; el poder de la madre como modelo radica en su calidad de adulto: *“el niño no parece, en el periodo de indiferenciación y simbiosis, rechazar identificaciones o comportamientos de rol materno, aunque éstos no coincidan con su género”* (Dio Bleichmar, 1985:53). La madre constituye tanto para el varón

como para la niña, un ideal temprano de género, razón por la cual el desarrollo psicosexual es más complicado para el varón que para la niña, en lo que atañe al género.

Aparte de lo anterior, Dio Bleichmar, afirma que la masculinización del pene y/o feminización de la vagina es también central para una organización del género, ya que constituye un *investimento de valoración narcisista del género*. Casi veinte años después de hacer esta afirmación, Dio Bleichmar, llega a la conclusión de que la madre es una figura desexualizada en la cultura; *“no obstante, la teoría la identifica como seductora del niño y responsable de la implantación de la sexualidad en el infante”* (Dio Bleichmar, 2002). Lo que puede traducirse en el hecho de que en ese lapso de tiempo, la autora pudo llegar a la conclusión de que la teoría psicoanalítica está implicada más allá de referencias anatómicas, por lo tanto, la figura de la madre como objeto de deseo juega un papel importante en la construcción del género, tal como lo señalara Dolto.

Algo que le inquieta en el sentido de que entonces el hombre queda por fuera de los circuitos de la sexualización de los hijos/as, que en consecuencia, deja un vacío teórico para *“comprender su frecuente papel como transgresor de la ley del incesto y su falta de asunción de responsabilidad en el modelo sexual que brinda a su descendencia, con el socialmente legitimado ejercicio de la doble y ambigua moral sexual”* (Dio Bleichmar, 2002).

“El género”, entonces, es una construcción de amplia complejidad, la cual es una representación del sistema narcisista yo ideal-ideal de yo, que va a involucrar varios elementos como son la atribución, la identidad y el papel. Debido a ello es que *“las niñas al identificarse como mujeres se perciben como similares a sus madres, poniendo así la experiencia del apego con el proceso de formación de la identidad”* (Gillian, citada por Morales, 1996:282).

Por lo que la masculinidad-feminidad es la expresión del género aceptado por la cultura y surge con el nacimiento de la envidia del pene, y no secundario a ésta: *"en el caso de la mujer, se acepta como positivo que tenga conductas de baja estimación social como la dependencia, pasividad y temor, que a su vez son consideradas como la expresión biológica del género"* (Morales, 1996:282).

Al analizar el modelo edípico, podemos sintetizar que el infante comienza en una unidad primordial, de la cual se va liberando gradualmente. El retorno a esa madre, invocada por el deseo edípico, deberá ser impedido por el padre, que en consecuencia representa la racionalidad: *"esta estructura polarizada de las diferencias entre los géneros sólo hace lugar a las alternativas de la unidad irracional y la autonomía nacional. En la estela de esta decisión, la imagen de la conexión femenina parece lo más peligroso, y la meta de la separación masculina, lo más racional"* (Benjamín, 1996: 225).

La polaridad genérica proveniente del conflicto edípico, no se limita entonces a la psique individual, en la que se expresa en términos de madre y padre: *"ésta polaridad, tiene su análogo en otros dualismos de larga data en la cultura occidental: racionalidad e irracionalidad, sujeto y objeto, autonomía y dependencia"* (Ibidem). Por lo que la oposición entre sujeto paterno y el objeto materno revela claramente una estructura genérica:

Es significativo que, en la representación cultural del dualismo, el aspecto genérico pase generalmente sin ser reconocido. Mientras que el psicoanálisis toma inadvertidamente el niño edípico como norma (es decir al varón como modelo del individuo), gran parte del pensamiento moderno pretende que expresa a un sujeto neutro, sin género y universal (Benjamín, 1996:226).

Lo que nos lleva a concluir, que no obstante que diferentes personajes desde hace más de un siglo han buscado una explicación al monstruo que es la feminidad, solamente cambian los enfoques, y vemos muy pocas modificaciones en el ejercicio de estos principios, lo que reduce todo a una cuestión de poder.

5.10. Gayle Rubin

Por esta razón, Gayle Rubin en su famoso artículo "El tráfico de mujeres" (1996), donde aporta diversas anotaciones sobre lo que ella denomina la "economía política del sexo", a partir de su visión antropológica, intenta explicar algunos aspectos sobre la teoría psicoanalítica que deben ser tomados en cuenta al revisarla desde una perspectiva de género.

De inicio, Rubin piensa que el psicoanálisis ha pasado de ser una teoría de los mecanismos de reproducción de las normas sexuales a ser simplemente uno de esos mecanismos. Por lo que señala como necesario explorar el "inconsciente psicoanalítico", es decir, el contexto en que cada una de estas teorías fueron elaboradas.

Al referirse a uno de los temas centrales de este apartado, es decir, al referirse al complejo de Edipo, la autora comenta que al salir de la fase edípica, el niño y la niña ya tienen una identidad de género organizada de acuerdo a las normas culturales vigentes: "*el complejo de Edipo es un aparato para la producción de personalidad sexual*" (Rubin, 1996:69).

Para Rubin, *el falo* es algo más que un rasgo que distingue los sexos: "*es la encarnación del status masculino, al cual acceden los hombres y que tiene ciertos derechos inherentes, entre ellos el derecho a una mujer*" (Rubin, 1996:72) por lo que entre las consecuencias de ello se encuentran la división vigente de los sexos, la identidad de género y más aún la concepción de la envidia del pene como significante de la mujer en la cultura.

Rubin señala la precisión con que coinciden Freud y Lévi-Strauss al plantear en los sistemas de parentesco una división de los sexos consecuente, algo a lo que contribuiría la fase edípica. Por lo que los sistemas de parentesco incluyen reglas que normarán la sexualidad y la crisis edípica que vendría siendo la asimilación

de esas reglas y tabúes: *"la heterosexualidad obligatoria es resultado del parentesco. La fase edípica constituye deseo heterosexual. El parentesco se basa en una diferencia radical entre los derechos de los hombres y los de las mujeres. El complejo de Edipo confiere al varón los derechos masculinos, y obliga a las mujeres a acomodarse a sus menores derechos"* (Rubin, 1996:78).

La autora señala que la teoría psicoanalítica de la feminidad se basa en un desarrollo femenino basado en el dolor y la humillación, por lo que para ella es difícil explicar cómo alguien puede disfrutar de ser mujer. Sin embargo, no puede negar que psicoanálisis contiene un conjunto de conceptos que es único para la comprensión de los hombres, las mujeres y la sexualidad, comentando al respecto que: *"es una teoría de la sexualidad en la sociedad humana. Y lo más importante, el psicoanálisis ofrece una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos son divididos y deformados, y de cómo los niños, andróginos y bisexuales, son transformados en niños y niñas. El psicoanálisis es una teoría feminista frustrada"* (Rubin, 1996:64).

Por lo que, respecto a la sexualidad y subjetividad femenina y su relación con la teoría psicoanalítica, puedo extraer las siguientes conclusiones:

- Los psicoanalistas, en cierta forma han planteado a la sexualidad femenina como subordinada y en construida en un primer momento sobre el modelo masculino, marcada por la envidia del pene y la supremacía del falo, organizador del discurso inconsciente. Por otra parte, ciertas "disidencias", generalmente voces femeninas, reivindican otra visión de la mujer.
- La doctrina psicoanalítica está, desde sus comienzos, marcada por la sexualidad, pulsión básica para Freud, la cual impregna nuestra vida desde sus inicios. Nuestra identidad está entonces marcada de algún modo por las pulsiones sexuales, lo cual se vive de manera diferente si se es mujer u hombre y respecto a la elaboración de la teoría, si quien escribe es hombre o mujer.

- Lo femenino es una representación cultural y social construida a partir de las imágenes y los roles impuestos a través de la historia, en los cuales la mujer es definida por estas cualidades llamadas innatas, lo cual influyó en la visión con la que Freud y sus seguidores elaboraron la teoría psicoanalítica.

Estos puntos pueden remitirnos directamente hacia la maternidad como problemática, ya que el establecimiento que el hombre ha hecho respecto a la sexualidad femenina influye su forma de vivirla y la necesidad de elegirla como una opción única para la trascendencia vital.

El inconsciente es bisexual, pero *"de alguna manera, los efectos de éste inconsciente se dan a conocer en los discursos, en los síntomas y en los sueños de las mujeres en análisis, muestran a menudo algo del orden de la "ley de la castración", así como fantasías, recuerdos, construcciones que están en relación con éste "fetichismo fantasma" que otorga libertad y poder"* (Delgueil, 1996:239).

En otros estudios, tal vez se podrán dejar ver otras envidias, otros deseos expresados por los hombres y que se relacionan con la capacidad de dar vida, de la maternidad: *"quizás las preguntas serán otras, cuando ellos, como lo auguran ciertas investigaciones, puedan vivir la gestación de un hijo"* (Ibidem).

Por lo tanto, el psicoanálisis mismo, al igual que otras teorías, debe ser a su vez relativizado y contextualizado desde el punto de vista de la historia y de la cultura en general para poder obtener una explicación parcial de las relaciones entre los géneros, ya que esta teoría es en buena medida, producto de la historia de éstas.

ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA: ANÁLISIS Y PRESENTACIÓN DE RESULTADOS:

A continuación presento algunas conclusiones acerca de la información que se ha presentado a lo largo de este trabajo y su relación con las entrevistas aplicadas como parte del dispositivo metodológico empleado para el mismo.

Como se ha visto, Masculino o Femenino es la primera diferenciación que nos hacemos al encontrarnos con otro ser humano, por lo tanto se van a determinar el uno en comparación con el otro. Se puntualizó que a través del tiempo se ha asociado a lo femenino con ciertas características, tales como la fragilidad, la tendencia al sufrimiento, la obediencia, la discreción, la dulzura, la delicadeza, la belleza, o la inocencia; las cuales se han consolidado y se resumen en una sola: la pasividad.

En correspondencia, lo masculino se va a asociar a un papel activo, colocando a esta dualidad en una oposición constante que va a ser atribuida a la naturaleza humana implícita en donde al hombre le corresponde desarrollarse en el ámbito público y a la mujer en el privado. Cuando se preguntó a las entrevistadas respecto a lo que significa para ellas ser mujer, las respuestas fueron encaminadas hacia características correspondientes a un concepto general, "S" respondió:

Yo digo que, pues algo muy bonito, porque yo no digo "me hubiera gustado ser hombre" porque los hombres son más libres, no tienen de que esconderse, bueno de que tener miedo, sin en cambio pues sí, una mujer corre más riesgo, más peligro y es lo mismo que un hombre, pero pues en sí estoy orgullosa de que, de llevar mi sexo, soy mujer...

La respuesta de "D" fue la siguiente:

Pues yo siempre me siento bien siendo mujer, siento que estoy satisfecha con lo que me tocó ser, porque hasta ahorita he disfrutado la vida de una mujer y creo que no me ha ido tan mal, no me puedo quejar.

Así mismo me encontré con respuestas que enfocaban lo femenino al puro desempeño de roles, por ejemplo la respuesta de "J" fue la siguiente:

Pues ser mujer es... (Silencio) Ja, ja, pues ser mujer es ya tener una responsabilidad grande tanto de mamá como de una estudiante, bueno para mí.

"A", también asocia lo femenino al desempeño de roles, y al mismo tiempo menciona el hecho de que al hombre también le corresponde el desempeño de ciertas actividades:

Cómo te explicaré? Ser mujer no es ni nada extraoficial, es algo normal a mi me toca una función que por ejemplo es ahorita estar embarazada, a mi esposo le toca otro tipo de funciones, entonces, pues yo me siento normal, no me emociona decir "soy mujer"

Cabe mencionar que además de relacionar lo femenino a sus roles o funciones, en las entrevistas se habla de un rol en específico: el de madre, lo cual implica una asociación inmediata entre lo femenino y la maternidad como parte de la identidad de género de las entrevistadas.

Las reglas del comportamiento femenino se establecen en función de la esfera corporal, la familia y las connotaciones morales, a través de las cuales se establece una imagen ideal de la feminidad. Por medio de esta imagen se construye la identidad de género, la cual tiende a percibirse a través de estereotipos.

La identidad como sabemos, resulta del descubrimiento de lo que somos, es la forma de vernos subjetivamente. Sin embargo ésta no se percibe de forma aislada sino que responde a los proyectos que el otro tenga sobre nosotros; por lo que entonces la identidad de género proviene de la identificación con la figura materna

propia, que es la transmisora de roles e ideologías, como se vio a lo largo de este trabajo

La identidad entonces determina, aunada al sistema social vigente los roles pertenecientes a lo femenino y masculino, así como las actividades que corresponden a éstos.

Puede observarse la transmisión de los roles de género en el hogar, mediante algo tan sencillo como lo son las actividades domésticas, aspecto en el cual, la mayoría de las entrevistadas manifestaron realizarlas junto con su madre y hermanas, ya que hermanos y padre desempeñaban sus actividades fuera del hogar, lo cual implica, el hecho de que la mujer está inmersa en el ámbito privado y el varón se desempeña en el público, generando una ideología que influirá en la manera de vivir ambos géneros, como ejemplo de ello, vemos la respuesta aportada por “S”, al explicar la repartición de actividades en su familia:

Para empezar, es entre mi mamá, mi hermana y yo, porque mis hermanos, pues no, se van a trabajar o a la escuela, nada más las mujeres....No sé, pues ellos hacen su trabajo y nosotros el nuestro en la casa

Una respuesta similar puede encontrarse en la entrevista realizada a “M” :

Pues mis hermanos, trabajaban todos y le daban el gasto a mamá y mis hermanas se repartían el quehacer entre ellas, el de la casa.

La respuesta de “J” fue la siguiente:

De hecho, no las repartíamos, porque uno de mis hermanos, el mayor, está casado, el otro trabaja, y nada más nos quedábamos mi mamá y yo y mi otro hermano, y mi hermano pues nada más tendía su cama si se levantaba tarde, pues es lo que hacía y se servía de desayunar, y yo y mi mamá hacíamos día en día el quehacer un día ella, un día yo, y así.

Los roles son aprendidos a través de la observación de acciones, la enseñanza directa, ya sea oral o escrita y otros medios tales como el discurso introyectado a nivel inconsciente. En consecuencia, los roles asociados con lo femenino se asignan en función de expectativas sociales en donde a través de estereotipos la mujer es destinada a realizar actividades de baja estimación social.

Al hablar de lo femenino no puede dejarse de lado lo corporal, ya que el cuerpo plantea diferentes tipos de problemas en la mujer, puesto que a través de la cultura, ésta percibe su cuerpo en función del otro.

Como se vio anteriormente, el cuerpo se va a relacionar con el espacio familiar, es decir, se ve y siente la condición corporal a través de ritos familiares, y posteriormente sociales estableciendo así en el propio cuerpo un “microcosmos” del cuerpo social.

A través de las entrevistas pueden verse reflejadas las características esenciales que se atribuyen a una familia en nuestro entorno cultural, tales como la unidad y el apoyo, la importancia de la virginidad y el matrimonio, como características afines con el concepto de mujer-madre. También puede verse la trascendencia de las reacciones de los miembros de ambas familias ante el embarazo, algo que se observa a través de las respuestas de “M” y de “D”:

Sentí que había defraudado a mis padres, porque ellos pensaban que iba yo a salir bien de mi casa, así que me iba yo a casar bien, como dicen llegar al altar virgen y cuando hice, tuve relaciones sentí en momentos emoción porque quiero a mi pareja y él me quiere a mí, y después fue cómo defraudar a mis papás, y ya nada más fue lo que sentí.

Bueno; he recibido durante mi embarazo mucho apoyo de ellos, de mi esposo igual, y pues creo que ahorita más que nunca me están dando ese apoyo, mas ahorita que me siento un poco débil, y no se, extraña por lo de la bebé y los dolores y todo eso. Entonces he recibido el apoyo suficiente de ellos.

La objetivación o cosificación del cuerpo, posteriormente se transforma en una subjetividad a través de la cual la mujer desarrolla una personalidad dedicada a nutrir, comprender, proteger y sostener a otros, es decir, se establece una unión prácticamente imperceptible entre la experiencia sexual y la reproductiva, percibiendo el rol de la maternidad a través de la naturalidad del cuerpo.

Por lo tanto, puede entenderse a la maternidad como un rol establecido por la cultura a través de lo biológico, sin embargo su ejercicio de da tanto dentro como fuera de los límites de este plano.

La mujer al asumir el rol de maternidad debe percibirse como poseedora de ciertas características, tales como el ser criadora, educadora, cuidadora, nutridora o protectora. Estas características forman parte de una ideología consolidada, cuyo mecanismo de transmisión se da a partir de la relación madre hija, donde la introyección y la repetición juegan un papel importante.

Esta transmisión de ideologías, identidad y roles, se da por medio de un proceso, que a través de este trabajo ha quedado entendido de la siguiente forma:

Como ya se ha mencionado, la teoría psicoanalítica marca el comienzo de la feminidad a partir de la etapa preedípica en la niña, donde se da una organización de su ideal de género, es decir el modelo que en diferentes circunstancias va a repetir para consolidarse como mujer.

Mediante la castración, la niña reconoce la superioridad del varón a través de la envidia del pene, lo que deriva en un extrañamiento de la madre y en un cambio de objeto: el padre. Llega entonces la etapa edípica donde la niña percibe a la pasividad como determinante de lo femenino.

Una vez que la niña renuncia a la seducción de su padre se vuelca hacia las interrelaciones sociales (identificaciones, introyecciones y proyecciones); se le

enseña a construir su feminidad mediante el ofrecimiento de pruebas, es decir a percibirse como niña/mujer en función de su aspecto y de las actividades atribuidas a lo femenino.

Como se mencionó anteriormente, La niña es *absorbente de valores*, es decir, recoge *símbolos* a partir del *placer o displacer* que sus padres le transmitan a través del lenguaje, a partir del cual, ella va a construir una imagen de sí misma y de su feminidad, es decir, a partir de lo que la niña oye, aprenderá a otorgarse un valor como hija, construyendo así un *ideal del yo* tipificante de lo masculino y lo femenino. Por lo que su comportamiento será en función de una *noción intuitiva* de querer actuar como su madre, por considerarlo lo correcto, lo que se espera de ella.

Las entrevistas muestran cómo durante la infancia, se encuentra una estrecha relación entre madre e hija, donde ésta puede construir un “ideal” de feminidad y de maternidad, a partir de su propia madre como modelo. “S” habla respecto a la relación que tuvo con su madre durante esta etapa:

Pues muy apegada a ella, desde chica, bueno yo porque me han contado, apegadas hasta ahorita, y bueno, pues me casé, también sigo con ella... ella, en todo ha estado conmigo.

La respuesta de “D” fue la siguiente:

Pues hubo mucha confianza, ella desde un principio nos enseñó a, nos dio confianza porque siempre nos hablaba con la verdad y nos decía de lo que nos teníamos que cuidar, que teníamos que hacer y que no, y aparte ella siempre nos contaba sus experiencias, como ahorita para tener un hijo y eso, creo que está bien. E5

La niña aprende entonces a *representar su deseo* a partir del *deseo de su madre*, donde lo social es representado por el padre (lo que Dolto describiera como un “*Proceso de identificación fálica*”).

Lo anterior, también puede verse reflejado en las respuestas a la pregunta sobre si siempre desearon ser madres, donde a través de la respuesta de “J”, incluso podemos ver referencias al juego de muñecas, donde, según se ha revisado, encontramos diversas implicaciones de género que han sido discutidas a lo largo de este trabajo:

Desde los siete o seis años, agarraba mis muñecas y las empezaba a arrullar y les daba de comer.

En general, a lo largo de las entrevistas, pueden verse referencias a la infancia, y el aprendizaje de los roles de género que se da en esta etapa, también pueden verse concepciones de género consecuentes a este proceso, tales como la imagen de ama de casa introyectada en nuestra cultura. La respuesta de “A” ofrece un ejemplo de ello:

Mira, me acuerdo que desde los 6, 7 años ya soñaba con tener una familia, ser independiente, trabajar o sea, la vida ideal, no tanto ser la ama de casa, la que lava no, incluso hasta ahorita se me ha realizado todo lo que he planeado.

Cuando la niña entra en la adolescencia, se activa en ella el *juicio crítico* hacia su madre quien reprime en ella toda manifestación sexual. Se activa entonces en la adolescente una ansiedad por no parecerse a ella. En las entrevistas, puede encontrarse un ejemplo de este “alejamiento” de la madre, así como la búsqueda por afirmar una autonomía contra ella en esta etapa. La respuesta de “J” respecto a cambios en la relación con su madre durante la adolescencia fue la siguiente :

Sí, era un poco más rebelde, ya no la obedecía, ya no quería salir con ella, ya era mi mundo aparte de mi mamá.

La respuesta de “D” también va encaminada respecto a la represión ejercida por la madre en esta etapa, lo cual deriva en alejamiento:

...ya no le contaba todo lo que me pasaba o cosas que hacia en las que ella se pudiera molestar y eso, no se las decía.

Respecto a la represión de las manifestaciones sexuales en la adolescente por parte de la madre, podemos encontrar un ejemplo completo a través de la llegada de la menstruación; lo que se pudo encontrar sobre este tema a lo largo de las entrevistas, es de inicio, la percepción de la menstruación como el pase a otra etapa, la respuesta de "J" respecto a este tema es la siguiente:

Pues la verdad sí me espanté, o sea, yo no sabía nada, me agarró en sexto de primaria, o sea fue, y yo sentí, me dolía mucho mi estómago y me espanté porque dije "¿qué tengo?" Y le dije a mi mamá llegando " oye mamá fíjate que me salió sangre acá abajo", le digo "¿qué es?" Y me dice mi mamá "ay no te preocupes entraste a tu periodo, a señorita" o sea yo me re espanté y le dije "es que me duele mucho" "no, no te preocupes" dice.

"M" también comentó:

Para mí, al principio me dio emoción porque ya decía que era yo señorita, fue a los 11 años y cuando me manché, pues me emocioné y dije "ya soy señorita, ya no soy una niña"

Sin embargo, puede observarse una contradicción en el hecho de que no hay una preocupación de la madre por que la hija tenga el acceso necesario a la información requerida sobre sexualidad, incluso hay entrevistadas que hablan de lo contrario, una restricción a hablar de este tema, como puede verse en la respuesta de "A":

No porque eso si lo tenía más reservado porque mamá es un poquito, o sea "a la antigüita" entonces me daba pena, ahorita ya puedo platicar, ya le tengo más confianza, pero de momento no se lo platicué.

A lo largo de la adolescencia, las limitaciones establecidas por la sociedad, llevan a la mujer a abandonar *el juicio crítico* por un *juicio identificador*, es en este

punto, donde a mi parecer se manifiesta totalmente el mecanismo de introyección, ya que al no poder odiar a su madre, la adolescente buscará volverse como ella.

Cuando la mujer entra en la juventud, en consecuencia, va a traducir sus relaciones en función de su primera relación de objeto: la que tuvo con su madre. Así mismo, los vínculos establecidos entre ella y su madre, actuarán como determinantes en sus decisiones personales, lo cual la llevará a buscar la mayoría de las veces el matrimonio y la maternidad como opción primordial.

Esto deriva en que a partir del casamiento, y posteriormente la maternidad, la hija se une a su madre puesto que ya no se siente amenazada por su existencia, ya que la comparación entre sus cuerpos ya no la pone en una situación de desventaja o rivalidad.

Cuando la mujer se embaraza, vuelve el apego mediante la identificación (de ambas partes) y su madre ahora sí habla y participa en el embarazo mostrándole a la hija cómo se espera que viva esta etapa. “M” habla respecto a la relación con su madre a partir de su embarazo:

...tuve un buen apoyo de ella, porque fue a la primera que se lo confié... Sí, o sea fue digamos de los 15 a los 17 que fui rebelde contra ella y a los 18 me embaracé y pues ya fue diferente. E2

La respuesta de “A” sobre el mismo tema fue la siguiente:

...mucho más unidas, como es el primer nieto, está fascinada y mi relación con ella es más estrecha. E4

Es así como la madre se convierte en un modelo de lo que es la mujer en general, algo que puede observarse en la pregunta sobre lo que se ha aprendido de ella, en la que se encuentran respuestas en las que se atribuyen a la madre como

cualidades, características relacionadas con la abnegación, el sacrificio, el esfuerzo, la tradición y lo primordial de la maternidad. “J” dice al respecto:

Sería la educación que me dio, la responsabilidad que, que se encargó más que nada pues porque mi papá nos dejó y nos sacó adelante.

La respuesta de “S” fue la siguiente:

Enfrentar responsabilidades, enfrentar muchas cosas, aprendí lo que le corresponde a una mujer, tanto en el hogar como ahorita con los bebés, o sea todo eso. E3

Una vez convertida en madre, la mujer buscará no cometer los mismos errores que su madre cometió con ella, sin embargo, lo hace, debido a toda la información introyectada a lo largo de su vida, lo cual la lleva a un enojo no conciente que volverá contra sí misma al no sentirse una “buena madre” y también contra su hija. Este enojo despertará una especie de alianza con su madre, buscando acercarse a ella, facilitando un vínculo entre abuela, madre e hija que permitirá cerrar el ciclo y así sucesivamente.

A lo largo de este trabajo, se ha visto como la madre, a pesar de ser considerada una figura desexualizada en la cultura, es la responsable de la implantación de la sexualidad y de los ideales de género en el infante (tanto niño como niña).

Se percibe a la madre como la guardiana de la honra y la estabilidad familiares, estableciendo una ideología a través de la cual, la maternidad constituye una parte fundamental de lo femenino.

Mediante diferentes respuestas durante la entrevistas, puede observarse que esto es producto de una ideología específica respecto a la maternidad, que deriva, de la identidad y la introyección de este rol.

Las entrevistadas hablan de la maternidad como una ilusión primordial en la mujer, como motivo de orgullo y de sentido; lo cual implica pensar que la maternidad se percibe como un acceso a la feminidad, y una parte fundante de la identidad femenina. “J” y “A” dicen al respecto:

...desde un principio yo quería mi familia con un hijo y mi esposo y pues sería muy feo de que, no tendría sentido formar una familia sin un hijo.

Bueno, eso, ser madre es algo muy bonito: no tengo palabras para decirte “es esto” cambia todo tu entorno, más que nada.

Se encontró que una madre debe brindar a sus hijos todo el tiempo posible, es la encargada de educarlos, de atenderlos, de cuidar de su salud física y mental; así como de preservar a la familia. Una madre es presa del sufrimiento, sin embargo lo enfrenta con valor y esfuerzo; “S” comenta respecto a las responsabilidades de una madre frente a su hijo:

Pues cuidar de él, ver por él en todo, desde pequeño y conforme va creciendo, también darles estudios y lo que uno puede vaya, y no sé, estar siempre con ellos en todo.

“J” considera que las responsabilidades de una madre son:

Educar a los hijos, llevarlos hacia una vida bien para ellos con educación, que respeten, que tengan todas sus actividades de hijos.

Se plantea como el ideal de una mujer el tener una pareja e hijos, y construir una familia “ideal”, lo cual se refleja cuando “A” se imagina dentro de 10 años:

Umm, trabajando, mi negocio creciendo, tener otro aspecto de vida. Una economía más estable, mi hijo creciendo, yendo a la escuela con su hermana o hermano, pues la familia ideal, más que nada.

Lo cual se tambalearía si la mujer fuera estéril, y se resuelve simplemente adoptando un hijo, pues ser madre, es algo necesario. “M” habla sobre las opciones que podrían presentarse en caso de esterilidad:

... con una comunicación en pareja, se hubiera hablado y si aceptaba era porque sí me quería, o sea porque hay algunas personas que Dios no las deja tener familia o no la desean, pero cuando no se puede, ni modo, hay que aceptar lo que Dios manda, y yo hubiera aceptado que no podía tener familia y tal vez con una pareja adoptaría un bebé, no sé.

Es así que la maternidad aporta un estatus social a la mujer, convirtiéndose en la única opción de poder, por lo tanto llegada a esta etapa, la mujer se vuelca por completo en su rol de madre, dejando de lado las demás opciones que se le presentan, así como sus ambiciones personales. “M” enfoca el “ser mujer” al desempeño de roles, calificando esto como un “privilegio”:

Para mí es algo maravilloso....Porque tienes varios privilegios, de ser, por ejemplo ahorita de ser madre, de no sé, de llevar una familia bien y todo.

Su respuesta habla precisamente de colocar a la maternidad como otorgadora de un estatus, razón por la cual se habla de “privilegio”.

También pueden observarse cambios en la relación de pareja respecto al embarazo, lo cual también marca la percepción de una posición de estatus en la mujer que se convertirá en madre, y del valor otorgado a ella a través de su maternidad; igualmente puede remitirnos a la concepción de trascendencia en el varón que se da a partir de su paternidad. Cuando se le preguntó a “A”, sobre cambios en la relación de pareja a partir de su embarazo, ella respondió:

Si, es más comprensivo, más cariñoso, o sea, cambió para bien, se siente "papá pavo real" y por eso su trato para conmigo cambió profundamente.

“D” respondió:

Sentí más apoyo de él, un poquito más consentidor preocupado por el embarazo, siempre estaba pendiente de que comiera bien, cambios positivos.

Sin embargo, terminado su ciclo reproductivo, la mujer se encuentra con que ya no tiene nada en que depositar su energía, y el status adquirido por la maternidad es devaluado, puesto que ya no posee su capacidad de dar vida y ya no tiene a quien cuidar, lo que deriva en frustración, o bien en el hecho de buscar asumir la maternidad de sus nietos, algo que como se estudio en este trabajo ocurre con frecuencia en la cultura mexicana.

Un ejemplo de la concepción que se tiene sobre la juventud en relación con la maternidad lo encontramos en la entrevista realizada a “J”, donde su comentario al preguntarle respecto a cómo se percibe dentro de diez años, apunta hacia la idea de que la “alegría” va desapareciendo con el paso de los años:

Pues un poco, no muy vieja, ya no alegre como ahorita, ya... Porque cambian los tiempos, al menos yo estoy alegre ahorita porque estoy en mi edad, 18 años con mi bebita y todo pero pues a lo mejor en 10 años ya no sea lo mismo, a lo mejor ya nada más voy a tener a mi marido y a los hijos que lleguen o nietos.

Como se ha visto a lo largo de las entrevistas, el rol de madre es construido por la cultura y el orden social vigente a través de la familia, en interacción con la subjetividad de cada mujer, que a su vez transmitirá los valores, significados y contradicciones contenidos en éste. Algo que puede verse mejor en la información obtenida mediante la entrevista a profundidad.

ENTREVISTA A PROFUNDIDAD: ANÁLISIS Y PRESENTACIÓN DE RESULTADOS

A continuación presento algunas conclusiones acerca de la información que se ha presentado a lo largo de este trabajo y su relación con la entrevista a profundidad aplicada como parte del dispositivo metodológico empleado para el mismo.

Para el análisis de esta entrevista, rescato las seis categorías de análisis utilizadas para el trabajo con la entrevista:

- Identidad de género y construcción del rol, a partir de la relación madre/hija:

Respecto a la construcción de una identidad a través del otro, que se traduce en el peso de ser mujer y el deseo de la maternidad trascendido por la introyección a través de la figura materna (biológica o no). Puede verse en esta entrevista una relación entre madre e hija distante; sin embargo pueden notarse elementos que permitieron a la entrevistada construir su identidad genérica y su rol materno a partir de ésta. La entrevistada manifiesta la identificación con su figura materna a través de la siguiente respuesta refiriéndose a la sexualidad:

Yo lo vi malo, porque para mi mamá era malo, eso era malo, no era bueno, yo ya vine a entender que era una cosa buena para la mujer y todo eso pues ya grande, yo ya tendría como unos...., créeme que cuando me case, yo todavía lo veía malo, no era bueno.

La entrevistada (en adelante C.S.) pudo observar el maltrato al que su madre fue sometida, además de una distancia puesta entre ellas por causa de la relación de pareja que ella tuvo, y al mismo tiempo, C.S. fue rodeada por mujeres que se ocuparon de su educación:

...en sí no viví con mi mamá... en momentos estaba viviendo conmigo y en momentos no.

A mi papá no lo conocí, nunca supe quien fue, nunca nada. A lo mejor me haría un poco falta, porque pues por decir, tener una figura paterna, por eso me haya hecho falta, pero por el amor que me dieron mi abuelita y mis tías no, porque ellas me daban todo lo que yo pedía y quería, desde cosas hasta amor, porque me quisieron mucho...

Cuando su madre llega a vivir con ella, C.S. manifiesta ser constantemente golpeada por ella, además de situaciones que favorecieron otro distanciamiento entre ellas:

Ya cuando mi mamá regresó entonces me pegaba, a lo mejor porque ya comenzaba yo a ser rebelde, porque sí, no aceptaba yo el que ella me mandara, y yo le decía que ella no tenía por que mandarme, y entonces se enojaba y me pegaba, o sea de alguna manera quería hacerme entrar en razón.

C.S. refiere una comunicación entre ella y su madre a partir de las *relaciones de pareja*, más no acerca del rol maternal, en donde la información recibida era difusa, y sólo a partir de las experiencias vividas por la madre:

La relación con nosotras estuvo bien, nunca se acercó para darme un consejo, no, no sé porque, tal vez sería porque mi mamá era muy fría, nunca le gustó cargarnos y apapacharnos, no, y no nos daba consejos, sólo que los hombres eran malos.

Por lo que, como puede verse a lo largo de la entrevista, C.S. no estableció conceptos fijos sobre maternidad como un proyecto de vida. Inicia a temprana edad la vida en pareja y un embarazo, sin visualizarse como madre. La incipiente maternidad de la entrevistada no generó un cambio en la relación con su madre. En este momento de su vida es cuando aparece la figura de la suegra como fundamental para el ejercicio maternal de la entrevistada.

Sí, de maternidad mi mamá realmente nunca me dio un consejo, más que nada para enseñarme a cuidar a mi niña, mi suegra, mi abuelita ya no vivía.

No obstante que la relación entre ellas siguió siendo distante, la relación con sus nietas fue diferente, estableciendo otro tipo de vínculo con ellas:

Pues fíjate que mi mamá, cuando ya estuvieron las niñas, ella de inmediato como que se quiso hacer cargo de ellas, las quería tener siempre, me ayudaba con ellas, mientras no iban a la escuela allá se la pasaban, o fines de semana, uno no y uno sí, entrando a la escuela, de ley los fines de semana. Pero de mi mamá nunca recibí un consejo, no recuerdo que lo haya hecho, pero sí me ayudaba.

Lo cual nos remite a lo expuesto en este trabajo respecto a la maternidad que la abuela asume de sus nietos, que en este caso me hace pensar en la necesidad por parte de la madre de la entrevistada de asumir una maternidad que en su momento por otras circunstancias no pudo:

Buscaba a las niñas, en eso me ayudaba, pero se las llevaba por gusto, no por ayudarme.

Puede observarse el hecho de que la sensación de C.S., es que su madre debió presentarse al menos en "consejos", además puede percibirse un sentimiento por parte de ella de no sentir un derecho a su cercanía, ni siquiera como madre.

- Identidad de género y construcción del rol, en el marco familiar y social:

Como se vio en la categoría anterior, la familia de C.S., estaba constituida primordialmente por figuras femeninas, cabe resaltar que sin una pareja estable, lo que la llevó a depositar en uno de sus primos la figura paterna. La entrevistada vuelve a padecer maltrato, por parte de la esposa de su primo:

...entonces me fui imponiendo a decirle primo, y así le hicimos, y pues eso también fue algo que me dolió, dije "no es mi papá".

A la mejor no fue un maltrato, siempre era con palabras, porque nunca me pegó la señora, pero si con sus palabras me lastimaba, me decía "si yo oigo que le vuelves a decir papá, te voy a poner a lavar la ropa" y me ponía así, trabajos.

Por lo que la entrevistada comienza a traducir sus relaciones en función del maltrato ejercido hacia ella. Puede verse que la ideología transmitida a la entrevistada es ejercida en su estilo de vida. C.S. manifiesta que la violencia en su hogar fue generada a partir de los conceptos inculcados por una familia compuesta en su mayoría por mujeres:

...porque lo que me decían sobre los hombres era negativo, entonces cuando yo sentía que Julio podía agredirme, yo también lo agredía, agarraba una silla y le decía, "Órale, vente",

Otra figura fundamental en las concepciones de maternidad de C.S. está constituida por su esposo, algo que puede relacionarse con lo expuesto respecto de la traducción que hace la mujer de la relación con la figura materna a las demás relaciones de objeto en su vida, ya que la entrevistada se expresa de su esposo de la siguiente forma:

...como que mi mamá no me tuvo toda la atención que yo hubiera querido, y pues como quiera que sea, yo sentía que Julio me tenía mucha atención, y que estaba ahí conmigo, eso te lleva a tomar otras decisiones, que como lo hicimos no fueron las mejores, al fin y al cabo me fui con él.

Puede verse también la importancia que éste le daba a los hijos en el matrimonio, como la idea del hijo varón. Así mismo le brindó a la entrevistada el estatus de la maternidad que fue mencionado en el análisis anterior, de mayor protección y consideración a la pareja durante el embarazo:

Bueno, cuando mi hija nació, yo estaba feliz, aunque haya sido niña, quien no aceptaba muy bien la idea era Julio, porque el quería un niño, porque hasta mi suegra le preguntó que si ya tenía un nombre para la niña y el dijo: "Pues no, yo tenía un nombre para niño, no para niña", y fue por eso que llevó mi nombre.

Julio me trataba muy bien cuando estuve embarazada, él me protegió mucho, hasta la fecha, eso me hacía sentir tranquila. Yo creo que hasta fue el embarazo mas difícil, los otros fueron todavía mas tranquilos.

Como se mencionó en el apartado anterior, la figura de la suegra, le dio a C.S. elementos importantes en la construcción de su rol maternal, así mismo, en ella volvemos a ver una mujer sin una pareja gobernando a la familia:

de lo único que me acuerdo es que mi suegra me preguntó si sabia yo como iba a nacer mi hijo, porque me veía chica y decía: "A lo mejor ni sabe"

A mi mamá no; mi mamá nunca, nunca me hizo una pregunta de si sabia cómo iba a nacer mi bebé, que me preparara, cosas en las que una necesita que su madre le aconseje, sobre como darle de comer, cambiarlo, bañarlo, fíjate que mi mamá no; quien me dio todos esos consejos fue mi suegra, tal vez porque vivía yo con ella, pero también iba yo a ver a mi mamá, yo creo que se pudo tomar el tiempo de haberme dicho.

Sí, de maternidad mi mamá realmente nunca me dio un consejo, mas que nada para enseñarme a cuidar a mi niña, mi suegra, mi abuelita ya no vivía.

Puede verse a través del relato de C.S. la necesidad de una relación madre/hija, algo que busca a través de las diferentes personas con quien se relaciona, ya sea su abuela, su tía, su esposo o su suegra, quienes le aportaron suficiente información respecto a género, a sus roles, o al ejercicio de su maternidad, es decir, le fueron proporcionando una identidad.

- Ideología y significaciones sociales sobre maternidad:

Durante la entrevista, se registraron pocos conceptos concretos de C.S. sobre la maternidad que pudieran traducirse como una ideología propia, sólo pude observar el hecho de que la entrevistada percibe a la madre como alguien de carácter fuerte, con iniciativa.

...y entonces mis primos me dicen "no le digas nada a mi abuelita", porque ella era de armas tomar, como una mamá ¿no?

Así mismo pude observar la importancia introyectada del hijo varón en el matrimonio. La situación familiar en la que C.S. vivió no le permitió de alguna manera una planeación de su maternidad, lo cual le generaba distintas incertidumbres:

No, fíjate que no pensaba yo, "Ay, quedé embarazada" ni hacía planes, fue yo creo que tonto, porque me embaracé y no lo hablamos para nada. Eso si, estaba bien contenta, no me preocupó qué me iba a pasar, ya iba yo a tener un hijo (Porque siempre piensas que es un niño), y Julio también bien contento; me preocupaba qué iba a pasar cuando naciera porque no sabia yo nada, no tenia yo idea de lo que iba a pasar, tan solo para empezar, el embarazo, no tenía yo sabido de los ascos, mareos...

Considero que debido a la temprana edad en que C.S inició su maternidad, ella fue estableciendo las ideas fundamentales respecto a su rol de madre sobre la marcha, a través de los consejos de su suegra, de las ideas de su esposo y mediante sus propias experiencias, lo cual le permitió más adelante transmitir a sus hijas una maternidad diferente a la que fue ejercida sobre ella.

- Proceso de introyección y transmisión de conceptos sobre sexualidad femenina:

Mediante la entrevista pudo observarse la restricción al tema de la sexualidad por parte de la madre, algo que como ya mencioné, se da en la adolescencia; lo cual generó en C.S. una percepción de lo sexual como "malo", y una ignorancia en el tema. Esto como ya se ha visto, de alguna forma influyó el ejercicio de su maternidad, una vez más, vuelve a aparecer el ejemplo de la menstruación, sólo que en este caso, no se percibe como el pase a otra etapa, sino como un tema más restringido para C.S. lo que también afecta su percepción sobre la sexualidad:

Fíjate que un tema que no podía yo tocarle a mi mamá, al menos como mujer: tu menstruación o las relaciones sexuales, nada de eso, yo no podía tocar uno de esos temas con mi mamá, para nada, entonces no había mucha comunicación.

Yo lo vi malo, porque para mi mamá era malo, eso era malo, no era bueno, yo ya vine a entender que era una cosa buena para la mujer y todo eso pues ya grande, yo ya tendría como unos...., créeme que cuando me case, yo todavía lo veía malo, no era bueno.

La situación fue diferente al momento de transmitir la información a sus hijos, ya que la experiencia vivida por ella le llevó a buscar una vida diferente para ellos, donde trató de ser abierta en ese sentido, buscando que tuvieran la información necesaria sobre su sexualidad:

... mi mamá me lo puso como algo malo, yo a mis hijas traté de ponérselos como algo bueno, algo bonito, pero que tenía sus reglas; porque para mi mamá era intocable ese tema, y aun malo. Y sí les hablé, cada que tenían una pregunta, no me cerraba yo a no contestarles.

Sin embargo la entrevista revela ciertas restricciones en el terreno de la sexualidad por parte de C:S. hacia sus hijas:

Y me decían, "Oye mamá, yo sé como nacen los hijos, y la relación entre pareja, entre hombre y mujer, ¿es buena o es mala?", "Es buena hija, si es dentro del matrimonio, si dios la puso, ¿por qué no va a ser buena?, y es bonito"; mi mamá me lo puso como algo malo, yo a mis hijas trate de ponérselos como algo bueno, algo bonito, pero que tenía sus reglas

Puede entonces observarse que las experiencias vividas por la madre, afectan la forma en que son establecidos los conceptos respecto a la sexualidad y por lo tanto respecto al género, por la forma en que son transmitidos. Ya que como se discutió en la parte teórica, la madre se enfrenta con una proyección de sí misma al ver el desarrollo de su hija, por lo que puede ser posible que busque evitar su reconocimiento como una persona sexuada, intentando detener este desarrollo,

algo que obviamente no puede; pero sí le enseña a la hija a reprimir éstas manifestaciones, algo que seguirá vigente aún después de su separación.

- Repetición e introyección en el ejercicio de la maternidad:

Como ya se ha visto, muchas veces la mujer busca una vida opuesta a la que vivió su madre, lo cual se considera de cierta forma una repetición, algo que se observa en esta entrevista, donde el maltrato que la madre recibe, y a su vez da a su hija, le lleva a temprana edad a unirse en pareja buscando una protección y apoyo:

Fíjate que fue un error, porque a veces me sentía yo por mi mamá muy maltratada, a lo mejor por ser adolescente, pues sientes las cosas más grandes, pero como ni mi abuelita, ni mi tía me pegaron nunca, mi mamá no había estado conmigo y llega y todo era pegar, pegar, pegar; aunque fue una mala decisión, porque me dice mi hija que por un maltrato así no tenía por que tomar una decisión así. Esa fue una de las razones y que sí, si lo quería yo, quería estar con él, y me ponía yo a pensar: "así mis hijos van a tener su papá, no creo que me deje o me maltrate como a mi mamá", y ya, él me dice: "Vámonos" , pues vamos, yo ni lo pensé. Es más yo ya no quería estar en mi casa, él me lo propone y yo acepto, porque yo me sentía como que en momentos, como que mi mamá no me tuvo toda la atención que yo hubiera querido, y pues como quiera que sea, yo sentía que Julio me tenía mucha atención, y que estaba ahí conmigo, eso te lleva a tomar otras decisiones, que como lo hicimos no fueron las mejores, al fin y al cabo me fui con él.

Sin embargo, puede observarse el hecho de que la relación violenta en la pareja fue repetida por C.S. aunque en menor escala, donde la violencia era generada por ambos:

Fue todavía mucho mejor, de por sí Julio y yo nos llevábamos bien desde que me puse mal por mi primer embarazo, pero ya viviendo solos mejor. Nada más que yo a veces era necia, me le ponía, porque lo que me decían sobre los hombres era negativo, entonces cuando yo sentía que Julio podía agredirme, yo también lo agredía, agarraba una silla y le decía, "Órale, vente", "Es que yo no quiero pelear", me decía, "Pues por si

quieras", haz de cuenta que a veces era yo la que buscaba el pleito, entonces él se salía y me dejaba ahí. Hubo unas dos ocasiones que si me pegó, una en que la verdad yo lo provoqué; otra llegó de malas, discutimos y me pegó.

Otra forma en que la repetición se manifiesta en la entrevista, es en el surgimiento de una forma violenta de reaccionar por parte de C.S a partir de su matrimonio y con la llegada de sus hijas, algo que ella no había observado durante su infancia:

No, fíjate que de soltera no, yo pelearme con mis hermanas así a trancazos, sólo por defenderme, no, yo de soltera no. Todo surgió cuando empecé a vivir con Julio, otra cosa, cuando Julio y yo discutíamos, era cuando más la agarraba con las niñas, no porque dijera "Ay, son las hijas de Julio y las odio", no, simplemente porque me sentía yo mal de que me había yo peleado con él, pues con ellas me desquitaba.

Así mismo vemos que el maltrato que C.S. sufrió por parte de su madre, fue introyectado y repetido en el ejercicio de su maternidad hacia sus hijas, es éste tal vez el ejemplo más claro donde los conceptos trabajados se ven reflejados; algo que fue reconsiderado por ella al momento de llevarlo al plano conciente. En este sentido pueden verse las diferencias establecidas con el hijo varón:

Si, lo noté, porque una ocasión cuando le pegué a una de mis hijas, me acordé que lo estaba haciendo de la misma forma que mi mamá, y dije: "No puede ser, esto no está bien", también empecé a tomar la costumbre de decirles "¡Tonta, Babosa!", palabras que les ofendían y que no eran buenas para ellas, palabras que usaba mi mamá. Entonces le pedí a Dios que me ayudara, porque no quería dar el trato que mi mamá me dio, a mis hijas, y traté de controlarme porque como que cuando les pegaba me sobrepasaba, ¿me entiendes?, no me detenía, sino ya dando el primero, ¡Órale!

Más adelante puede verse la proyección en la vida de su hija casada, donde ella de cierta forma repite una experiencia vivida por la madre. C.S. observa en su hija un episodio parecido a los que ella vivió en los inicios de su matrimonio:

Si, mira, precisamente una ocasión estaba recién casada, yo me acuerdo que cuando Julio y yo tuvimos un pleito, y llegó mi vecina y le dijo que no me pegara. Jorge la sacó,

y en eso, ya estábamos contentos, y llega mi mamá, (porque la vecina ya le había llamado, ¡nombre!, llega gritando y dice: " ¿Donde está Julio, Yo no sé por qué le pega a mi hija, a ver que le pasa cuando lleguen y le avisen que ya le pegaron a su hija" era mi misma hija, y ya.

Entonces estaba yo aquí en mi casa y me llama mi hermana por teléfono y me dice "fíjate que anoche que vine a cuidar a mi mamá, escuché que a tu hija la golpeó su esposo nada más por agua", ellos vivían ahí con mi mamá, ¡Yo sentí!. El llegó a pedirle agua y ella no tenía; agarré y fui a comprar un garrafón de agua, pero con coraje, yo ya le iba a decir a mi yerno, cuando mi hija Alma me dijo, "Mira mamá no te metas, muéstrale a él lo contrario, además tu ni sabes, mi tía solo te dijo lo que ella cree". Pues que entro con el garrafón de agua y digo "Buenas noches", de veras que me contuve, porque yo tenía ganas hasta de desgreñarlo, pero recordé que mi hija Alma me dijo "que tal si ni es cierto y tu vas a armar un lío mamá, como mi abuelita cuando dices que mi papá nada más te dio un jalón y fue a armar un pleito". Llego y que le digo, "Aquí te traigo tu garrafón de agua para que no sufras..." eso si le digo "para que no sufras por el agua hija", sale mi yerno y me dice: "Muchas gracias", le digo: "Sí, es que yo no quiero que mi hija sufra por un garrafón de agua, o por agua", mira, yo no sé si el se daría cuenta, mi hija también me dio las gracias y yo le dije "sí hija, y ten mucho cuidado de tener siempre tu agua, aquí esta tu garrafón", y me salí, porque creo que si me hubiera quedado más tiempo si peleo.

Por último, retomando los conceptos vertidos sobre psicogenealogía, podemos ver una repetición de enfermedad y conductas ante ésta por parte de las mujeres de la familia, algo que hasta el momento, sólo puede observarse con claridad en dos generaciones, lo cual también revela lo mencionado sobre los ritos familiares en torno al cuerpo:

Más adelante, hace 7 años mi mamá se enfermó, mira, fíjate que mi abuelita estuvo igual, entonces mi mamá, tuvo una "embolia", se cayó varias veces y pudo levantarse, tuvimos el cuidado de que el médico la estuviera revisando, pero no, a ella no le gustaba, le pasaron cuatro veces seguidas y nunca quiso cuidarse, ir al medico, tomar los medicamentos, pero fíjate que así somos nosotras como familia, a mi no me gusta ver al doctor hasta que ya no puedo, y así mi mamá. Y mira no pasó un año cuando le vino esa embolia de nuevo y ya no

se levantó, y ahí fue cuando comenzaron los problemas entre nosotras como hermanas, que no la queríamos cuidar.

Por lo que considero que la entrevista aporta ejemplos respecto a la introyección de roles y el ejercicio de estos, los cuales no sólo remiten hacia la maternidad sino a otros aspectos de la identidad genérica.

- Transmisión de identidad de género y roles:

Puede verse mediante la entrevista, que ésta no sólo se da por medio de C.S., sino también de su pareja hacia sus hijos:

...lo que no me gustaba era que Julio le enseñaba a jugar muy brusco, porque luego ya quería agarrar así a sus hermanas; a lo mejor por eso era así, porque su papá le enseñó a ser brusco, y llegaba y empujaba...

Se observa, al igual que en el análisis anterior, las actividades del hogar como un ejemplo paradigmático de transmisión de roles y de género:

Mira, a mis hijas siempre las puse a que tenían que aprender a planchar, yo les puse como regla que los jueves planchábamos, y me tenían que ayudar las dos con la mitad de ropa, la mayor me ayudaba a lavar trastes después de la escuela, un día si y un día no, las ponía a barrer y a trapear, a veces, no siempre, pero trastes y ropa, eso si, era lo que ellas tenían que ayudarme a hacer, ya de lo demás yo me encargaba.

También puede encontrarse una transmisión de roles por parte de C:S: a sus hijas a través del juego:

Se los enseñé mucho jugando, con mis hijas también jugué mucho, les decía: "Que ustedes tenían que lavar los trastes de su casa, y que yo llegaba a visitarlas", y platicaba con ellas, mis hijas todavía se acuerdan que no se les hacia pesado, y ya fueron aprendiendo.

A diferencia de la relación con su madre, C.S. sí enriqueció el vínculo con su hija a través de la maternidad de ésta, así mismo pudo transmitir experiencias, con el fin de cambiar el patrón de maltrato que se estaba siguiendo, puede verse también un acercamiento entre madre e hija por medio de la maternidad:

Ella me entendió mucho a mi cuando a veces yo me molestaba o las regañaba y me decía que cuánto se ama a los hijos. Como que se abrió más conmigo, pero no fue mucho, me hacía preguntas y yo le explicaba, le hablé sobre como corregir a los niños, que estaba bien pegarles, pero midiéndose, sin pegarles con coraje.

También puede verse la introyección de conceptos sobre roles e identidad de género, tales como la “agenda secreta” que se mencionó en la parte teórica de este trabajo, en la que la madre aparentemente desea para su hija una realización profesional, pero al mismo tiempo, no concibe su vida sin un matrimonio y una maternidad, ejercida de la forma en que fue transmitida por ella:

Es bueno estar en la casa, pero también es bueno desenvolverte como tu quieres, ya cuando la vi a ella me sentí bien, nada nos tiene contentos, porque a veces quisiera que pudiera estar en su casa para cuidar mejor a sus hijos, sobre todo al chiquito; aunque está bien que siga trabajando, porque yo la veía que cuando estaba en su casa, como que algo le faltaba, y ahora se desenvuelve mejor y su esposo la apoya mucho, hasta le ayuda a cuidar al chiquito cuando descansa, que a mi no me gusta mucho porque pienso que no lo puede hacer bien, pero si lo acostumbramos a que yo lo cuide siempre, o su mamá, y le quitamos esa responsabilidad, después él no va a querer hacerlo.

También puede verse cuando C.S. habla de su hija soltera:

Yo se que se tiene que casar, en el tiempo que sea y ella esta muy contenta porque se que se divierte, se desenvuelve y no tiene esas preocupaciones que aunque son bonitas pero muy pesadas y aunque ya tiene 28 años si ella es feliz pues está bien y yo estoy feliz por ella.

Considero de manera general que ésta entrevista aportó varios elementos relacionados con los conceptos con los que he venido trabajando; puesto que a

través de la historia de C.S. pueden verse reflejados conceptos como el de introyección, identificación, y el de repetición, aunque no de una manera fiel a lo planteado en la parte teórica de éste trabajo, sin embargo, considero que lo enriquece aportando ejemplos diferentes a lo que se ha planteado, pero que están estrechamente relacionados.

Es importante el hecho de resaltar que, a pesar de su utilidad para la investigación, la entrevista no corresponde con la descripción del aprendizaje de la maternidad realizada en la parte teórica, ya que a pesar de la relación distante que tuvo con su madre, el ejercicio de maternidad realizado por C.S. no fue repetido.

Sin embargo, puede observarse la influencia de la vida de la madre en el establecimiento de los conceptos que forman la identidad genérica, en la construcción de roles y en todo lo referente al ejercicio de la maternidad, aún cuando como en el caso de la entrevistada se busca una vida diferente a la vivida por la madre, y a pesar del aparente distanciamiento entre ellas:

decía yo: "No me gustaría ser como mi mamá, no me gustaría golpear a mis hijos", porque aunque era de vez en cuando, no me gustaba que cuando me pegaba no se detenía en los golpes y pues pensaba cuidar a mi hijo

De esta entrevista me parece muy importante el papel de la suegra como portadora del rol materno y transmisora de éste, pero aún más el papel de la pareja, quien como puede verse a lo largo de la entrevista aporta diversos elementos en las significaciones sociales de C.S. respecto al papel de su género y a su maternidad.

Cabe mencionar también que como se ha revisado a lo largo de este trabajo, no sólo es en el vínculo madre-hija donde puede asumirse la identidad femenina, así como los contenidos culturales de la maternidad; sino que el mismo símbolo de contar con un cuerpo de mujer, en sí mismo implica percepciones y aprendizajes respecto de ella y de su familia.

Puede entonces observarse la influencia de la relación con la figura materna (como ya había mencionado, se ésta biológica o no) en la apropiación del género como un determinante fundamental, y lógicamente un modelo en el ejercicio de la maternidad ya sea consciente o inconscientemente, claro está, atravesado a su vez por el imaginario, la cultura, así como la maternidad en sí, entre otros factores.

CONCLUSIONES GENERALES

Al inicio de este trabajo se plantearon diversos propósitos con respecto al objeto de estudio, por lo que ahora quisiera exponer las conclusiones generales que resultaron de la investigación.

Al abordar el problema de lo femenino, puede observarse que se eleva a la categoría de universal lo típico o necesario del momento histórico o grupo social vigentes.

Es innegable el hecho de que la maternidad tiene una base biológica para su ejercicio; y como ya se ha visto a lo largo de este trabajo, la evidencia proveniente de la comparación de distintas culturas liga a las mujeres a asumir el rol de madre por causa de sus funciones en el embarazo y la lactancia, lo cual ha traído consecuencias tanto a nivel individual, como a nivel social.

La maternidad, como se vio, no proviene de ninguna capacidad instintiva que trascienda esas funciones, ya que esta constituye un hecho biológico-social, es decir, que encierra toda una concepción simbólica, creada en la sociedad, que trasciende los hechos meramente biológicos de la concepción, el embarazo y el alumbramiento.

Por lo que, el deseo del embarazo es entonces una *construcción simbólica* que se elabora a partir de la percepción y acción que la sociedad y particularmente los grupos ideológicamente dominantes tienen y ejercen sobre la condición femenina, la sexualidad, la adolescencia y la reproducción, así como sobre la propia ideología y el ejercicio que la mujer hace de ésta.

La relación entre la maternidad e identidad femenina es básica dentro del concepto que la sociedad construye. La estructura gira en torno de una función determinante que hasta el momento, en nuestro contexto, es la de ser madre; por

lo tanto, los significados de las otras categorías de lo femenino están en relación a esta función.

Por lo que la construcción de género y la reproducción están estrechamente vinculadas a un proceso histórico-cultural. La valoración generalizada de lo femenino y sus signos, así como la exaltación de la maternidad ha sido una constante poco modificada a través del tiempo y las modificaciones han estado mediadas por las condiciones de clase.

Así que, de inicio, al estudiar la maternidad, es necesario hacerlo como una institución jurídica, política, demográfica o de salud que nos pone de manifiesto cierta normatividad. Así que, a pesar de estar enraizada en procesos biológicos, la maternidad está ligada a una estructura cultural que tiene que ver con la construcción de la identidad de género en la mujer, lo cual influye en su manera de percibir su propia feminidad, de vivir su sexualidad, así como de relacionarse con su entorno, para después ejercer su maternidad.

Así mismo, se vio que la cultura y el género, son también asimilados por un modelo individual: la figura materna propia, quien transmite los conceptos y las aptitudes propias del ejercicio materno, participando así en el amplio engranaje de la cultura.

Los conceptos de hombre y mujer se van acuñando en función de los actos y sus actividades dentro del seno familiar, siendo estas categorías psicosociales las que conforman la ideología. En la actualidad el modelo de crianza más difundido es aquel en el que se prepara (por la madre generalmente) a los hijos para ser autosuficientes, al mismo tiempo que se educa las hijas para ser más receptivas. Sigue existiendo una división de roles personales de género en la reproducción y en la toma de decisiones.

Se vio que la forma en que la mujer vive la relación con su madre a lo largo de las etapas de su vida le permite introyectar una ideología, aunque no necesariamente ésta sea copia fiel de lo experimentado por la madre (como se vio a través de la entrevista a profundidad), sino que pueden tejer redes a nivel inconsciente que influyen en la forma de vivir y experimentar el género y la maternidad.

El explorar la visión de la maternidad desde la diversidad de las corrientes psicoanalíticas, permitió observar estas redes, así como su interacción con la cultura en la formación del inconsciente femenino y por lo tanto en la forma de experimentar la femineidad.

Por supuesto esto fue contextualizado en el marco de la cultura mexicana, la cual tiene una delimitación específica del papel del hombre y de la mujer en la que, como se vio, a la mujer se le deja el ámbito privado en la pasividad, y al hombre el ámbito público, teniendo de su lado el papel activo, lo cual influye en la forma de vivir la maternidad, así como en la percepción de lo que se espera del papel de una madre en este entorno social.

Por otro lado, la investigación de campo muestra aspectos que confirman la investigación bibliográfica, tales como, el hecho de que el rol materno es construido por la cultura y el orden social vigente en interacción con la subjetividad de cada mujer (identidad subjetiva) y reproducido a su vez en el marco de la familia, con el contenido de la complejidad de los valores, los significados y la contradicción de los roles y funciones sociales individuales; así mismo, la influencia de la relación madre/hija en la apropiación del género como un determinante fundamental, y lógicamente un modelo en el ejercicio de la maternidad ya sea consciente o inconscientemente, claro está, atravesado a su vez por el imaginario, la cultura, y la maternidad en sí, entre otros factores.

En este trabajo pudo situarse el proceso de introyección que se da en la mujer a lo largo de las diferentes etapas de su vida, por lo que pude verse el hecho de que lo

femenino y la maternidad no están determinados únicamente por la naturaleza, sino que obedecen a un patrón establecido y sus conceptos son transmitidos de generación en generación.

Y a su vez, surgieron aspectos no tomados en cuenta dentro de la teoría, como pueden ser el papel de la suegra como portadora del rol materno y transmisora de éste; el papel de la pareja, quien aporta diversos elementos en las significaciones sociales de la mujer respecto al papel de su género y su maternidad. E incluso algunos puntos contradictorios como por ejemplo el comprender por medio de la entrevista, que no sólo es en el vínculo madre-hija donde puede asumirse la identidad femenina, así como los contenidos culturales de la maternidad; sino que el mismo símbolo de contar con un cuerpo de mujer, en sí mismo implica percepciones y aprendizajes respecto de ella y de su familia. Aspectos importantes que sugiero sean tomados en cuenta en futuras investigaciones.

Así mismo, se observó que no necesariamente la mujer repite el patrón asignado por la figura materna, sino que la interacción de diversos factores pueden alterar la percepción subjetiva de la maternidad.

Es necesario tomar en cuenta el hecho de que los avances tecnológicos han ido desligando a la mujer de la procreación necesario-natural, estructurando discursos que "elevan" a carácter de esencial esta función social de la mujer; pero sujetadas ahora por el mito, y no por la naturaleza.

Con respecto a la percepción sobre la figura de la madre, se podría objetar que esto ya mantiene su eficacia sólo en los sectores más tradicionales de la sociedad; ejemplo de ello sería el número cada vez mayor de mujeres que trabajan, estudian, etc. Es decir, que puede verse un avance progresivo con respecto a la mujer hacia una mayor adquisición de logros sociales, inserción al proceso productivo, redistribución de roles entre hombres y mujeres, etc. con la consiguiente redefinición de la maternidad.

Sin embargo, al observar el conflicto individual, familiar, institucional, también aparecen el dolor, el conflicto (tanto interno como de pareja), la culpa, y el miedo, la sobre exigencia, muchas veces incluso la incomprensión en la soledad. En suma, el alto costo que las mujeres y también los hombres deben afrontar.

Toda mitificación de la maternidad lleva a perder el enfoque, y a considerarla como un fenómeno externo a la propia mujer, y por lo tanto no controlable por ella. Los mitos aportan un apoyo positivo de la sociedad hacia el embarazo y la maternidad que ofuscan el pensamiento y los sentimientos sobre lo femenino.

Finalmente, es necesario tomar en cuenta no sólo para tratar este tema, sino la gran mayoría de problemáticas relacionadas con el estudio de la psicología, el hecho de que una psicología integral tiene que incluir no sólo el cuerpo, la mente y el espíritu sino también la cultura y el ambiente.

Considero, que en gran parte los objetivos trazados para este trabajo, fueron alcanzados, ya que pudo describirse tanto teóricamente, como por medio de la aportación de las entrevistadas el proceso por el cual una mujer introyecta el rol de madre a través de las diferentes etapas en su desarrollo, hasta el momento de ejercerlo, y a su vez de transmitirlo.

Trabajar con dos rangos distintos de edad, así como en diferentes escenarios, me permitió de alguna forma situar la investigación en la ciudad de Pachuca, así como observar la visión de mujeres que apenas inician el ejercicio de su maternidad, en contraste con una mujer que ya es abuela, está ya transmitiendo una ideología, y ve las cosas de diferente forma.

Creo que éste trabajo aporta en gran parte bases sobre las cuales establecer la necesidad de una resignificación de la ideología vigente sobre lo femenino y la maternidad en nuestra cultura, ya que a través de la investigación realizada puede verse que no es inamovible, sino que puede ser modificadas a través de un

replanteamiento de lo que hasta hoy se conoce como género y todo lo que éste implica.

Considero que aún pueden explorarse diversos puntos de vista en este tema, del que mucho se habla, y sin embargo aún no ha causado el impacto suficiente en la vida de la mujer, para establecer un cambio en la percepción subjetiva de lo femenino, así como en su forma de vivir y ejercer su sexualidad y su maternidad.

REFERENCIAS

- Alatorre Rico, Javier (Tr). (2002). Criterios para la elaboración de documentos psicológicos. México: Facultad de Psicología, UNAM.
- Amorós, Celia (ed). (2000). Feminismo y filosofía. España: Síntesis.
- Asociación Mexicana de Psiquiatría Infantil. (1982). Desarrollo infantil y adolescencia normal en México.
- Basaglia, Franca. (1985). Mujer, locura y sociedad. México: Universidad Autónoma del Estado de Puebla.
- Benjamín, Jessica. (1996). Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Argentina: Paidós.
- Castro, Roberto, Bronfman, Mario. (1995). Salud, embarazo y anticoncepción en dos comunidades rurales de México: un estudio comparativo. En González Montes Soledad (comp). Las mujeres y la salud. (p. 27-69). México: El Colegio de México.
- Colectivo de las mujeres de Boston.(1982). Nuestros cuerpos, nuestras vidas. España: Icaria.
- De Barbieri, Teresita. (1996). Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. En Guzmán, Stern, Laura, Gilda Pacheco Oreameno, (comps). Estudios Básicos de Derechos Humanos IV. (p. 47-83). San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos-Comisión de la Unión Europea.
- De Beauvoir, Simone. (1999). El segundo sexo. Tomo I: Los hechos y los mitos. Argentina: Siglo XX.
- De Beauvoir, Simone. (1999). El segundo sexo. Tomo II: La experiencia vivida. Argentina: Siglo XX.
- De Miguel, Jesús. (1979). El mito de la inmaculada concepción. España: Anagrama.
- Delgueil, Marie-Claire. (1996). Lo femenino en un recorrido psicoanalítico. En Oliveira, Orlandina (comp). Trabajo, poder y sexualidad (p. 317-330). México: El Colegio de México.
- Derbez, Jorge. (1971). La différence (masculino y femenino). En Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. (ed). La guerra de los sexos (p. 85-106). México: Samo.
- Díaz-Guerrero, Rogelio. (1978). Psicología del mexicano. México: Trillas.

- Dicaprio, Nicholas S. (1989). Teorías de la personalidad. México: McGraw-Hill.
- Dio Bleichmar, Emilce. (1985). El feminismo espontáneo de la histeria. España: Fontamara.
- Dio Bleichmar, Emilce. (2002). Sexualidad y género: nuevas perspectivas en el psicoanálisis contemporáneo. Aperturas Psicoanalíticas. No. 11. Recuperado 21 de septiembre 2004, de www.psicoterapiapsicoanalitica.com.
- Dolto, Françoise. (1996/2001). Sexualidad femenina. España: Paidós.
- Dumas, Didier. (2004). Fantasmas y ángeles del país de los ancestros. En Van Eersel, Patrice, Maillard Catherine. Me pesan mis ancestros. (p. 121-168) México: Ceapac.
- Ehrenfeld, Noemí. (1996). El ser mujer: identidad, sexualidad y reproducción. En Oliveira, Orlandina (comp). Trabajo, poder y sexualidad (p.p. 383-397). México: El Colegio de México.
- Elú, Ma. Del Carmen; Leñero Otero, Luis. (1992). De carne y hueso: estudios sociales sobre género y reproducción. México: Instituto Mexicano de Estudios Sociales. A.C.
- Feinholz, Dafna; Ávila, Héctor. (1996). Embarazo no deseado: el problema de la temporalidad. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y reproducción humana en México (p. 113-140). México: Plaza Valdés y UIA.
- Fernández, Ana María. (1993). La Mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres. Argentina: Paidós.
- Fischman, Yael. (2000). Mujer, sexualidad y trauma. Argentina: Lugar Editorial.
- Freud, Sigmund. (1972). Tres ensayos sobre teoría sexual. España: Alianza Editorial.
- Freud, Sigmund. (1993). La feminidad. En Freud, Sigmund. Los textos fundamentales del psicoanálisis (p. 515-540). España: Altaya.
- Freud, Sigmund.(1998). Sobre la sexualidad femenina. En Freud, Sigmund. Obras completas. Tomo XXI. (p. 223-244). Argentina: Amorortu Editores.
- Friday, Nancy. (2001). Mi madre/yo misma. (R. Margalef, Tr.). México: Colofón. (Trabajo original publicado en 1977).
- Gaulejac, Vincent. (2004). Cómo nuestra familia y nuestros antepasados nos legan una neurosis de clase. En Van Eersel, Patrice, Maillard Catherine. Me pesan mis ancestros (p. 239-270). México: Ceapac.

- Goldhor, Harriet. (2000). Ser madre, empezar una nueva vida: cómo el tener hijos nos hace ver la vida de una forma diferente. México: Paidós.
- Jodorowsky, Alejandro. (2004). Su familia es un árbol mágico al interior de usted. En Van Eersel, Patrice, Maillard Catherine. Me pesan mis ancestros (p. 55-81). México: Ceapac.
- Lamas, Martha. (1996). La antropología feminista y la categoría de género. En Lamas, Martha (comp.). El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (p. 97-125). México: Miguel Ángel Porrúa, PUEG.
- Lamas, Martha y Saal, Frida. (1998). La bella (in)diferencia. México: Siglo XXI.
- Langer, Marie. (1964). Maternidad y sexo. España: Paidós.
- Lartigue, Teresa. (1996). Determinantes tempranos de la maternidad. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y Reproducción Humana en México (p.p. 219-241). México: Plaza Valdés y UIA.
- Leader, Darian, Judy Groves. (1995). Lacan para principiantes. Argentina: Era Naciente.
- López, Alfonso. (2002). Hay dos clases de mujeres. México: Sista.
- López Ramos, Sergio. (2000). Zen y cuerpo humano. México: Ceapac.
- Morales, Francisco. (1996). Reproducción y crisis maduracional. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y Reproducción Humana en México (p.p. 279-306). México: Plaza Valdés y UIA.
- Narváez, Fernando. (1971). Las alternativas (patriarcado y matriarcado). En Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. (ed). La Guerra de los sexos (p. 133-158). México: Samo.
- Ortner, Sherry B., Whitehead, Harriet. (1996). Indagaciones acerca de los significados sexuales. En Lamas, Martha (comp). El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (p. 127-179). México: Miguel Ángel Porrúa, PUEG.
- Olivier, Christiane. (1987). Los hijos de Yocasta. México: Fondo de Cultura Económica.
- Papalia, Diane E.; Wendkos Olds, Sally. (1997). Desarrollo humano. México: Mc Graw Hill.
- Pérez Duarte y Noroña, Alicia Elena. (1998). La maternidad: relato de una contradicción. En Careaga, P.G., Figueroa, J.G. y Mejía, M.C. (comps). Ética y salud reproductiva (p. 407-421). México: Miguel Ángel Porrúa, PUEG, UNAM.

- Pinkola Estés Clarissa. (2003). Mujeres que corren con los lobos. España: Punto de Lectura. (Trabajo original publicado en 1995).
- Ramírez, Santiago. (1977). El mexicano: psicología de sus motivaciones. México: Grijalbo.
- Reséndiz García, Ramón R. (2000). Biografía: proceso y nudos teórico-metodológicos. En Tarrés María Luisa (comp). Observar, escuchar y comprender (p.63-91). México: El Colegio de México.
- Rialland, Chantal. (2004). Su familia vive en usted... ¡y usted puede escogerla!. En Van Eersel, Patrice, Maillard Catherine. Me pesan mis ancestros (p. 169-205). México: Ceapac.
- Riquer, Florinda. (1996). La Maternidad como fatalidad. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y reproducción humana en México (p.p. 195-217). México: Plaza Valdés y UIA.
- Rubin, Gayle. (1996). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. En Lamas, Martha (comp). El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (p. 35-96). México: Miguel Ángel Porrúa, PUEG.
- Ruiz Olabuenaga, José L., Ispizua, María Antonia. (1989). La decodificación de la vida cotidiana. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sáez Buenaventura Carmen. (1988). El hecho maternal: la mística y el mito. Barcelona: La Sal.
- Sánchez, Héctor; Alfaro, Noé; Valadez, Isabel; Aldrete, Guadalupe. (1996). Familia, sexualidad y reproducción humana. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y reproducción humana en México (p.p. 263-275). México: Plaza Valdés y UIA.
- Schützenberger, Anne Ancelin. (2004). La marca de nuestros antepasados: investigaciones en psicogenealogía clínica. En Van Eersel, Patrice, Maillard Catherine. Me pesan mis ancestros. (p. 25-54) México: Ceapac.
- Silva, Jorge. (1971). Un campo de batalla (matrimonio y sexo). En Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. (ed), La guerra de los sexos (p. 161-182) México: Samo.
- Stern, Daniel. (1997). La constelación maternal: un enfoque unificado de la psicoterapia con padres e hijos. México: Paidós.
- Szasz, Ivonne. (1995). La condición social de la mujer y la salud. En González Montes Soledad (comp). Las mujeres y la salud. (p. 13-26) México: El Colegio de México.

- Vela Peón, Fortino. (2000). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En Tarrés María Luisa (comp). Observar, escuchar y comprender (p.63-91). México: El Colegio de México.
- Villaseñor, Martha y Alfaro Noé. (1996). Factores socioculturales que intervienen en la determinación del deseo o no deseo del embarazo en la adolescente. En Lartigue, Teresa; Avila, Héctor. Sexualidad y reproducción humana en México (p.p. 143-159). México: Plaza Valdés y UIA.
- Zolla, Carlos, Mellado, Virginia. (1995). La función de la medicina doméstica en el medio rural mexicano. En González Montes Soledad (comp). Las mujeres y la salud (p. 71-92). México: El Colegio de México.

ANEXOS

ENTREVISTA 1 (“J”)

Edad: 18 años

Edo. Civil: Casada (1 año)

Ocupación: Ama de Casa

Escolaridad: Secundaria

Religión: Católica

M: Bien, quisiera que para empezar me hablaras acerca de tu familia, algo que quisieras comentar de ella.

E1: Pues tengo una familia bonita, me gusta mi familia, pienso que es muy unida.

M: ¿Conviviste con tu mamá lo largo de tu vida?

E1: Sí

M: ¿Cómo fue tu relación con ella durante tu infancia?

E1: Muy bien, jugaba mucho conmigo, me daba todo su tiempo, muy bien.

M: Y cuando entraste al adolescencia, ¿cambió tu relación con ella de alguna manera?

E1: Sí, era un poco más rebelde, ya no la obedecía, ya no quería salir con ella, ya era mi mundo aparte de mi mamá.

M: ¿Cambió tu relación con ella a partir de que quedaste embarazada?

E1: No, al contrario, me uní más a ella

M: Pero, cambió en ese sentido

E1: Ajá, en eso sí cambió muchísimo

M: ¿Ha cambiado la relación o el trato de tu pareja a partir de que quedaste embarazada, has notado alguna diferencia en su trato hacia ti?

E1: No, hasta ahorita es muy cariñoso, muy atento, me consiente mucho.

M: Entonces serían diferencias en cuanto a lo positivo ¿sientes que es más cariñoso, más atento?

E1: No, normal

M: ¿Tienes hermanas?

E1: No, ni una

M: ¿Hermanos?

E1: Tres

M: ¿Mayores o menores?

E1: Mayores

M: ¿Y cómo ha sido tu relación con ellos?

E1: Con el mayor casi, pues nos llevamos más o menos, con el segundo casi no, y con el tercero muy bien, nos contábamos nuestras cosas.

M: Bien, en cuanto a cuando vivían todos juntos y se repartían las actividades de la casa, ¿cómo se repartían entre ustedes?

E1: De hecho, no las repartíamos, porque uno de mis hermanos, el mayor, está casado, el otro trabaja, y nada más nos quedábamos mi mamá y yo y mi otro hermano, y mi hermano pues nada más tendía su cama si se levantaba tarde, pues es lo que hacía y se servía de desayunar, y yo y mi mamá hacíamos día en día el quehacer un día ella, un día yo, y así.

M: ¿Llegaste a notar que dentro de tu casa había algunas actividades que dijeran "esto J no lo puede hacer porque es mujer" y "esto tus hermanos no lo pueden hacer porque son hombres"?

E1: No

M: ¿No había nada?

E1: No, todo parejo

M: ¿Cómo consideras que es el trato hacia las mujeres en nuestro entorno social, es decir aquí en Pachuca?

E1: Bueno, pues yo digo que es, que las tratan bien, es cuestión de que...

M: Nos tratan bien, querrás decir

E1: Bueno, no hay tanta discriminación yo es lo que he visto

M: ¿Para ti qué es ser mujer?

E1: Pues ser mujer es...(silencio) Ja, ja, pues ser mujer es ya tener una responsabilidad grande tanto de mamá como de una estudiante, bueno para mí.

M: ¿Responsabilidad en qué sentido?

E1: En todos los aspectos, responsabilidad por ejemplo, usted, usted trabaja y es una mujer ya hecha y derecha, sabe lo que es bueno y lo que es malo, sabe la educación que le dieron sus padres, lo que es bueno y lo que realmente uno valora, bueno para mí.

M: ¿Y para ti, que es ser madre?

E1: Ay, bueno, pues ser madre apenas yo, pues siento muy bonito, mi primer hijo, a lo mejor no tanto por qué pues a mi edad ¿no? Pues siento muy bonito, es una ilusión muy muy muy grande que tengo.

M: Y desde tu punto de vista ¿cuáles crees que son las responsabilidades que tiene una madre?

E1: Pues una madre, más que nada dar una educación, un hogar, una familia y todo eso.

M: ¿Siempre deseaste ser mamá?

E1: Sí

M: ¿A partir de qué momento recuerdas que deseaste por primera vez ser mamá?

E1: Desde los siete o seis años, agarraba mis muñecas y las empezaba a arrullar y les daba de comer.

M: ¿Qué consideras que has aprendido de tu mamá?

E1: Pues sería la educación que me dio, la responsabilidad que, que se encargó más que nada pues porque mi papá nos dejó y nos sacó adelante.

M: Bueno, pues como sabes, para llegar hasta este momento en que eres madre, has pasado diversas etapas en tu vida, tanto físicas y psicológicas como sociales, vamos a hablar un poquito sobre esas etapas. ¿Podrías describir la experiencia de tu primera menstruación?

E1: Pues la verdad sí me espanté, o sea, yo no sabía nada, me agarró en sexto de primaria, o sea fue, y yo sentí, me dolía mucho mi estómago y me espante porque dije "¿qué tengo?" Y le dije a mi mamá llegando llegando "oye mamá fíjate que me salió sangre acá abajo", le digo "¿qué es?" Y me dice mi mamá "ay no te preocupes entraste a tu periodo, a señorita" o sea yo me re espanté y le dije "es que me duele mucho" "no, no te preocupes" dice.

M: O sea que antes de eso no sabías nada.

E1: No, yo no sabía, ni como

M: ¿A qué edad comenzaste a tener relaciones sexuales?

E1: A los 17

M: Y, ¿me podrías describir la experiencia en general? ¿cómo fue para ti?

E1: Bueno, raro, y pues bonito, raro principalmente por los principios que me dio mi mamá que me decía "ten novio y no te dejes hacer esto y esto otro" y yo "ajá". Y bonito porque pues fue con el hombre que yo quise y quiero, y pues sí, hasta la fecha no me he arrepentido y tengo un recuerdo muy bonito.

M: ¿Platicabas con tu mamá sobre estos temas?

E1: No, nunca

M: ¿Y cómo consideras que ha sido el manejo de información sobre sexualidad a lo largo de tu vida?

E1: ¿Cómo?

M: ¿Cuáles han sido tus fuentes de información? ¿Fueron buenas o pudiste haberla buscado en otra parte? ¿Cómo es que la información sobre sexualidad ha fluido en tu vida?

E1: Pues de saber, o sea de eso, pues sí, supe información, en la escuela más que nada ya en la secundaria, o sea pero pues ya yo sabía aunque en mi casa nunca me explicaron.

M: Y esa información en específico que adquiriste, ¿consideras que ha fluido en tus vivencias, ya en tu estilo de vida, ya en la práctica como quien dice?

E1: Pues ya mucho, porque ya sé que, un ejemplo la vida sexual en los métodos anticonceptivos, al menos no me he puesto yo ahorita, a lo mejor ya después o sea sé qué anticonceptivo son buenos, que por ejemplo cuando se queda una embarazada, que días tomar y que días no, o sea todo eso pues yo sé.

M: ¿Tu embarazo fue planeado?

E1: No

M: ¿Y cuál fue tu reacción cuando te enteraste de que estabas embarazada?

E1: Pues más que nada me asusté, porque pues en primera éramos novios ¿no? Y dije no o sea que va a pasar. Yo le dije "yo no te voy a obligar, si tú quieres hacerte cargo pues adelante, pero si no pues cada quien por su lado, yo hablo con mi mamá y sé que pues me va a perdonar" y pues no, él aceptó hablar con mi mamá, y pues si se enojó pero pusimos ya la fecha de la boda.

M: ¿Y cómo te sientes ahora que ya nació tu bebé?

E1: Ay, pues contenta

M: Bien, pues como sabes, al quedar embarazada, muchas personas te hacen comentarios, ¿qué opiniones sobre tu embarazo han sido las más significativas para ti y de quien o quienes fueron?

E1: Principalmente de mi mamá, que cómo me fue, que si estuve bien, que qué niña tuve, qué bonita, después vino mi suegra, "ay qué bonita niña tuviste, ¿cómo saliste?, no pues bien" y apenas llegó su papá, igual, "uy qué bonita niña, mi niña".

M: ¿Son las que más han significado para ti?

E1: Sí

M: Y respecto a cuando quedaste embarazada, ¿qué opiniones significaron mucho para ti?

E1: Pues ni una, no recuerdo

M: ¿Hubo alguna complicación por estar embarazada? ¿Familiar, en tu cuerpo, en el ser mujer?

E1: No

M: ¿Y cuál ha sido la parte más agradable de estar embarazada?

E1: ¿Cómo? ¿Del cuerpo?

M: De lo que tú me quieras comentar

E1: Pues cuando se movía porque me decía mi mamá ¿no se mueve tu niño? No pues es que yo no se ni qué es, o sea cómo se mueve y cuando estaba acostada se me empezó a mover. Fue como tierrita y desde ese día me empezó a gustar más y más.

M: La comunicación que se daba entre ustedes...

E1: Sí, esa comunicación

M: Y ahora que ya lo conociste, ¿qué piensas y sientes acerca de tu bebé?

E1: Que es muy linda y la quiero mucho

M: Ahora, ya casi para terminar voy hacerte una pregunta digamos imaginaria. Si te hubieran comunicado que no tenías la posibilidad de ser mamá; ¿esto hubiera afectado de alguna manera tu proyecto de vida?

E1: Sí

M: ¿En qué aspecto?

E1: No con mi novio, a lo mejor el día en que yo quisiera casarme y hacer mi vida, sería porque desde un principio yo quería mi familia con un hijo y mi esposo y pues sería muy feo de que, no tendría sentido formar una familia sin un hijo.

M: ¿Qué opciones tomarías en cuenta?

E1: Pues si no tengo ninguna posibilidad, adoptar un bebé

M: ¿Cómo te imaginas en 10 años?

E1: Pues un poco, no muy vieja, ya no alegre como ahorita, ya

M: ¿Por qué ya no alegre?

E1: Porque cambian los tiempos, al menos yo estoy alegre ahorita porque estoy en mi edad, 18 años con mi bebita y todo pero pues a lo mejor en 10 años ya no sea lo mismo, a lo mejor ya nada más voy a tener a mi marido y a los hijos que lleguen o nietos.

M: Muchísimas gracias.

ENTREVISTA 2 (“M”)

Edad: 19 años

Edo. Civil: Casada (1 año)

Ocupación: Ama de Casa

Escolaridad: Carrera Técnica

Religión: Católica

M: Bien, quisiera que para empezar me hablaras acerca de tu familia, algo que quisieras comentar de ella.

E2: Pues ahorita es muy pequeña porque apenas la componemos mi esposo, mi bebé y yo y pues es una familia bonita.

M: ¿por qué es bonita?

E2: Porque mi esposo me quiere a mí, y yo a él, y los dos al bebé.

M: ¿Conviviste con tú mamá durante tu infancia?

E2: Sí

M: ¿Cómo fue su relación?

E2: Bien, bueno de lo que me acuerdo, pues me consentía mucho, bueno no tanto, pero sí, sí sentí que me quiso mucho y me quiere mucho.

M: Cuando entraste en la adolescencia, ¿sentiste algún cambio en tu relación con ella?

E2: Sí

M: ¿En qué sentido?

E2: O sea, que me volví algo rebelde contra ella.

M: Y bueno, a partir de que se supo que quedaste embarazada, ¿hubo algún cambio en la relación?

E2: No, tuve un buen apoyo de ella, porque fue a la primera que se lo confié.

M: Bueno, entonces me comentas que cuando entraste a la adolescencia como que hubo una cierta rebeldía...

E2: Ajá

M: Y ya que entraste al embarazo, en ese sentido sí cambió...

E2: Sí, o sea fue digamos de los 15 a los 17 que fui rebelde contra ella y a los 18 me embaracé y pues ya fue diferente

M: Hubo apoyo, dices

E2: Ajá

M: Con respecto a tu pareja, a partir de que supieron que estabas embarazada, ¿sentiste algún cambio en el trato hacia ti?

E2: No, fue todo igual

M: ¿Tienes hermanas?

E2: Sí

M: ¿Cómo es tu relación con ellas?

E2: Buena

M: ¿Buena en qué sentido?

E2: Me llevo bien con ellas, no peleamos, a veces si discutimos, pero normal, en una relación de hermanos por cualquier cosa, pero es buena con las cuatro.

M: ¿Eres la mayor?

E2: No, soy la más chica de todas

M: Y hermanos, ¿tienes?

E2: También tengo cuatro, soy la última de todos

M: ¿Y cómo ha sido tu relación con tus hermanos?

E2: Buena, porque he recibido apoyo de ellos, en todo, siempre nos hemos llevado bien todos.

M: ¿Cómo se repartían las actividades en cuanto al hogar?

E2: Pues mis hermanos, trabajaban todos y le daban el gasto a mamá y mis hermanas se repartían el quehacer entre ellas, el de la casa.

M: ¿Llegaste a notar que hubiera actividades en que se dijera "esto M no puede hacerlo porque es mujer", o a tus hermanos "no hagan esto porque son hombres"?

E2: No, bueno en cierto modo sí, porque digamos que a los hombres no les dejaban lavar los trastos y recoger la cocina porque según son hombres, yo digo que todos somos iguales.

M: ¿Y a ustedes les limitaron alguna actividad?

E2: No, o sea, el trabajo de hombres si no nos dejaban hacer

M: ¿Y cuál es el trabajo de hombres?

E2: Para ellos por ejemplo, como vivíamos en un rancho digamos, pues ellos iban a sembrar y a cosechar y a nosotros no por lo mismo de que somos mujeres el trabajo es más pesado para nosotras que para ellos.

M: ¿Cómo consideras el trato hacia las mujeres en esta comunidad?

E2: Depende, algunos son así como que algo machistas

M: ¿En qué sentido?

E2: O sea, nada más se hace lo que los hombres digan y pues en otros casos mujeres y hombres es igual.

M: ¿Para ti que es ser mujer?

E2: Para mí es algo maravilloso

M: ¿Maravilloso?, ¿por qué?

E2: Porque tienes varios privilegios, de ser, por ejemplo ahorita de ser madre, de no sé, de llevar una familia bien y todo.

M: ¿Y para ti, qué es ser madre?

E2: Igual, bueno ahorita siento así bonito, desde que estaba en mi panza, se siente algo así como, este, como emoción, o sea se siente bonito, y ahorita ya que lo ves sientes más porque sientes todo lo que estaba dentro de ti aquí afuera contigo se siente, yo siento bien.

M: Desde tu punto de vista, ¿cuáles son las responsabilidades de una madre?

E2: Educar a los hijos, llevarlos hacia una vida bien para ellos con educación, que respeten, que tengan todas sus actividades de hijos.

M: ¿Siempre deseaste ser madre?

E2: Sí

M: ¿A partir de qué momento recuerdas que inició este deseo en ti?

E2: Yo pensaba ser madre digamos que los 22 o 23 años, pero no se dio el caso y ya fui mamá a los 19.

M: Pero, ¿desde cuándo te inició este deseo, cuando recuerdas que dijiste por primera vez "quiero ser mamá"?

E2: Desde que tenía 17 o 18

M: ¿Qué consideras que has aprendido de tu mamá?

E2: Muchas cosas

M: ¿Cómo cuáles?

E2: Pues he aprendido a valorar a la gente, hacer muchas cosas que ella me ha enseñado como tradiciones o algo así, ser respetable con la gente, que no sea grosera, saludar a todos.

M: Muy bien, como sabes, para llegar a este punto en tu vida, pues has pasado por diversas etapas desde tu niñez. Ahora vamos hablar un poco sobre ellas, quisiera que me platicarás cómo fue la experiencia de tu primera menstruación

E2: Para mí, al principio me dio emoción porque ya decía que era yo señorita, fue los 11 años y cuando me manché, pues me emocioné y dije "ya soy señorita, ya no soy una niña" pero ya después me arrepentí porque me daban dolores muy fuertes y era abundante e irregular.

M: Y antes de que sucediera ¿ya tenías conocimiento de lo que iba a pasar?

E2: Sí

M: ¿Por quién vino ese conocimiento?

E2: Por parte de la escuela y por parte de mi mamá, que me decía

M: ¿A qué edad iniciaste a tener relaciones sexuales?

E2: A los 18 años

M: ¿Y cómo fue esa experiencia para ti?

E2: Al principio me sentí extraña

M: ¿Extraña? ¿En qué sentido?

E2: Pues sí, porque sentí que había defraudado a mis padres, porque ellos pensaban que iba yo a salir bien de mi casa, así que me iba yo a casar bien, como dicen llegar al altar virgen y cuando hice, tuve relaciones sentí en momentos emoción porque quiero a mi pareja y él me quiere a mí, y después fue cómo defraudar a mis papás, y ya nada más fue lo que sentí.

M: ¿Hablabas con tú mamá sobre estos temas?

E2: ¿De relaciones? Si

M: ¿Y cómo era esa comunicación?

E2: Buena, me decía en qué momento hacerlo y tomar precauciones, o sea que estaban los preservativos y todo eso para no tener un embarazo no deseado.

M: Y a lo largo de tu vida, ¿cómo consideras que ha sido el manejo de información sobre sexualidad?

E2: Al parecer bueno, sí tengo conocimientos de sexualidad

M: Y estos conocimientos que me comentas, ¿cómo sientes que han influido ya en la vida real, en tus vivencias?

E2: O sea, como me dijeron, de nada me sirvieron mis conocimientos, porque quedé embarazada, bueno en ese momento no pensé en ningún preservativo ni nada, sólo al momento y ya.

M: ¿Cuál fue tu reacción al enterarte de que estabas embarazada?

E2: Mi reacción, fue cómo te digo, cuando tuve relaciones sentí que defraudé a mis padres y cuando supe que estaba embarazada fue peor, dije "no y ahora cómo les voy a decir" y ya lo platicué con mi novio, ahora mi esposo, y decidimos enfrentar las consecuencias, resolverlo, y él fue a hablar con mis papás, y ya, nos dijeron que nos casáramos y nos casamos.

M: ¿Y cómo te sientes ahora que ya conociste a tu bebé?

E2: Feliz, al principio sentía, “no lo quiero tener”, por lo mismo de que tenía miedo, miedo al rechazo de mis padres, pero no, ahora estoy contenta.

M: Supongo que cuando la gente que te rodeaba se enteró de tu embarazo, se acercaron a comentarte cosas, opinar. De esas opiniones y comentarios ¿cuáles han significado más para ti y de quienes fueron?

E2: Toda la gente que me vio me decía que porque me metí en relaciones sexuales, comentarios buenos casi no tuve, nada más de una de mis hermanas que me dijo que le echara yo ganas, que tuviera a mi bebé bien, y que además era un privilegio que Dios me había dado. Y de los demás, me decían “cómo es posible” que “estás muy chica” que no sé que y así me decían, pero de una de ellas sí sentí apoyo.

M: ¿Hubo alguna complicación por esta embarazada? Me refiero a tu situación familiar, tu cuerpo, en el ser mujer, ¿notaste alguna?

E2: No, no tuve, todo fue normal, sólo que me cansaba mucho.

M: Y ¿qué ha sido para ti lo más agradable de estar embarazada?

E2: Todas las atenciones que me dieron.

M: ¿Cómo cuáles?

E2: Pues me cuidaban mucho, me mimaban y sentía yo bonito

M: Y ahora que ya conociste tu bebé, ¿qué piensas y sientes acerca de él?

E2: Pienso que es un bebé tranquilo, no llora, y está muy bonito, siento mucho amor por el

M: Bien, pues ya casi para cerrar, quisiera hacerte una pregunta que no es posible, algo así como una hipótesis. Si durante tu noviazgo o antes, te hubieras encontrado con la noticia de que no podrías tener hijos, ¿esto hubiera afectado tu proyecto de vida?

E2: Tal vez no, porque con una comunicación en pareja, se hubiera hablado y si aceptaba era porque sí me quería, o sea porque hay algunas personas que Dios no las deja tener familia o no la desean, pero cuando no se puede, ni modo, hay que aceptar lo que Dios manda, y yo hubiera aceptado que no podía tener familia y tal vez con una pareja adoptaría un bebé, no sé.

M: ¿Es la opción que tomarías en cuenta?

E2: Sí

M: ¿Cómo te imaginas en 10 años?

E2: Con dos hijos más y con mis hijos ya grandes, una casa, una familia, todo bien.

M: Muchas gracias.

ENTREVISTA 3 (“S”)

Edad: 19 años

Edo. Civil: Unión Libre (1 año)

Ocupación: Ama de Casa

Escolaridad: 2° Secundaria

Religión: No

M: Bien, quisiera que para empezar me hablaras acerca de tu familia, algo que quisieras comentar de ella.

E3: Somos cinco hermanos, 7 con mi papá y mi mamá, y vivimos en una sola casa, con mi esposo. Están conmigo, somos unidos y nos apoyamos, tanto como hermanos, primos.

M: ¿Conviviste con tú mamá a largo de tu vida?

E3: Sí

M: ¿Cómo fue tu relación con ella durante tu infancia?

E3: Pues muy apegada a ella, desde chica, bueno yo porque me han contado, apegadas hasta ahorita, y bueno, pues me casé, también sigo con ella.

M: Cuando entraste a tu adolescencia, ¿hubo algún cambio en la relación entre ustedes dos?

E3: No, al contrario, o sea, ahorita ella, en todo ha estado conmigo.

M: ¿Cambió tu relación con ella a partir de tu embarazo?

E3: No, todo igual

M: En cuanto a tu pareja, ¿sentiste algún cambio en su trato hacia ti a partir de tu embarazo?

E3: Mmm, no, o sea, de hecho, no esperábamos esto, pero o sea, fue una reacción normal, unidos sale todo ¿no? El cambio sería para bien, ahorita está conmigo y ahorita más que nada quiere a su bebé.

M: ¿Tienes hermanas?

E3: Sí, una hermana.

M: ¿Mayor o menor?

E3: Menor, tiene 16 años

M: ¿Y cómo es tu relación con ella?

E3: Pues bien, también ha estado conmigo, me sigue mucho, las únicas mujeres en casa

M: Entonces también tienes hermanos

E3: Sí, hombres, dos mayores y dos menores

M: Y ¿cómo es tu relación con tus hermanos?

E3: Pienso que nos llevamos bien, también están conmigo

M: Me comentas que viven todos juntos

E3: Sí

M: ¿Y cómo se reparten las actividades de la casa entre todos?

E3: Para empezar, es entre mi mamá, mi hermana y yo, porque mis hermanos, pues no, se van a trabajar o a la escuela, nada más las mujeres.

M: ¿Sientes entonces que hay actividades especialmente asignadas para ustedes las mujeres y otras para los hombres?

E3: No sé, pues ellos hacen su trabajo y nosotros el nuestro en la casa

M: ¿Cómo consideras que es el trato hacia las mujeres en este entorno?

E3: Un poco déspota

M: Bien S, ¿para ti que es ser mujer?

E3: Yo digo que, pues algo muy bonito, porque yo no digo "me hubiera gustado ser hombre" porque los hombres son más libres, no tienen de que esconderse, bueno de que tener miedo, sin en cambio pues si, una mujer corre más riesgo, más peligro y es lo mismo que un hombre, pero pues en sí estoy orgullosa de que, de llevar mi sexo, soy mujer, y pues no sé, a lo que corresponde a una mujer, tanto para tener responsabilidades como para ahorita los bebés, dedicarse al hogar completamente es algo muy bonito, estoy muy orgullosa. Pero un hombre también sufre, trabaja y todo eso pero no es igual que la mujer, nada más se dedica a trabajar en sí, y pues una mujer dedica mucho más tiempo, tanto a los niños, como al hogar y al esposo, y él nada más, igual y sí, pero no es lo mismo, la responsabilidad de una mujer como la de un hombre.

M: Y para ti, ¿qué es ser madre?

E3: Este, pues hasta ahorita pues algo muy bonito porque pues siento algo muy bonito de que pues ya tienes a tu bebé, en brazos y pues ya, a empezar una responsabilidad muy grande, tanto como saludable para el bebé, no sé, me siento orgullosa, este, tanto de ser mujer, como de tener un bebé.

M: Desde tu punto de vista, ¿cuáles crees que son las responsabilidades de una madre?

E3: Pues cuidar de él, ver por él en todo, desde pequeño y conforme va creciendo, también darles estudios y lo que uno puede vaya, y no sé, estar siempre con ellos en todo.

M: ¿Siempre deseaste ser mamá?

E3: Pues si, bueno, al principio, desde chiquilla, antes decía yo que no, porque me comentaban que una mamá sufre mucho y todo eso, pero ser madre es muy diferente lo que decía de lo que pensaba ahorita.

M: ¿A partir de qué momento recuerdas entonces que deseaste ser mamá por primera vez?

E3: Como a los 16 o 17 años

M: ¿En qué? ¿Qué viste?

E3: No sé, o sea, me llamaban la atención los bebés, o sea todo eso, como las mamás salían con sus bebitos desde pequeñitos y fue algo bonito.

M: ¿Qué consideras que has aprendido de tu mamá?

E3: Enfrentar responsabilidades, enfrentar muchas cosas, aprendí lo que le corresponde a una mujer, tanto en el hogar como ahorita con los bebés, o sea todo eso.

M: Como sabes, para llegar hasta este punto en que eres mamá, has pasado por muchas etapas, desde que eras pequeña hasta hoy. Vamos a hablar poco de algunas de esas etapas, quisiera para empezar que me comentaras sobre la experiencia, es decir cómo fue para ti tu primera menstruación

E3: Pues algo raro y como que ya no vuelve a ser lo mismo, como antes, tienes que tener más cuidados tanto para una cosa como para otra. No por empezar la regla ya puedes tener un embarazo sino poco a poco va uno aprendiendo.

M: ¿A qué edad comenzaste a tener relaciones sexuales?

E3: A los 17

M: ¿Y cómo fue esa experiencia para ti?

E3: Pues algo muy bonito, es algo natural, y pues no lo tenía en mente, no sé si es normal o no, pero en el momento como que se queda uno "de a seis", pero ya después empieza una a conocer, tanto un hombre como una mujer pasa por todo esto. Algo muy bonito.

M: ¿Hablabas con tu mamá sobre estos temas?

E3: Algunas ocasiones

M: ¿Cómo consideras que ha sido el manejo de información sobre sexualidad a lo largo de tu vida?

E3: Mmmm, ¿cómo?

M: Ha habido mucha información, faltó...

E3: Ah no, todo en su punto, todo lo que tenía que saber, lo aprendí.

M: ¿En dónde?

E3: De la escuela, y sobre eso también platicando con mi mamá

M: Y esta información que me comentas haber recibido ¿cómo influyó en tus vivencias, en la vida real digamos?

E3: Me gustaba vivir lo mío, y no en comparación con lo aprendido en la escuela y pláticas y todo eso, a veces coincidía.

M: ¿Tu embarazo fue planeado?

E3: No

M: ¿Y cuál fue tu reacción al enterarte de que estabas embarazada?

E3: Pues al principio no lo crees, lo tomas con gusto y miedo porque para eso necesita tener uno de todo vaya, un hogar para darle al bebé. Aunque después piensas, "si los demás pueden hacerlo, nosotros también podemos".

M: ¿Y cómo te sientes ahora que ya conociste a tu bebé?

E3: Muy bonito

M: Supongo que cuando quedaste embarazada hubo personas que se acercaron a darte opiniones o consejos, ¿cuáles fueron los más significativos para ti y de quien o quienes fueron?

E3: Pues de vecinos y personas cercanas de apoyo y ánimo, que saliera adelante con mi bebé, y con mi esposo y aunque no era fácil, se podían sobrellevar las cosas.

M: ¿Hubo alguna complicación en tu vida por estar embarazada?

E3: No, malas reacciones de mis hermanos tal vez.

M: ¿Y cuál es la parte más agradable estar embarazada?

E3: Cuando se empieza a mover, la forma de empezarlo a sentir, o sea esas cositas raras

M: Y ahora que ya conociste tu bebé y has convivido con él por un ratito, ¿qué piensas y sientes acerca de él?

E3: Como que lo veo y no lo creo, pero es muy bonito ya tenerlo en tus brazos, es algo que cambia completamente la vida.

M: Ahora te voy hacer una pregunta, digamos en sentido figurado, ¿qué hubiera sucedido si te hubieras enterado de que no podías ser mamá, esto hubiera afectado de alguna forma tus planes, tu proyecto de vida?

E3: Pues psicológicamente sí, pero ya viendo las cosas, pues no, cuando Dios dice, hay que enfrentar lo que viene.

M: ¿Qué opciones hubieras tomado en cuenta?

E3: Por eso hay muchos bebecitos que necesitan una madre, y si yo necesito un hijo, o sea para eso nací...

M: Por último, ¿cómo te imaginas en 10 años?

E3: Pues no sé, llevando a los niños a la escuela

M: Piensas tener más niños...

E3: Pues sí, igual y si, teniendo siempre en mente que los bebés van creciendo y necesitando muchas cosas, estudio y cosas para ellos, teniendo un límite para darles todo y parejo.

M: Entonces te imaginas atendiendo a tus hijos...

E3: Sí

M: Bueno, pues muchas gracias.

ENTREVISTA 4 ("A")

Edad: 24 años

Edo. Civil: Casada (2años)

Ocupación: Cocinera

Escolaridad: Preparatoria

Religión: No

M: Bien, quisiera que para empezar me hablaras acerca de tu familia, algo que quisieras comentar de ella.

E4: Mi familia, pues todos estamos loquitos (risas), no pues todos somos personas común y corriente. Mis padres están separados, se llevan un poquito, ahí mas o menos. Pero de ahí es una familia normal, no trasciende a cosas grandes ni pequeñas es la típica familia

M: ¿Conviviste con tu mamá a lo largo de tu vida?

E4: Si

M: ¿Cómo fue tu relación con ella durante tu infancia?

E4: Un poquito, ¿cómo te explico? No nos llevábamos muy bien, pero cuando llegué a una cierta edad, ya mi mamá y yo ya nos complementamos muy bien, al igual con mi papá, es que era yo la rebelde.

M: ¿Entonces, hubo algún cambio en tu adolescencia?

E4: Si

M: Cambiaron en cuanto a que ya se llevaban mejor...

E4: Si, lo que pasa es que yo fui una niña muy tímida, muy pasiva. y en la adolescencia todo mi ritmo cambió, me volví mas despierta. mas hiperactiva y ya como que hubo mas comunicación con mis papás.

M: A partir de que quedaste embarazada, ¿hubo un cambio en tu relación con ella?

E4: Bastante, mucho más unidas, como es el primer nieto, está fascinada y mi relación con ella es más estrecha

M: ¿Ha cambiado tu relación o el trato de tu pareja hacia ti a partir de tu embarazo?

E4: Si, es más comprensivo, mas cariñoso, o sea, cambió para bien, se siente "papá pavo real" y por eso su trato para conmigo cambió profundamente.

M: ¿Tienes hermanas?

E4: Si, tengo una y un hermano.

M: ¿Cómo es tu relación con tu hermana?

E4: Buena, ella está en otro lado, trabaja en otros lugares y no tenemos mucha comunicación pero tratamos de comunicarnos lo más posible.

M: ¿Y con tu hermano?

E4: Igual, buena

M: ¿Cómo se repartían las actividades de la casa cuando vivían todos juntos?

E4: Ehh, pues yo era la encargada más que nada de la mayoría de las actividades de la casa, aseo, comida, llevar a mi hermano que estaba todavía chiquito a la escuela, esas eran las actividades, yo iba a la escuela, o sea repartirme en varias partes.

M: ¿Notaste que hubiera actividades especialmente asignadas para las mujeres y otras para tu hermano?

E4: Pues, según el pensamiento de mi papá, más que nada, pues "el niño no debe tocar nada porque se le maltratan las manos", pero yo pienso que las actividades deben

de ser igual, incluso lo he visto con mi esposo que igual me ayuda, lava, plancha, cocina, y me ayuda.

M: ¿Cómo consideras que es el trato hacia las mujeres en este entorno social?

E4: Todavía es malo porque todavía hay mucho machismo, que es lo que nos aqueja mucho a nosotras.

M: ¿Para ti que es ser mujer?

E4: ¿Cómo te explicaré? Ser mujer no es ni nada extraoficial, es algo normal a mi me toca una función que por ejemplo es ahorita estar embarazada, a mi esposo le toca otro tipo de funciones, entonces, pues yo me siento normal, no me emociona decir "soy mujer"

M: ¿Y para ti, qué es ser madre?

E4: Bueno, eso, ser madre es algo muy bonito: no tengo palabras para decirte "es esto" Cambia todo tu entorno, más que nada.

M: Desde tu punto de vista, ¿cuáles son las responsabilidades de una madre?

E4: Las responsabilidades de una madre son saber educar a los hijos y saberlos llevar por el buen camino, muy independiente de creencias, de religiones, de lo que sea, se deben llevar siempre por el buen camino, y no nada más es el papel de la mujer sino también el del hombre.

M: ¿Que consideras que has aprendido de tu madre?

E4: Muchas cosas. la valentía, el valor, las ganas de hacer las cosas.

M: ¿Siempre deseaste ser mamá?

E4: Si desde chiquita.

M: ¿A partir de que momento te acuerdas que inició este deseo en ti?

E4: Mira, me acuerdo que desde los 6, 7 años ya soñaba con tener una familia, ser independiente, trabajar o sea, la vida ideal, no tanto ser la ama de casa, la que lava no, incluso hasta ahorita se me ha realizado todo lo que he planeado.

M: Bien, pues como sabes, para llegar al punto en el que estás has pasado por diferentes etapas, para ser mamá. Entonces vamos a hablar un poco sobre esas etapas y quisiera que para empezar me comentaras ¿cómo fue la experiencia de tu primera menstruación?

E4: Pues fue rara, fue a los 12 años, estaba haciendo la tarea, y de repente sentí. Afortunadamente mi mamá estaba en la casa y ya medio me explicó lo que pasaba pero son sensaciones muy raras la primera vez.

M: ¿Sabías lo que iba a suceder?

E4: Si sabía la teoría, aunque la practica te confunde, te preguntas ciertas cosas, pero afortunadamente ahí estaba mamá para explicarme todo.

M: ¿A que edad iniciaste a tener relaciones sexuales?

E4: A los 22

M: ¿Y cómo fue esa experiencia para ti?

E4: La primera vez fue amarga, porque tú entregas no solo la virginidad, sientes que es el chico perfecto, que es el momento, y te salen con una tontería pero ya después inicié una relación que ya fue con mi esposo y fue totalmente diferente.

M: ¿Hablabas con tu mamá sobre estos temas?

E4: No porque eso si lo tenía más reservado porque mamá es un poquito, o sea "a la antigüita". entonces me daba pena, ahorita ya puedo platicar, ya le tengo más confianza. pero de momento no se lo platiqué.

M: ¿Y cuales eran tus fuentes de información?

E4: La escuela, en ese aspecto si tuve mucha información, porque yo dije "cuando llegue el momento quiero estar preparada porque ahorita no quiero embarazarme, más que

nada porque no me siento preparada para tener un hijo", entonces la escuela, información de anuncios, o sea de todo tipo agarré.

M: Entonces consideras en este aspecto que el manejo de información era bueno...

E4: Para mi si, bueno, porque nunca me he quedado con una duda. Siempre he preguntado.

M: Y a la hora de aterrizar esa información en tus vivencias ya reales, ¿cómo te fue?

E4: Bien, es primero nerviosismo, pero ya después me hice responsable.

M: ¿Tu embarazo fue planeado?

E4: No al 100% pero si, ya teníamos ganas de tener un hijo, incluso teníamos ciertos problemas porque no podía yo embarazarme, entonces cuando llegó el momento, pues fue una felicidad para los dos.

M: ¿Cuál fue tu reacción al enterarte de que estabas embarazada?

E4: A la vez fue triste, porque nos habíamos peleado entonces les dije a mis papás que me sentía yo mal, me hice la prueba y salió positiva, y para nosotros fue una alegría, nos pusimos a llorar nos abrazamos, nos besamos, fue algo muy hermoso.

M: A partir del embarazo las personas se acercan a brindarte consejos, opiniones, comentarios, de estos, ¿cuales han sido los más significativos para ti y de quiénes han sido?

E4: Pues de mi mamá, me empieza a decir vas a sufrir esto, vas a sufrir lo otro" y me hace decir "mejor no me hubiera yo embarazado" (risas), también mi hermana que es medico me contó del parto, etc por la cercanía que tengo con ellas, más que nada son las más significativas.

M: ¿Ha habido alguna complicación en tu vida por estar embarazada?

E4: Pues no, si cambia tu cuerpo, si cambia tu manera a veces no de pensar sino de sentir, a veces te vuelves más sublime, a veces te enojas, a veces estas llorando, pero de ahí no pasa. Es un poco complicado también en el sentido físico, tienes que pedir ayuda.

M: ¿Y cual es la parte mas agradable de estar embarazada?

E4: Saber que tienes una personita dentro, a veces no "te cae el veinte" pero cuando lo sientes o se mueve, tienes sensaciones raras.

M: ¿Que piensas y sientes acerca de tu bebé?

E4: Pues me preocupo porque sea sano, que no le falte nada, me pongo a planear su infancia: juegos, fiestas disfraces, cositas así, chistosas, es algo muy bonito.

M: Me contabas que tuviste problemas para embarazarte, si te hubieras encontrado con la noticia de que no podías tener hijos, ¿cómo hubiera afectado esto tu proyecto de vida?

E4: No afectaría mucho porque yo tengo la idea de adoptar un hijo, aparte de los míos, o sea, mi familia está planeada para tres hijos, dos naturales y un adoptivo. Entonces no hubiera afectado tanto, pues mi proyecto es igual al proyecto de mi esposo, entonces no hay mucha comparación.

M: ¿Cómo te imaginas de dentro de 10 años?

E4: Umm, trabajando, mi negocio creciendo, tener otro aspecto de vida. Una economía más estable, mi hijo creciendo, yendo a la escuela con su hermana o hermano, pues la familia ideal, más que nada.

M: Muchas gracias

ENTREVISTA 5 (“D”)

Edad: 22 años

Edo. Civil: Unión Libre (1 año)

Ocupación: Ama de Casa

Escolaridad: Preparatoria

Religión: Católica

M: Bien quisiera que para empezar me hablaras acerca de tu familia algo que quisieras comentar de ella.

E5: Bueno, he recibido durante mi embarazo mucho apoyo de ellos, de mi esposo igual, y pues creo que ahorita más que nunca me están dando ese apoyo, mas ahorita que me siento un poco débil, y no se, extraña por lo de la bebé y los dolores y todo eso. Entonces he recibido el apoyo suficiente de ellos.

M: ¿Te sientes extraña como en qué sentido?

E5: Así como que para darle de comer a la bebé, cambiarla, no sé, se me hace un poquito difícil

M: Por la falta de experiencia...

E5: Si, como que en eso me apoyan bastante.

M: ¿Conviviste con tu mamá a lo largo de tu vida?

E5: Si

M: ¿Cómo fue tu relación con ella durante tu infancia?

E5: Pues hubo mucha confianza, ella desde un principio nos enseñó a, nos dio confianza porque siempre nos hablaba con la verdad y nos decía de lo que nos teníamos que cuidar, que teníamos que hacer y que no, y aparte ella siempre nos contaba sus experiencias, como ahorita para tener un hijo y eso, creo que está bien.

M: Cuando entraste en la adolescencia, ¿sentiste que hubo algún cambio en la relación entre ustedes dos?

E5: Si, un poco, porque como yo ya no le contaba todo lo que me pasaba o cosas que hacia en las que ella se pudiera molestar y eso, no se las decía.

M: A partir de tu embarazo, ¿sentiste algún cambio en la relación entre ustedes?

E5: Mmm, si, porque sentí que ella no esperaba mi embarazo muy pronto, porque ella siempre me decía que me cuidara. que no me embarazara luego y cultivara mi relación Si sentí un cambio porque sentí que le había fallado. Aunque al principio ella se molestó y se portó un poco indiferente, pues ya después fue normal, ya me daba consejos.

M: ¿Has sentido cambios en tu relación de pareja, en su trato hacia ti, a partir de tu embarazo?

E5: Sentí más apoyo de él, un poquito más consentidor preocupado por el embarazo, siempre estaba pendiente de que comiera bien, cambios positivos.

M: ¿Tienes hermanas?

E5: Si, dos menores.

M: ¿Y cómo es tu relación con ellas?

E5: Pues creo que buena, hasta ahorita, con la mas chica un poquito menos por la edad, no hay mucha confianza de ella hacia nosotras, pero con la que sigue de mi, si hay mucha confianza y una bonita relación.

M: ¿Y hermanos, tienes?

E5: Si, el mas pequeño

M: ¿Y cómo es tu relación con él?

E5: Pues con el hay un trato mas de niño por su edad.

M: ¿Vives con tu familia o aparte?

E5: Aparte

M: Cuando vivían todos juntos, ¿cómo era la repartición de las actividades de la casa?

E5: Por edades, si tu eras mas grande, te tocaban trabajos mas difíciles y por ejemplo, mi hermano mas chiquito pues mandaditos sencillos y así.

M: Tu hermano es pequeño, pero ¿llegaste a notar en él, que la asignación de sus tareas era diferente por ser hombre a por ejemplo, las que a ti te asignaban a tu edad?

E5: Si, por ser el único hombre un poquito, pero no mucho, en mi familia nunca nos dieron actividades pesadas pero con él si era un poco mas consentido

M: ¿Llegaste a notar que a ti o a tus hermanas les limitaban alguna actividad por ser mujeres?

E5: No siempre nos trataron igual, casi no hubo diferencias entre mi hermanito y nosotras como mujeres

M: ¿Cómo consideras el trato hacia las mujeres aquí en Pachuca?

E5: Yo creo que en lo poco que me ha tocado vivir, pues he visto que hay un poco de maltrato emocional porque a veces te critican a ti mas como mujer que como hombre, y te hacen un poquito menos porque como mujer no puedes hacer ciertas cosas y un hombre puede hacer más cosas.

M: ¿Para ti que es ser mujer?

E5: (risas) Pues yo siempre me sentido bien siendo mujer, siento que estoy satisfecha con lo que me tocó ser, porque hasta ahorita he disfrutado la vida de una mujer y creo que no me ha ido tan mal, no me puedo quejar.

M: ¿Y para ti que es ser madre?

E5: Es lo más bonito porque pues ya tienes una responsabilidad más grande en cuanto a cuidados y educación, es bonito pero como que siento que me va a ser un poco difícil en cuanto a eso porque a veces tengo dudas y siento que no la voy a poder educar.

M: Y ya que hablas de responsabilidad, desde tu punto de vista, ¿cuáles consideras que son las responsabilidades de una madre?

E5: Cuidarla de enfermedades, darle educación, alimentación adecuada, vestido y creo que eso.

M: ¿Siempre deseaste ser mamá?

E5: Si

M: ¿,A partir de qué momento recuerdas que lo deseaste por primera vez?

E5: Uy, siempre me han gustado los niños y siempre tenia la ilusión de llegar a ser mamá algún día, y pues, a los 19 o 20 años ya era muy real, porque con menos edad lo piensas un poquito más.

M: ¿Que consideras que has aprendido de tu mamá?

E5: Mucho, porque ella siempre nos aconsejaba por ejemplo de las cosas que a ella le habían pasado, por ejemplo de mi desarrollo físico ella siempre me hablo desde un principio de lo que nos iba a pasar y muchas cosas, en cuanto a educación ella siempre estuvo al tanto de eso, consejos y todo.

M: ¿Consideras que todo eso que has aprendido, lo piensas llevar a cabo con tu bebita?

E5: Pues si, yo digo que si.

M: Bien, y ya que hablaste también de desarrollo físico, pues para ser mamá, como sabes, vamos pasando por diferentes etapas desde que somos chiquitas hasta este

punto. Vamos a platicar un poco sobre esas etapas, y quisiera que para empezar me hablaras sobre la experiencia de tu primera menstruación, ¿cómo fue para ti?

E5: Pues bonita, porque, como mi mama ya me había hablado antes de eso. Pues esperaba el día en que me pasara y cuando pasó, pues estaba feliz porque ya era mujer.

M: ¿Y a que edad iniciaste con las relaciones sexuales?

E5: A los 21

M: ¿Y cómo fue esa experiencia para ti?

E5: Mmm, pues bonita porque fue dentro de mi matrimonio, pero así como disfrutar mucho la primera vez no, porque estaba nerviosa, no sé, con el tiempo fue más fácil para mi.

M: ¿Y cómo consideras que ha sido el manejo de información sobre sexualidad a lo largo de tu vida?

E5: Pues he tenido información.

M: Y a la hora de aterrizarla a la vida real ¿cómo te ha ido?

E5: Como que no puse en practica mis conocimientos, como que se olvidaron.

M: ¿Tu embarazo fue planeado?

E5: No fue planeado, pero si fue deseado, lo esperaba.

M: ¿Cual fue tu reacción al enterarte de tu embarazo?

E5: Feliz, si estaba feliz

M: Muy bien. ¿y como te sientes ahora que ya conociste tu bebé?

E5: Muy feliz, porque ya lo deseaba, que naciera, era mi mayor deseo conocerla, ya tenerla en mis brazos, verla, acariciarla, besarla.

M: Cuando una mujer se embaraza, se acercan personas a dar opiniones, consejos, comentarios, ¿cuales han sido los mas significativos para ti y de quienes fueron?

E5: De mi mamá porque ella me platicó por todo lo que iba a pasar, ella fue la única persona.

M: ¿Hubo alguna complicación en general en tu vida por estar embarazada?

E5: Infecciones

M: Complicaciones físicas...

E5: Sí, nada mas

M: ¿Y cual es la parte más agradable de estar embarazada?

E5: Los movimientos del bebé, la mía desde los cinco meses se movía mucho y me gustaba mucho.

M: ¿Que piensas y sientes sobre tu bebé?

E5: Que es muy bonita y siento mucho amor y mucha ternura.

M: Si en algún momento, digamos en sentido figurado, te hubieras encontrado con la noticia de que no podías ser mamá, ¿eso habría afectado tu proyecto de vida?

E5: Yo creo que si, porque mi mayor ilusión era algún día casarme y tener familia, si me hubieran dado esa noticia me hubiera afectado mucho.

M: ¿Y que opciones habrías tornado en cuenta?

E5: No sabría decirte.

M: ¿Cómo te imaginas en 10 años?

E5: Pues toda una señora con una hija grandota, una mamá consentidora.

M: Muchas gracias.

ENTREVISTA A PROFUNDIDAD

- **Edad:** 46 años
- **Lugar y año de nacimiento:** Pachuca, Hgo, 1958
- **Ocupación:** Ama de Casa
- **Escolaridad:** Primaria
- **Edo. Civil:** Casada
- **Religión:** Cristiana Evangélica
- Madre de tres hijos: La mayor, casada de 30 años con dos hijos, una hija soltera de 28 años, y un hijo soltero de 24 años

- Yo, de lo que yo me acuerdo te voy a platicar, de hace, ¿que edad tendría?, unos 5 años, yo vivía con mi abuelita; en sí no viví con mi mamá. Considero que al estar viviendo con mi abuelita, fui algo consentida, pero lo que viví de mi mamá, pues sí me lastimaba porque ella fue una persona, que ¿como te diré?, pues sí vivía con un señor, entonces pues en momentos estaba viviendo conmigo y en momentos no.

M: ¿En ese entonces eras hija única?

- Deja acordarme, ya estaba una de mis hermanas más chica que yo. Cuando mi mamá me dejó con mi abuelita, te estoy hablando del Kinder, yo ya no la vi. Entonces como que en eso no me daba yo muy bien cuenta qué había pasado. Ya después yo veía que.... porque al señor realmente yo no lo conocía, llegaba mi mamá, llegaba pues yo creo que cuando peleaba o discutía con él porque era un señor tremendo ¿no? Y ya estaba allí ella, y yo la veía ya con mi hermana como quien dice, y como que yo no me explicaba que era lo que pasaba. Sí me dolía cuando me dejaba porque pasaban unos dos, tres meses y el señor la convencía, se iba y me volvía a dejar; una vez me acuerdo que yo la vi guardando cosas y le dije "¿a donde vas mamá?" y me dice "pues ya me voy", "me voy contigo", "No". Entonces del otro lado estaba mi abuelita y entré llorando y le decía "Ya se fue mi mamá", Ya tenía a las dos y agarro y se fue, era cuando a mi me dolía, decía yo: "¿porque me dejan?" y te digo con mi abuelita era yo feliz, o sea, no una niña que me sintiera desprotegida porque mi tía me cuidaba, me veía.

M: Ahí vivía también...

- Ella trabajaba, pero cuando llegaba era yo su consentida...

M: O sea que tu hermana se iba con tu mamá...

- Sí, a ella si se la llevaba, y al año tuvo a la otra luego luego, a mi no me llevaba ¿por qué? Porque el señor yo creo que no quería que me llevara y hasta cierto punto estaba bien porque era un señor que la golpeaba mucho. Una ocasión estando ahí parada con mis dos primos llega una vecina de mi mamá y estábamos ahí parados y les dice a mis primos "Oigan avísenle a Juanita (mi abuelita) que este señor Chucho ya está golpeando a

María", imagínate, y entonces mis primos me dicen "no le digas nada a mi abuelita", porque ella era de armas tomar, como una mamá ¿no?, y yo sí le dije "Mamá Juanita, acaba de venir Paulita a decir que Don Chucho le está pegando a mi mamá". Yo tenía 5 o 6 años y lo que recuerdo es que mi abuelita me cogió de la mano y ¡Vámonos! Y llegó mi abuelita y este hombre le estaba pegando a mi mamá, y yo me acuerdo que mi abuelita de coraje hasta se metió en un caso de agua y bueno, me acuerdo que se la quitó, y en ese momento como niña cuando yo veía el pleito pues sí me espanté, ver a mi abuelita meterse en el caso de agua, me hizo reír, pero aquello me dolía. Y entonces mi abuelita dijo ¡Vámonos!, cogió a mi mamá, a sus dos niñitas, que lloraban mucho y la señora, la mamá de él, defendiendo a mi mamá, era una cosa que ay, y entonces se las trajo mi abuelita.

Mi mamá, yo me pregunto ¿qué pensaría? Porque se regresaba con él, y me volvía a dejar, yo creo que así estuvimos, yo todavía me acuerdo como de unos 9 años que esa era la vida que a mí me dolía, pero, o sea, me dolía por mi mamá, pero, independientemente, viviendo con mi abuelita y mi tía yo era feliz, porque ellas me trataban muy bien.

A mi papá no lo conocí, nunca supe quien fue, nunca nada. A lo mejor me haría un poco falta, porque pues por decir, tener una figura paterna, por eso me haya hecho falta, pero por el amor que me dieron mi abuelita y mis tías no, porque ellas me daban todo lo que yo pedía y quería, desde cosas hasta amor, porque me quisieron mucho, y luego que era yo la niña ahí, porque pues mis primos, porque también los hijos de otras tías los dejaron ahí también, mi abuelita los crió.

M: O sea que a tus primos, su mamá los dejó ahí también con tu abuelita...

- Sí, a mi primo Pepe, ese si totalmente lo abandonó, mi abuelita lo crió; a mi papá no, mi tía se fue a trabajar a México y lo crió sí, pero...

M: ¿Tu papá?

- Bueno, le digo papá, pero es mi primo, a él fue al que vi como figura paterna, y hasta la fecha yo veo que me quiere mucho, pero pues es mi primo, que tampoco tenía papá, pero su mamá lo venía a ver de vez en cuando. En ese aspecto, te digo, si fui consentida, lo que más me dolía era cuando mi mamá cometía, no sé, errores, a fin de cuentas, se quedó a vivir con nosotros, ya estaba embarazada de mi hermana la más chica, y ya no se fue. Porque cuando estaban solo mis otras dos hermanas vivió con él, no sé cuantos años serían; pero ya cuando mi hermanita iba a nacer, ya no se fue, se quedó y se fue a trabajar a México, le consiguieron trabajo. Y fíjate que este señor llegaba y le metía ¡cada susto! Supo que mi mamá se fue para México, llegaba espantaba queriéndole quitar a las niñas y pues claro que yo me espantaba igual. Y fíjate que mi tía ¡qué valor se daba! Llegaba mi tía Carmen y mi abuelita le platicaba la situación, y una ocasión mi tía si se armo de valor y fue y de veras le dijo hasta de lo que se iba a morir, yo me acuerdo que lo ofendió y le dijo " ¡y no quiero volverlo a ver por allá!", "creo yo que su vida con María ya terminó, por el maltrato que le dio".

Desde esa vez yo ya no lo vi, yo ya no supe de este señor, porque fíjate, eran la una de la mañana y antes de que mi mamá se fuera para México, llegaba y tocaba la puerta, casi la tiraba, mi abuelita, que ya estaba enferma, le decía "no salgas", yo me levantaba con ella para ver que pasaba; y mi mamá preguntaba pero no le contestaban y salía a ver quien era y ya no había nadie. Los vecinos igual salían al oír los toquidos y le decían "No María, no salga" y pues me daba miedo, esa vida que mi mamá llevó; por eso yo decía "Señor, yo no quiero vivir algo así".

Otra ocasión llegó y le tocó a mi mamá, pero ahí si ya estaba en la barda, pero estaban mis dos primos y salieron, agarraron un palo y este hombre al verlos se espantó y se cayo de la barda y entonces mi abuelita decía "que no lo alcancen, porque entonces ya con el coraje le van a pegar" y no volvimos a saber de él, con esa corretiza que le pusieron, porque se tardaron, nosotros tenemos entendido que no le pegaron, pero eso sí, jamás volvió. Esa situación me traumó, porque luego lo veía yo en la calle bien tomado, y si yo llevaba a alguna de mis hermanas, como podía, pues estaba chica, la jalaba y me la llevaba porque sentía que me la quitaba. Eso de niña era lo que mas me dolía, ya no me duele, sí recordarlo, pero ya no, y que me dejaba en la infancia.

Cuando mi hermanita nació, mis tías le pidieron a mi mamá, "Quédate un tiempo por la niña", y ya estaba mi abuelita enferma. Pues haz de cuenta que nació Mary, mi abuelita se enfermó, le dio embolia igual que ahora a mi mamá, y de esa embolia, ya no se recuperó y mi mama ya se quedó con nosotras. Ya tenía yo como 11 años. Mis tías sustentaban la casa mientras mi mamá cuidaba a mi abuelita.

Ya cuando mi mama regresó entonces me pegaba, a lo mejor porque ya comenzaba yo a ser rebelde, porque sí, no aceptaba yo el que ella me mandara, y yo le decía que ella no tenía por que mandarme, y entonces se enojaba y me pegaba, o sea de alguna manera quería hacerme entrar en razón. Y mi abuelita le decía "no le pegues", pero si yo no quería hacer las cosas, pues me pegaba.

Y fíjate que un tiempo mi tía Carmen me llevo para México, me tuvo allá un tiempo, a lo mejor porque mi abuelita le decía que mi mamá me pegaba, que yo me ponía rebelde, que sé yo, y ya estuve allá un tiempo sin estudiar, y ya yo le decía a mi tía que me quería venir para Pachuca, porque si extrañaba, y ya me trajo pero estaba yo como en 4° año cuando no se qué problemas tendrían ellas, mi tía me cuenta que salió y cuando regresó mi mamá estaba platicando con un señor y nosotras tres estábamos con ella, yo de eso no me acuerdo, pero mi tía si se molestó bastante, y entre sus pleitos y eso, decidieron llevarme para México a vivir con uno de mis primos, al que le decía yo "papá", que ya tenía a su esposa y a sus hijos, me llevaron para allá, como que para darle un escarmiento a mi mamá, pero yo decía "¿qué escarmiento le van a dar si yo siempre he vivido con mi abuelita?", yo realmente nunca viví con ella: cuando dejó a este señor, se fue para México, cuando regresó, mi tía me llevó a México, regreso, otro tiempo se disgustan y entonces me mandan a México a vivir con mi primo.

Y entonces ahí como yo a él le decía "papá", y mira que el siempre me trato muy bien o sea yo lo vi como un padre porque así me trato, pero para esto tú sabes que la esposa no siempre está de acuerdo, entonces al estar viviendo ahí, ella me pidió de favor que no le

dijera papá y le dije "¿y qué hago si él me pregunta?". "Cuando estés conmigo dile primo", entonces me fui imponiendo a decirle primo, y así le hicimos, y pues eso también fue algo que me dolió, dije "no es mi papá".

Entonces al estar ahí, de parte de la señora, muy mal trato y no nada mas yo, cuando iban mis hermanas, porque al decirle papá yo, también ellas lo hacían, entonces resulta que no nada mas yo fui maltratada, también mis hermanas. A la mejor no fue un maltrato, siempre era con palabras, porque nunca me pegó la señora, pero si con sus palabras me lastimaba, me decía "si yo oigo que le vuelves a decir papá, te voy a poner a lavar la ropa" y me ponía así trabajos. Una ocasión me puso a lavar, te estoy hablando que era yo una niña de 12 años, la ropa, pero mira era un roperío, "y así me lavas", me dijo, como estaba yo ahí viviendo, pues ya después era yo la que lavaba; "así me lavas vidrios", pues yo era la que lavaba vidrios, "así me lavas baños", pues yo lavaba baños. Yo a lo único que tenía derecho era a ir a la escuela, regresar, y toda la tarde estar trabajando. Y luego eran como las 10, 11 de la noche, llegaba mi primo y me decía: "¿por qué estás haciendo hasta ahorita la tarea?", y yo pues no le decía que era por hacer quehaceres y ella le decía: "Pues para que veas como es de floja, tiene toda la tarde para hacer la tarea y no, se pone a jugar, y yo por mas que le digo, para nada"; mi primo me regañaba, por supuesto, y yo, fíjate nunca contradije a la señora, porque decía: "no pues estoy viviendo aquí, me va a tratar más mal", y entonces me quedaba callada. Y así era, mira, una ocasión llegó la esposa de mi otro primo y le dijo: "Ya Fabiola, no te mandes, la tienes siempre, si no es lavando baños, lavando la escalera, vidrios, que sé yo", y tenía a su hermana dice: "¿Por qué no pones a tu hermana a que le ayude?" y le respondía "Es que tu realmente no sabes los problemas que vivimos con ella" y me quedaba yo pensando. Otra cosa, me hacían mucha burla de mi religión y me daba mucha tristeza.

Le hablé a mi tía para contarle lo que estaba pasando, y me dijo que ella iba a hablar con mi primo. Bueno, no pero la señora iba de mal en peor. Mira, una ocasión le dice mi primo: "En la tarde yo quiero llevar a mi hijo y a mi prima al cine", entonces me los mandas con tu hermana y nos vemos en tal lado". Pues yo en ese tiempo y hasta ahorita no conozco México. Me arregle bien emocionada, el niño también y ahí vamos con la hermana, y para esto llegamos y mi primo no había llegado. Entonces su cuñada me dice: "Vamos al centro comercial que esta ahí", y fuimos, entonces me dice "ten", como 3 carritos, le digo, "¿los vas a comprar?", me dice: "no, guárdatelos abajo del suéter" y yo, mira bien obediente me los guardo y ahí voy caminando, y entonces yo necesitaba una reata que me pidieron en la escuela, y hasta la reata me dijo que me la guardara; yo vi que ella se echo varios prendedorcitos, varias cosas en su bolsa, entonces a la hora de la salida le dicen a ella "abra su bolsa por favor", y le dice ella, "no, ¿para qué?", "¿está segura que no lleva nada?", y dice "no, yo no, quién sabe revísenla a ella", entonces ella se echa a correr y yo me echo a correr tras de ella y se me salen las cosas, y a la hora que se me salen el señor me agarra. Yo ya nada mas me quedé así, y me dice: ¿por qué llevaba los carritos?, yo nada más le dije: "es que ella me dijo que me los guardara", y entonces cuando ella iba corriendo con el niño se encuentra con mi primo por la puerta, y él le dice: "¿qué pasó?", y ella le dice: "es que tu prima se robo varias cosas y ahora mira, nos vienen correteando". Y ahí tienes que les dijo que me dejaran, pagó las cosas como si no me conociera, como si no supiera quien era su familia, ya ni fuimos al cine, y llegando a la casa le dice a su esposa: "Fíjate que me siento muy apenado contigo y con tu hermana por lo que hizo mi

prima", "¿pues qué hizo?", dice ella, y le responde su hermana, "pues fíjate que robó esto y esto" y yo le dije: "es que tu me dijiste que me los llevara, y ella respondió: "y mira, todavía me achaca cosas que no son. Entonces me dice mi primo, "Pues por mentirosa y por haber robado...", y me puso una... que para qué te cuento, y todavía al otro día me levante bien adolorida (porque me dio con el cinturón y con la hebilla) y me dijo su esposa "ya no vas a ir a la escuela", le digo "¿pero por qué?", "es que lo que has hecho, lo que te ha enseñado tu familia y eso que según son cristianos, mira nada mas"; y me regañó, y me dijo "Y ahora me toca a mi, porque mira los problemas en que has metido a mi hijo, lo que le has enseñado, a mi hermana, personas que hemos estado enseñadas siempre a hablar con la verdad, mucho menos a robar...", bueno, olvídame me dijo..., y ya me puse a hacer quehacer y todo lo que ella me puso.

Y entonces, llega su esposa de mi otro primo y dice: "¿qué paso, y ahora por que no fue C a la escuela?" y la esposa de mi primo le cuenta: "no, es que ella es esto y lo otro" entonces ella le responde: "¡Ay no, discúlpame pero eso si no te lo creo, esa fue tu hermana, a mi no me quieras ver la cara, yo sé quienes son ustedes!", ella si se le enfrentó, dice "y ahorita le hablo a Carmen (mi tía), entonces le llamaron y yo también le llamé para contarle lo que pasaba. Entonces mi tía que pide permiso y que se va por mí, fue como me sacaron de ahí. Son cosas que a lo mejor con el tiempo las vas superando, pero si se te quedan grabadas.

Fue mi tía por mi, le conté que la esposa de mi primo me había dicho que ya no iba ir a la escuela. No me habían sacado, solo habían pasado uno o dos días, pero ellos decían que no iban a estar pagando de más por mi educación si no hacia yo las cosas como debía de ser. Y me dice mi tía "Pues si ellos no están pagando, estoy pagando yo". Entonces ya me llevó mi tía con ella para acá para Pachuca con mi mamá. Yo creo que estuve con ellos como 8 o 9 meses, porque hasta perdí ese año en la escuela. Regresé no me acuerdo si a 4° o 5°, y creo que las cosas entre mi mamá y mi tía ya se habían arreglado porque yo ya vi todo muy bien, muy tranquilo, tendría como 12 o 13 años y de ahí en adelante ya viví una vida tranquila, porque yo a mi mamá ya la vi muy bien, ya no tenían los problemas que tenían antes; mis hermanas las veía yo muy bien.

Fíjate que un tema que no podía yo tocarle a mi mamá, al menos como mujer: tu menstruación o las relaciones sexuales, nada de eso, yo no podía tocar uno de esos temas con mi mamá, para nada, entonces no había mucha comunicación.

M: ¿Cómo te diste cuenta de eso?

- Pues yo me di cuenta cuando llegó mi primera menstruación, y que yo no sabia nada, pero nada, y yo me quedé diciendo: "¿Qué pasa?"

M: No entendías lo que te había sucedido

- No no no, para nada, ya tenia yo 14 años y yo estaba bien cerrada de ojos y entonces yo con quien me arrimé fue con mi abuelita, ella me dijo que no me preocupara. Ella le preguntó a mi mamá que por qué no me había explicado, yo sé que la situación para mi mamá era difícil porque tenia cuatro hijas, mis tías le ayudaban, entonces, tu sabes lo que

a la mejor estaría ella viviendo con ellas ciertos problemas, y luego mi abuelita enferma, entonces... y luego aparte de eso cuando yo le pregunté como nacía un niño, me dijo: "Por favor no hagas ese tipo de preguntas", y me di entonces cuenta en la escuela, con las compañeras, en una revista, así y te digo, la primera vez que a mi me llegó la menstruación, yo no sabía nada, nada de nada. Ya me explicó mi abuelita, medio me explicó mi mamá porque como que no quería explicarme o decirme, le costaba mucho trabajo fijate.

M: Y esto ¿cómo influyo en tu manera de reaccionar ante este evento? porque se ve de manera diferente, ya que hay chicas que lo ven con mucho gusto, otras no, otras con indiferencia, etc.

- Yo lo vi malo, porque para mi mamá era malo, eso era malo, no era bueno, yo ya vine a entender que era una cosa buena para la mujer y todo eso pues ya grande, yo ya tendría como unos...., créeme que cuando me case, yo todavía lo veía malo, no era bueno. Mi abuelita medio me explicó, pero también me dijo que no debía yo ir a la iglesia así, era muy malo; aunque me dijo que era normal, que a todas nos pasaba, que no me preocupara. Pero cuando quería saber más acerca de temas como ese, mi mamá me decía: "Por favor no hagas ese tipo de preguntas, tu no tienes por que saberlo, ya llegará tu tiempo", pero te estoy hablando de que yo ya tenía como 14 años y ya, me quedé con la idea de que era malo; ya hasta en el tiempo de casada y hasta iba yo a tener a mi hija, todavía no lo veía yo muy bueno. Yo digo que mi mamá, no sé si por todo lo que vivió, el sexo lo veía malo, bueno, a lo mejor como ella lo vivió, pues si era malo, pero viéndolo bien ante dios, pues no es malo, es algo que dios instituyó para ser feliz.

M: Entonces, no solo la menstruación, sino ¿todo lo relacionado con sexualidad era malo para ti?

- Si, es más, cuando yo me casé, yo decía ¡Ay Dios mío! Y también cuando estaba embarazada, y luego si voy a darle la noticia a mi mamá de que estaba embarazada, me dice: "Ni siquiera sabes en lo que te has metido y lo malo que es eso", palabras así, que me dejaban pensando, bueno, el que yo me haya ido con mi pareja, pues si era malo, pero ya el estar embarazada, yo no lo sentía como malo, aunque mi mamá pensaba que así era.

M: Volvamos a cuando regresas a vivir con tu mamá, más adelante hablaremos otra vez de este tema.

- Ya llegando con mi mamá todo caminó bien, las cosas cambiaron, cambiaron mientras yo no tuviera un novio, porque el día que yo tuve un novio, ese día me pego, que no era bueno que yo tuviera un novio y me repegó y me repegó. Mira, de veras nada malo estábamos haciendo, únicamente agarrados de la mano y se me hizo fácil decirle que era mi novio, tenía yo 14 años y me pegó y ya no me dejaba salir sola, ella siempre conmigo. Yo entiendo que no quería que viviéramos eso que ella vivió, y no me dejó. Yo creo que el que me lo negara hacia que si lo hiciera. Anduve con otro muchacho, también lo supo, y me volvió a pegar; entonces eran cosas que las veías malas, porque no hacías nada malo, pero si te pegaban era porque era malo, tu así pensabas.

Le pregunte a mi mamá que qué de malo tenía el que yo tuviera ese novio aunque no fuera cristiano como nosotras. "Es que esos muchachos beben, toman, fuman, y cuando se emborrachan, te pegan" pues sí, tenía razón, porque ella había convivido con un hombre así que tenía mujeres, era borracho, la golpeaba, y de qué manera golpeaba, la dejaba hasta inconsciente; entonces en eso sí tenía razón mi mamá. Y ya, seguí estudiando, ya no hice por buscar problemas, entonces mi mamá y yo estábamos muy bien, mi abuelita, todo muy bien, caminando favorablemente.

Conocí a Julio cuando tenía ya casi 15 años, habló directamente con mi mamá y con mi tía, él tenía 21 años. Mi tía le pidió a mi mamá que me diera permiso, porque él sí era cristiano. Fuimos novios como por un año, lo que tu quieras, y ya me fui con él.

M: ¿Qué te llevó a tomar esa decisión?

- Fíjate que fue un error, porque a veces me sentía yo por mi mamá muy maltratada, a lo mejor por ser adolescente, pues sientes las cosas más grandes, pero como ni mi abuelita, ni mi tía me pegaron nunca, mi mamá no había estado conmigo y llega y todo era pegar, pegar, pegar; aunque fue una mala decisión, porque me dice mi hija que por un maltrato así no tenía por qué tomar una decisión así. Esa fue una de las razones y que sí, si lo quería yo, quería estar con él, y me ponía yo a pensar: "así mis hijos van a tener su papá, no creo que me deje o me maltrate como a mi mamá", y ya, él me dice: "Vámonos", pues vamos, yo ni lo pensé. Es más yo ya no quería estar en mi casa, él me lo propone y yo acepto, porque yo me sentía como que en momentos, como que mi mamá no me tuvo toda la atención que yo hubiera querido, y pues como quiera que sea, yo sentía que Julio me tenía mucha atención, y que estaba ahí conmigo, eso te lleva a tomar otras decisiones, que como lo hicimos no fueron las mejores, al fin y al cabo me fui con él.

M: ¿Y cuál fue la reacción de tu mamá?

- Mira, cuando llegamos de donde nos fuimos, fuimos a ver a mi familia, y mi mamá nos dijo que habíamos defraudado su confianza. Si me dio confianza, pero si llegaba tantito tarde, el regaño, tantito tarde, me pegaba; y pues también eso me hizo pensar: "Yo ya me voy, pues si no me deja, me pega, me regaña", y yo era una persona de 14 casi 15 años, otra cosa es que había cosas que no entendía como mi mamá quería...

M: ¿Como cuáles?

- Ella me daba para llegar a las 8, yo pensaba que era muy temprano. Pero ella pensaba que sé yo, me quedaba hasta tarde con Julio, pues algo podía pasar, algo podíamos hacer, y yo no lo entendía, que su temor de ella era que yo le fuera a salir embarazada, y a las 8 de la noche es algo prudente, ya después ya no era prudente, y yo no entendía. Para mí fue bueno porque Julio respondió y ya su preocupación ya no fue tan grande. Otra cosa, es que el temor de mi mamá conmigo, no sé con mis hermanas, era que fuera yo golpeada por él; y me preguntaba que como me trataba, que si me pegaba eran siempre las preguntas, Yo le respondía que no, y a lo mejor una que otra vez si me dio una cachetada, pero era yo muy necia, si lo impacientaba yo, pero había veces que no había razón, fueron dos ocasiones, no más, entonces mi mamá era de siempre estarme

preguntando eso, Yo decía ¿qué me tendrá que pegar siempre o qué?, pero pues si mi mamá estaba con eso, porque así lo vivió ella, esa fue su vida, entonces era su temor, y yo no lo entendía, hasta después.

M: ¿Qué pasó después?

- Bueno, pues me fui con él, enseguida me embaracé...

M: ¿Tenías planeado este embarazo?

- No, para nada, o sea, de que sabia que me iba embarazar pues sí, pero no fue planeado, porque creo que es diferente porque sabes que te vas con tu pareja, y sabes que vas a quedar embarazada, pero que tengas planeado, no.

M: Y en ese tiempo que pensabas sobre el ser mamá, ¿Ya lo habías pensado de alguna manera?

- No, fíjate que no pensaba yo, "Ay, quedé embarazada" ni hacía planes, fue yo creo que tonto, porque me embaracé y no lo hablamos para nada. Eso si, estaba bien contenta, no me preocupó qué me iba a pasar, ya iba yo a tener un hijo (Porque siempre piensas que es un niño), y Julio también bien contento; me preocupaba qué iba a pasar cuando naciera porque no sabia yo nada, no tenia yo idea de lo que iba a pasar, tan solo para empezar, el embarazo, no tenia yo sabido de los ascos, mareos...

M: No te habían comentado nada de eso...

- Nada, nada, de lo único que me acuerdo es que mi suegra me preguntó si sabia yo como iba a nacer mi hijo, porque me veía chica y decía: "A lo mejor ni sabe", tenia poco que lo había yo leído en una revista, y eso si me causo un poco de miedo, porque decía: "Cómo voy a tener así a mi hijo, ¿no habrá otra forma?", pero de ahí en fuera yo siento que mi embarazo, en el aspecto de que Julio y yo apenas empezábamos, teníamos problemas, y como vivíamos con su familia, no era tranquilo, me preocupaba, me quería ir, pero decía "¿dónde va a nacer mi hijo?", y le decía a Julio que me daba miedo saber como nacen los bebes y que no quería, y él me dijo "No eres la primer mujer que vas a tener un bebe, mira cuantas mujeres son madres", eso me tranquilizaba.

M: ¿Cual fue su reacción al saber que estabas embarazada?

- No pues ponerse muy contento. Yo no había tenido antes la idea de ser mamá, nunca, antes de los 14 años lo había pensado para nada, sino cuando estaba yo embarazada, decía yo: "No me gustaría ser como mi mamá, no me gustaría golpear a mis hijos", porque aunque era de vez en cuando, no me gustaba que cuando me pegaba no se detenía en los golpes y pues pensaba cuidar a mi hijo (porque pensaba que era niño), no sé por que piensa uno que el primero va a ser niño, y pues Julio también feliz. Estaba yo contenta, aunque en momentos me preocupaba cómo le iba a hacer para darle de comer, para cambiarlo.

M: Me dices que tu suegra era quien te orientaba, y ¿a quién más recurrías?

- A mi mamá no; mi mamá nunca, nunca me hizo una pregunta de si sabía cómo iba a nacer mi bebé, que me preparara, cosas en las que una necesita que su madre le aconseje, sobre como darle de comer, cambiarlo, bañarlo, fíjate que mi mamá no; quien me dio todos esos consejos fue mi suegra, tal vez porque vivía yo con ella, pero también iba yo a ver a mi mamá, yo creo que se pudo tomar el tiempo de haberme dicho.

M: ¿Cual fue la reacción de ella al enterarse que estabas embarazada?

- Cuando yo le di la noticia, yo estaba muy contenta, pero ella me dijo: "Ni sabes en lo que te has metido, tu estás muy chica y crees que todo es color de rosa, bueno, pero en fin, tu ya eres harina de otro costal", digo, yo siento que yo no era "harina de otro costal"; ella era mi madre y me tenía que aconsejar, pero también pienso, estaba enojada, pero nunca, aunque ya me iba yo a aliviar, se acercó a ver si necesitaba algo, todo lo recibí de mi suegra.

M: Entonces no se dio ningún cambio en la relación entre ustedes a partir de tu embarazo...

- No, los cambios ya se dieron después de que nació la niña y aun así, fíjate que llegó y peleó en el hospital. Bueno, cuando mi hija nació, yo estaba feliz, aunque haya sido niña, quien no aceptaba muy bien la idea era Julio, porque él quería un niño, porque hasta mi suegra le preguntó que si ya tenía un nombre para la niña y él dijo: "Pues no, yo tenía un nombre para niño, no para niña", y fue por eso que llevo mi nombre.

Fíjate que yo estaba tan contenta que su reacción me fue indiferente. Cuando la niña ya caminaba y ya estaba grande él me dice que yo le decía: "Se me hace que no quieres a mi hija", porque ella siempre fue muy inquieta, no se dejaba cargar o apapachar, siempre quería andar caminando, entonces yo veía que a mi otra hija la cargaba y la apapachaba y entonces era cuando yo le decía que no la quería, pero era cuando yo notaba algo, pero él me mostraba que no era cierto, que era ella la que no se dejaba cargar.

M: Y a partir de el nacimiento de tu niña, ¿Cómo cambió entonces la relación con tu mamá?

- Cambió, era su primer nieta, muy consentida, eso si, por parte de las dos familias era la primera, si estaba muy consentida. La relación con nosotras estuvo bien, nunca se acerco para darme un consejo, no, no sé porque, tal vez sería porque mi mamá era muy fría, nunca le gustó cargarnos y apapacharnos, no, y no nos daba consejos, solo que los hombres eran malos.

M: Es decir que los consejos que ella te daba eran sobre relaciones de pareja y no sobre maternidad...

- Sí, de maternidad mi mama realmente nunca me dio un consejo, mas que nada para enseñarme a cuidar a mi niña, mi suegra, mi abuelita ya no vivía. Un consejo de mi

mamá relacionado a la maternidad, no lo hubo, solo lo que mi suegra me decía sobre como cuidar a la niña, porque durante el embarazo nadie me dijo nada.

M: Y ¿cómo fue tu embarazo?

- Pues fue un embarazo, bueno, los primeros tres meses que yo estuve yendo al doctor, todo bien, pero al llegar a los tres meses, yo me puse muy enferma, muy mal, y cuando yo dije que me sentía tan mal, nos fuimos al centro de salud que es donde me atendían y la doctora dijo que tenía yo amenaza de aborto; entonces si me preocupé, aunque hacia mi vida y mis quehaceres normales. No creas, a lo mejor también el tener problemas las familias, porque, no hacer las cosas bien, estaba yo chica, mi mamá no estaba de acuerdo; yo creo que la idea de mi mamá era pelear, más que nada porque no quería que yo estuviera con Julio y pues se la pasaban discutiendo. Entonces yo creo que esa preocupación era la que me hacia sentir mal, pero fíjate que no era una amenaza de aborto, entonces ya la doctora me mando a hacer unos estudios, pero mi suegra no estaba muy convencida con la doctora, así que fuimos a buscar a un ginecólogo que nos recomendó una vecina, no lo encontramos y decidimos esperarnos hasta el otro día.

Pero en la noche comencé a sentirme muy, muy mal, entonces fuimos a buscar al doctor y nunca llegó. Fuimos a buscar a otro doctor, y como en ese tiempo no había muchos, o no sabíamos, así que le hablamos a mi mamá, que no estaba nada de acuerdo con lo que nosotros hacíamos, pues quería todo de paga, muy bien, así que nos recomendó un pediatra, y fuimos con él y que me comienza a ver, y que nos dice que no estaba yo embarazada, sino que tenía yo un tumor, una "bola con pelos", así nos dijo.

M: Y ¿Qué paso por tu mente cuando te dijo eso el doctor?

- Pues pasaron tantas cosas, y ¿sabes una expresión que tuvo Julio?, después de que el doctor dijo lo del quiste, dijo que tenía que operarme de urgencia; pero mi suegra le dijo que no podía operarme sin ordenarme unos estudios primero, tenía yo unos tres meses, y me mandó unas radiografías, le dijimos que si no perjudicarían al bebé y el doctor nos dijo que no, que ya estaba grande, que las sacáramos mientras él preparaba todo para operarme. Yo me preocupaba mucho por el bebé, decía yo "¿qué tal si sí es un bebe y me lo sacan y se muere?, y si sí es un quiste, ¿qué tendré?". Entonces mi suegra decidió que nos fuéramos, cuando salimos, dice Julio "Umm, la nuez me salió vana", yo me sentía tan mal por lo del bebé y él se preocupaba por otras cosas, él se fue por que de veras era un quiste. Mi suegra le dijo "Ya cállate y vamos".

Me fueron a sacar las radiografías, y Julio dijo que regresáramos al hospital a ver al doctor, y mi suegra le dijo "Cállate Julio no la vamos a llevar, este señor esta loco, ¿sabes qué?, a lo mejor le quiere sacar el producto, y a lo mejor tu bebe, y ahorita que andan con eso de operar a las mujeres para que no tengan hijos, quiera hacerle algo", mira nosotros, yo pensaba en lo mío, en el bebé que no era bebé, que era un quiste, Julio pensaba "creo que esta no me sirve para tener hijos", y mi suegra no, a mi suegra le preocupaba que este señor no hiciera nada indebido...

M: Aquí ¿podemos hacer un paréntesis?, ¿qué hubiera sucedido si en realidad hubiera sido un quiste, si no hubieras tenido la posibilidad de tener hijos?

- Yo siento que así con la reacción de Julio, a lo mejor si me hubiera dejado, porque así lo dijo: "Ay, la nuez me salió vana", pero lo dijo como preocupado, como diciendo "¿Que voy a hacer, si no es ahorita un bebé, si es un quiste, como ira a ser mi vida, si lo primero es así, como será después?". Yo nunca pensé que hubiera pasado conmigo, porque gracias a Dios no se dio el caso.

Fuimos a dejar a mi mamá, y yo ya me sentía mejor, así que nos regresamos a la casa y me quedé dormida. Pero en la madrugada me dio fiebre y me puse muy mal, tanto que mi suegra dice que sintió que si me iba yo. Y a las 6 de la mañana llega el doctor, aunque ya me sentía mejor, me revisó y nos dijo que era el riñón, entonces le dijimos lo que nos había dicho el otro doctor y le enseñamos las radiografías y nos dice: "No me preocupa otra cosa, sino que el bebé nazca bien, porque no tuvieron por que haber sacado las radiografías, estoy seguro de que es una infección en el riñón, el bebé puede nacer con taras"...Todo mi embarazo me lo pasé pidiendo a Dios que protegiera a mi bebé y gracias a Dios me alivié del riñón y estuve bien todo mi embarazo.

Mi mamá seguía yendo de vez en cuando a pelear y discutir, pero ya cuando me vio embarazada, ya no fue, por lo que me dio gusto que en los últimos meses de embarazo, las familias ya no estaban peleadas, y pues mi bebé iba nacer en tranquilidad y paz. Julio me trataba muy bien cuando estuve embarazada, él me protegió mucho, hasta la fecha, eso me hacía sentir tranquila Yo creo que hasta fue el embarazo mas difícil, los otros fueron todavía mas tranquilos.

Todavía en la casa de mi suegra, nació Alma, mi segunda hija, tenia yo 18 años, porque mis hijas se llevan año y medio de diferencia.

M: ¿Tu segundo embarazo fue planeado?

- No, tampoco, pero eso si, mira, un embarazo mucho mas tranquilo, además te digo que Julio siempre me protegió, no hubo ningún problema, ningún riesgo, ni siquiera tuve ni mareos ni ascos, estaba tranquila.

M: Entonces como que te tocó aprender a ser mamá por partida doble, porque llegaron casi juntas, ¿No?

- Fíjate que se me hizo fácil, no sé si porque está uno más joven, se te hacen las cosas mas fáciles, yo cuidaba a mis niñas, lavaba, mi suegra me ayudó. Sentí la diferencia cuando llego el segundo nieto, hijo de mi cuñada, entonces mi suegra se me despegó un poquito porque tenia la obligación con su hija, y si lo sentí.

M: Como que tu suegra jugó un papel muy importante en tu maternidad

- Si, ella, entre lo que sí o no sabia, ella siempre estuvo allí, echándome la mano, porque mi mamá no. Entonces nació mi hija menor y tuve que agarrar la responsabilidad yo sola. Todavía estuvimos allí un año después de que nació Alma, y nos fuimos a

vivir ya solos. Fue todavía mucho mejor, de por sí Julio y yo nos llevábamos bien desde que me puse mal por mi primer embarazo, pero ya viviendo solos mejor. Nada mas que yo a veces era necia, me le ponía, porque lo que me decían sobre los hombres era negativo, entonces cuando yo sentía que Julio podía agredirme, yo también lo agredía, agarraba una silla y le decía, "Órale, vente", "Es que yo no quiero pelear", me decía, "Pues por si quisieras", haz de cuenta que a veces era yo la que buscaba el pleito, entonces él se salía y me dejaba ahí. Hubo unas dos ocasiones que si me pegó, una en que la verdad yo lo provoqué; otra llegó de malas, discutimos y me pegó. Entonces dijimos, que eso de comenzarnos a faltar al respeto no, quedamos en tratar de respetarnos. Otra cosa que había es que cuando peleábamos le íbamos a contar cada quien a su familia, lo que provocó pleitos entre las familias otra vez. Entonces también acordamos resolver nuestros problemas solos. Fue algo bueno, convivimos bien y sin faltarnos al respeto.

Comenzaron mis hijas a ir a la escuela, fueron cuatro años y medio entre Alma y mi hijo pequeño, en los que tratamos de mejorar bastante nuestra relación, nos relajamos y tratamos de vivir lo mejor posible. Otra cosa; yo comencé a agarrar la costumbre de pegarles seguido a mis hijas, de cualquier cosita, ¡Zaz!, y había veces que Julio llegaba y me encontraba pegándoles y me decía: "¿Por qué les pegas?, ya seguido te encuentro pegándoles, no quiero volver a ver que les pegues", y sí se molestaba, porque él no les pegó, hasta que ya fueron grandes, de chicas no, yo les pegaba mucho.

M: Como tu mamá...

- A la mejor llevaba yo la misma, ¡Ándale, como mi mamá!, de agarrar la misma. Y ¿sabes?, veía yo a mi vecina que nunca les pegaba a sus hijos, aunque luego hacían cada cosa, que yo decía "Yo ya le hubiera dado", esa era mi forma de ver, entonces comencé a darme cuenta de que hacía mal pegándoles a mis hijas continuamente, y traté de controlarme, porque esa situación estaba empeorando.

M: ¿Y nunca notaste que estabas repitiendo la conducta de tu mamá?

- Si, lo noté, porque una ocasión cuando le pegue a una de mis hijas, me acorde que lo estaba haciendo de la misma forma que mi mamá, y dije: "No puede ser, esto no esta bien", también empecé a tomar la costumbre de decirles "¡Tonta, Babosa!", palabras que les ofendían y que no eran buenas para ellas, palabras que usaba mi mamá. Entonces le pedí a Dios que me ayudara, porque no quería dar el trato que mi mamá me dio, a mis hijas, y trate de controlarme porque como que cuando les pegaba me sobrepasaba, ¿me entiendes?, no me detenía, sino ya dando el primero, ¡Órale!

M: Y ese carácter, digamos agresivo, del que me has estado comentando, ¿ya lo tenías desde soltera, o comenzó cuando te enfrentaste a las tensiones de ser esposa y llevar una casa?

- No, fíjate que de soltera no, yo pelearme con mis hermanas así a trancazos, solo por defenderme, no, yo de soltera no. Todo surgió cuando empecé a vivir con Julio, otra cosa, cuando Julio y yo discutíamos, era cuando mas la agarraba con las niñas, no porque dijera

"Ay, son las hijas de Julio y las odio", no, simplemente porque me sentía yo mal de que me había yo peleado con él, pues con ellas me desquitaba.

Todo fue tranquilo, pero ya cuando me embaracé de el más pequeño, porque, si deseábamos ese embarazo, queríamos un niño.

M: ¿Este embarazo fue planeado?

- Sí, porque yo ya me controlaba, entonces tuve el tiempo para estar con las niñas, planeamos el embarazo aunque nuestra economía era difícil, pero no podíamos esperar mas tiempo porque las niñas iban a seguir creciendo y yo creo que ya ni nos hubiéramos animado, entonces me embarazo, ese embarazo, siento que fue mas tranquilo, aunque tuve mas problemas de vomito y mareos, no se si porque era niño, aunque dicen que todos los embarazos son iguales, quien sabe, a lo mejor me quise apapachar, dormía yo mucho, traté de pasármela muy tranquilo.

Llegando el niño, Jorge se quiso enfocar nada mas en él, yo le decía que le mostrara más cariño a las niñas, porque sí se notaba la diferencia. Fíjate, como te decía, a las niñas les pegaba, a él jamás le pegue, creo que solo una vez, pero realmente nada mas le hablaba yo; ni Julio, sólo en la secundaria, porque realmente lo ameritaba, pero fue el que menos recibió, porque yo ya había reflexionado, con él fue todo muy diferente.

Mi hijo creció en un ambiente más tranquilo, tal vez por eso su manera de pensar es muy diferente a la de mis hijas, se le hacían las cosas más fáciles, era muy travieso, continuamente me llamaban de la escuela, y éramos más condescendientes con él, mira descalabraba a los niños, les pegaba a las niñas, andaba brincando de banca en banca, eso me ponía a pensar "¿por qué?, si no le pegamos, hablamos con él", y yo te aseguro que todos los años teníamos un problema con él porque era muy travieso, y lo que no me gustaba era que Julio le enseñaba a jugar muy brusco, porque luego ya quería agarrar así a sus hermanas; a lo mejor por eso era así, porque su papá le enseñó a ser brusco, y llegaba y empujaba, a un niño le rompió los lentes, y te digo, en 6° todavía lo ultimo es que le tiro las gafas a la conserje por ir corriendo. No era un niño grosero, agresivo o maldoso, sino que corría como loco y jugaba y empujaba bruscamente, deduzco que porque su papá le enseñó así. Y así siguió también en la secundaria.

Mi hija mayor era muy necia, su papá le pegaba y no le importaba, había veces que yo trataba de hablar con ella y así estuvo un tiempo, hasta que decidimos no pegarle, sino hablar con ella. Aunque está casada, sigue siendo necia, a veces hace caso, a veces no; puede ser por la influencia de su esposo que es todavía mas necio, y como ella es una persona que se deja llevar mucho por lo que le dicen, fácilmente la convences de lo que le dices, pero cuando dice No, como cuando le decíamos que obedeciera, no saliera o que una persona no le convenía para que anduviera con ella, ahí estaba, pero si un amigo o una influencia le metía una idea, fácilmente se iba, entonces ese aspecto de ella nunca me ha convencido. Yo como madre, hablaba con ella, le decía que pensara un poco lo que le decíamos antes de hacer las cosas, y si compuso su forma de ser, aunque todavía de vez en cuando es así. Mi hija ha sido difícil, y uno dice "al menos se casa y ya", pero no, así como conviviste con ellos de solteros, así convives de casados, porque ya llegan

aquí...eso también tiene mi hija, que jamás me cuenta sus problemas, me llevo a enterar por su suegra, pero yo decidí no meterme, el día que mi hija me diga, o recurra a mi, ese día ahí estoy, quiere decir que ella sabe sobrellevar sus problemas. Mi hija desde soltera no es una persona que tenga el problema y venga, pocas veces me cuenta. Esos han sido los problemas con mi hija, pero ahí va.

M: Y al ver a tu hija casada, ¿no te has sentido identificada por los momentos en que tú pasaste algo parecido?

- Si, mira, precisamente una ocasión estaba recién casada, yo me acuerdo que cuando Julio y yo tuvimos un pleito, y llegó mi vecina y le dijo que no me pegara. Jorge la sacó, y en eso, ya estábamos contentos, y llega mi mamá, (porque la vecina ya le había llamado, ¡nombre!, llega gritando y dice: " ¿Donde está Julio, Yo no sé por qué le pega a mi hija, a ver que le pasa cuando lleguen y le avisen que ya le pegaron a su hija" era mi misma hija, y ya.

Entonces estaba yo aquí en mi casa y me llama mi hermana por teléfono y me dice "fíjate que anoche que vine a cuidar a mi mamá, escuché que a tu hija la golpeó su esposo nada más por agua", ellos vivían ahí con mi mamá, ¡Yo sentí!. El llegó a pedirle agua y ella no tenía; agarré y fui a comprar un garrafón de agua, pero con coraje, yo ya le iba a decir a mi yerno, cuando mi hija Alma me dijo, "Mira mamá no te metas, muéstrale a él lo contrario, además tu ni sabes, mi tía solo te dijo lo que ella cree". Pues que entro con el garrafón de agua y digo "Buenas noches", de veras que me contuve, porque yo tenía ganas hasta de desgredarlo, pero recordé que mi hija Alma me dijo "que tal si ni es cierto y tu vas a armar un lío mamá, como mi abuelita cuando dices que mi papá nada más te dio un jalón y fue a armar un pleito". Llego y que le digo, "Aquí te traigo tu garrafón de agua para que no sufras..." eso si le digo "para que no sufras por el agua hija", sale mi yerno y me dice: "Muchas gracias", le digo: "Sí, es que yo no quiero que mi hija sufra por un garrafón de agua, o por agua", mira, yo no sé si el se daría cuenta, mi hija también me dio las gracias y yo le dije "sí hija, y ten mucho cuidado de tener siempre tu agua, aquí esta tu garrafón", y me salí, porque creo que si me hubiera quedado más tiempo si peleo.

Y se sale mi hija detrás de mí a darme las gracias, y que le pregunto "¿Que te pegó tu marido?", "Ay no mamá", "Sí, tu tía me llamó y me dijo", "¡No mamá!, si llegó así pidiéndome agua, pero nada más", "Eso espero, eso espero"; Ya platicamos, porque hasta eso yo soy una persona a la que le viene el coraje, pero se me baja rápido, no soy una persona a la que le dure mucho tiempo. Pero, se siente muy feo que te digan eso, y recordé cuando mi mamá le dijo a Jorge que ojalá no llegaran a decirle que le habían pegado a su hija, a lo mejor no fue igual, pero me acordé. Y decidí que las cosas tenían que cambiar, que tenían que ser diferentes; mi mamá se metía mucho con nosotros, y también mi suegra, tal vez porque éramos los primeros y no tenían la experiencia, pero yo decidí nunca meterme en los matrimonios de mis hijos por más que esto me duela, hasta que ellos vengan y me lo digan. Nosotros siempre le decimos "Hija, el día que tengas un problema con tu esposo, que sientas que ya no puedes vivir con él, ven a decirnos, no estás sola", eso es todo lo que le decimos, pero ella nunca me dice nada. Ya llevan 7 años y solo dios sabe.

Eso es todo con mi hija mayor, con Alma, ha sido una niña muy tranquila, fíjate que puedo decirte que ha sido una niña mucho muy obediente y muy sensata, en todo, de tomar sus decisiones, en sus estudios, en la religión, muy sensata, incluso ha habido veces en que yo me he sentido mal y me aconseja, y yo creo que las cosas que me dice están bien, sí, ella ha sido muy obediente. Yo creo que va en cada hijo, no todos los hijos son iguales, con unos no vas a tener problemas, con otros sí. Con Alma, estamos muy contentos, no te digo que con los otros no, pero, con mi hija mayor hemos tenido un poco de problemitas, y con mi hijo menor, que no quiere saber nada de la iglesia, pues eso te duele.

M: Y ¿qué significa para una mamá ver que tus hijos toman un camino diferente al que tu tenías pensado para ellos?, supongo que de joven, cuando los tenías chiquitos, tendrías pensados proyectos para cada uno de ellos...

- Ay si, yo siempre pensaba en que fueran profesionistas, y que trabajaran, que tuvieran su casa y todo lo que un profesionista puede llegar a tener. Cuando ya vi que mi hija mayor se casó y no tenía nada, ya no hizo nada, luego se metió a estudiar música y terminó y pudo conseguir trabajo, me sentí bien, dije "Por lo menos si logro salir de el estar en la casa, de lo mismo de siempre". Es bueno estar en la casa, pero también es bueno desenvolverte como tu quieres, ya cuando la vi a ella me sentí bien, nada nos tiene contentos, porque a veces quisiera que pudiera estar en su casa para cuidar mejor a sus hijos, sobre todo al chiquito; aunque está bien que siga trabajando, porque yo la veía que cuando estaba en su casa, como que algo le faltaba, y ahora se desenvuelve mejor y su esposo la apoya mucho, hasta le ayuda a cuidar al chiquito cuando descansa, que a mi no me gusta mucho porque pienso que no lo puede hacer bien, pero si lo acostumbramos a que yo lo cuide siempre, o su mamá, y le quitamos esa responsabilidad, después él no va a querer hacerlo.

M: ¿Crees entonces, que de alguna forma la mujer enseña al hombre a ser padre?

- Pues no tanto enseñarle, pero si el ya se ofreció a ayudar, te digo, aunque a mi no me gusta, porque si no después no lo va a hacer. Mi yerno venía de una familia en la que se acostumbraron a que el hombre no hacía nada, solo estar sentados, sin embargo mi yerno le ayuda a mi hija.

M: Y en ese sentido ¿cómo enseñaste a tus hijos a desenvolverse en la casa?, en cuanto a quehaceres, ¿cómo les fuiste enseñando?

- Mira, a mis hijas siempre las puse a que tenían que aprender a planchar, yo les puse como regla que los jueves planchábamos, y me tenían que ayudar las dos con la mitad de ropa, la mayor me ayudaba a lavar trastes después de la escuela, un día si y un día no, las ponía a barrer y a trapear, a veces, no siempre, pero trastes y ropa, eso si, era lo que ellas tenían que ayudarme a hacer, ya de lo demás yo me encargaba.

M: ¿Y tu hijo menor?

- Mi hijo, ese es un error, no lo ponía a hacer nada, sino ya hasta de grande, le quise imponer barrer el patio y hacer cosas por acá afuera y sí lo hacía, después ya no quería hacerlo y Julio me decía "¡Cómo peleas con tu hijo!", pero yo le decía que eso tenía que hacer por lo menos, y no estar nada mas ahí demás, pero Julio me decía: "Bueno, es que yo creo que eso a él no le toca como hombre, no le corresponde", yo le dije, "Mira Julio, yo creo que en este tiempo, tanto al hombre como a la mujer les corresponde, cómo es posible que la mujer se vaya a trabajar, el hombre también, y ella llegue a hacer comida, limpiar y él descansa, yo no digo que no, que descansen por igual, pero mi hijo tiene que hacerlo, por lo menos así lo sabe hacer"; lo puse a lavar trastes, y lo hacía muy bien, hasta le gustaba, ya cuando entraron a la universidad, ya no me ayudaron. Entonces, en si cometemos un error al no enseñar a los hijos hombres, los apapachamos, pero hasta les hacemos un mal, porque luego no saben hacerlo.

Se los enseñé mucho jugando, con mis hijas también jugué mucho, les decía: "Que ustedes tenían que lavar los trastes de su casa, y que yo llegaba a visitarlas", y platicaba con ellas, mis hijas todavía se acuerdan que no se les hacía pesado, y ya fueron aprendiendo.

M: Y en cuanto al aspecto de la sexualidad, ¿cómo decidiste educar a tus hijos?

- A mis hijas, fíjate que con mi hijo nunca hablé de sexualidad, con mis hijas sí, y yo se lo dije a Julio, con mis hijas si fui muy abierta; cuando la mayor tenía 11 años, le comencé a preguntar, "Oye hija, ¿tú sabes que la mujer cada mes tiene una menstruación?, es un sangrado", "sí", dice, "en la escuela ya me lo enseñaron", si veía yo sus libros, solo quería saber si tenía bien entendido y a Alma, porque como están seguiditas platicaba con las dos juntas. Y me decían, "Oye mamá, yo se como nacen los hijos, y la relación entre pareja, entre hombre y mujer, ¿es buena o es mala?", "Es buena hija, si es dentro del matrimonio, si dios la puso, ¿por qué no va a ser buena?, y es bonito"; mi mamá me lo puso como algo malo, yo a mis hijas trate de ponérselos como algo bueno, algo bonito, pero que tenía sus reglas; porque para mi mamá era intocable ese tema, y aun malo. Y sí les hablé, cada que tenían una pregunta, no me cerraba yo a no contestarles.

Cuando mi hijo comenzó a crecer yo le decía a Julio que platicara con él, en eso si yo me cerré, aunque si le hablé de la menstruación, porque él veía que sus hermanas usaban toallas, entonces me preguntó que para qué servían, y le dije "Mira hijo, la mujer cada mes tiene un sangrado para limpiarse, se llama menstruación y es en todas las mujeres y es para la fertilidad, ahí es cuando la mujer se embaraza, y cuando ya no menstrua es que está embarazada, tuvo la relación sexual con el hombre", eso es lo que yo me acuerdo que platicué con él, y le dije a Julio que platicara con él, y tal vez platicaron , porque mi hijo es muy reservado y no me ha dicho nada, y también le dije "Hijo, debes de tener cuidado", porque ya estaba creo en 6° año "Debes de tener cuidado porque a veces andando con las compañeritas, no sabemos cómo sea la compañerita con la que andas, ahorita están chicos pero luego en secundaria o prepa salen embarazadas, entonces imagínate, tienes que casarte o por lo menos responder por el niño", y mi hijo me entendía lo que le estaba yo hablando, esa fue la platica que

tuve con él, más no, pero eso sí, cuando él me preguntaba, yo le respondía, no lo mandaba con su papá, para que no pensara que no le quería decir por ser algo malo. Todo lo que yo creía que tenían que saber, se los decía yo, para que no cayeran en algún problema por no saber, sí era yo abierta en esa área.

M: Y a partir de tu maternidad, y de los cambios que fuiste teniendo en la relación con tus hijos, ¿cómo fue cambiando la relación con tu mamá?

- Pues fíjate que mi mamá, cuando ya estuvieron las niñas, ella de inmediato como que se quiso hacer cargo de ellas, las quería tener siempre, me ayudaba con ellas, mientras no iban a la escuela allá se la pasaban, o fines de semana, uno no y uno sí, entrando a la escuela, de ley fines de semana. Pero de mi mamá nunca recibí un consejo, no recuerdo que lo haya hecho, pero sí me ayudaba. Llegó un tiempo, cuando la mayor tenía 12 o 13 años, dijo Julio que ya no, "Ahora me toca cuidar a mis hijas a mí, creo que ya se las dejamos mucho a tu mamá y a tus hermanas, porque ahorita van a pensar en querer tener novio y eso, y yo voy a estar al tanto de ellas", eso a mis hijas les dio coraje, porque ya se habían impuesto a estar allá.

Pero de la relación con mi mamá, fue buena, aunque siempre hubo un comentario de que algo no le agradaba, siempre un comentario que me molestara, sobre Julio la mayoría de las veces, refiriéndose a él como "ese hombre", pero me ayudó bastante con mis hijas, aunque la forma de comunicarnos siempre fue igual, y siempre buscaba molestarme comparándome con mis hermanas.

Como que siento que a mis hermanas siempre les tuvo un cuidado especial, tal vez porque pasó más tiempo con ellas, pero a mi siempre como que trató de... yo sé que no hice las cosas bien, pero siempre lo que Julio o yo hacíamos estaba mal, y con mis hermanas no. Julio me dice que a lo mejor mi mamá tuvo una mala experiencia cuando se embarazó de mi, y eso hace que me rechace. A lo mejor, pero no la entiendo, ya pasando tantos años, y ya estando las niñas, o sea como familia todo iba bien, pero a mi me decía cosas que no me agradaban. Buscaba a las niñas, en eso me ayudaba, pero se las llevaba por gusto, no por ayudarme.

Mira, con mi hermana Mary, le fue a ayudar mucho tiempo, a Mayra le ayudaba mucho, y ¿sabes qué me dolía?, que ella iba a ver a Mayra diario; una ocasión iba yo al mandado y me la encontré y le dije: "¡Mamá!, me vienes a ver" y me dijo "No, vengo de ver a Mayra, pero ya me voy a mi casa", y estábamos cerca, y a mi no me pasaba a ver "¿Y cuando me vienes a ver?" "No hija, pues ya ves que ahorita le ayudo a tu hermana, no puedo".

Si sentía feo, y cuando mis hijas nacieron pues me ayudó mi suegra, mi mamá nada más me venía a ver y no siempre; tan solo cuando te alivias buscas a tu mamá, yo entiendo que tal vez fue porque estaba yo viviendo con la familia de Jorge y era incomodo para ella. Cuando nació mi hijo sí me ayudo, pero no la notaba yo contenta, sin embargo con mis hermanas la veía yo contenta y me sentía mal, pero ya no, porque digo, "bueno, si no lo sentía, pues a lo mejor no tenía mucho que ver, pero bueno, así con ella.

Más adelante, hace 7 años mi mamá se enfermó, mira, fíjate que mi abuelita estuvo igual, entonces mi mamá, tuvo una "embolia", se cayó varias veces y pudo levantarse, tuvimos el cuidado de que el medico la estuviera revisando, pero no, a ella no le gustaba, le pasaron cuatro veces seguidas y nunca quiso cuidarse, ir al medico, tomar los medicamentos, pero fíjate que así somos nosotras como familia, a mi no me gusta ver al doctor hasta que ya no puedo, y así mi mamá. Y mira no pasó un año cuando le vino esa embolia de nuevo y ya no se levantó, y ahí fue cuando comenzaron los problemas entre nosotras como hermanas, que no la queríamos cuidar.

Todas nos queríamos echar para atrás, y la primera que al mes ya no fue, fue mi hermana Mary, la fuimos a ver y ni siquiera me recibió, nos peleamos con su marido, pero pues mi hermana ya no regresó, sólo nos quedamos las tres cuidando a mi mamá, iban las cosas bien, pasaron como unos seis meses y no se que pasó que entre mis otras dos hermanas empezó a haber desacuerdos y peleas que eran frente a mi mamá y mi tía, entonces mi hermana Mayra, se enojó azotó la puerta y se fue, y pues era mas difícil, porque ya no éramos tres, ahora solo éramos dos. Mi mamá no hizo ningún comentario, solo nos veía.

Decidimos buscar una persona para que nos ayudara, la contratamos durante el día, contratamos otra persona para la tarde y en la noche nos turnábamos para acostarla, así estuvimos dos o tres años, hasta que por diferentes razones nos dejaron las dos señoras, y entonces mi hermana me dijo que tenia planeado embarazarse, por lo que ya no podía seguir ayudando, y le dije "¿Yo que voy a hacer sola?", "Pues no sé, yo me tengo que embarazar". Mi tía trató de hablar con Mayra para que ayudara, pero no aceptó, le dijo que se lo pidiera a Mary.

Para esto, regresó una de las señoras y aceptó quedarse hasta en las noches, entonces, el problema era pagarle, entonces nos pusimos de acuerdo para pagarle, sin embargo cuando la señora no podía pues yo tenia que cuidar a mi mamá, y en esas ocasiones mi tía le decía a mi mamá: "Mira nada más, a la que menos viste es la que más te ayuda", yo le decía a mi tía que ya no le dijera nada, si hizo mal o no pues ya para qué, mi mamá solo se quedaba callada, así es ella, no me contesta mucho, ni se queja.

Así pasó año y medio, entonces fui a ver a mi hermana, porque ya no podía, sentía que era mucha carga para mi sola, así que le dije que si ya estaba embarazada pues ni modo, pero si no pues que me ayudara porque era mucha carga para mi sola, le hice ver que las tres me habían dejado solas y que muchas veces había dejado a mis hijos y a mi esposo, y ya, me ayudó y así estuvimos por un tiempo, yo creo que mi mamá ya tenia como cuatro años de enferma. Un año después mi hermana Mary comenzó a ayudarnos y eso sí, cuando ella da, lo da todo, ahorita prácticamente ella es la que las está manteniendo, y siempre está dispuesta a ayudar.

Como que ahí ya comenzó la unidad de la familia, porque antes todo era pleito, mi mamá no decía nada, solo nos pedía que nos buscáramos las unas a las otras. Hasta ahora hemos caminado muy bien, nos reunimos, pero, cada dos o tres meses para platicar y tranquilas porque era todo pleito; nos ayudamos si lo necesitamos, porque antes no lo hacíamos.

M: Pero, ¿el problema fue a raíz de la enfermedad de tu mamá, o ya desde antes tenían conflictos?

- Antes de que mi mamá se enfermara, nos visitábamos nos hablábamos, nos juntábamos, éramos muy unidas, se enferma mi mamá y comienzan todos los problemas, pero problemas, y todavía, mi tía comienza a arreglar los papeles de la casa y más peleas y problemas hasta con mis primos, pero bueno, yo siento que ahora ya estamos muy en paz, y que todo lo que he sentido atrás pues ya no lo siento, porque creo que tú misma te dañás con estar recordando lo que te hicieron, yo soy re fácil para que se me olvide todo, no me gustan los problemas.

M: Bien, llegas a otra etapa, en la que llegan tus nietos, ¿qué significa para ti ver a los hijos de tu hija?

- Fíjate que siempre se dice que se quiere más a los nietos, y es verdad, porque conforme va pasando el tiempo, tratas de estar más con ellos, de amarlos más, de estar junto a ellos y que no les pase nada, yo creo que quieres más a los nietos, porque si tu hijo hacía algo, pues órale un manazo, y a los nietos no, yo a mis nietos no, ni Julio tampoco, si tu quieres hasta los consentimos y mucho. Es muy diferente, porque a los nietos les das mucho tiempo, yo trato de apurarme para estar con ellos nada más y atenderlos lo más que se pueda, yo creo que hay diferencia, porque al hijo fácil lo corriges, y a mi nieto, no tan fácil, buscas ser más paciente, no creas que le gritamos o le hablamos con palabras fuertes, tranquilamente.

Es algo que vives tan diferente, te cambia las cosas porque con los hijos no te das el tiempo que con los nietos, porque como que al nieto lo quieres más, si medio día tengo, medio día me quedo sin hacer nada por estar con ellos, y los niños se dan cuenta de eso.

M: Y ¿qué pasó con la relación entre tu hija y tú a partir de que ella tuvo hijos?

- Ella me entendió mucho a mi cuando a veces yo me molestaba o las regañaba y me decía que cuánto se ama a los hijos. Como que se abrió más conmigo, pero no fue mucho, me hacía preguntas y yo le explicaba, le hablé sobre como corregir a los niños, que estaba bien pegarles, pero midiéndose, sin pegarles con coraje.

M: ¿Le compartiste tu experiencia?

- Si, le dije que cuando era con coraje, te pasas. Le dije que cuando se enojara con su marido, no se desquitara con los niños, porque eso me pasaba a mi y que no estaba bien. Ella me escuchaba, aunque cuando tuvo al primero, lo cuidaba muchísimo, hasta leía revistas, y fíjate que con el chiquito, fue muy diferente desde el embarazo porque en el del chiquito, se descuidó, tal vez porque trabajaba y no comía como debiera, manejaba el carro sin tener cuidado, se cayó de las escaleras, de una silla. Nace el niño con una malformación en la manita y yo ahí si me enojé.

Me dice que creía que estaba embarazada, y ella entre un niño y otro, tomó muchas cosas para adelgazar, pero en eso que se embarazó ya tenía dos meses de embarazo y tomando todo eso. Yo le decía "dios quiera que no le haga daño al niño". Y ya nace el niño, ese día al verlo sin manita, me enojé y si le dije "Ya vez, ahí esta, ándale, ve por todo lo que tomaste", hasta mi otra hija me dice que no le hubiera yo dicho nada porque ella, imagínate toda esa noche, creo que fue la peor de su vida, porque ella en su vida había pasado por algo así difícil, pero sí la regañé, y luego el niño no abría un ojito, bueno ya lo sentíamos malo de todo, porque lo veías y hasta estaba como moradito, pero gracias a dios nació.

Me daba temor de la reacción de mi yerno porque pensaba "Ay dios y si no quiere al niño, ni a mi hija, y si la corre", No, le compró flores a ella, regalos al niño y la apoyó. En 20 días se tuvo que presentar a trabajar, y dejó al chiquito, yo le ayudé a cuidarlo, lo fui cuidando, y hasta la fecha. Nuestros nietos han sido algo muy especial, y ya no me da tristeza por mi niño, pensaba en el rechazo que la gente pueda tener hacia él, pero no, hasta la fecha no ha tenido problemas.

M: Bueno, y ¿qué pasa con tu otra hija que ha vivido una vida diferente a la tuya y a la de tu hija mayor?

- Pues me siento muy contenta y espero que tarde mas en casarse, porque ya casarte implica tantas cosas tan diferentes en tu vida, que cambia mucho, cuando llegan los hijos, cambia todo así que me alegra que no se case, aunque la gente nos dice que por que no se ha casado pero si ella está contenta pues está bien porque yo, no es que haya llevado una mala vida, Julio es una buena persona, pero ya son cosas tan diferentes, tienes que llevar un hogar, tienes que pensar qué hacer, tienes que desenvolverte, porque si ante los hijos haces mal las cosas, mal te salen y mal van saliendo, los hijos te comienzan a reprochar y no, ya no es lo mismo que de soltera. Yo se que se tiene que casar, en el tiempo que sea y ella esta muy contenta porque se que se divierte, se desenvuelve y no tiene esas preocupaciones que aunque son bonitas pero muy pesadas y aunque ya tiene 28 años si ella es feliz pues está bien y yo estoy feliz por ella.

M: Bien, pues por ultimo quisiera que me comentaras cómo te sientes ya que volteaste a ver todo lo que has vivido hasta ahora

- Me siento bien porque todo lo he ido superando, aunque no he estado sola he salido y me siento feliz. A veces hay cosas que me dan tristeza, a veces, pero me siento bien, tranquila, lo he superado todo y mis hijos me han ayudado. En una temporada, cuando mis hijas tendrían como 13, 14 años, todo lo tenía muy presente, y todo lo que ya había pasado en mi matrimonio y hasta ese momento lo veía como con rencor, coraje, pero gracias a dios pasó. Siento que ahora mi vida es tranquila, feliz, que mis hijos tratan de ahorrarme los menos problemas posibles. Me siento en paz, todo bien con mis hermanas.

M: ¿Tienes algún proyecto personal para cuando se vayan tus hijos?

- Fíjate que me quiero ir a trabajar, no quiero quedarme aquí, ya Julio me dijo que sí, ya le dije a mi hija que me consiga de asistente para cuidar niños pequeños, aunque gane poco, pero lo voy a hacer. Pienso ayudarles a mis hijos a cuidar a sus hijos cuando los tengan, lo voy a hacer si lo necesitan, y los tres sientan que por mi son apoyados. Otra cosa, estar más con mi esposo, conviviendo solos, pero quiero trabajar porque nunca lo he hecho y como que sí tengo ese animo de irme a trabajar.